



UNA
PROMESA
DE
HERMANOS

LIBRO #14 EN EL ANILLO DEL HECHICERO

MORGAN RICE

UNA PROMESA DE HERMANOS

(LIBRO #14 EN EL ANILLO DEL HECHICERO)

MORGAN RICE

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita www.morganrice.books para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

Algunas opiniones acerca de Morgan Rice

«EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico».

-*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos



«Una entretenida fantasía épica».

-*Kirkus Reviews*



«Los inicios de algo extraordinario están ahí».

-San Francisco Book Review



«Lleno de acción...La obra de Rice es sólida y el argumento es intrigante».

-Publishers Weekly

«Una animada fantasía...Es sólo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes».

--Midwest Book Review

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)

ARENADOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

TRAICIONADA (Libro # 3)

DESTINADA (Libro # 4)

DESEADA (Libro # 5)

COMPROMETIDA (Libro # 6)

JURADA (Libro # 7)

ENCONTRADA(Libro # 8)

RESUCITADA(Libro # 9)

ANSIADA(Libro # 10)

CONDENADA(Libro # 11)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Derechos Reservados © 2014 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos reservados RazzoomGame, Utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.



ÍNDICE

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO UNO

Darius miró el puñal ensangrentado que tenía en la mano, al comandante del Imperio muerto a sus pies y se asombró de lo que acababa de hacer. Su mundo se ralentizó al mirar hacia arriba y ver las caras perplejas del ejército del Imperio desplegadas ante él, centenares de hombres en el horizonte, hombres *de verdad*, guerreros con armaduras *de verdad* y armas *de verdad*, veintenas de ellos montados en zertas. Hombres que nunca habían conocido la derrota.

Darius sabía que detrás de él estaban sus pocos centenares de miserables aldeanos, hombres y mujeres sin acero, sin armadura, enfrentándose solos a este ejército profesional. Le habían suplicado que se rindiera, que aceptara la mutilación; no querían una guerra que no podían ganar. No querían la muerte. Y Darius había querido complacerlos.

Pero en lo más profundo de su alma no podía. Sus manos habían actuado por sí solas, su espíritu se había rebelado por sí solo y no lo podría haber controlado si lo hubiera intentado. Era la parte más profunda de su ser, la parte que había estado oprimida durante toda su vida, la parte que ansía la libertad como un moribundo ansía beber agua.

Darius observó el mar de rostros, sintiéndose solo como nunca se había sentido y, sin embargo, sintiéndose más libre que nunca y su mundo dio vueltas. Se sentía fuera de sí mismo, mirando hacia él. Todo parecía surreal. Sabía que este era uno de aquellos momentos fundamentales en su vida. Sabía que este era un momento que lo cambiaría todo.

Aún así, Darius no se arrepentía de nada. Miró al comandante del Imperio muerto, el hombre que habría quitado la vida a Loti, que les habría quitado la vida a todos, que los hubiera mutilado a todos y tuvo una sensación de justicia. También se sentía envalentonado. Después de todo, un oficial del Imperio había caído. Y eso significaba que cualquier soldado del Imperio podía caer. Puede que fueran engalanados con las mejores armaduras, las mejores armas, pero sangraban como cualquier otro hombre. No eran invencibles.

Darius sintió una ráfaga de fuerza en su interior y se puso en acción antes de que los demás pudieran reaccionar. A escasos metros estaba el pequeño

séquito de oficiales del Imperio que habían acompañado a su comandante y estaban allí aturridos, estaba claro que no habían esperado otra cosa que no fuera la rendición, que no habían esperado nunca que atacaran a su comandante.

Darius se aprovechó de su sorpresa. Se abalanzó hacia delante, desenfundó un puñal de su cintura, le cortó el cuello a uno, seguidamente dio una vuelta y, en el mismo movimiento, se lo clavó a otro.

Los dos lo miraron fijamente, con los ojos abiertos como platos, como incrédulos de que esto les pudiera pasar ellos, la sangre salía a borbotones de sus gargantas, mientras caían sobre sus rodillas, y a continuación se desplomaban, muertos.

Darius se preparó para lo peor, su atrevido movimiento lo había dejado vulnerable al ataque y uno de los oficiales se abalanzó hacia delante y apuntó con su espada de acero directo a su cabeza. En aquel momento Darius deseaba tener armadura, un escudo, una espada para parar el golpe, lo que fuera. Pero no era así. Había quedado vulnerable al ataque y, ahora, sabía que pagaría el precio. Al menos moriría como un hombre libre.

Un fuerte sonido metálico rompió en el aire y, al mirar, Darius vio a Raj a su lado, parando el golpe con su propia espada. Darius echó un vistazo y se dio cuenta de que Raj le había quitado la espada al soldado muerto, había corrido hacia adelante y había parado el golpe en el último momento.

Otro sonido metálico rasgó el aire y, al mirar hacia el otro lado, Darius vio que Desmond paraba otro golpe que iba dirigido a él. Raj y Desmond corrían hacia delante, atacando a sus oponentes, que no habían previsto la defensa. Se movían como posesos, el sonido de sus espadas echaba chispas al encontrarse con las de sus contrincantes, haciéndolos retroceder y, a continuación, cada uno de ellos asestó un golpe mortal antes de que los soldados del Imperio pudieran defenderse en absoluto.

Los dos soldados cayeron al suelo, muertos.

Darius sintió una ráfaga de gratitud hacia su hermanos, estaba encantado de tenerlos aquí, luchando a su lado. Ya no se enfrentaba solo al ejército.

Darius agarró la espada y el escudo del cuerpo del comandante muerto y entonces se unió a Desmond y a Raj mientras corrían hacia delante para atacar a los seis oficiales de su séquito que quedaban. Darius puso la espada en alto

y disfrutó de su peso, era tan agradable empuñar una espada de verdad, un escudo de verdad. Se sentía invencible.

Darius se echó hacia delante y paró el golpe de una poderosa espada con su escudo a la vez que asestaba una puñalada con la espada entre los pliegues de la armadura de un soldado del Imperio, apuñalándolo en el hombro; el soldado hizo un gruñido y cayó sobre sus rodillas.

Se dio la vuelta y balanceó su escudo, parando un golpe por el lado, entonces giró y usó el escudo como arma, golpeando a otro atacante en la cara y haciéndolo caer. Entonces dio vueltas con su espada y se la clavó a otro atacante en el estómago, matándolo justo antes de que el soldado, con las manos levantadas por encima de su cabeza, pudiera asestarle un golpe en el cuello a Darius.

Raj y Desmond embistieron hacia delante, también, a su lado, yendo golpe a golpe con los otros soldados, el sonido metálico resonando fuerte en sus oídos. Darius pensaba en todos sus entrenamientos con espadas de madera y ahora, en la batalla, veía lo grandes guerreros que eran. Mientras se balanceaba se daba cuenta de lo mucho que lo habían curtido sus entrenamientos. Se preguntaba si podría haber ganado sin ellos. Y estaba dispuesto a ganar por él mismo, con sus dos manos y a no recurrir nunca, nunca al poder mágico que estaba escondido en algún sitio en lo profundo de su ser y que él no comprendía del todo- o no *quería* comprender.

Mientras Darius, Desmond y Raj abatían a lo que quedaba del séquito, mientras estaban allí solos en medio del campo de batalla, los otros centenares de soldados del Imperio en la distancia finalmente se reunieron. Se congregaron, soltaron un gran grito de guerra y embistieron hacia ellos.

Darius observaba desde allí, respirando con dificultad, con la espada ensangrentada en la mano y se dio cuenta de que no podía correr hacia ningún lugar. Cuando los perfectos escuadrones de soldados se pusieron en acción, entendió que la muerte se estaba dirigiendo hacia ellos. Se mantuvo firme, al igual que Desmond y Raj, se secó el sudor de la frente y se encaró a ellos. No se echaría atrás, por nadie.

Entonces hubo otro gran grito de guerra, esta vez proveniente de detrás, y Darius echó un vistazo hacia atrás y se sorprendió gratamente al ver a todos sus aldeanos atacando, reuniéndose. Divisó a varios de sus hermanos de armas

corriendo hacia delante, recogiendo espadas y escudos de los soldados del Imperio caídos, apresurándose a unirse a sus filas. Darius estaba orgulloso de ver que los aldeanos cubrían el campo de batalla como una ola, recogiendo y armándose con acero y armas, y pronto varias docenas de ellos iban armados con armas de verdad. Aquellos que no tenían acero empuñaban improvisadas armas talladas en madera, docenas de los más jóvenes, los amigos de Darius, empuñaban lanzas cortas de madera que habían afilado en punta y llevaban pequeños arcos y flechas de madera a los lados, claramente deseosos de una batalla como esta.

Todos embestían juntos, a una, cada uno de ellos luchando por sus vidas mientras se unían a Darius para enfrentarse al ejército del Imperio.

Una enorme bandera ondeaba en la distancia, una trompeta sonó y el ejército del Imperio se movilizó. El sonido metálico de las armaduras llenaba el aire mientras centenares de soldados del Imperio marchaban hacia delante a una, bien disciplinados, un muro de hombres, hombro a hombro, manteniendo las filas a la perfección mientras se dirigían hacia la multitud de aldeanos.

Darius dirigía a sus hombres en el ataque, todos ellos claramente sin miedo a su lado, y mientras se aproximaban a las filas del Imperio, Darius gritó:

“¡LANZAS!”

Su gente lanzó sus cortas lanzas al vuelo, pasando altas por encima de la cabeza de Darius, volando a través del aire y encontrando sus objetivos a lo largo del claro. Muchas de las lanzas de madera, no suficientemente afiladas, golpeaban las armaduras y rebotaban sin provocar ningún daño. Pero una cuantas encontraron pliegues en las armaduras y dejaron sus marcas y un puñado de soldados del Imperio gritaron, cayendo en la distancia.

“¡FLECHAS!” exclamó Darius, todavía atacando, con la espada en alto, cerrando el vacío.

Varios aldeanos se detuvieron, apuntaron y soltaron una descarga de flechas de madera afiladas, docenas de ellas dibujando arcos altos en el aire, a través del claro, para sorpresa del Imperio, que claramente no había previsto una lucha- y mucho menos que los aldeanos tuvieran armas. Muchas rebotaban sin provocar daños en las armaduras, pero una cantidad suficiente hicieron diana, impactando a los soldados en la garganta y en sus articulaciones,

haciendo caer a unos cuantos más.

“¡PIEDRAS!” vociferó Darius.

Varias docenas de aldeanos dieron un paso al frente y, usando sus hondas, lanzaron piedras.

Una cortina de pequeñas piedras caía como granizo por los cielos y el sonido de piedras golpeando las armaduras llenaba el aire. Unos cuantos soldados, a quienes las piedras habían golpeado en la cara, cayeron al suelo, mientras muchos otros se detenían y levantaban sus escudos o sus manos para parar el asalto.

Esto ralentizó al Imperio y añadió un elemento de incertidumbre a sus filas, pero no los detuvo. Ellos avanzaban más y más, sin romper nunca las filas, incluso con flechas, lanzas y piedras atacándoles. Simplemente alzaron sus escudos, demasiado arrogantes como para agacharse, marchando con sus brillantes alabardas de acero directas al aire, sus largas espadas de acero balanceándose en sus cinturones, haciendo un sonido metálico en la luz de la mañana. Darius observaba cómo avanzaban y sabía que era un ejército profesional el que se dirigía hacia él. Sabía que era una ola de muerte.

Se oyó un repentino ruido sordo y Darius alzó la vista y vio tres enormes zertas desmarcándose de las primeras líneas y embistiendo hacia ellos, un oficial montaba en cada uno de ellos, empuñando largas alabardas. Los zertas embestían, con furia en sus rostros, levantando olas de polvo.

Darius se preparaba mientras uno de ellos se le acercaba, el soldado se mofaba de él al levantar su alabarda arrojándosela, de repente. A Darius la velocidad lo cogió desprevenido y, en el último momento, la esquivó, librándose por poco.

Pero el aldeano de detrás suyo, un chico al que conocía de siempre, no tuvo tanta suerte. Gritó de dolor cuando la alabarda le perforó el pecho, la sangre salía a borbotones de su boca mientras caía de espaldas, mirando fijamente al cielo.

Darius, llevado por la rabia, se dio la vuelta y se encaró al zerta. Esperó y esperó, sabiendo que si no calculaba el tiempo a la perfección, sería pisoteado hasta la muerte.

En el último segundo, Darius se apartó del camino rodando sobre sí mismo en el suelo y balanceó su espada, cortando las patas del zerta desde abajo.

El zerta chilló y cayó de cabeza al suelo, su jinete salió volando y fue a parar al grupo de aldeanos.

Un aldeano salió de entre la multitud y corrió hacia delante, sujetando una piedra grande por encima de su cabeza. Al darse la vuelta, Darius se sorprendió al ver que se trataba de Loti- la llevó en alto y, a continuación, la estampó contra el casco del soldado, matándolo.

Darius escuchó el ruido de un galope y se dio la vuelta para descubrir a otro zerta que se le echaba encima. El soldado, a horcajadas encima de él, levantó su lanza y apuntó hacia él. No había tiempo para reaccionar.

Un gruñido rasgó el aire y Darius se sorprendió al ver a Dray aparecer de repente, dando un salto alto en el aire hacia delante y morder el pie del soldado justo cuando arrojaba la lanza. El soldado se tambaleó hacia delante y la lanza fue directa hacia abajo, al barro. Se tambaleó y cayó del zerta de lado y, al golpear el suelo, varios aldeanos se abalanzaron sobre él.

Darius miró a Dray, que fue corriendo a su lado, agradecido a él para siempre.

Darius oyó otro grito de guerra y, al girarse, descubrió a otro oficial del Imperio cargando hacia él, levantando su espada y dirigiéndola hacia abajo, hacia él. Darius se dio la vuelta y lo esquivó, lanzando por los aires con un golpe de espada la otra espada antes de que pudiera alcanzarle el pecho. Entonces Darius giró y propinó una patada en los pies al soldado desde abajo. Este cayó al suelo y Darius le dio una patada en la mandíbula antes de que pudiera levantarse, dejándolo fuera de combate para siempre.

Darius observó cómo Loti pasaba corriendo por su lado lanzándose de cabeza al grosor de la lucha mientras arrancaba una espada de la cintura de un soldado muerto. Dray se lanzó hacia delante para protegerla y a Darius le preocupó verla en medio de la lucha y deseaba proporcionarle seguridad.

Loc, su hermano, se le adelantó. Corrió hacia delante y agarró a Loti por detrás, haciendo que soltara la lanza.

“¡Debemos marcharnos de aquí!” dijo. “¡Este no es lugar para ti!”

“¡Este es el único lugar para mí!” insistió ella.

Sin embargo, Loc, incluso con una sola mano buena, era sorprendentemente fuerte y consiguió arrastrarla, protestando y dando patadas, lejos del grosor de la batalla. Darius le estaba más agradecido de lo que podía

decir.

Darius oyó el sonido del acero a su lado y, al darse la vuelta, vio a uno de sus hermanos de armas, Kaz, luchando contra un soldado del Imperio. Mientras Kaz una vez había sido un abusón y un dolor de muelas para Darius, ahora debía admitir que estaba feliz de tener a Kaz a su lado. Él veía cómo Kaz iba de un lado para el otro con el soldado, un guerrero formidable, golpe a golpe, hasta que al final el soldado, en un movimiento inesperado, venció a Kaz y tiró la espada de su mano.

Kaz estaba allí, indefenso, con el miedo en el rostro por primera vez desde que Darius podía recordar. El soldado del Imperio, con sangre en sus ojos, dio un paso adelante para acabar con él.

De repente, se oyó un ruido metálico y el soldado se congeló y cayó de cara al suelo. Muerto.

Los dos echaron un vistazo y Darius se quedó perplejo al ver allí a Luzi, la mitad del tamaño de Kaz, sujetando una honda en su mano, vacía por haber disparado recientemente. Luzi sonrió satisfecho a Kaz.

“¿Te arrepientes ahora de haber abusado de mí?” le dijo a Kaz.

Kaz lo miró fijamente, sin habla.

Darius estaba impresionado de que Luzi, después de la manera en que Kaz lo había atormentado durante todos sus días de entrenamiento, se había acercado a salvar su vida. Esto inspiraba a Darius a luchar con más fuerza.

Darius, viendo al zerta abandonado pisoteando salvajemente a sus filas, se apresuró hacia delante, corrió a su lado y lo montó.

El zerta daba salvajes sacudidas, pero Darius resistía, sujetándose fuerte, decidido. Finalmente, lo controló y consiguió darle la vuelta y dirigirlo hacia las filas del Imperio.

Su zerta galopaba tan rápido que apenas podía controlarlo, llevándolo lejos de todos sus hombres, directo a embestir sin ayuda alguna el grosor de las filas del Imperio. El corazón de Darius latía con mucha fuerza en su pecho mientras se acercaba al muro de soldados. Parecía impenetrable desde aquí. Y aún así, no había vuelta atrás.

Darius se obligó a que su valentía lo llevara. Cargó directo hacia ellos y, mientras lo hacía, daba golpes salvajemente con su espada.

Desde esta ventajosa posición alta, Darius daba golpes con su espada a un

lado y a otro, llevándose a docenas de sorprendidos soldados del Imperio, que no habían previsto que los atacara un zerta. Se abrió camino entre las filas a una velocidad cegadora, separando el mar de soldados, llevado por el fragor del momento cuando, de repente, sintió un horrible dolor en el costado. Sintió como si las costillas se le hubieran partido en dos.

Darius perdió el equilibrio y salió volando por los aires. Dio un fuerte golpe en el suelo, sintiendo un dolor punzante en el costado y se dio cuenta de que le habían golpeado con la bola de metal de un mayal. Estaba tumbado en el suelo, en el mar de soldados del Imperio, lejos de su gente.

Mientras estaba allí tumbado, su cabeza resonaba y el mundo se le volvió borroso, miró a la distancia y vio que estaban rodeando a su gente. Ellos luchaban con valentía, pero estaban en clara desventaja numérica, demasiado descompensados. Estaban haciendo una carnicería con sus hombres, sus gritos llenaban el aire.

La cabeza de Darius, demasiado pesada, cayó hacia el suelo y, allí tumbado, miró hacia arriba y vio a todos los soldados del Imperio acercándose a él. Estaba allí tumbado, agotado, y sabía que su vida pronto se acabaría.

Al menos, pensó, moriría con honor.

Al menos, finalmente, era libre.

CAPÍTULO DOS

Gwendolyn estaba en la cima de la colina, observando el amanecer en el cielo del desierto y su corazón palpitaba con expectación mientras se preparaba para atacar. Observando la confrontación del Imperio con los aldeanos desde lejos, había hecho marchar a sus hombres aquí, rodeando el campo de batalla desde lejos y posicionándolos detrás de las líneas del Imperio. El Imperio, demasiado concentrados en los aldeanos, en la batalla de allá abajo, no los habían visto venir. Y ahora, que los aldeanos empezaban a morir allá abajo, era el momento de hacérselo pagar.

Desde que Gwendolyn había decidido que sus hombres dieran media vuelta para ayudar a los aldeanos, había sentido una abrumadora sensación de destino. Ganaran o perdieran, sabía que hacerlo era lo correcto. Había visto cómo se desplegaba la confrontación desde arriba de la sierra, había visto cómo los ejércitos del Imperio se aproximaban con sus zertas y sus soldados profesionales y esto le refrescó sus sentimientos, recordándole la invasión del Anillo de Andrónico y, después, de Rómulo. Había observado a Darius, dando un paso al frente él solo, para enfrentarse a ellos y su corazón se había llenado de esperanza al presenciar cómo mataba a aquel comandante. Era algo que Thor habría hecho. Que ella misma habría hecho.

Gwen ahora estaba allí, Krohn gruñendo en voz baja a su lado, Kendrick, Steffen, Brandt, Atme, docenas de Plateados y centenares de sus hombres todos detrás de ella, todos llevando las armaduras de acero que tenían desde que dejaron el Anillo, todos con sus armas de acero, todos aguardando pacientemente sus órdenes. El suyo era un ejército profesional y no habían luchado desde que fueron exiliados de su tierra.

El momento había llegado.

“¡AHORA!” gritó Gwen.

Entonces se levantó un gran grito de batalla mientras todos sus hombres, dirigidos por Kendrick, corrían colina abajo, sus voces parecían las de miles de leones en la primera luz de la mañana.

Gwen observaba cómo sus hombres alcanzaban las líneas del Imperio y cómo los soldados del Imperio, preocupados por luchar contra los aldeanos, se daban la vuelta lentamente, desconcertados, claramente sin entender quién

los podía estar atacando y por qué. Estaba claro que estos soldados del Imperio nunca antes habían sido cogidos desprevenidos y menos aún por un ejército profesional.

Kendrick no les dio tiempo a reagruparse, a digerir lo que estaba sucediendo. Se abalanzó hacia delante, apuñalando al primer hombre que encontró y Brandt, Atme, Steffen y las docenas de Plateados que estaban a su lado se unieron a él, gritando mientras clavaban sus armas en los soldados. Todos sus hombres tenían rencor acumulado, todos morían por luchar, anhelaban la venganza contra el Imperio y por haber estado encerrados ociosos demasiados días dentro de la cueva. Gwen sabía que habían anhelado soltar su ira hacia el Imperio desde que habían abandonado el Anillo y en esta batalla habían encontrado la salida perfecta. En los ojos de cada uno de ellos ardía un fuego, un fuego que sostenía las almas de todos los seres queridos que habían perdido en el Anillo y en las Islas Superiores. Era una necesidad de venganza que habían llevado a través del mar. Gwen entendía que, en muchos aspectos, la causa de los aldeanos, incluso al otro lado del mundo, también era su causa.

Los hombres gritaban mientras luchaban mano a mano, Kendrick y los demás usaban el ímpetu del momento para abrirse camino a cuchillazos hacia la lucha, llevándose filas de soldados del Imperio antes incluso de que pudieran replegarse. Gwen estaba muy orgullosa de observar a Kendrick parar dos golpes con su escudo, dar una vuelta sobre sí mismo y golpear a un soldado en la cara con él y después a otro en el pecho. Observó cómo Brandt daba una patada en las piernas a un soldado desde abajo, después lo apuñalaba por la espalda y le atravesaba el corazón, clavándole su espada con ambas manos. Vio cómo Steffen empuñaba su corta espada y cortaba una pierna a un soldado, entonces daba un paso al frente y golpeaba a otro soldado en la ingle y le daba un cabezazo, dejándolo fuera de combate. Atme balanceó su mayal y se llevó a dos soldados de un golpe.

“¡Darius!” gritó una voz.

Gwen divisó a Darius en el suelo, sobre su espalda y rodeado por el Imperio, que se acercaba. Su corazón dio un salto por la preocupación, pero observó con gran satisfacción cómo Kendrick se apresuraba hacia delante y alzaba su escudo, salvando a Darius de un golpe de hacha que iba directo a

golpearle la cara.

Sandara dio un grito y Gwen pudo ver su alivio, pudo ver cuánto quería a su hermano.

Gwendolyn cogió un arco de uno de los soldados que hacían guardia a su lado. Colocó una flecha, la tiró hacia atrás y apuntó.

“¡ARQUEROS!” exclamó.

A su alrededor, docenas de arqueros apuntaron, echando hacia atrás sus arcos, aguardando sus órdenes.

“¡FUEGO!”

Gwen disparó su flecha hacia el cielo, por encima de sus hombres y, al hacerlo, su docena de arqueros dipararon también.

La descarga fue a parar al grueso de soldados del Imperio que quedaba y se oyeron gritos mientras una docena de soldados caían sobre sus rodillas.

“¡FUEGO!” exclamó de nuevo.

Entonces vino otra descarga; y después otra.

Kendrick y sus hombres se apresuraron hacia allí, matando a todos aquellos hombres que las flechas habían hecho caer de rodillas.

Los soldados del Imperio se vieron forzados a abandonar el ataque a los aldeanos y, en cambio, su ejército dio media vuelta y se enfrentó a los hombres de Kendrick.

Esto les dio una oportunidad a los aldeanos. Lanzaron un fuerte grito mientras cargaban hacia delante, apuñalando por la espalda a los soldados del Imperio, que ahora estaban siendo asesinados por ambos lados.

Los soldados del Imperio, presionados entre dos fuerzas hostiles, con sus números menguando rápidamente, empezaban finalmente a darse cuenta de que estaban siendo superados en táctica. Sus filas de cientos de hombres pronto menguaron a docenas y los que quedaban se dieron la vuelta e intentaron huir a pie, sus zertas habían sido asesinados o tomados como rehenes.

No llegaban muy lejos antes de ser cazados y asesinados.

Se alzó un gran grito de triunfo de los aldeanos y los hombres de Gwendolyn. Todos ellos se runieron, gritando de alegría, abrazándose los unos a los otros como hermanos y Gwendolyn bajó corriendo por la ladera para unirse a ellos, con Krohn a sus pies, metiéndose en aquel grosor, con hombres a su alrededor, el fuerte olor de sudor y miedo en el aire, la sangre fresca

corriendo por el suelo del desierto. Aquí, en este día, a pesar de todo lo que había sucedido en el Anillo, Gwen sintió un momento de triunfo. Era una victoria gloriosa aquí en el desierto, los aldeanos y los exiliados del Anillo reunidos juntos, unidos para desafiar al enemigo.

Los aldeanos habían perdido muchos hombres buenos y Gwen había perdido algunos de los suyos. Pero, al menos, Gwen estaba aliviada de ver que Darius estaba vivo y, con ayuda, se levantaba torpemente.

Gwen sabía que el Imperio tenía millones de hombres más. Sabía que el día de la venganza llegaría.

Pero aquel día no era hoy. Hoy no había tomado la decisión más sabia, pero había tomado la más valiente. La correcta. Sentía que era una decisión que su padre hubiera tomado. Había escogido el camino más difícil. El camino de lo que era correcto. El camino de la justicia. El camino del valor. Y, a pesar de lo que pudiera venir, aquel día había vivido.

Realmente había vivido.

CAPÍTULO TRES

Volusia estaba en el balcón de piedra mirando hacia abajo, el patio de adoquines de Maltolis se desplegaba bajo ella y lejos, allá abajo, veía el cuerpo en postura desgarbada del Príncipe, allí tumbado, inmóvil, sus extremidades extendidas en una posición grotesca. Parecía tan lejos desde allá arriba, tan minúsculo, tan desprovisto de poder y Volusia se maravillaba de cómo, tan solo unos instantes antes, había sido uno de los gobernadores más poderosos del Imperio. Esto le recordó lo frágil que era la vida, la ilusión que representaba el poder y, por encima de todo, cómo ella, de infinito poder, poseía el poder de la vida y la muerte sobre cualquiera. Ahora nadie, ni tan solo un gran príncipe, podía detenerla.

Mientras ella estaba allí, mirando hacia fuera, se levantaron los gritos de los miles de hombres de él a lo largo y ancho de la ciudad, los conmocionados ciudadanos de Maltolis, quejándose, su sonido llenaba el patio y se levantaba como una plaga de langostas. Gemían, gritaban y golpeaban sus cabezas contra los muros de piedra; se echaban al suelo, como niños enojados y se arrancaban el pelo del cuero cabelludo. Al verlos, pensó Volusia, uno pensaría que Maltolis había sido un líder benevolente.

“¡NUESTRO PRÍNCIPE!” exclamó uno de ellos, un grito repetido por muchos otros mientras todos ellos corrían hacia delante, lanzándose sobre el cuerpo del Príncipe loco, sollozando y convulsionando mientras se agarraban a él.

“¡NUESTRO QUERIDO PADRE!”

Las campanas de repente tocaron por toda la ciudad, una larga sucesión de tañidos, resonando entre ellos. Volusia escuchó un alboroto y, al levantar la vista, observó a centenas de tropas de Maltolis marchando a toda prisa a través de las puertas de la ciudad, hacia el patio de la ciudad, en filas de dos, la compuerta de rejas se levantó para permitirles la entrada. Todos ellos se dirigían al castillo de Maltolis.

Volusia sabía que había provocado un acontecimiento que alteraría para siempre esta ciudad.

Entonces se oyó un repentino e insistente ruido retumbante en la gruesa puerta de roble de la habitación, que la hizo dar un salto. Era un golpe de

puerta incesante, el sonido de docenas de soldados, ruido metálico de armadura, golpeando con un ariete la gruesa puerta de roble del aposento del Príncipe. Volusia, por supuesto, la había atrancado y la puerta, de treinta centímetros de grosor, se suponía que resistiría el asedio. Sin embargo, sus bisagras iban cediendo, mientras los gritos de los hombres venían del otro lado. Con cada portazo se doblaba más.

Tras, tras, tras.

La habitación de piedra tembló y el antiguo candelabro de techo de metal, que colgaba de arriba de una viga de madera, se balanceó incontrolablemente antes de estrellarse contra el suelo.

Volusia estaba allí de pie y lo observaba todo con calma, anticipándolo todo. Ella sabía, por supuesto, que vendrían a por ella. Querían venganza y no la dejarían escapar.

“¡Abra la puerta!” gritó uno de sus generales.

Ella reconoció la voz- el líder de las fuerzas de Maltolis, un hombre sin gracia que había conocido hacía poco, con una voz baja y áspera- un hombre inepto pero un soldado profesional y con doscientos mil hombres a su disposición.

Y aún así, Volusia estaba allí y miraba a la puerta con calma, sin inmutarse, observándola con paciencia, esperando a que la derribaran. Evidentemente se la podría haber abierto, pero no les daría esa satisfacción.

Finalmente vino un tremendo estruendo y la puerta de madera cedió, reventando las bisagras y docenas de soldados, con el ruido de sus armaduras, entraron corriendo a la habitación. El comandante de Maltolis, que vestía su armadura ornamental y llevaba el cetro dorado que le daba derecho a llevar el mando del ejército de Maltolis, marcaba el camino.

Redujeron la velocidad hasta un paso rápido al verla allí de pie, sola, sin intención de correr. El comandante, con el ceño marcadamente fruncido en la cara, marchó directamente hacia ella y se detuvo bruscamente a muy pocos metros de ella.

La miró fijamente con odio y, detrás de él, se detuvieron todos sus hombres, bien disciplinados, y aguardaron sus órdenes.

Volusia seguía allí con calma, mirándolos con una ligera sonrisa y se dio cuenta de que su entereza debía haberlos descolocado, pues él parecía

aturdido.

“¿Qué ha hecho, mujer?” pidió él, agarrando con fuerza su espada. “Ha venido com invitada a nuestra ciudad y ha matado a nuestro gobernador. El elegido. El que no se puede matar.”

Volusia les sonrió y respondió con calma:

“Se equivoca bastante, General”, dijo ella. “Yo soy la que no sepuede matar. Tal y como acabo de demostrar aquí hoy”.

Él negó con la cabeza, furioso.

“¿Cómo puede ser tan estúpida?” dijo él. “Está claro que debía saber que la mataríamos a usted y a sus hombres, que no existe ningún sitio al que correr, ninguna manera de escapar de este lugar. Aquí, sus pocos soldados están rodeados por centenares de miles de los nuestros. Está claro que debía saber que su acto de hoy aquí le supondría su sentencia de muerte, peor, su encarcelamiento y tortura. No tratamos con amabilidad a nuestros enemigos, por si no lo había notado”.

“De hecho, lo he notado, General, y lo admiro”, respondió ella. “Y aún así, no me pondrá la mano encima. Ninguno de sus hombres lo hará”.

Él negó con la cabeza, molesto.

“Está más loca de lo que pensaba”, dijo él. “Yo llevo el cetro dorado. Todos nuestros ejércitos harán lo que diga. *Exactamente* lo que yo diga”.

“¿Lo harán?” preguntó lentamente, con una sonrisa en la cara.

Poco a poco, Volusia se dio la vuelta y miró por la ventana al aire libre, hacia abajo al cuerpo del Príncipe, que ahora alzaban sobre sus hombros unos lunáticos y llevaban por toda la ciudad como un mártir.

De espaldas a él, se aclaró la garganta y continuó.

“No dudo, General”, dijo ella, “que sus fuerzas están bien entrenadas. O que seguirán a aquel que lleve el cetro. Su fama les precede. También sé que son inmensamente más grandes que las mías. Y que no existe manera de escapar de aquí. Pero, mire, no deseo escapar. No me hace falta”.

Él la miró, desconcertado, y Volusia se dio la vuelta y echó una mirada por la ventana, peinando el patio. En la distancia divisó a Koolian, su hehicero, de pie entre la multitud, ignorando a todos los demás y mirando hacia arriba, únicamente hacia ella, con sus brillantes ojos verdes y su cara llena de verrugas. Llevaba puesta su túnica negra, inconfundible entre la multitud, sus

brazos cruzados reposadamente, con su cara pálida mirando hacia ella, parcialmente escondida tras la capucha, aguardando sus órdenes. Allí estaba él, el único que estaba tranquilo, paciente y disciplinado en esta caótica ciudad.

Volusia le hizo una casi imperceptible señal con la cabeza y vio que él inmediatamente le hacía otra.

Lentamente, Volusia se dio la vuelta y, con una sonrisa en la cara, miró al general.

“Puede entregarme el cetro ahora”, dijo ella, “o puedo matarlos a todos y cogerlo yo misma”.

Él la miró, estupefacto, entonces negó con la cabeza y, por primera vez, sonrió.

“Conozco personas ilusas”, dijo él. “Serví a una durante años. pero usted...usted está en una categoría propia. Muy bien. Si desea morir de este modo, que así sea”.

Dio un paso adelante y desenfundó la espada.

“Me va a gustar matarla”, añadió él. “Quise hacerlo desde el momento en que vi su cara. Toda aquella arrogancia, suficiente para poner malo a un hombre”.

Se acercó a ella y, mientras lo hacía, Volusia se giró y de repente vio a Koolian de pie a su lado en la habitación.

Koolian se dio la vuelta y lo miró fijamente, aturdido por su repentina aparición de la nada. Allí estaba, enmudecido, claramente sin haber previsto esto y claramente sin saber qué hacer con él.

Koolian se echó la capucha hacia atrás y lo miró con desprecio con su grotesco rostro, demasiado pálido, con sus ojos blancos, dando vueltas y lentamente levantó las manos.

Mientras lo hacía, de repente, el comandante y todos sus hombres cayeron sobre sus rodillas. Chillaron y levantaron las manos hacia sus oídos.

“¡Detenga esto!” exclamó él.

Poco a poco, la sangre manaba de sus orejas y, uno a uno, caían al suelo de piedra, inmóviles.

Muertos.

Volusia dio un paso adelante lentamente, con calma, se agachó y agarró el

cetno dorado de la mano del comandante muerto.

Lo elevó en alto y lo examinó a la luz, admirando su peso, la manera cómo brillaba. Era algo siniestro.

Hizo una amplia sonrisa.

Pesaba incluso más de lo que ella había imaginado.

*

Volusia estaba justo pasado el foso, fuera de los muros de la ciudad de Maltolis, su hechicero, Koolian, su asesino, Aksan y el comandante de sus fuerzas volusianas, Soku, detrás de ella, y ella miraba hacia el vasto ejército maltolisiano reunido ante ella. Tan lejos como la vista le alcanzaba podía ver que las planicies desiertas estaban llenas de los hombres de Maltolis, doscientos mil de ellos, un ejército más grande de lo que jamás había visto. Incluso para ella, era impresionante.

Allí estaban pacientemente, sin un líder, todos mirándola a ella, Volusia, que estaba en una tarima elevada, de cara a ellos. La tensión se sentía espesa en el aire y Volusia podía sentir que todos ellos estaban esperando, reflexionando, decidiendo si la mataban o la servían.

Volusia los observaba con orgullo, sintiendo su destino delante de ella y lentamente alzó el cetro dorado por encima de su cabeza. Se giró lentamente, en todas direcciones, para que todos pudieran verla a ella, al cetro, brillando al sol.

“¡MI PUEBLO!” dijo en voz alta. “Yo soy la diosa Volusia. Vuestro príncipe está muerto. Yo soy la que lleva el cetro ahora; soy a quien seguiréis. Seguidme, y ganaréis la gloria, riquezas y todos los deseos de vuestros corazones. Quedaos aquí y os consumiréis y moriréis en este lugar, bajo la sombra de estos muros, bajo la sombra del cadáver de un líder que nunca os amó. Lo servisteis en la locura; a mí me serviréis en la gloria, en la conquista y, finalmente, tendréis al líder que merecéis”.

Volusia levantó el cetro más arriba, mirándolos, encontrando sus disciplinadas miradas, sintiendo su destino. Sentía que era invencible, que nada se interpondría en su camino, ni siquiera aquellos centenares de miles de hombres. Sabía que ellos, como todo el mundo, se inclinarían ante ella. Lo

veía suceder en el ojo de su mente; después de todo, era una diosa. Vivía en un reino por encima de los hombres. ¿Qué elección les quedaba?

Tan seguro como lo visualizaba, se oyó un lento ruido de armadura y, uno a uno, todos los hombres delante de ella pusieron una rodilla en el suelo, uno tras otro. Un gran ruido de armaduras se extendió a lo largo del desierto, mientras todos se arrodillaban ante ella.

“¡VOLUSIA!” cantaban en voz baja, una y otra vez.

“¡VOLUSIA!”

“¡VOLUSIA!”

CAPÍTULO CUATRO

Godfrey sentía cómo el sudor caía por su nuca mientras se apiñaba dentro del grupo de esclavos, procurando no quedarse en el medio y no ser visto mientras se abrían camino por las calles de Volusia. Otro chasquido cortó el aire y Godfrey gritó de dolor cuando la punta de un látigo le golpeó por detrás. La esclava de detrás suyo gritó mucho más fuerte, pues el látigo iba principalmente dirigido a ella. Le golpeó firmemente en la espalda y ella gritó y se tambaleó hacia delante.

Godfrey se acercó y la cogió antes de que se desplomara, actuando por impulso, sabiendo que ponía su vida en peligro al hacerlo. Ella recobró el equilibrio y se giró hacia él, con el pánico y el miedo en su rostro y, al verlo, sus ojos se abrieron como platos por la sorpresa. Estaba claro que no esperaba verlo, un humano, de piel clara, caminando libremente a su lado, sin grilletes. Godfrey le hizo un gesto rápido con la cabeza y levantó un dedo hacia su boca, pidiéndole que estuviera en silencio. Afortunadamente, lo hizo.

Entonces se oyó otro chasquido de látigo y Godfrey miró y vio a unos capataces dirigiéndose al convoy, golpeando a los esclavos sin mucha atención, claramente con el deseo de que su presencia se notara. Al echar un vistazo hacia atrás vio, justo detrás de él, las caras de pánico de Akorth y Fulton, con los ojos moviéndose rápidamente y, a su lado, los rostros decididos de Merek y Ario. Godfrey se maravilló de que estos dos chicos mostraran más compostura y valentía que Akorth y Fulton, dos hombres hechos y derechos y, sin embargo, borrachos.

Ellos marchaban y marchaban y Godfrey sentía que se estaban aproximando a su destino, donde quiera que fuera. Por supuesto, no podía permitir que llegaran allí: tenía que dar un paso pronto. Había cumplido su objetivo, había conseguido entrar en Volusia, pero ahora debía liberarse de este grupo, antes de que los descubrieran a todos.

Godfrey miró a su alrededor y vio algo que agradeció: ahora los capataces estaban reuniéndose en su mayoría al frente de este convoy de esclavos. Tenía sentido, por supuesto. Dado que todos los esclavos estaban encadenados juntos, estaba claro que no podían correr hacia ningún lugar y a los capataces, evidentemente, no les hacía falta vigilar la parte de atrás. Aparte del capataz

solitario que andaba arriba y debajo de las filas azotándolos, no había nadie que les impidiera escaparse por la parte de atrás del convoy. Podían escapar, deslizarse inadvertidamente y en silencio hacia las calles de Volusia.

Godfrey sabía que debían actuar rápidamente; y aún así su corazón palpitaba cada vez que consideraba dar el atrevido paso. Su cuerpo le decía que lo hiciera y, sin embargo, su cuerpo continuaba dudando, sin acabar de reunir el valor.

Godfrey todavía no podía creer que estuvieran aquí, que realmente habían conseguido atravesar estos muros. Parecía un sueño, pero un sueño que iba empeorando. El mareo del vino iba desapareciendo, y cuanto más lo hacía, más se daba cuenta de lo profundamente mala idea que todo esto era.

“Tenemos que salir de aquí”, Merek se inclinó hacia delante y suspiró con insistencia. “Tenemos que dar un paso”.

Godfrey negó con la cabeza y tragó saliva, el sudor le escocía en los ojos. Una parte de él sabía que tenía razón; sin embargo, otra parte de él le hacía esperar exactamente al momento adecuado.

“No”, respondió. “Todavía no”.

Godfrey miró a su alrededor y vio todo tipo de esclavos encadenados y arrastrados a través de las calles de Volusia, no solo aquellos con la piel más oscura. Parecía que el Imperio había conseguido esclavizar todo tipo de razas de todas las esquinas del Imperio, todo aquel y cualquiera que no fuera de la raza del Imperio, todos los que no compartieran su brillante piel amarilla, su extraordinaria altura, sus anchos hombros y los pequeños cuernos detrás de las orejas.

“¿A qué estamos esperando?” preguntó Ario.

“Si corremos hacia las calles abiertas”, dijo Godfrey, “podríamos llamar demasiado la atención. Nos podrían coger también. Debemos esperar”.

“¿Esperar a qué?” insistió Merek, con frustración en su voz.

Godfrey negó con la cabeza, interrumpiéndolo. Sentía como si su plan estuviera derrumbándose.

“No lo sé”, dijo.

Giraron todavía en otra esquina y, al hacerlo, la ciudad de Volusia entera se abrió ante ellos. Godfrey contempló la vista, sobrecogido.

Era la ciudad más increíble que jamás había visto. Godfrey, como hijo de

un rey, había estado en grandes ciudades, y en ciudades lujosas, y en ciudades ricas y en ciudades amuralladas. Había estado en algunas de las ciudades más hermosas del mundo. Pocas ciudades podían rivalizar con la majestuosidad de una Savaria, una Silesia o, por encima de todas, la Corte del Rey. Él no se impresionaba fácilmente.

Pero nunca había visto algo así. Era una combinación de belleza, orden, poder y riqueza. Sobre todo riqueza. La primera cosa que sorprendió a Godfrey fueron todos los ídolos. Por todas partes, situadas por toda la ciudad, había estatuas, ídolos hechos dioses que Godfrey no reconocía. Uno parecía ser el dios del mar, otro el del cielo, otro el de las colinas... Por todas partes había grupos de personas inclinándose ante ellos. En la distancia, alzándose sobre la ciudad, había una enorme estatua de oro de Volusia, que se levantaba a unos treinta metros de altura. Multitudes de personas se inclinaban a sus pies.

La siguiente cosa que sorprendió a Godfrey fueron las calles, pavimentadas de oro, brillantes, inmaculadas, todo meticulosamente pulcro y limpio. Todos los edificios estaban hechos de una piedra perfectamente tallada, ni una sola piedra estaba fuera de lugar. Las calles de la ciudad se alargaban interminablemente, la ciudad parecía extenderse hacia el horizonte. Lo que lo dejó de piedra todavía más fueron los canales y las vías navegables, entrelazándose a través de las calles, a veces en arcos, a veces en círculos, llevando las mareas azul celeste del océano y actuando como conductos, el petróleo que hacía que esta ciudad fluyera. Estas vías navegables estaban a rebosar de embarcaciones ornamentadas en oro, abriéndose camino cuidadosamente arriba y abajo, entrecruzándose por las calles.

La ciudad estaba llena de luz, que se reflejaba en el puerto, dominada por el omnipresente sonido de las olas al romper, ya que la ciudad, que tenía forma de herradura, abrazaba la orilla del puerto y las olas iban a para justo contra su rompeolas. Entre la destellante luz del océano, los rayos de los dos soles por encima y el omnipresente oro, Volusia cegaba terriblemente la vista. Enmarcándolo todo, a la entrada del puerto, había dos pilares altísimos, que casi alcanzaban el cielo, baluartes de fuerza.

Godfrey se dio cuenta de que esta ciudad fue construida para intimidar, para emanar riqueza, y hacía bien su trabajo. Era una ciudad que rezumaba

avances y civilización y, si Godfrey no hubiera conocido la crueldad de sus habitantes, hubiera sido una ciudad en la que le hubiera encantado vivir. Era muy diferente a cualquier cosa que pudiera ofrecer el Anillo. Las ciudades del Anillo fueron construidas para fortificar, proteger y defender. Eran humildes y discretas, como su gente. Estas ciudades del Imperio, por otro lado, eran abiertas, valientes y construidas para transmitir riqueza. Godfrey se dio cuenta de que tenía sentido: después de todo, las ciudades del Imperio no tenían a nadie de quien pudieran temer un ataque.

Godfrey escuchó un clamor más arriba y mientras giraban por un callejón y daban la vuelta a una esquina, de repente, un gran patio se abrió ante ellos, el puerto quedaba tras él. Era una amplia plaza de piedra, un importante cruce de caminos de la ciudad, una docena de calles salían de ella en una docena de direcciones. Todo esto se podía entrever a través de una arcada de piedra de unos casi veinte metros de altura. Godfrey sabía que una vez su séquito pasara a través de ella, todos ellos estarían al descubierto, desprotegidos, con todos los demás. No podrían escabullirse.

Todavía más desconcertante, Godfrey vio esclavos llegando a raudales desde todas direcciones, todos acompañados por capataces, esclavos de todas las esquinas del Imperio y de todo tipo de razas, todos encadenados, eran arrastrados hacia una plataforma alta en la base del océano. Los esclavos estaban encima de ella, mientras gente rica del Imperio los examinaban y pujaban por ellos. Todo parecía un salón de subastas.

Se oyó un grito de alegría y Godfrey vio cómo un noble del Imperio examinaba la mandíbula de un esclavo de piel blanca y pelo marrón enredado. El noble asintió satisfecho y un capataz se acercó y encadenó al esclavo, como si cerrara una transacción comercial. El capataz agarró al esclavo por la camisa desde atrás y lo lanzó desde la plataforma de cabeza al suelo. El hombre salió volando, golpeó fuertemente contra el suelo y la multitud gritó satisfecha, mientras varios soldados se acercaron y se lo llevaron arrastrando.

Otro séquito de esclavos apareció proveniente de otra esquina de la ciudad y Godfrey observó cómo empujaban a un esclavo hacia delante, el soldado más grande, unos treinta centímetros más alto que los demás, fuerte y sano. Un soldado del Imperio levantó su hacha y el esclavo respiró hondo.

Pero el capataz cortó las cadenas y el sonido del metal golpeando la

piedra sonó por todo el patio.

El esclavo miró fijamente al capataz, confundido.

“¿Soy libre?” preguntó.

Pero varios soldados corrieron hacia delante, agarraron al esclavo por los brazos y lo arrastraron hasta la base de una gran estatua dorada en la base del puerto, otra estatua de Volusia, con el dedo señalando hacia el mar y las olas rompiendo a sus pies.

La multitud se acercó mientras los soldados retenían al hombre, con la cabeza hacia abajo, de cara al suelo, al pie de la estatua.

“¡NO!” gritó el hombre.

El soldado del Imperio dio un paso adelante y empuñó de nuevo el hacha y, esta vez, decapitó al hombre.

La multitud gritó deleitada y todos se pusieron de rodillas y se inclinaron hasta el suelo, venerando la estatua mientras la sangre corría por sus pies.

“¡Un sacrificio para nuestra gran diosa!” exclamó el soldado. “¡Le dedicamos el primero y más selecto de nuestros frutos!”

La multitud volvió a gritar de alegría.

“No sé tú”, dijo Merek al oído a Godfrey, insistente, “pero no voy a ser el sacrificio para un ídolo. Hoy no”.

Entonces hubo el chasquido de otro latigazo y Godfrey vio que la puerta de entrada se estaba acercando. Su corazón palpitaba mientras reflexionaba sobre sus palabras y sabía que Merek tenía razón. Sabía que debía hacer algo, y rápidamente.

Godfrey se dio la vuelta al notar un movimiento repentino. Por el rabillo del ojo vio cinco hombres que llevaban túnicas y capuchas de un rojo brillante, caminando rápidamente calle abajo en dirección opuesta. Se dio cuenta de que tenían la piel blanca, las manos y los rostros pálidos, vio que eran más pequeños que las descomunales bestias de la raza del Imperio e, inmediatamente, supo quién eran: los Finianos. Una de las grandes habilidades de Godfrey era que era capaz de grabar historias en la memoria aunque estuviera bebido y había escuchado concienzudamente durante la pasada luna cómo el pueblo de Sandara había narrado historias de Volusia muchas veces junto al fuego. Había escuchado sus descripciones de la ciudad, de su historia, de todas las razas que estaban esclavizadas y de la única raza libre: los

Finianos. La única excepción de la regla. Se les había permitido vivir libres, generación tras generación, porque eran demasiado ricos para matarlos, tenían demasiados buenos contactos, la habilidad para hacerse indispensables y para negociar en el comercio del poder. Le habían contado que se les distinguía fácilmente por su piel demasiado pálida, por sus brillantes túnicas rojas y por su intenso pelo rojo.

Godfrey tuvo una idea. Era ahora o nunca.

“¡MOVEOS!” gritó a sus amigos.

Godfrey se dio la vuelta y se puso en acción, salió corriendo por la parte de atrás del séquito, ante las miradas perplejas de los esclavos encadenados. Los otros, observó con alivio, siguieron sus pasos.

Godfrey corrió, jadeando, con el bulto de los pesados sacos de oro en su cintura, al igual que los demás, tintineando mientras avanzaban. Más adelante divisó a los cinco Finianos girando en un estrecho callejón; corrió directo hacia ellos y solo rezaba para que pudieran girar la esquina sin ser vistos por los ojos del Imperio.

Godfrey, con el corazón retumbándole en los oídos, giró la esquina y vio a los Finianos delante de él y, sin pensarlo, saltó al aire y se abalanzó sobre el grupo por detrás.

Consiguió echar al suelo a tres de ellos, se hizo daño en las costillas al golpear la piedra y se revolcó con ellos. Miró hacia arriba y vio que Merek, siguiendo su iniciativa, derribó a otro, Akorth saltó y acorraló a uno de ellos y observó cómo Fulton saltaba sobre el último, el más pequeño del grupo. Godfrey se enojó al ver que Fulton fallaba, se quejaba y tropezaba hasta caer al suelo.

Godfrey dejó inconsciente a uno de ellos en el suelo y retenía a otro, pero observó con pánico al más pequeño todavía corriendo, libre, a punto de doblar la esquina. Echó un vistazo por el rabillo del ojo y vio que Ario caminaba hacia delante con calma, se agachaba a coger una piedra, la examinaba, se echaba hacia atrás y la lanzaba.

Un tiro perfecto, le dio al Finiano en la sien mientras estaba doblando la esquina y lo hizo caer inconsciente al suelo. Ario corrió hacia él, le quitó su túnica y empezó a ponérsela, entendiendo las intenciones de Godfrey.

Godfrey, que todavía estaba luchando con el otro Finiano, finalmente le

dio un codazo en la cara y lo dejó inconsciente. Merek estranguló al suyo durante el tiempo suficiente hasta hacerle perder la consciencia y Godfrey echó un vistazo y vio a Merek rodando sobre el último Finiano y sujetando un puñal contra su cuello.

Godfrey estaba a punto de gritar a Merek que se detuviera cuando una voz irrumpió en el aire, adelantándosele:

“¡No!” ordenó la áspera voz.

Godfrey miró hacia arriba y vio a Ario de pie junto a Merek, mirándolo con el ceño fruncido.

“¡No lo mates!” ordenó Ario.

Merek lo miró enfurruñado.

“Los hombres muertos no hablan”, dijo Merek. “Si lo dejas ir, todos nosotros moriremos”.

“No me importa”, dijo Ario, “él no te ha hecho nada. No lo matarás”.

Merek, desafiante, se puso lentamente de pie y se encaró a Ario. Se fijó en su cara.

“Mides la mitad que yo”, repondió Ario con calma, “y yo tengo el puñal. No me tientes”.

“Puede que mida la mitad que tú”, respondió Ario con calma, “pero soy dos veces más rápido. Ven hacia mí y te arrebataré el puñal y te cortaré el cuello antes de que dejes de balancearte”.

Godfrey estaba sorprendido por el diálogo, sobre todo porque Ario era muy tranquilo. Era surreal. No parpadeaba ni movía un músculo y hablaba como si estuviera manteniendo la conversación más tranquila del mundo. Esto hacía sus palabras todavía más convincentes.

Merek también debió pensar lo mismo, pues no hizo ningún movimiento. Godfrey sabía que tenía que acabar con aquello, y rápidamente.

“El enemigo no está aquí”, dijo Godfrey, corriendo hacia delante y bajando la muñeca de Merek. “Está allá fuera. Si luchamos entre nosotros, no tenemos ninguna posibilidad”.

Afortunadamente, Merek dejó que le bajaran la muñeca y enfundó el puñal.

“Ahora daos prisa”, añadió Godfrey. “Todos vosotros. Quitadles la ropa y ponéosla. Ahora somos Finianos”.

Todos ellos desnudaron a los Finianos y se vistieron con sus brillantes

túnicas y capuchas rojas.

“Esto es ridículo”, dijo Akorth.

Godfrey lo examinó y vio que su barriga era demasiado grande y él era demasiado alto; la túnica le iba corta, dejando sus tobillos al descubierto.

Merek rió con disimulo.

“Deberías haber tomado alguna pinta menos”, dijo.

“¡Yo no voy a llevar esto puesto!”, dijo Akorth.

“No es un espectáculo de moda”, dijo Godfrey. “¿Prefieres que te descubran?”

Akorth cedió a regañadientes.

Godfrey estaba mirando a los cinco, allí, llevando las túnicas rojas, en esta ciudad hostil, rodeados por el enemigo. Sabía que sus posibilidades eran remotas, en el mejor de los casos.

“¿Y ahora qué?” preguntó Akorth.

Godfrey se giró y miró hacia el final del callejón, que llevaba a la ciudad. Sabía que había llegado el momento.

“Vamos a ver qué se cuece en Volusia”.

CAPÍTULO CINCO

Thor se encontraba en la proa de su pequeña embarcación, Reece, Selese, Elden, Indra, Matus y O'Connor sentados detrás de él, ninguno de ellos remaba, los misteriosos viento y corriente hacían que cualquier esfuerzo fuera en vano. Thor se dio cuenta de que los llevarían hacia donde quisieran y que, por mucho que remarán o navegaran, nada cambiaría. Thor echó un vistazo por encima del hombro, observó los enormes acantilados negros que marcaban la entrada a la Tierra de los Muertos desvanecerse más y más en la distancia y se sintió aliviado. Era momento de mirar hacia delante, de encontrar a Guwayne, de comenzar un nuevo capítulo de su vida.

Thor echó un vistazo hacia atrás y vio a Selese sentada en la barca, al lado de Reece, cogiéndole la mano y debía admitir que la visión era desconcertante. Thor estaba emocionado de verla de nuevo en la tierra de los vivos y emocionado de ver a su mejor amigo tan feliz. Sin embargo, debía admitir que esto también le causaba una sensación inquietante. Aquí estaba Selese, una vez muerta y ahora devuelta a la vida. Sentía como si de alguna manera hubieran cambiado el orden natural de las cosas. Al observarla, percibió que tenía una naturaleza translúcida y etérea y, aunque estuviera allí en persona, no podía evitar verla como una muerta. Por mucho que le pesara, no podía evitar preguntarse si realmente había vuelto para siempre, cuánto tiempo estaría aquí antes de volver.

Sin embargo, Reece, por otro lado, evidentemente no lo veía así. Él estaba totalmente enamorado de ella, el amigo de Thor, jubiloso por primera vez desde que él podía recordar. Thor lo podía comprender: después de todo, ¿quién no querría la oportunidad de arreglar lo que está mal, de redimir los errores del pasado, de ver a alguien a quien uno estaba seguro que no volvería a ver jamás? Reece le apretó la mano, la miró fijamente a los ojos, le acarició la cara y la besó.

Thor percibió que los demás parecían perdidos, como si hubieran estado en las profundidades del infierno, en un sitio que no podía quitarse fácilmente de la cabeza. Las telarañas permanecían pesadas y Thor sentía también cómo se sacudía los recuerdos de la mente. Había un halo de tristeza, ya que todos ellos lamentaban la pérdida de Conven. Thor, en especial, reflexionaba una y

otra vez sobre si podía haber hecho algo para detenerlo. Thor miró hacia el mar, estudiando el horizonte gris, el océano sin límites y se preguntaba cómo Conven podía haber tomado la decisión que había tomado. Entendía el profundo dolor por su hermano; sin embargo, Thor nunca hubiera tomado la misma decisión. Thor vio que tenía una sensación de dolor por la pérdida de Conven, cuya presencia siempre se había hecho sentir, que siempre parecía estar a su lado, incluso desde sus primeros días en la Legión. Thor recordó cuando lo visitó en prisión, cuando lo convenció de darle una segunda oportunidad a la vida, de todos sus intentos por animarlo, por levantarle el ánimo, por revivirlo.

Sin embargo, Thor se dio cuenta de que no importaba lo que hubiera hecho, nunca podría traer de vuelta a Conven. La mejor parte de Conven estaba siempre con su hermano. Thor recordaba la cara de Conven cuando se había quedado atrás y los otros habían partido. No era una mirada de arrepentimiento; era una mirada de auténtica alegría. Thor sintió que él estaba feliz. Y sabía que no podía sentir mucho arrepentimiento. Conven había tomado su propia decisión y esto era más de lo que la mayoría de personas conseguían en este mundo. Y después de todo, Thor sabía que se volverían a encontrar. De hecho, quizás sería Conven el que estaría aguardando para recibirle cuando muriera. Thor sabía que la muerte les llegaría a todos. Quizás no hoy, ni mañana. Pero algún día.

Thor intentó sacudirse los sombríos pensamientos; miró a lo lejos y se obligó a sí mismo a concentrarse en el océano, rastreando las aguas en todas direcciones, buscando cualquier señal de Guwayne. Sabía que era bastante inútil buscarlo, en el mar abierto. Aún así, Thor se sentía movilizado, lleno de un optimismo renovado. Al menos, ahora sabía que Guwayne estaba vivo y esto era lo único que necesitaba escuchar. Nada lo detendría de encontrarlo de nuevo.

“¿Dónde se supone que nos está llevando esta corriente?” preguntó O’Connor, acercándose al borde de la barca y rozando el agua con las yemas de sus dedos.

Thor se acercó y tocó las cálidas aguas también; iban muy deprisa, como si el océano no pudiera llevarlos hasta donde fuera que los estuviera llevando lo suficientemente rápido.

“Mientras sea lejos de aquí, no me importa”, dijo Elden, echando un vistazo, temeroso, por encima del hombro a los acantilados.

Thor escuchó un chillido en lo alto, miró hacia arriba y se emocionó al ver a su vieja amiga, Estopheles, volando en círculos allá arriba. Descendía en amplios círculos alrededor de ellos y después ascendía de nuevo. Thor sentía que los estaba guiando, animándolos a seguirla.

“Estopheles, amiga mía”, suspiró Thor hacia el cielo. “Sé nuestros ojos. Guíanos hasta Guwayne”.

Estopheles volvió a chillar, como si le contestara, y desplegó completamente sus alas. Se dio la vuelta y voló hacia el horizonte, en la misma dirección en que los estaba llevando la corriente, y Thor tuvo la certeza de que se estaban acercando.

Thor se dio la vuelta y oyó un ligero sonido metálico a su lado, miró hacia abajo y vio la Espada de la Muerte colgando de su cintura y se sorprendió al verla allí. Esto hacía que su viaje a la tierra de los muertos pareciera más real que nunca. Thor acarició su empuñadura de mármol, una combinación de calaveras y huesos, y la agarró con fuerza, sintiendo su energía. Su hoja tenía pequeños diamantes negros incrustados y, al levantarla para mirarla detenidamente, vio que brillaban a la luz.

Al sujetarla, se sentía muy bien teniéndola en su mano. No se había sentido así con un arma desde que había empuñado la Espada del Destino. Este arma significaba para él más de lo que podía expresar; después de todo, había conseguido escapar de aquel mundo, al igual que aquel arma y sentía que ambos eran supervivientes de una horrible guerra. Habían pasado por ello juntos. Entrar a la Tierra de los Muertos y regresar había sido como andar a través de una telaraña gigante y salir de ella. Thor sabía que se había acabado y, sin embargo, de alguna manera todavía sentía que seguía pegado a él. Al menos tenía este arma para demostrarlo.

Thor reflexionaba sobre su salida, sobre el precio que había pagado, sobre los demonios que inconscientemente había soltado en el mundo. Sintió un dolor en el estómago, tenía la sensación que había soltado una oscura fuerza en el mundo, una que no se podía contener tan fácilmente. Sentía que había mandado algo, como un bumerán, que algún día, de algún modo, volvería a él. Quizás más pronto de lo que pensaba.

Thor agarró la empuñadura, preparado. Fuera lo que fuera, se enfrentaría a él en la batalla sin miedo, mataría cualquier cosa que se encontrara por el camino.

Pero lo que de verdad lo atemorizaba eran las cosas que no podía ver, la devastación invisible que los demonios podían infligir. Lo que más temía eran los espíritus desconocidos, los espíritus que luchaban con sigilo.

Thor oyó pasos, sintió que la pequeña barca se balanceaba, se giró y vio a Matus andando hasta su lado. Matus estaba allí de pie triste, mirando al horizonte con él. Era un día oscuro y triste y, al observarlo, era difícil decir si era por la mañana o por la tarde, el cielo entero era uniforme, como si esta parte del mundo entera estuviera de luto.

Thor pensó en lo rápido que Matus se había convertido en un buen amigo para él. Especialmente ahora, con Reece obsesionado con Selese, Thor sentía que había perdido en parte a un amigo y que había ganado otro. Thor recordaba cómo Matus lo había salvado más de una vez allá abajo y sentía ya una lealtad hacia él, como si siempre hubiera sido uno de sus propios hermanos.

“Esta embarcación”, dijo Matus en voz baja, “no se hizo para el mar abierto. Una buena tormenta y todos moriremos. Solo es un bote salvavidas del barco de Gwendolyn, que no está pensado para cruzar los mares. Debemos encontrar una barca más grande”.

“Y tierra”, dijo O’Connor metiéndose en la conversación, acercándose a Thor por el otro lado, “y provisiones”.

“Y un mapa”, interrumpió Elden.

“¿Dónde está nuestro destino, en cualquier caso?” preguntó Indra. “¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar tu hijo?”

Thor examinó el horizonte, como había hecho miles de veces, y reflexionó sobre todas sus preguntas. Sabía que todos tenían razón y él había estado pensando en las mismas cosas. Un vasto océano se desplegaba ante ellos y ellos estaban en una pequeña embarcación, sin provisiones. Estaban vivos y él estaba agradecido por ello, pero su situación era precaria.

Thor negó con la cabeza. Mientras estaba allí de pie, inmerso en sus pensamientos, empezó a divisar algo en el horizonte. Mientras se acercaban más navegando, empezó a distinguirse con más claridad y él tuvo la certeza de

que no eran solo sus ojos jugándole una mala pasada. Su corazón se aceleró por la emoción.

El sol se abrió camino entre las nubes y un rayo de sol cayó como la lluvia en el horizonte e iluminó una pequeña isla. Era una pequeña masa de tierra, en medio del vasto océano, sin nada más por allí cerca.

Thor parpadeó, preguntándose si era real.

“¿Qué es esto?” Matus hizo la pregunta que estaba en mente de todos al verla todos, allí de pie mirándola fijamente.

Mientras se acercaban, Thor vio que una neblina, que brillaba a la luz, rodeaba la isla y percibió una energía mágica en aquel lugar. Miró hacia arriba y vio que era un lugar inhóspito, los acantilados se levantaban en el aire, a unos cien metros, una isla estrecha, inclinada, cruel, las olas rompían en los peñascos que la rodeaban, emergiendo del agua como bestias prehistóricas. Thor sentía, en cada ápice de su ser, que allí era donde debían ir.

“Es una subida muy empinada”, dijo O’Connor. “Eso si conseguimos subirla”.

“Y no sabemos qué hay en la cima”, añadió Elden. “Podría ser hostil. No tenemos ninguna de nuestras armas, a excepción de tu espada. No podemos permitirnos una batalla aquí”.

Pero Thor miró el sitio y se quedó maravillado, percibiendo que allí había algo fuerte. Miró hacia arriba y vio a Estopheles volando en círculos sobre ella y se sintió incluso más seguro de que este era el lugar.

“No debemos dejar ni una piedra por remover en nuestra búsqueda de Guwayne”, dijo Thor. “Ningún lugar es lo suficientemente remoto. Esta isla será nuestra primera parada”, dijo. Agarró con fuerza su espada:

“Sea hostil o no”.

CAPÍTULO SEIS

Alistair se encontraba en un extraño paisaje que no reconocía. Era una especie de desierto y, cuando miraba hacia abajo, el suelo del desierto pasaba de negro a rojo, secándose, resquebrajándose a sus pies. Alzó la vista y en la distancia divisó a Gwendolyn de pie delante de un ejército dispar y desharrapado, de unas pocas docenas de hombres, miembros de los Plateados que Alistair conoció en una ocasión, los rostros de todos ellos estaban ensangrentados, sus armaduras agrietadas. En los brazos de Gwendolyn había un bebé y Alistair sintió que era su sobrino, Guwayne.

“¡Gwendolyn!” exclamó Alistair, aliviada al verla. “¡Hermana mía!”

Pero mientras Alistair observaba, se oyó, de repente, un horrible sonido, el sonido del batir de un millón de alas, cada vez más fuerte, seguido de un gran graznido. El horizonte se ennegreció y el cielo apareció repleto de cuervos, volando hacia ella.

Alistair observó horrorizada cómo los cuervos llegaron en una enorme bandada, un muro negro, que bajó en picado y arrancó a Guwayne de los brazos de Gwendolyn. Chillando, lo elevaron hasta el cielo.

“¡NO!” chilló Gwendolyn, dirigiéndose hacia el cielo mientras le tiraban del pelo.

Alistair observaba, indefensa, que no podía hacer nada excepto ver cómo se llevaban al bebé, que estaba chillando. El suelo del desierto se agrietó y secó todavía más y empezó a partirse hasta que, uno a uno, todos los hombres de Gwen se desplomaron hacia su interior.

Solo quedó Gwendolyn, allí de pie, mirándola fijamente, con los ojos poseídos por una mirada que Alistair hubiera deseado no ver nunca.

Alistair parpadeó y se encontró a sí misma en un gran barco en medio de un océano, con las olas rompiendo a su alrededor. Miró a su alrededor y vio que era la única persona en el barco, miró hacia delante y vio otro barco delante de ella. Erec estaba en la proa, de cara a ella y lo acompañaban centenares de soldados de las Islas del Sur. Se desesperó al verlo en otro barco y navegando lejos de ella.

“¡Erec!” exclamó.

Él la miró fijamente, dirigiéndose hacia ella.

“¡Alistair!” gritó él en respuesta. “¡Vuelve conmigo!”

Alistair observó horrorizada cómo los barcos iban mucho más lejos, a la deriva y el barco de Erec era absorbido lejos de ella por las mareas. El barco de él empezó a dar vueltas lentamente sobre sí mismo en el agua y daba vueltas más y más rápido. Erec extendía el brazo hacia ella, Alistair, indefensa, no podía hacer nada sino observar cómo el barco era engullido por un remolino, más y más adentro, hasta que desapareció de la vista.

“¡EREC!” gritó Alistair.

Entonces otro lamento se unió al suyo y Alistair miró hacia abajo y vio que estaba sujetando a un bebé, el hijo de Erec. Era un niño y su lloro se elevaba hasta el cielo, ahogando el ruido del viento y de la lluvia y el griterío de los hombres.

Alistair despertó chillando. Se incorporó y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaba, qué había pasado. Respiraba con dificultad, poco a poco se serenó, tardó unos instantes en darse cuenta de que solo era un sueño.

Se puso de pie y miró hacia abajo a las tarimas chirriantes de la cubierta y se dio cuenta de que todavía estaba en el barco. Todo le vino como una riada: su partida de las Islas del Sur, su misión para liberar a Gwendolyn.

“¿Mi señora?” dijo una voz suave.

Alistair echó un vistazo y vio a Erec de pie a su lado, mirándola preocupado. Ella se sintió aliviada al verlo.

“¿Otra pesadilla?” preguntó él.

Ella asintió, apartando la vista, cohibida.

“Los sueños son más reales en el mar”, dijo otra voz.

Alistair se dio la vuelta y vio al hermano de Erec, Strom, por allí cerca. Miró más lejos y vio a centenares de habitantes de las Islas del Sur a bordo del barco y le vino todo a la memoria. Recordó su partida, dejando atrás a una afligida Dauphine, que se quedaba a cargo de las Islas del Sur junto a su madre. Desde que recibieron aquel mensaje, todos ellos sintieron que no les quedaba otra elección que partir hacia el Imperio, en busca de Gwendolyn y todos los demás habitantes del Anillo, se sentían obligados a salvarlos. Sabían que sería una misión imposible, sin embargo a ninguno de ellos les importaba. Era su deber.

Alistair se frotaba los ojos e intentaba borrar las pesadillas de su mente. No sabía cuántos días habían pasado ya en este mar interminable y mientras lo observaba ahora, estudiando el horizonte, no podía ver mucho. Todo estaba oculto por la niebla.

“La niebla nos ha seguido desde las Islas del Sur”, dijo Erec, siguiendo su mirada.

“Esperemos que no sea un augurio”, añadió Strom.

Alistair se masajeó suavemente la barriga, para asegurarse de que estaba bien, de que su bebé estaba bien. Su sueño había sido muy real. Lo hizo rápido y discretamente, no quería que Erec lo supiera. Todavía no se lo había contado. Una parte de ella quería hacerlo, pero otra parte de ella quería esperar al momento perfecto, cuando fuera adecuado.

Tomó a Erec de la mano, aliviada al ver que estaba vivo.

“Estoy contenta de que estés bien”, dijo ella.

Él le sonrió, la acercó hacia él y la besó.

“¿Y por qué no debería estarlo?” preguntó él. “Tus sueños son solo fantasías de la noche. Por cada pesadilla, existe también un hombre que está a salvo. Yo estoy seguro aquí, contigo y con mi fiel hermano y mis hombres, tanto como jamás pueda esperar estarlo”.

“Al menos hasta que lleguemos al Imperio”, añadió Strom con una sonrisa. “Entonces estaremos todo lo a salvo que se puede estar con una pequeña flota contra diez mil barcos”.

Strom sonreía mientras hablaba, parecía que se deleitara en que llegara la lucha.

Erec se encogió de hombros, serio.

“Con los Dioses detrás de nuestra causa”, dijo, “no podemos perder. Sean cuales sean las probabilidades”.

Alistair se echó hacia atrás y frunció el ceño, intentando ver el sentido de todo aquello.

“Vi cómo tú y tu barco erais engullidos hacia el fondo del mar. Te vi a bordo de él”, dijo ella. Quería añadir algo más acerca del bebé, pero se contuvo.

“Los sueños no siempre son lo que aparentan ser”, dijo él. Aunque en lo profundo de sus ojos, ella vio un destello de preocupación. Él sabía que ella

veía cosas y respetaba sus visiones.

Alistair respiró profundamente, miró hacia abajo al agua y supo que él tenía razón. Todos ellos estaban aquí, vivos después de todo. Sin embargo, había parecido muy real.

Mientras estaba allí, Alistair volvió a sentir la tentación de acercar la mano hacia su barriga, de acariciarse la barriga, para tranquilizarse a ella misma y al niño que crecía en su interior. Sin embargo, con Erec y Strom allí, no quería que se descubriera.

Un cuerno bajo y suave sonó en el aire, sonando intermitentemente cada pocos segundos, alertando a los otros barcos de su flota de la presencia de la niebla.

“Aquel cuerno podría delatarnos”, le dijo Strom a Erec.

“¿Ante quién?” preguntó Erec.

“No sabemos qué nos acecha tras la niebla”, dijo Strom.

Erec negó con la cabeza.

“Quizás”, respondió. “Pero el mayor peligro por ahora no es el enemigo, sino nosotros mismos. Si chocamos entre nosotros, podemos hundir la flota entera. Debemos hacer sonar los cuernos hasta que la niebla se levante. Toda nuestra flota entera podemos comunicarnos de esta manera y, igual de importante, no alejarnos mucho los unos de los otros”. En la niebla, el cuerno de otro de los barcos de la flota de Erec resonó, confirmando su posición.

Alistair miraba hacia la niebla y reflexionaba. Sabía que les quedaba mucho por recorrer, que estaban en la otra parte del mundo respecto al Imperio y se preguntaba cómo llegarían alguna vez a tiempo hasta Gwendolyn y su hermano. Se preguntaba cuánto tiempo habían tardado los halcones con el mensaje y se preguntaban si todavía estaban vivos. Se preguntaba qué había sucedido con su querido Anillo. Qué manera tan horrible de morir para todos ellos, pensó, en una orilla extranjera, lejos de su tierra.

“El Imperio está al otro lado del mundo, mi señor”, le dijo Alistair a Erec. “Será un viaje largo. ¿Por qué estás despierto aquí en cubierta? ¿Por qué no vas abajo, a la bodega, y duermes? Hace días que no duermes”, dijo ella, viendo las bolsas oscuras bajo sus ojos.

El negó con la cabeza.

“Un comandante nunca duerme”, dijo él. “Y además, casi hemos llegado a

nuestro destino”.

“¿Nuestro destino?” preguntó ella, perpleja.

Erec asintió y miró hacia la niebla.

Ella le siguió la mirada pero no vio nada.

“La Isla del Peñasco”, dijo él. “Nuestra primera parada”.

“¿Pero por qué?” preguntó ella. “¿Por qué paramos antes de llegar al Imperio?”

“Necesitamos una flota más grande”, se entrometió Strom, respondiendo por él. “No podemos enfrentarnos al Imperio con unas cuantas docenas de barcos”.

“¿Y encontraréis esta flota en la Isla del Peñasco?” preguntó Alistair.

Erec asintió.

“Podría ser”, dijo Erec. “Los hombres del Peñasco tienen barcos y hombres. Más de los que nosotros tenemos. Y han servido a mi padre en el pasado”.

“¿Pero por qué deberían ayudarte ahora?” preguntó ella desconcertada. “¿Quiénes son estos hombres?”

“Mercenarios”, interrumpió Strom. “Hombres duros forjados por una isla agreste en mares revueltos. La lucha por el mejor postor”.

“Piratas”, dijo Alistair con menosprecio, al entenderlo.

“No exactamente”, respondió Strom. “Los piratas luchan por el botín. Los hombres del Peñasco viven para matar”.

Alistair observó a Erec, y pudo ver en su cara que era cierto.

“¿Es noble luchar con piratas por una causa verdadera y justa? ¿Con mercenarios?”

“Es noble ganar una guerra”, respondió Erec, “y luchar por una causa justa como la nuestra. Los medios para librar una guerra así no son siempre tan nobles como nos gustaría”.

“No es noble morir”, añadió Strom. “Y el juicio sobre la nobleza lo deciden los vencedores, no los perdedores”.

Alistair frunció el ceño y Erec se dirigió a ella.

“No todo el mundo es tan noble como tú, mi señora”, dijo él. “O como yo. Así no es cómo funciona el mundo. Esta no es la manera cómo se ganan las guerras”.

“¿Y te puedes fiar de unos hombres así?” le preguntó ella finalmente.

Erec suspiró y se giró para mirar al horizonte, con las manos en las caderas, mirando fijamente como si se preguntara lo mismo.

“Nuestro padre confió en ellos”, dijo finalmente. “Y su padre antes que él. Nunca le fallaron”.

“¿Y significa esto que no os fallarán a vosotros ahora?” preguntó ella.

Erec examinó el horizonte y, al hacerlo, de repente la niebla se levantó y el sol se abrió camino. La panorámica cambió radicalmente, de repente ganaron visibilidad y, en la distancia, el corazón de Alistair dio un vuelco al ver tierra. Allá, en el horizonte, se elevaba una isla hecha de sólidos acantilados, levantándose directo hacia el cielo. Parecía que no hubiera lugar para la tierra, la playa, una entrada. Hasta que Alistair miró más arriba y vio un arco, una puerta tallada en la misma montaña, contra ella salpicaba el océano. Era una entrada grande e imponente, guardada por una compuerta de rejas de hierro, una pared de roca sólida con una puerta tallada en la mitad. No se parecía a nada que jamás hubiera visto.

Erec miró fijamente al horizonte, examinándolo, la luz del sol caía sobre la puerta como si iluminara la entrada a otro mundo.

“La confianza, mi señora”, contestó él finalmente, “nace de la necesidad, no del deseo. Y es algo muy frágil”.

CAPÍTULO SIETE

Darius se encontraba en el campo de batalla, empuñando una espada hecha de acero y miró a su alrededor, contemplando el panorama. Tenía una naturaleza surreal. Aunque lo estaba viendo con sus propios ojos, no podía creer lo que acababa de suceder. Habían derrotado al Imperio. Él, solo, con unos pocos centenares de aldeanos, sin armas reales -y con la ayuda de los pocos centenares de hombres de Gwendolyn- habían derrotado a este ejército profesional de cientos de soldados del Imperio. Ellos habían llevado las armaduras más finas, habían empuñado las armas más finas, habían tenido zertas a su disposición. Y él, Darius, apenas armado, había dirigido la batalla y los había derrotado a todos, la primera victoria contra el Imperio de la historia.

Aquí, en este lugar, donde había esperado morir para defender el honor de Loti, se había alzado victorioso.

Un conquistador.

Mientras Darius inspeccionaba el terreno vio, entremezclados con los cadáveres del Imperio, los cuerpos de montones de sus propios aldeanos, docenas de ellos muertos, y su alegría se alteró por el dolor. Flexionó sus músculos y sintió heridas recientes, cortes de espada en sus bíceps y muslos y sintió el escozor de los latigazos todavía en su espalda. Pensó en las represalias que vendrían y sabía que su victoria había llegado a un precio.

Pero, reflexionó una vez más, toda libertad lo hace.

Darius notó un movimiento y al darse la vuelta vio que sus amigos, Raj y Desmond, se estaban acercando, heridos pero vivos, pudo ver con alivio. Podía ver en sus ojos que lo miraban de forma diferente- que todo su pueblo ahora lo miraba diferente. Lo miraban con respeto – más que respeto, con asombro. Como una leyenda viva. Todos habían visto lo que había hecho, hacer frente al Imperio solo. Y derrotarlos a todos.

Ya no lo miraban como a un chico. Ahora lo miraban como a un líder. Un guerrero. Era una mirada que nunca había esperado ver en los ojos de estos chicos mayores, en los ojos de los aldeanos. Siempre lo habían subestimado, nadie había esperado nada de él.

Acercándose hacia él, junto a Raj y Desmond, había docenas de sus

hermanos de armas, chicos con los que había entrenado y peleado día tras día, quizás unos cincuenta, a pesar de sus heridas, poniéndose de pie y reuniéndose junto a él. Todos lo miraban con asombro, allí de pie, sujetando su espada de acero, cubiertos de heridas. Y con esperanza.

Raj dio un paso hacia delante y lo abrazó y, uno a uno, sus hermanos de armas también lo abrazaron.

“Fue insensato”, dijo Raj con una sonrisa. “No pensaba que tuvieras esto dentro de ti”.

“Yo pensaba que te rendirías seguro”, dijo Desmond.

“Apenas puedo creer que estamos todos aquí”, dijo Luzi.

Miraron a su alrededor maravillados, analizando el panorama, como si los hubieran dejado caer a todos ellos en un planeta extranjero. Darius miró a todos los cuerpos muertos, a todas las finas armaduras y armas que brillaban al sol; oyó a los pájaros graznar y, al mirar hacia arriba, vio que los buitres ya estaban volando en círculos.

“Recoged sus armas”, Darius se oyó a sí mismo ordenar, tomando el cargo. Era una voz profunda, más profunda de lo que jamás la había usado, y llevaba un aire de autoridad que ni él mismo reconocía. “Y enterrad a nuestros muertos”.

Sus hombres escucharon, todos ellos siguieron, yendo soldado a soldado, hurgando en ellos, cada uno de ellos escogiendo las mejores armas: algunos cogieron espadas, otros mazas, mayales, puñales, hachas, y martillos de guerra. Darius sostenía la espada en la mano, la que había cogido del comandante, y la admiró al sol. Admiraba su peso, su elaborada empuñadura y su hoja. Acero de verdad. Algo que él pensaba que no tendría la posibilidad de sostener en su vida. Darius tenía la intención de darle un buen uso, de usarlo para matar a tantos hombres del Imperio como pudiera.

“¡Darius!” dijo una voz que conocía bien.

Se dio la vuelta y vio a Loti abriéndose camino entre la multitud, con lágrimas en los ojos, corriendo hacia él pasando por delante de todos los hombres. Corrió hacia delante y lo abrazó, apretándolo fuerte, sus lágrimas calientes le caían por el cuello.

Él también la abrazó, cuando ella se agarró a él.

“Nunca olvidaré”, dijo ella, entre lágrimas, acercándose y susurrándole al

oído. “Nunca olvidaré lo que has hecho en el día de hoy”.

Ella lo besó y él la besó a ella, mientras ella lloraba y reía a la vez. Se sentía muy aliviado por verla viva también, por abrazarla, por saber que esta pesadilla, al menos por ahora, quedaba atrás. Por saber que el Imperio no podía tocarla. Mientras la abrazaba, sabía que lo volvería a hacer un millón de veces más por ella.

“Hermano”, dijo una voz.

Darius se dio la vuelta y se estremeció al ver a su hermana, Sandara, dando un paso adelante, junto a Gwendolyn y el hombre que Sandara amaba, Kendrick. Darius se dio cuenta de que la sangre corría por el brazo de Kendrick, de los cortes recientes en su armadura y en su espada y sintió una ráfaga de agradecimiento. Sabía que si no hubiera sido por Gwendolyn, Kendrick y su pueblo, él y su pueblo, seguramente hubieran muerto hoy en el campo de batalla.

Loti se hizo atrás cuando Sandara se adelantó a abrazarlo, y él la abrazó a ella.

“Estoy en gran deuda con vosotros”, dijo Darius, mirándolos a todos. “Yo y todo mi pueblo. Volvisteis por nosotros cuando no teníais necesidad de hacerlo. Sois verdaderos guerreros”.

Kendrick dio un paso hacia delante y puso una mano en el hombro de Darius.

“Eres tú el verdadero guerrero, amigo mío. Hoy mostraste un gran valor en el campo de batalla. Dios ha recompensado tu valentía con esta victoria”.

Gwendolyn dio un paso adelante y Darius hizo una reverencia cuando lo hizo.

“La justicia ha triunfado hoy sobre la maldad y la brutalidad”, dijo ella. “Siento un placer personal, por muchas razones, al presenciar vuestra victoria y al dejarnos formar parte de ella. Sé que mi marido, Thorgrin, también lo haría”.

“Gracias, mi señora”, dijo él, emocionado. “He oído muchas grandes cosas sobre Thorgrin y espero conocerlo algún día”.

Gwendolyn asintió.

“¿Y cuáles son tus planes para tu pueblo ahora?” preguntó ella.

Darius pensó, se dio cuenta de que no tenía ni idea; no había pensado

llegar tan lejos. Ni siquiera había pensado que sobreviviría.

Antes de que Darius pudiera responder, hubo una repentina conmoción y, de entre la multitud, apareció un rostro que él conocía bien: se aproximaba Zirk, uno de los entrenadores de Darius, ensangrentado por la batalla, sin camisa, mostrando sus sobresalientes músculos. Le seguían media docena de los ancianos de la aldea y un gran número de aldeanos, y no parecía muy contento.

Miraba a Darius con furia, con una actitud altiva.

“¿Y estás orgulloso de ti mismo?” le preguntó con desprecio. “Mira lo que has hecho. Mira cuántos de los nuestros han muerto aquí hoy. Todos ellos tuvieron muertes sin sentido, todos ellos hombres buenos, todos ellos muertos por tu culpa. Todo por tu orgullo, tu arrogancia, tu amor por esta chica”.

Darius enrojeció, su rabia estaba a punto de estallar. Zirk siempre había ido a por él, desde el primer día en que lo conoció. Por algún motivo, siempre había parecido que se sentía amenazado por Darius.

“No están muertos por mi culpa”, respondió Darius. “Tuvieron una oportunidad de vivir gracias a mí. De vivir de verdad. Murieron a las manos del Imperio, no a las mías”.

Zirk negó con la cabeza.

“Te equivocas” replicó él. “Si te hubieras rendido, como te dijimos que hicieras, hoy nos faltaría el pulgar a todos. En cambio, a algunos de nosotros nos faltan nuestras vidas. Su sangre está en tu cabeza”.

“¡Tú no sabes nada!” exclamó Loti, defendiéndolo. “¡A ti te daba demasiado miedo hacer lo que Darius hizo por vosotros!”

“¿Pensáis que esto va a acabar aquí?” continuó Zirk. “El Imperio tiene millones de hombres detrás de esto. Matasteis a unos pocos. ¿Y qué? Cuando lo descubran, volverán con cinco veces estos hombres. Y la próxima vez, cada uno de nosotros será masacrado, y torturados primero. Has firmado todas nuestras sentencias de muerte”.

“¡Te equivocas!” exclamó Raj. “Hos ha dado una nueva oportunidad de vida. Una oportunidad de honor. Una victoria que tú no merecías”.

Zirk miró a Raj, con mala cara.

“Estos fueron los actos de un chico estúpido e imprudente”, respondió él. “Un grupo de chicos que debería haber escuchado a sus mayores. ¡Nunca

debería haber entrenado a ninguno de vosotros!”

“Te equivocas”, exclamó Loc, dando un paso adelante al lado de Loti. Estos fueron los valientes actos de un *hombre*. Un hombre que guió a los chicos para que fueran hombres. Un hombre como tú aparentas ser, pero no eres. La edad no hace al hombre. Lo hace el valor”.

Zirk enrojeció, lo miró mal y agarró fuerte la empuñadura de su espada.

“Habló el lisiado”, respondió Zirk, dando un paso amenazante hacia él.

Bokbu salió de entre la multitud y alzó una mano para detener a Zirk.

“¿No ves lo que el Imperio nos está haciendo?” dijo Bokbu. “Crean la división entre nosotros. Somos un pueblo. Unido bajo una causa. Ellos son el enemigo, no nosotros. Ahora más que nunca vemos que debemos unirnos”.

Zirk apoyó las manos sobre las caderas y miró con el ceño fruncido a Darius.

“Solo eres un chico estúpido con palabras bonitas”, dijo. “No puedes derrotar nunca al Imperio. Nunca. Y no estamos unidos. Nosotros desaprobamos tus actos de hoy, todos nosotros”, dijo, haciendo un gesto hacia la mitad de los mayores y a un grupo grande de aldeanos. “Unirnos a ti es unirnos a la muerte. Y tenemos la intención de sobrevivir”.

“¿Y cómo pretendes hacerlo?” preguntó Desmond enfadado, de pie al lado de Darius.

Zirk enrojeció y se quedó en silencio, y a Darius le quedó claro que no tenía plan, justo igual que los demás, que estaba hablando desde el miedo, la frustración y el desamparo.

Bokbu finalmente dio un paso adelante, entre ellos, rompiendo la tensión. Todas las miradas se volvieron hacia él.

“Los dos tenéis razón en algunas cosas y en otras no”, dijo. “Lo que importa ahora es el futuro. Darius, ¿cuál es tu plan?”

Darius notó cómo todas las miradas se dirigían a él en el espeso silencio. Reflexionó y, poco a poco, se formó un plan en su mente. Sabía que solo se podía tomar una ruta. Habían pasado demasiado para cualquier otra cosa.

“Llevaremos esta guerra hasta las puertas del Imperio”, exclamó con ánimo. “Antes de que puedan reorganizarse, se lo haremos pagar. Nos juntaremos con otras aldeas de esclavos, formaremos un ejército y haremos que aprendan qué significa sufrir. Puede que muramos, pero todos moriremos

como hombres libres, luchando por nuestra causa”.

Se oyó un gran grito de alegría detrás de Darius, proveniente de la mayoría de aldeanos, y vio que la mayoría de ellos se agrupaban detrás suyo. Un pequeño grupo de ellos, reunidos detrás de Zirk, miraban hacia atrás, inseguros.

Zirk, claramente enfurecido y en desventaja numérica, enrojeció, soltó la empuñadura de su espada, se dio la vuelta y se marchó echando humo por las orejas, desapareciendo entre la multitud. Un pequeño grupo de aldeanos se marchó de la misma forma con él.

Bokbu dio un paso adelante y miró a Darius solemnemente, su rostro estaba arrugado por la preocupación, por la edad, con arrugas que habían visto demasiado. Miró fijamente a Darius, sus ojos estaban llenos de sabiduría. Y de miedo.

“Nuestro pueblo recurre a ti para que los guíes”, dijo en voz baja. “Esto es algo muy sagrado. No pierdas su confianza. Eres joven para dirigir un ejército. Pero el deber ha recaído en ti. Tú has empezado esta guerra. Ahora, tú debes acabarla”.

*

Gwendolyn dio un paso adelante mientras los aldeanos empezaban a disiparse, Kendrick y Sandara a su lado, Steffen, Brandt, Atme, Aberthol, Stara y docenas de sus hombres detrás de ella. Miraba a Darius con respeto y podía ver la gratitud en sus ojos por la decisión de venir hoy en su ayuda al campo de batalla. Después de su victoria, se sentía justificada; sabía que había tomado la decisión correcta, por muy difícil que hubiera sido. Hoy había perdido a docenas de sus hombres aquí y lamentaba su pérdida. Sin embargo, también sabía que si no hubiera dado la vuelta, Darius y todos los que estaban allí seguramente estarían muertos.

Ver a Darius allí, enfrentándose al Imperio con tanta valentía, le hacía pensar en Thorgrin y su corazón se le partía cuando pensaba en él. Estaba decidida a recompensar la valentía de Darius, costara lo que costara.

“Estamos aquí preparados para apoyar tu causa”, dijo Gwendolyn. Ella pidió la atención de Darius, Bokbu y todos los demás, mientras todos los

aldeanos que quedaban se giraron hacia ella. “Nos acogisteis cuando lo necesitábamos, y ahora estamos aquí preparados para apoyaros cuando lo necesitéis. Unimos nuestras armas a las vuestras, nuestra causa a la vuestra. Después de todo, es una sola causa. Deseamos volver a nuestra tierra en libertad, vosotros deseáis liberar vuestra tierra. Compartimos el mismo opresor”.

Darius la miró, claramente conmovido, y Bokbu dio un paso hacia delante en medio del grupo y se quedó allí, de cara a ella en el espeso silencio, todo su pueblo lo estaba mirando.

“Hoy aquí podemos ver la gran decisión que tomamos al acogeros”, dijo con orgullo. “Nos habéis recompensado más allá de nuestros sueños y estamos enormemente premiados. Vuestra reputación, vosotros los del Anillo, como honorables y verdaderos guerreros, ha demostrado ser cierta. Y estamos en deuda con vosotros para siempre”.

Respiró profundamente.

“Necesitamos vuestra ayuda”, continuó. “Pero lo que necesitamos no son más hombres en el campo de batalla. Más de vuestros hombres no serán suficientes-no con la guerra que vendrá. Si realmente nos queréis ayudar con nuestra causa, lo que realmente necesitamos es que encontréis refuerzos. Si queremos tener alguna posibilidad, necesitaremos decenas de miles de hombres que vengan en nuestra ayuda”.

Gwen lo miró fijamente, con los ojos abiertos como platos.

“¿Y dónde vamos a encontrar decenas de miles de caballeros?”

Bokbu la miró con expresión seria.

“Si en algún lugar existiera una ciudad de hombres libres dentro del Imperio, una ciudad que se prestara a venir en nuestra ayuda, -y este es un gran *si*- entonces esta se encontraría dentro del Segundo Anillo”.

Gwen lo miró fijamente, perpleja.

“¿Qué nos estáis pidiendo?” preguntó.

Bokbu la miró fijamente, solemne.

“Si realmente deseáis ayudarnos”, dijo él, “os pido que os embarquéis en una misión imposible. Os pido que hagáis algo incluso más difícil y más peligroso que uniros a nosotros en el campo de batalla. Os pido que atraveséis el Gran Desierto; en busca del Segundo Anillo; y si llegáis allí con vida, si es

que existe, convenzáis a sus ejércitos que se unan a nuestra causa. Esta es la única oportunidad que tenemos de ganar esta guerra”.

Él la miró fijamente, serio, el silencio era tan espeso que lo único que Gwen oía era el viento soplando a través del desierto.

“Nadie ha cruzado jamás el Gran Desierto”, continuó él. “Nadie jamás ha confirmado que el Segundo Anillo exista. Es una tarea imposible. Una marcha hacia el suicidio. Odio pedíroslo. Aún así, es lo que más necesitamos”.

Gwendolyn miró con atención a Bokbu, se dio cuenta de la seriedad de su rostro y reflexionó sobre sus palabras largo y tendido.

“Haremos todo lo que haga falta”, dijo ella, “aquello que sirva mejor a vuestra causa. Si los aliados se encuentran al otro lado del Gran Desierto, que así sea. Nos pondremos en marcha enseguida. Y volveremos con ejércitos a vuestra disposición”.

Bokbu, con lágrimas en los ojos, dio un paso adelante y abrazó a Gwendolyn.

“Usted es una verdadera reina”, dijo. “Su pueblo es afortunado por tenerla”.

Gwen se dirigió a su pueblo y vio que todos la miraban fijamente, con solemnidad, sin miedo. Sabía que la seguirían a cualquier lugar.

“Preparaos para marchar”, dijo ella. “Atravesaremos el Gran Desierto. Encontraremos el Segundo Anillo. O moriremos en el intento”.

*

Sandara estaba allí, se sentía dividida mientras observaba a Kendrick y a su gente preparándose para embarcarse en su viaje hacia el Gran Desierto. Al otro lado estaban Darius y su pueblo, el pueblo con el que se había criado, el único pueblo que había conocido jamás, preparándose para alejarse, para reunir a sus aldeas para luchar contra el Imperio. Se sentía dividida por la mitad y no sabía por qué lado decantarse. No podía soportar ver cómo Kendrick desaparecía para siempre; sin embargo, tampoco podía soportar abandonar a su gente.

Kendrick, que estaba acabando de preparar su armadura y envainar su espada, alzó la vista y la miró a los ojos. Parecía saber qué estaba pensando-

siempre lo sabía. Ella podía ver también el dolor en sus ojos, un recelo hacia ella; ella no lo culpaba- todo este tiempo en el Imperio había mantenido una distancia con él, había vivido en la aldea mientras él vivía en las cuevas. Había procurado honrar a sus mayores y no casarse con alguien de otra raza.

Y, sin embargo, se dio cuenta de que no había honrado al amor. ¿Qué era más importante? ¿Honrar a las leyes de la familia de uno o honrar al corazón de uno? Esto la había atormentado cada día.

Kendrick se dirigió hacia ella.

“¿Debo imaginar que te quedarás con tu pueblo? preguntó con recelo en su voz.

Ella lo miró, indecisa, angustiada y sin saber qué decir. Ni ella misma sabía la respuesta. Se sentía congelada en el espacio, el tiempo, sentía sus pies como arraigados al suelo del desierto.

De repente, Darius se acercó a su lado.

“Hermana mía”, le dijo.

Se dio la vuelta y asintió con la cabeza, agradecida por la distracción, mientras él le pasaba un brazo por el hombro y miraba a Kendrick.

“Kendrick”, le dijo.

Kendrick asintió con respeto.

“Sabes el amor que siento por ti”, continuó Darius. “Egoístamente, quiero que te quedes”.

Respiró profundamente.

“Y, aún así, te imploro que te vayas con Kendrick”.

Sandara lo miró sorprendida.

“¿Pero por qué?” preguntó.

“Veo el amor que le tienes y el que él tiene por ti. Un amor como este no viene dos veces. Debes seguir a tu corazón, a pesar de lo que piense nuestro pueblo, a pesar de nuestras leyes. Esto es lo más importante”.

Sandara miró a su hermano pequeño, emocionada; estaba impresionada por su sabiduría.

“Realmente has crecido desde que te dejé”, dijo ella.

“No te atrevas a abandonar a tu pueblo y no te atrevas a irte con él”, dijo una voz seria.

Sandara se giró y vio a Zirk, que había estado escuchando y que dio un

paso adelante, acompañado por varios de los mayores.

“Tu lugar está aquí con nosotros. Si te vas con este hombre, no volverás a ser bien recibida”.

“¿Y eso a ti qué te importa?” preguntó Darius furioso, defendiéndola.

“Cuidado, Darius”, dijo Zirk. “Puede que dirijas este ejército por ahora, pero no nos dirigirás a nosotros. No intentes hablar por nuestro pueblo”.

“Hablo por mi hermana”, dijo Darius, “y hablaré por quien me apetezca”.

Sandara vio que Darius agarraba la empuñadura de su espada y miraba fijamente a Zirk y, rápidamente, se acercó y puso la mano en su muñeca para tranquilizarlo.

“La decisión debo tomarla yo”, le dijo ella a Zirk. “Y ya la he tomado”, dijo, sintiendo una ráfaga de indignación, que le hizo decidir repentinamente. No permitiría que aquella gente decidiera por ella. Había permitido que los mayores dictaran su vida desde que tenía uso de razón, y ahora había llegado el momento.

“Kendrick es mi amado”, dijo, dirigiéndose a Kendrick, que la miraba sorprendido. Mientras pronunciaba las palabras, sabía que eran ciertas y sintió una ráfaga de amor por él, sintió una ola de culpa por no haberlo abrazado antes delante de los demás. “Su pueblo es mi pueblo. Él es mío y yo soy suya. Y nada, ni nadie, ni tú, ni nadie, nos puede separar”.

Se giró hacia Darius.

“Adiós, hermano mío”, dijo ella. “Me voy con Kendrick”.

Darius hizo una amplia sonrisa, mientras Zirk los miraba con mala cara.

“Jamás vuelvas a mirarnos a la cara”, escupió y, a continuación, se dio la vuelta y se marchó, seguido por los mayores.

Sandara volvió hacia Kendrick e hizo lo que siempre había deseado hacer desde que llegaron aquí. Lo besó abiertamente, sin miedo, delante de todos, finalmente podía expresar su amor por él. Para gran alegría de ella, él también la besó, cogiéndola en sus brazos.

“Cuídate, hermano mío”, dijo Sandara.

“Tú también, hermana mía. Nos volveremos a encontrar”.

“En este mundo o en el próximo”, dijo ella.

Con esto, Sandara se dio la vuelta, cogió a Kendrick del brazo y, juntos, se unieron a su pueblo, en dirección hacia el Gran Desierto, hacia una muerte

segura, pero ella estaba dispuesta a ir a cualquier parte del mundo, siempre que estuviera al lado de Kendrick.

CAPÍTULO OCHO

Godfrey, Akorth, Fulton, Merek y Ario, vestidos con las túnicas de los Finianos, caminaban por las brillantes calles de Volusia, todos en guardia, agrupados y muy tensos. El entusiasmo de Godfrey hacía rato que se había desvanecido y había hecho camino por calles desconocidas, con los sacos de oro a la cintura, maldiciéndose a sí mismo por haberse ofrecido voluntario para esta misión y rompiéndose la cabeza para ver qué harían a continuación. Daría cualquier cosa por una bebida ahora mismo.

Qué idea más terrible y horrorosa había tenido de venir aquí. ¿Por qué narices había tenido un momento tan estúpido de caballerosidad? ¿Y qué era la caballerosidad al fin y al cabo? Un momento de pasión, de altruismo, de locura. Esto solo hacía que se le secase la garganta, que el corazón le palpitara, que las manos le temblaran. Odiaba aquella sensación, odiaba cada segundo así. Deseaba haber cerrado la boca. La caballerosidad no era para él.

¿O sí?

Y a no estaba seguro de nada. Lo único que sabía ahora mismo es que quería sobrevivir, vivir, beber, estar en cualquier lugar menos aquí. Daría cualquier cosa por una cerveza ahora mismo. Vendería el acto más heroico por una pinta de cerveza.

“¿Y a quién vamos a untar exactamente?” preguntó Merek, acercándose a su lado, mientras caminaban juntos por las calles.

Godfrey se rompía la cabeza.

“Necesitamos a alguien de dentro de su ejército”, dijo él finalmente. “Un comandante. No demasiado alto. Alguien lo suficientemente alto. Alguien a quien le importe más el oro que matar”.

“¿Y dónde encontraremos una persona así?” preguntó Ario. “No podemos exactamente marchar hacia sus barracas”.

“Desde mi experiencia, solo existe un sitio fiable en el que encontrar a alguien de ética imperfecta”, dijo Akorth. “Las tabernas”.

“Ahora has hablado”, dijo Fulton. “Ahora, finalmente, alguien ha dicho algo sensato”.

“Suena como una idea horrible”, replicó Ario. “Suena a que simplemente te apetece un trago”.

“Bien, me apetece”, dijo Akorth. “¿Y qué hay de malo en ello?”

“¿Tú qué crees?” replicó Ario. “¿Qué vas a entrar en una taberna, vas a encontrar un comandante y sobornarlo? ¿Es así de fácil?”

“Bueno, finalmente el niño tiene razón en algo”, dijo Merek metiéndose en la conversación. “Es una mala idea. Echarían un vistazo a nuestro oro, nos matarían y lo cogerían para ellos”.

“Por eso no vamos a llevar nuestro oro”, dijo Godfrey, decidido.”

“¿Cómo?” preguntó Merek, dirigiéndose hacia él. “¿Qué haremos con él entonces?”

“Esconderlo”, dijo Godfrey.

“¿Esconder todo este oro?” preguntó Ario. “¿Estás loco? Trajimos demasiado. Suficiente para comprar media ciudad”.

“Eso es precisamente por lo que lo vamos a esconder”, dijo Godfrey, animándose con la idea. “Encontramos a la persona adecuada, por el precio adecuado, en quién podamos confiar, y lo llevamos hasta él”.

Merek se encogió de hombros.

“Es una misión imposible. Va de mal en peor. Seguimos tus pasos, sabe Dios por qué. Nos estás llevando hacia nuestras tumbas”.

“Seguisteis mis pasos porque creéis en el honor, en el coraje”, dijo Godfrey. “Seguisteis mis pasos porque, desde el momento en que lo hicisteis, nos volvimos hermanos. Hermanos en el valor. Y los hermanos no se abandonan”.

Los otros se quedaron en silencio mientras caminaban y Godfrey se sorprendió de sí mismo. No entendía del todo este rasgo de sí mismo que aparecía cada dos por tres. ¿Era su padre el que hablaba? ¿O era él?

Doblaron la esquina y la ciudad se abrió ante ellos y Godfrey se maravilló una vez más ante su belleza. Todo brillaba, las calles estaban repletas de oro, entrelazadas con canales de agua del mar, luz por todas partes, reflejando el oro y encegándolo. Las calles estaban ajetreadas aquí también, y Godfrey admiraba las gruesas multitudes, sorprendido. Recibió más de un golpe en el hombro e iba con mucha cautela de mantener la cabeza agachada para que los soldados del Imperio no lo detectaran.

Los soldados, con todo tipo de armaduras, marchaban arriba y abajo en todas direcciones, entremezclados con nobles y ciudadanos del Imperio,

hombres enormes con su identificable piel amarilla y cuernos pequeños, muchos con paradas, vendiendo mercancías por todas partes en las calles de Volusia. Godfrey divisó mujeres del Imperio, también, por primera vez, tan altas y con los hombros tan anchos como los hombres, parecían casi tan grandes como algunos hombres del Anillo. Sus cuernos eran más largos, más puntiagudos y su brillo era de un azul aguamarino. Parecían más salvajes que los hombres. A Godfrey no le gustaría encontrarse en una lucha con ellas.

“Quizás podríamos acostarnos con algunas mujeres mientras estamos aquí”, dijo Akorth con un eructo.

“Creo que estarían encantadas de cortarte el cuello”, dijo Fulton.

Akorth se encogió de hombros.

“Quizás harían las dos cosas”, dijo él. “Al menos moriría como un hombre feliz”.

Mientras las multitudes iban creciendo, abriéndose camino a través de más calles de la ciudad, Godfrey, sudoroso, temblando por la ansiedad, se obligaba a sí mismo a ser fuerte, a ser valiente, a pensar en todos los que se habían quedado en la aldea, en su hermana, que necesitaba su ayuda. Consideraba los números a los que se enfrentaban. Si podía sacar adelante la misión, quizás podría marcar la diferencia, quizás podría realmente ayudarlos. No era la manera de actuar, valiente y gloriosa, de sus hermanos guerreros; pero era la suya, la única manera que conocía.

Al doblar una esquina, Godfrey elevó la mirada hacia delante y vio exactamente lo que estaba buscando: allí, en la distancia, un grupo de hombres salieron como desparramándose de un edificio de piedra, luchando los unos con los otros, mientras se formaba una multitud a su alrededor, animando con gritos. Daban puñetazos y se tambaleaban de una manera que Godfrey reconoció de inmediato: borrachos. Los borrachos, reflexionó, tienen la misma apariencia en cualquier parte del mundo. Era una hermandad de estúpidos. Divisó una pequeña bandera negra que ondeaba encima del establecimiento y enseguida supo qué era.

“Ahí está”, dijo Godfrey, como si estuviera mirando una meca sagrada. “Esto es lo que queríamos”.

“La taberna más limpia que he visto jamás”, dijo Akorth.

Godfrey observó la elegante fachada y estaba dispuesto a darle la razón.

Merek se encogió de hombros.

“Todas las tabernas son iguales, una vez dentro. Serán tan borrachos y estúpidos aquí como lo serían en cualquier lugar”.

“Mi tipo de gente”, dijo Fulton, relamiéndose los labios como si ya estuviera saboreando la cerveza.

“¿Y cómo se supone que vamos a llegar hasta allí?” preguntó Ario.

Godfrey miró hacia abajo y entendió a lo que se refería: la calle terminaba en un canal. No había manera de llegar andando hasta allí.

Godfrey observó cómo una pequeña embarcación de oro se detenía a sus pies, con dos hombres del Imperio dentro y observó cómo salían de ella, ataban la barca a un poste con una cuerda y la dejaban allí mientras se adentraban en la ciudad, sin mirar nunca hacia atrás. Godfrey observó la armadura de uno de ellos y se imaginó que eran oficiales y no les hacía falta preocuparse por su barca. Obviamente, sabían que nadie sería jamás tan estúpido para atreverse a robarles su barca.

Godfrey y Merek intercambiaron una mirada cómplice a la vez. Las grandes mentes, pensó Godfrey, piensan igual; o al menos las grandes mentes que habían tenido experiencia en mazmorras y callejones.

Merek dio un paso adelante, sacó su puñal y cortó la gruesa cuerda y, uno a uno, se apiñaron dentro de la pequeña embarcación de oro, que se balanceaba bruscamente mientras lo hacían. Godfrey se inclinó hacia delante y con su bota los empujó lejos del puerto.

Se deslizaron por los canales, balanceándose, y Merek agarró el largo remo y los dirigió, remando.

“Esto es una locura”, dijo Ario, echando una mirada a los oficiales. “Podrían volver”.

Godfrey miró hacia delante y asintió.

“Entonces será mejor que rememos más rápido”, dijo.

CAPÍTULO NUEVE

Volusia se encontraba en medio de un desierto interminable, su suelo verde agrietado y reseco, duro como la piedra a sus pies, y miraba fijamente hacia delante, encarándose al séquito de Dansk. Estaba allí con orgullo, una docena de sus consejeros más cercanos detrás de ella, y se encaró a dos docenas de sus hombres, típicos del Imperio, altos, de espalda ancha, con la piel amarilla y brillante, los ojos de un rojo reluciente y dos pequeños cuernos. La única diferencia destacable de esta gente de Dansk era que, con el tiempo, los cuernos les crecían hacia los lados en lugar de hacia arriba.

Volusia miró por encima de sus hombros y vio, situada en el horizonte, la ciudad desierta de Dansk, alta, absolutamente imponente, levántandose unos treinta metros hacia el cielo, sus muros verdes del color del desierto, hechos de piedra o bloques, no podía decir de qué. La ciudad tenía forma de círculo perfecto, con parapetos por encima del muro y, entre ellos, soldados colocados cada tres metros, de cara a cada puesto, vigilando, observando cada rincón del desierto. Parecía impenetrable.

Dansk se encontraba directamente al sur de Maltolis, a medio camino entre la ciudad del Príncipe Loco y la capital del sur, y era una fortaleza, un cruce esencial. Volusia había oído hablar de ella a su madre muchas veces, pero nunca la había visitado. Siempre había dicho que no se puede tomar el Imperio sin tomar Dansk.

Volusia miró a su líder, detrás suyo con su enviado, engreído, sonriéndole con aires de superioridad y con arrogancia. Se veía diferente a los demás, estaba claro que era su líder, con un aire de confianza, con más cicatrices en la cara y con dos largas trenzas que iban de la cabeza hasta la cintura.

Habían estado así en silencio, cada uno esperando a que hablara el otro, con el único sonido del viento fuerte del desierto.

Finalmente, él se debió cansar de esperar y habló:

“¿O sea que deseáis entrar en la ciudad?”, le preguntó. “¿Vos y sus hombres?”

Volusia lo miró fijamente, orgullosa, confiada y sin expresión.

“No deseo entrar”, dijo ella. “Deseo tomarla. He venido a ofrecerle las condiciones para entregaros”.

Él la miró fijamente perplejo durante unos instantes, como si intentara comprender sus palabras, entonces finalmente abrió los ojos como platos, sorprendido. Se echó hacia atrás y se rió a carcajadas y Volusia enrojeció.

“¡¿Nosotros?!” dijo él. “¿¿*Entregarnos!*?”

Reía a gritos, como si hubiera oído el chiste más gracioso del mundo. Volusia miró fijamente y con calma y se dio cuenta de que todos los soldados que estaban con él no reían- ni siquiera sonreían. La miraban fijamente a ella con la mirada seria.

“Solo eres una chica”, dijo al final, como divirtiéndose. “No sabes nada de la historia de Dansk, de nuestro desierto, de nuestra gente. Si supieras algo, sabrías que *nunca* nos hemos rendido. Ni *una sola vez*. Nunca en diez mil años. Ante *nadie*. Incluso ni ante los ejércitos de Atlow el Grande. Ni una sola vez Dansk ha sido conquistada”.

Su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido.

“Y ahora llegas tú”, dijo él, “una joven estúpida, aparecida de la nada, con una docena de soldados y ¿nos pides que nos rindamos? ¿Por qué no podría matarte aquí mismo o llevarte a las mazmorras? Creo que eres tú la que debería negociar las condiciones para rendirse. Si te prohíbo la entrada, este desierto te matará. De igual manera que, si te acojo, yo mismo podría matarte”.

Volusia lo miró fijamente con calma, sin encogerse ni un momento.

“No te ofreceré mis condiciones dos veces”, dijo con calma. “Rendíos ahora y os perdonaré la vida a todos”.

Él la miró fijamente, atónito, como si por fin se diera cuenta de que hablaba en serio.

“Estás engañada, jovencita. has sufrido bajo el sol del desierto durante demasiado tiempo”.

Ella lo miró fijamente, los ojos se le oscurecían.

“Yo no soy una jovencita”, respondió. “Soy la gran Volusia de la gran ciudad de Volusia. Soy la Diosa Volusia. Y vosotros, y todos los seres de la tierra, sois mis subordinados”.

Él la miró fijamente, con la expresión cambiante, mirándola fijamente como si estuviera loca.

“Tú no eres Volusia”, dijo. “Volusia es mayor. Yo la he conocido. Fue una

experiencia muy desagradable. Y aún así encuentro el parecido. Tú eres...su hija. Sí, ahora lo veo. ¿Por qué no ha venido tu madre a hablar con nosotros? ¿Por qué te envía a ti, a su hija?”

“Yo soy Volusia”, respondió. “Mi madre está muerta. Yo me aseguré de que así fuera”.

Él la miró fijamente, con la expresión cada vez más seria. Por primera vez, parecía inseguro.

“Puede que hayas conseguido asesinar a tu madre”, dijo él. “Pero eres una estúpida al amenazarnos. Nosotros no somos una mujer indefensa y tus hombres de Volusia están lejos de aquí. Fuiste estúpida al aventurarte tan lejos de tu fortaleza. ¿Crees que puedes tomar nuestra ciudad con una docena de soldados?” le preguntó, soltando y cogiendo la empuñadura de su espada como si estuviera pensando en matarla.

Ella lentamente sonrió.

“No puedo tomarla con una docena”, dijo ella. “Pero puedo tomarla con doscientos mil”.

Volusia levantó su puño en alto, agarrando el Cetro Dorado, levantándolo incluso más alto, sin sacarle los ojos de encima y, al hacerlo, observó el rostro del líder de la misión de Dansk mirando tras ella, cambiando a pánico y conmoción. No necesitaba darse la vuelta para saber qué estaba mirando: sus doscientos mil soldados Maltolisianos habían doblado la colina a su señal y se desplegaron a lo largo del horizonte. Ahora el líder de Dansk sabía la amenaza a la que se enfrentaba su ciudad.

Todos en su misión parecían nerviosos, parecían aterrorizados y angustiados por volver corriendo a la seguridad de su ciudad.

“El ejército Maltolisiano”, dijo su líder, con la voz llena de miedo por primera vez. “¿Qué están haciendo aquí, contigo?”

Volusia le sonrió.

“Soy una diosa”, dijo ella. “¿Por qué no me iban a servir?”

Ahora la miraba con asombro y sorpresa.

“Y, aún así, no te atreverías a atacar Dansk”, dijo, con la voz temblorosa. “Estamos bajo la protección directa de la capital. El ejército del Imperio se cifra en millones. Si tomaras nuestra ciudad, se verían obligados a tomar represalias. Todos seríais masacrados a su debido tiempo. No podríais ganar.

¿Eres tan imprudente? ¿O tan estúpida?”

Ella seguía sonriendo, disfrutando del desasosiego de él.

“Quizás un poco de cada cosa”, dijo ella. “O quizás solo estoy deseando probar mi nuevo ejército y refinar sus habilidades con vosotros. Tenéis la gran mala suerte de encontraros en el camino entre mis hombres y la capital. Y nada, nada, se interpone en mi camino”.

Él le echó una mirada asesina, su rostro se convirtió en desprecio. Sin embargo ahora, por primera vez, podía ver pánico real en su mirada.

“Vinimos a hablar de las condiciones y no las aceptamos. Nos prepararemos para la guerra, si eso es lo que deseáis. Solo recuerda: tú misma te lo has buscado”.

Él de repente dio una patada a su zerta con un grito y se dio la vuelta, con los demás, y se fueron galopando, sus séquito levantó una nube de polvo.

Volusia bajó con desinterés de su zerta y agarró una corta espada de oro, mientras su comandante, Soku, se la pasaba.

Levantó una mano al viento, sintió la brisa, entrecerró un ojo e hizo puntería.

Entonces se inclinó hacia delante y la lanzó.

Volusia observó cómo la lanza salía volando dibujando un arco en el aire, a unos quince metros de altura, y finalmente se oyó un gran grito y el satisfactorio ruido sordo de una lanza al impactar con la carne. Miró deleitada cómo se clavaba en la espada del líder. Este gritó, cayó del zerta y fue a parar al suelo del desierto, tambaleándose.

Su séquito se detuvo y miró hacia abajo, horrorizados. Estaban sentados en sus zertas, como si debatiendo si debían parar a recogerlo. Miraron hacia atrás y vieron a todos los hombres de Volusia en el horizonte, ahora en marcha y, obviamente, se lo pensaron mejor. Se dieron la vuelta y se fueron galopando, con dirección a las puertas de la ciudad, abandonando a su líder en el suelo del desierto.

Volusia cabalgó con su séquito hasta que alcanzó al líder moribundo y desmontó a su lado. En la distancia, escuchó hierro retumbando y vio que su séquito entraba a Dansk, una enorme puerta de hierro con rejas se cerraba de golpe tras ellos y las enormes dobles puertas de hierro de la ciudad se cerraban como si selladas tras ellos, creando una fortaleza de hierro.

Volusia miró hacia abajo, al líder moribundo, que se dio la vuelta apoyado en su espalda y miró hacia arriba, hacia ella, con angustia y asombro.

“No puedes herir a un hombre que viene a pactar condiciones”, dijo furioso. “¡Esto va contra todas las leyes del Imperio! ¡Nunca se ha hecho una cosa así!”

“No pretendía herirte”, dijo ella, arrodillándose a su lado, tocando el mango de la lanza. Le clavó la lanza en lo profundo de su corazón, sin soltarla hasta que finalmente dejó de retorcerse y dio su último suspiro.

Ella sonrió ampliamente.

“Pretendía matarte”.

CAPÍTULO DIEZ

Thor estaba en la proa de su pequeña embarcación, sus hermanos se encontraban detrás de él, su corazón latía fuerte a la expectativa mientras la corriente los llevaba directos a la pequeña isla que estaba delante de ellos. Thor miró hacia arriba, examinó sus acantilados maravillado; nunca había visto algo así. Las paredes eran perfectamente suaves, un granito blanco, sólido, brillando bajo los dos soles y se elevaban hacia arriba, a unos cien metros de altura. La isla tenía forma de círculo, su base estaba rodeada de peñascos y costaba pensar en medio del incesante romper de las olas. Parecía inexpugnable, parecía imposible que un ejército la pudiera escalar.

Thor se llevó una mano a los ojos y miró con dificultad por el sol. Los acantilados parecían detenerse en algún punto, terminar en una espalanada a casi cien metros de altura. Quién sea que viviera allá arriba, en la cima, viviría a salvo para siempre, pensó Thor. Suponiendo que alguien viviera allí en cualquier caso.

Arriba del todo, cerniéndose sobre la isla como una aureola, había un anillo de nubes, de un rosa y lila suaves, cubriéndola de los duros rayos del sol, como si este sitio estuviera coronado por el mismo Dios. Se movía una suave brisa, el aire era agradable y templado. Incluso desde allí, Thor podía sentir que ese lugar tenía algo especial. Parecía mágico. No se había sentido de aquella manera desde que había llegado a la tierra del castillo de su madre.

Todos los demás miraron hacia arriba también, con expresiones de asombro en sus rostros.

“¿Quién creéis que vive aquí?” O’Connor hizo en voz alta la pregunta que estaba en mente de todos.

“¿Quién...o qué?” preguntó Reece.

“Quizás nadie”, dijo Indra.

“Quizás deberíamos seguir navegando”, dijo O’Connor.

“¿Y saltarnos la invitación?” preguntó Matus. “Veo siete cuerdas, y nosotros somos siete”.

Thor examinó los acantilados y, al mirar más de cerca, vio siete cuerdas de oro colgando de la cima hasta las orillas, brillando con el sol. Se quedó maravillado.

“Quizás alguien nos está esperando”, dijo Elden.

“O tentando”, dijo Indra.

“¿Pero quién?” preguntó Reece.

Thor miró hacia la cima, todos aquellos mismos pensamientos corrían por su mente. Se preguntaba quién podía saber que estaban llegando. ¿Les estaban vigilando de alguna manera?

Todos estaban en la barca en silencio, balanceándose en el agua, mientras la corriente los acercaba incluso más.

“La pregunta real es”, preguntó Thor en voz alta, rompiendo finalmente el silencio, “¿serán amables o esto será una trampa?”

“¿Y esto cambia algo?” preguntó Matus, acercándose a su lado.

Thor negó con la cabeza.

“No”, dijo, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada. “Los visitaremos de todas formas. Si son amables, los abrazaremos; si son enemigos, los mataremos”.

Las corrientes se levantaron y unas olas largas y onduladas llevaron su barca directo hacia la estrecha orilla de arena negra que rodeaba el lugar. Su barca fue arrastrada suavemente, se quedó atascada en ella y, al hacerlo, todos saltaron a la vez.

Thor agarró con fuerza la empuñadura de su espada, tenso, y miró a su alrededor en todas direcciones. No había movimiento en la playa, nada con excepción del romper de las olas.

Thor caminó hasta la base de los acantilados, puso una mano sobre ellos, sintió lo suaves que eran, sintió el calor y la energía que irradiaba de ellos. Examinó las cuerdas que se elevaban hacia arriba del acantilado, enfundó su espada y cogió una de ellas.

Tiró de ella. No cedía.

Uno a uno los demás se unieron a él, cada uno agarró una cuerda y tiró de ella.

“¿Aguantará?” O’Connor se preguntó en voz alta, mirando hacia arriba.

Todos miraron hacia arriba, obviamente preguntándose lo mismo.

“Solo hay una manera de descubrirlo”, dijo Thor.

Thor agarró la cuerda con ambas manos, saltó y empezó a ascender. A su alrededor todos los demás hicieron lo mismo, todos ellos escalaban los

acantilados como cabras montesas.

Thor escalaba y escalaba, le dolían los músculos, quemaban bajo el sol. El sudor le caía por el cuello, le escocía en los ojos y todas sus extremidades temblaban.

Sin embargo, a la vez, había algo mágico en aquellas cuerdas, una energía que lo apoyaba –y a los demás- y lo hacía escalar más rápido de lo que jamás lo había hecho, como si las cuerdas lo estuvieran tirando hacia arriba.

Mucho más pronto de lo que hubiera imaginado que sería posible, Thor se encontró a sí mismo llegando a la cima; levantó el brazo y se sorprendió al ver que estaba agarrando hierba y tierra. Se echó hacia arriba, dio una vuelta sobre su costado, encima de la suave hierba, agotado, respirando con dificultad, con las extremidades doloridas. A su alrededor, vio que los demás también llegaban. Lo habían conseguido. Algo había querido que llegaran allí arriba. Thor no sabía si eso era motivo de consuelo o de preocupación.

Thor se apoyó sobre una rodilla y desenfundó su espada, poniéndose inmediatamente en guardia, sin saber qué les esperaba allá arriba. A su alrededor sus hermanos hicieron lo mismo, todos se pusieron de pie e, instintivamente, se colocaron en semicírculo, protegiéndose las espaldas los unos a los otros.

Mientras estaba allí, mirando alrededor, Thor se sorprendió por lo que vio. Había esperado ver a un enemigo enfrentándose a ellos, había esperado ver un sitio rocoso, desértico y desolado.

A cambio, no veía a nadie que los recibiera. Y, en lugar de rocas, veía el lugar más hermoso en el que sus ojos se habían posado: allí, desplegadas delante de él, había onduladas colinas verdes, exuberantes con flores, follaje y frutas, que brillaban con la luz de la mañana. La temperatura aquí era perfecta, acariciada por las suaves brisas del océano. Habían huertos de árboles frutales, abundantes viñedos, sitios de una abundancia y belleza tales que inmediatamente hizo que su tensión se desvaneciera. Enfundó su espada, mientras todos los demás también se relajaban, todos ellos contemplaban aquel lugar de perfección. Por primera vez desde que habían zarpado de la Tierra de los Muertos, Thor sentía que realmente podía relajarse y bajar la guardia. Aquel era un lugar que no tenía prisa por dejar.

Thor estaba desconcertado. ¿Cómo podía existir un lugar tan hermoso y

templado en medio de un océano interminable y cruel? Thor miró a su alrededor y vio una suave neblina colgando encima de todo, miró hacia arriba y vio, allá arriba, el anillo de suaves nubes lilas que cubrían el lugar, protegiéndolo y, sin embargo, dejando que el sol se colara por aquí y por allí, y sabía en cada ápice de su cuerpo que este lugar era mágico. Era un lugar de tal belleza física, que incluso dejaba en ridículo la abundancia del Anillo.

Thor se sorprendió al escuchar lo que parecía un chillido distante; al principio pensó que simplemente su mente le estaba jugando malas pasadas. Pero después sintió un escalofrío al escucharlo de nuevo.

Levantó la mano hacia sus ojos y miró hacia arriba, estudiando los cielos. Podría haber jurado que sonaba como el grito de un dragón, sin embargo, sabía que aquello no era posible. Él sabía que el último de los dragones había muerto con Ralibar y Mycoples. Él mismo había sido testigo, aquel fatídico momento de sus muertes todavía colgaba sobre él como un puñal en su corazón. No pasaba un solo día que no pensara en su buena amiga Mycoples, que no deseara que volviera a su lado.

¿Era simplemente un pensamiento deseoso, escuchar aquel grito? ¿El eco de algún sueño olvidado?

El grito volvió de repente, rompiendo a través de los cielos, perforando el mismo tejido del aire y el corazón de Thor dio un salto, al sentirse cegado por la emoción y el asombro. ¿Podía ser?

Cuando Thor levantó la mano hacia los ojos y miró hacia los dos soles, allá arriba en los acantilados, creyó detectar el vago contorno de un pequeño dragón, volando en círculos en el aire. Se quedó congelado, pensando si sus ojos le estaban jugando una mala pasada.

“¿Aquello no es un dragón?” preguntó de repente Reece en voz alta.

“No es posible”, dijo O’Connor. “No quedan dragones vivos”.

Pero Thor no estaba muy seguro al ver cómo el contorno de la forma desaparecía entre las nubes. Thor miró de nuevo hacia abajo y estudió los alrededores. Se quedó asombrado.

“¿Qué es este lugar?” preguntó Thor en voz alta.

“Un lugar de sueños, un lugar de luz”, dijo una voz.

Thor, sorprendido por la desconocida voz, se dio la vuelta, al igual que los demás, y se sorprendió al ver, de pie delante de ellos, un hombre mayor,

vestido con una túnica y una capucha amarillas, que llevaba un largo bastón translúcido, con diamantes incrustados y un amuleto negro en la punta. Brillaba con tanta intensidad que Thor apenas podía ver.

El hombre tenía una sonrisa relajada y caminaba hacia ellos de una manera afable y se echó la capucha hacia atrás, dejando al descubierto un cabello largo, ondulado y dorado y un rostro que no tenía edad. Thor no podía decir si tenía dieciocho o cien años. De su rostro emanaba una luz y Thor se quedó de piedra ante su intensidad. No había visto algo parecido desde que había visto a Argon.

“Haces bien”, dijo, mientras fijaba su mirada en Thorgrin y caminaba hacia él. Se quedó a escasos metros de él y sus translúcidos ojos verdes parecían quemarle en su interior. “En pensar en mi hermano”.

“¿Su hermano?” preguntó Thor, confundido.

El hombre asintió con la cabeza.

“Argon”.

Thor miró boquiabierto al hombre, estupefacto.

“¿¡Argon!?” dijo Thor. “¿Su hermano?” añadió, apenas capaz de articular palabra.

El hombre asintió, examinándolo, y Thor sentía como si pudiera ver dentro de su alma.

“Ragon es mi nombre”, dijo. “Soy el gemelo de Argon. Aunque, por supuesto, no nos parecemos mucho. Creo que yo soy el más agraciado”, añadió con una sonrisa.

Thor lo miró fijamente, sin palabras. No sabía por donde empezar; no tenía ni idea de que Argon tuviera un hermano.

Poco a poco, todo empezaba a cobrar sentido.

“Usted nos trajo aquí”, dijo Thor, procesándolo todo. “Aquellas corrientes, esta isla, aquellas cuerdas...Usted planeó que viniéramos hasta aquí”. Thor encajó todas las piezas. “Nos ha estado observando”.

Ragon asintió.

“De hecho, lo he estado haciendo”, dijo. “Y estoy muy orgulloso de vosotros. Yo controlé las corrientes hasta aquí-fue mi manera de brindar hospitalidad. Aquellos que llegan aquí, a esta isla, solo pueden llegar porque lo merecen. Estar aquí es una recompensa: una recompensa para aquellos que

han mostrado un gran valor. Y vosotros-*todos* vosotros- habéis pasado la prueba”.

Thor de repente escuchó el grito fuerte y definitivo de un dragón- esta vez estaba seguro- y, al mirar hacia arriba, se quedó asombrado de ver a un bebé dragón, con unas alas de una envergadura de apenas tres metros, descendiendo en círculos. Chillaba, era el chillido de un dragón joven y extendía sus alas mientras volaba en amplios círculos; a continuación aterrizó finalmente, quedándose a tan solo unos metros al lado de Argon.

Allí estaba, mirando a Thor y a los demás, y bajó las alas, silencioso y tranquilo, mirando fijamente con orgullo.

Thor lo miraba fijamente maravillado.

“No puede ser”, suspiró, sin aliento, examinándolo. Era la criatura más hermosa que jamás había visto. Parecía ciertamente antiguo. “Vi morir al último dragón. Yo mismo lo vi”.

“Pero no viste el huevo”, dijo Ragon.

Thor lo miró, perplejo.

“¿El huevo?”

Ragon asintió con la cabeza.

“De Mycoples y Ralibar. Su hija. Una chica”.

Thor abrió la boca sorprendido y sintió cómo le brotaban las lágrimas mientras examinaba al dragón con una nueva luz mientras se daba cuenta, por primer vez, de lo mucho que se parecía a Mycoples. Sabía que había algo familiar en ella.

“Es hermosa”, dijo Thorgrin.

“Puedes acariciarla”, dijo Ragon. “De hecho, estaba deseando conocerte, mucho. Sabe todo lo que hiciste por su madre. Ha estado esperando este día”.

Thorgrin caminó hacia delante, un paso tras otro, con cautela pero ansioso por encontrarse con ella. Ella lo miraba fijamente con orgullo, sin parpadear, tenía unas escamas de un rojo claro y unos brillantes ojos verdes, y tenía quizás unos tres metros de altura. No podía decir si a ella le gustaba él o no, y sentía una intensa energía que irradiaba de ella.

Cuando se acercó, levantó una mano y la acarició suavemente en un lado de la cara, su mano tocaba sus largas escamas. Ella ronroneó con satisfacción mientras lo hacía, levantó la barbilla como si se lo agradeciera y después, de

repente, bajó la cabeza y, para deleite de Thor, la rozó contra su pecho. Con su larga lengua rasposa lamió la cara de Thor.

Le arañó el lado de su mejilla, pero a él no le importó. Sabía que era una señal de cariño y él se inclinó y la besó en la cabeza. Sus escamas eran fuertes y suaves, jóvenes, todavía tenían que formarse, eran más suaves que las de sus padres. Verla le trajo todos sus recuerdos, le hizo darse cuenta de lo mucho que echaba de menos a Mycoples y le hacía sentir como si hubiera vuelto.

“Yo quise a tu madre”, le dijo Thor suavemente. “Y a ti te querré igual”.

El dragón ronroneó otra vez.

“La has hecho muy feliz, Thorgrin”, dijo Ragon. “Lo único que necesita ahora es un nombre”.

Thor lo miró confundido.

“¿Me está pidiendo que le ponga un nombre?”

Ragon asintió con la cabeza.

“Después de todo, es joven”, respondió él. “Y nadie ha venido hasta aquí para ponerle un nombre. Yo podría haberlo hecho. Pero yo sabía que esta tarea te estaba aguardando a ti”.

Thor cerró los ojos, intentando que le viniera algún nombre. Mientras lo hacía, pensaba en Mycoples y Ralibar y se preguntaba qué nombre hubieran querido ellos, qué nombre honraría más a sus padres.

“Lycoples”, Thor se oyó a sí mismo dejando escapar. “Le llamaremos Lycoples”.

Lycoples alzó el cuello y chilló, escupiendo fuego hacia el cielo, una pequeña llama, aún joven, y Thor dio un salto hacia atrás, sobresaltado. Extendió las alas, bajó la cabeza y saltó de repente hacia el aire, en círculos, volando hacia arriba, más y más alto, hasta que Thor vio, maravillado, cómo desaparecía de su vista.

“¿La he ofendido?” preguntó Thor.

Ragon sonrió y negó con la cabeza.

“Al contrario”, dijo. “Está muy de acuerdo”.

Ragon estiró el brazo y apretó con la mano el hombro de Thor y empezó a guiarlo caminando.

“Vamos, joven Thorgrin”, dijo. “Tenemos mucho de lo que hablar y esta isla es mucho más grande de lo que parece”.

*

Thor y los demás siguieron a Argon, abriéndose camino a través de la isla, asimilándolo todo mientras andaban. Thor no podía creer lo cómodo que se sentía de estar allí, en presencia de Ragon, especialmente después de su larga temporada en un interminable y cruel océano, después de muchos días sin esperanza ni tierra a la vista y con menos provisiones cada vez. Y especialmente después de salir de la Tierra de los Muertos. Sentía como si hubiera vuelto a nacer, como si hubiera salido de los escalones más profundos del infierno hacia los niveles más altos del paraíso.

Pero era más que eso. Se sentía profundamente a gusto con Ragon, se sentía cómodo con su presencia, del mismo modo que se había sentido con Argon. De algún modo, sentía que tener a Ragon aquí era como si le hubieran devuelto a Argon.

Thor también se sentía increíblemente cómodo al ver a Lycoples, volando en círculos allá arriba, chillando a menudo para que se notara su presencia. Miró hacia arriba, la divisó y se emocionó al verla. Le hacía sentir como si Mycoples hubiera vuelto a él, como si hubiera recuperado un trozo de su ser.

Y sin embargo, aún con todo esto, había algo más en este sitio que Thor no podía detectar, que permanecía bajo la superficie. Notaba algo aquí, una presencia, pero no sabía de qué se trataba. Sentía como si hubiera algo aquí que lo estuviera esperando, algo que lo haría sentirse lleno de nuevo. No entendía qué podía ser, aquí, en este sitio vacío en medio de la nada, pero le seguía royendo, sus sentidos le gritaban que aquí había algo crucial, en algún lugar de esta isla.

Marcharon durante horas y, extrañamente, Thor vio que sus piernas no se cansaban en este lugar. Era el sitio más idílico que jamás había visto y pasearon a través de las onduladas colinas, a través de frondosos campos verdes y Thor sentía como si se estuviera meciendo en los mismos brazos del paraíso.

Llegaron a la cima de una colina y, al hacerlo, Ragon se detuvo y Thor se paró a su lado. Echó un vistazo y quedó sorprendido por la panorámica: allí, en la distancia, había un castillo hecho de luz. Brillaba al sol, destelleante,

parecía una nube dorada, pero con la forma de un castillo. Tenía un aspecto translúcido y Thor se dio cuenta de que el castillo estaba completamente hecho de luz.

Miró a Ragon maravillado.

“El Castillo de la Luz”, explicó Ragon.

Todos miraron fijamente, en silencio, Thor no sabía qué decir.

“¿Es real?”, preguntó Thor, rompiendo finalmente el silencio.

“Tan real como tú y yo”, respondió Ragon.

“Pero parece estar hecho de luz”, dijo Reece, dando un paso hacia delante.

“¿Se puede entrar?”

“Con la misma seguridad con la que puedes entrar a cualquier castillo”, respondió Ragon. “Es el castillo más fuerte que el hombre ha conocido. Pero sus muros están hechos de luz”.

“No entiendo cómo puede ser”, dijo Thor. “¿Cómo puede un castillo ser tan ligero y, a la vez, tan fuerte?”

Ragon sonrió.

“Encontrarás que muchas cosas aquí, en la Isla de la Luz, no son lo que parecen. Como dije, es un lugar donde solo se permite entrar a los que lo merecen”,

“¿Y aquello qué es?” preguntó Matus.

Matus hizo un gesto hacia otro edificio, Thor se dio la vuelta con los demás y vio otro edificio de luz, al otro lado del castillo, construido en un arco bajo.

“Ah”, dijo Argon. “Me alegro de que lo puntualices. Es donde tengo pensado llevaros a continuación: la armería”.

“¿Armería?” preguntó Elden, ilusionado.

Ragon asintió con la cabeza.

“Contiene todo tipo de armas, armería que no puede encontrarse en ningún otro lugar de la tierra”, dijo Ragon. “Armería pensada solo para quien la merece”.

Ragon se giró y los miró a todos significativamente.

“Dios sonrío ante vuestro valor”, dijo, “Y es el momento de vuestra recompensa. Algunas recompensas son para la otra vida, y algunas para esta. No son solo los muertos los que disfrutan”, dijo guiñando el ojo.

Los otros lo miraron sorprendidos.

“¿Quiere decir que allí hay armas pensadas para que nosotros...?” empezó O’Connor.

Pero Ragon ya se había marchado, caminando por la colina con su bastón, misteriosamente rápido, a casi cincuenta metros de distancia ya, aunque parecía que andaba a un paso pausado.

Thor y los demás se miraron entre ellos, maravillados, después se dieron la vuelta y corrieron por la montaña, para alcanzarle.

Lo siguieron hasta las elevadas dobles puertas doradas de la armería y observaron cómo Argon estiraba el brazo con su bastón y daba un golpecito en las puertas.

Al hacerlo, se oyó un tremendo golpe, que resonó como si estuviera golpeando sobre hierro con un ariete. Thor no entendía cómo podía ser; su bastón apenas había tocado las puertas de luz.

Lentamente, las puertas se abrieron de par en par, una luz brillaba desde su interior, encegando temporalmente a Thor, haciéndole levantar las manos. La luz se calmó y Ragon entró y, uno a uno, todos le siguieron.

Thor miró al alto techo arqueado mientras entró a la elevada habitación, de unos tres metros de profundidad, procesándolo todo asombrado. Un interminable despliegue de armas forraba las paredes, filas y filas de ellas, armas forjadas en oro y plata y acero y bronce y cobre y metales que Thor no reconocía. A parte de esto había todo tipo de armaduras, todas sin estrenar, brillantes, con las formas más inusuales y los diseños más complejos que Thor había visto jamás.

“Todos vosotros habéis estado en la Tierra de los Muertos y habéis vuelto”, dijo Ragon. “Todos os habéis probado a vosotros mismos. Dejasteis atrás a vuestros amigos; dejasteis atrás a vuestras familias; dejasteis atrás vuestras comodidades. Os arriesgasteis los unos por los otros, vuestros hermanos. Mantuvisteis vuestra promesa. Una promesa de hermanos es más fuerte que cualquier arma del mundo. Y esto es algo que vosotros habéis aprendido”.

Ragon se dio la vuelta e hizo un gesto hacia las paredes, hacia las filas y filas de armas.

“Ahora sois hombres. Tanto- o incluso más- que cualquier otros hombres,

a pesar de vuestra edad. Es hora de que tengáis armas para hombres, armaduras para hombres. Esta armería es vuestra, un regalo de Dios. Un regalo del Que os observa”.

“Escoged”, dijo, dándose la vuelta y sonriendo, ondeando su bastón. “Escoged vuestras armas y vuestra armadura. Será el arma que tendréis que empuñar toda la vida. Cada arma aquí tiene un destino especial y el arma que escojáis está pensada solo para vosotros. Nadie más podrá empuñarla. No podéis elegir otra. Cerrad vuestros ojos y dejad que el arma os encuentre”.

Thorgrin miró hacia la armería y, al hacerlo, sintió que su espada, la Espada de los Muertos, vibraba en su mano. La sacó de su funda y la alzó, examinándola maravillado y, mientras lo hacía, se sorprendió al ver que las calaveras y las tibias cruzadas alrededor de su empuñadura empezaban a moverse, la boca de marfil se abría como si estuviera llorando. Mientras observaba, escuchó un ruido que provenía de ella y la boca empezó a emitir un sonido de queja.

Thor miró hacia su mano como si estuviera sosteniendo a una criatura que se retorció en ella y no sabía si tirarla o sujetarla más firmemente. Nunca se había encontrado con un arma así; estaba verdaderamente viva. Le intimidaba y le otorgaba el poder a la vez.

Ragon se acercó a su lado.

“Posees una de las más grandes armas que el hombre conoce”, dijo Ragon. “Una espada que incluso los demonios tienen miedo de empuñar. No te equivocas: está muy viva”.

“Parece que esté llorando”, dijo Thor, mirándola fijamente.

“Está tan viva como tú lo estás”, dijo Ragon. Este quejido que oyes son las almas que se ha llevado; aquellas lágrimas son las lágrimas de los muertos. Es un arma difícil de empuñar, un arma con una mente propia, con una historia propia.

Un arma que debe domesticarse. Sin embargo, es un arma que elige y te eligió a ti. No la empuñarías si ella no quisiera que lo hicieras”.

“No hay arma allá fuera que pueda hacerle de rival. Aprende a empuñarla y aprende a empuñarla bien. Las armas de aquí son para los otros, no para ti”.

Thor asintió, comprendiéndolo.

“No deseo ninguna otra arma”, respondió él, enfundando su espada,

decidido a aprender cómo dominarla.

Ragon asintió.

“Bien”, dijo. “Sin embargo, hay una armadura aquí para ti. Deja que te llame y la encontrarás”.

Thor cerró los ojos y, al hacerlo, sintió que una fuerza invisible se apoderaba de él. Abrió los ojos y dejó que la fuerza lo guiara hacia la pared lejana, cada uno de sus amigos se dispersaron a lo largo de la vasta habitación, pues cada uno fue en una dirección diferente.

Thor se detuvo ante una armadura de oro. Miró hacia arriba y vio dos corazas largas y delgadas de armadura circular y se preguntó para qué eran.

Ragon se acercó a su lado.

“Adelante”, le empujó. “No te morderán. Bájalas”.

Las bajó de la pared con cautela y las examinó.

“¿Qué son?”, preguntó.

“Guardabrazos”, respondió Ragon. “Hechos de un metal que nunca sabrás”.

“Son muy ligeros”, observó Thor, escéptico.

“No te dejes engañar, joven Thorgrin”, dijo Ragon. “Pararán golpes más fuertes que la armadura más gruesa”.

Thor los examinó con asombro.

Ragon dio un paso adelante y se los quitó a Thor y, mientras Thor extendía los brazos, él le abrochaba cada uno de ellos en una muñeca. Eran muy largos, iban desde las muñecas de Thor hasta cubrirle los antebrazos. Thor levantó los brazos, para probarlos y no podía creer lo ligeros que eran. Le iban a la perfección, como si los hubieran hecho justo para él.

“Úsalos para bloquear el golpe de un enemigo”, dijo Ragon. “Del mismo modo que lo haría un escudo o una espada. Y aún estas son más fuertes que el acero más fino y, cuando te encuentres en medio de la batalla, se anticiparán a tu enemigo y te sorprenderán con sus propias cualidades extraordinarias”.

“No sé cómo agradeceréselo”, respondió Thor, sintiéndose preparado para luchar contra un ejército él solo.

O'Connor dio un paso adelante, con los ojos encendidos por la emoción mientras bajaba un arco y un carcaj de oro de la pared. El carcaj contenía las flechas más largas y elegantes que Thor jamás había visto y cubriéndolo había

un guante de arquero de oro. O'Connor lo sujetó impresionado y se lo puso. Estaba hecho de una cota de malla dorada superligera, su malla estaba diseñada para envolver su dedo medio y después envolver su muñeca y antebrazo. Cerró y abrió el puño, examinándolo maravillado.

Entonces levantó el arco y lo sujetó junto a su barbilla.

“Este arco no es como ningún otro”, explicó Ragon. “Las flechas que se disparan con él volarán dos veces más lejos y perforarán cualquier armadura que el hombre conozca. Puedes disparalas más rápidamente y el peso del arco es el más ligero que se conoce”.

O'Connor lo probó, tirando de la cuerda, sosteniéndolo en alto y examinándolo con asombro.

“Es magnífico”, dijo.

Ragon sonrió.

“Es tu recompensa, no la mía”, dijo. “El mejor agradecimiento es usarlo bien en la batalla. Proteger a aquellos que son demasiado débiles para protegerse a sí mismos. Y para proteger a tus hermanos”.

O'Connor lo deslizó por su espalda y le iba a la perfección, como si estuviera hecho a medida.

Matus, a su lado, dio un paso adelante, estiró los brazos y colocó las dos manos encima de un largo bastón dorado tachonado, al final del cual colgaba una larga cadena de oro y tres bolas de oro con pinchos. Era el mayal más hermoso que Thor jamás había visto y Matus lo alzó, las cadenas traqueteaban y lentamente lo balanceó por encima de su cabeza. Se maravilló por su peso y miró maravillado a Ragon.

“El arma de un héroe”, dijo Ragon. “No es un mayal corriente. Sus cadenas se expanden y contraen según la necesidad, percibiendo la distancia de tu enemigo, manteniéndote fuera del alcance y las bolas detectan a su dueño y no te golpearán a ti, ni a ninguno de tu grupo”.

Matus las balanceó y resplandecían a la luz, haciendo un suave zumbido mientras las hacía girar, tan silenciosas como si tan siquiera estuvieran allí.

Elden alargó el brazo y con cautela retiró de la pared un bastón largo- tan largo como él- con una pequeña cabeza de hacha de oro reluciente al final, su hoja tenía forma de media luna muy afilada. La sostuvo en alto y le dio la vuelta, reflejó a la luz, no sabía muy bien qué hacer con él.

“Es muy ligero”, dijo Elden. “Y muy afilado”.

Ragon asintió.

“Lo suficientemente largo como para matar a un hombre a tres metros”, dijo. “Tus enemigos no podrán acercarse a ti y tú puedes tirar a un hombre del caballo antes de que su lanza te toque. Como hacha de batalla es inigualable, más largo, más liso y más fuerte que los demás. Puedes destrozar a un hombre o cortar un árbol- siempre, de un solo hachazo. Esta hacha nunca falla y su hoja nunca se desafila”.

Elden lo hizo girar por encima de su cabeza y Thor sintió su viento incluso desde donde estaba, mientras Elden parecía balancearlo sin esfuerzo, el hacha más larga que jamás había visto.

Indra alzó el brazo y se hizo con una larga lanza, que reposaba horizontalmente en la pared, y la bajó con cuidado. La sostuvo en alto a la luz, su vara formada por un material dorado translúcido, adornada con diamantes y terminada en una punta larga y afilada de diamante. Le dio la vuelta en sus manos, examinándola con asombro.

“No existe una lanza más afilada”, dijo Ragon. “Es una lanza que puede volar más lejos que cualquier otra, que puede perforar a cualquier hombre, a cualquier armadura. Es digna de ti, una mujer con cualidades que pueden rivalizar con cualquier hombre de la Legión”.

“Es mágica”, dijo ella en tono susurrante.

“Y leal”, respondió él. “No puedes perderla nunca. Cada vez que la lances, volverá a ti”.

Indra la examinó, aún más impresionada, claramente sin palabras.

Reece dio un paso adelante y agarró la alabarda más hermosa que Thor jamás había visto, sus tres puntas doradas brillaban a la luz, clavadas al final de una vara de oro.

“Una alabarda que no tiene rival”, explicó Ragon. “Algunos la llaman la horquilla del diablo- aunque en las manos de un verdadero caballero es un arma de honor. También es incomparable en un combate mano a mano. También es mortífera en el aire: lánzala y su vara de diamante deslumbrará y cegará a tu enemigo, aturdiéndolo. Haz puntería y atravesará cualquier cosa que haya en tu camino. Y siempre volverá a ti”.

Solo quedaba Selese en el grupo y Ragon se dirigió a ella.

“Para ti, querida”, le dijo, sosteniendo un pequeño saco.

Selese extendió una mano y él se lo colocó dentro, ella miró hacia abajo y lo sujetó. Lo abrió y lo vertió en la otra mano y Thor vio que era arena de oro fina. Cayó entre sus dedos, de vuelta al saco.

“Tú no eres una luchadora”, explicó Ragon, “sino una curandera. Esta arena sanará a cualquier hombre de cualquier herida. Úsala con conocimiento: hay menos en este saco de lo que piensas”.

Selese le hizo una reverencia con la cabeza, con los ojos llorosos.

“Un gran regalo, mi señor”, dijo ella. “El único regalo más grande que el regalo de la muerte es el regalo de la vida”.

Thor observó a todos sus hermanos y a Indra y a Selese, todos ellos provistos con nuevas armas y apenas los reconocía. Cada uno de ellos, con sus relucientes armas mágicas, parecían guerreros formidables. Parecían siete titanes, un grupo de guerreros al que cualquier enemigo haría bien en no acercarse. Especialmente después de salir de los infiernos más oscuros, Thor sentía como si todos hubieran vuelto a nacer, preparados para enfrentarse al mundo.

Y todavía no se habían ni acercado a la pared de armaduras nuevas.

Ragon los miró en aprobación.

“Estas son armas que os ayudarán a encontrar vuestro camino en un mundo feroz”, dijo. “Armas para empuñar con honor, armas de luz en un mar de oscuridad, armas lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a los demonios. Honrad a Dios y luchad en Su nombre, por la causa de los justos, la causa de los oprimidos y venceréis. Luchad por el poder, o por las riquezas, por la ambición, por la avaricia o por la conquista y perderéis. Desviaros de la luz y ningún arma podrá salvaros. Empuñaréis estas armas siempre y cuando seáis merecedores de ellas”.

Ragon se dirigió a la pared de armaduras.

“Ahora escoged vuestra armadura, una armadura espléndida, la armadura que corresponde a estas gloriosas armas”.

Uno a uno todos se dispersaron por la habitación, todos ellos miraron a las filas y filas de armaduras de oro. Thor estaba a punto de unirse a ellos cuando, de repente, algo le dejó atónito. Un sexto sentido.

Se dirigió a Ragon.

“Siento que hay algo más”, dijo él, “algo más que usted está reteniendo. Algún gran secreto”.

Ragon hizo una amplia sonrisa.

“Mi hermano tenía razón”, dijo. “El poder dentro de ti es, en efecto, fuerte”.

Suspiró.

“Sí, joven Thorgrin. Tengo una sorpresa más para ti. La mayor sorpresa, el mayor regalo, de entre todos. Por la mañana. Pasaréis la noche aquí, todos vosotros, en mi castillo. Y, por la mañana, no podréis creer la alegría que os espera”.

CAPÍTULO ONCE

Godfrey, en guardia, sus ojos atentos mientras remaban en su pequeña embarcación de oro por los canales de Volusia, la corriente los arrastraba lentamente, zigzagueando por los callejones de Volusia. Por todas partes, buscaba un lugar en el que guardar el oro. Necesitaba un sitio fiable, un sitio discreto, un sitio donde no los observaran, un sitio que recordaran. No podían guardarlo en la barca y, mientras la taberna se alzaba amenazadora delante suyo, sabían que les quedaba poco tiempo.

Finalmente, algo destelleó y le llamó la atención.

“¡Deja de remar!” exclamó a Merek.

Merek, en la parte trasera, usó su largo remo para ir más despacio y después parar la barca y, cuando lo hizo, Godfrey señaló con el dedo.

“¡Allí”, dijo Godfrey señalando.

Godfrey miró hacia abajo y vio, más adelante, algo debajo del agua. La luz del sol atravesaba el agua y, quizás dos metros hacia abajo, Godfrey vio el casco de una embarcación, volcada desde hacía tiempo, alojada en el fondo del canal. Era lo suficientemente poco profundo para ubicarlo, pero suficientemente profundo para ser discreto. Incluso mejor, a su lado, en la orilla, había una pequeña estatua de oro de un buey, marcando una ubicación que no podía olvidar.

“Allá abajo”, dijo Godfrey, “bajo el agua”.

Todos miraron por el borde de la barca.

“Veo una barca volcada”, dijo Akorth. “Clavada en el fondo”.

“Exactamente”, dijo Godfrey. “Aquí es donde dejaremos nuestro oro”.

“¿*Bajo el agua!*?” preguntó Akorth, atónito.

“¿Te has vuelto loco?” preguntó Fulton.

“¿Y si la corriente se lo lleva?” dijo Merek.

“¿Y si alguien más lo encuentra?” interrumpió Ario.

Godfrey negó con la cabeza mientras alzaba un saco de oro, tan pesado que su brazo temblaba al levantarlo, se aseguró de que estaba bien atado y lo tiró al agua. Todos miraron cómo se hundía rápidamente, descansando cómodamente al fondo del casco.

“No se irá a ningún lugar”, dijo Godfrey, “y nadie lo va a encontrar.”

¿Podéis verlo desde aquí?”

Todos miraron hacia el agua y, era obvio que no podían. El mismo Godfrey apenas podía ver su contorno.

“A parte, ¿quién va a peinar las aguas en busca de oro?” preguntó. “¿Especialmente cuando las calles están pavimentadas con él?”

“Nadie toca el oro de las calles”, dijo Merek, “porque los soldados los matarían. Pero un botín de balde es otra cosa”.

Godfrey extendió el brazo y tiró un segundo saco.

“Las corrientes no se lo llevarán a ningún lugar”, dijo, “y nunca nadie sabrá dónde está- solo nosotros. ¿Preferís llevarlo a la taberna?”

Todos ellos miraron hacia la amenazadora taberna de delante suyo, después bajo el agua y, finalmente, parecieron ponerse de acuerdo.

Uno a uno, se inclinaron hacia delante, cogieron un saco y lo tiraron.

Godfrey observaba cómo se hundían. Entonces, de repente, el brillante sol cambió, escondido tras una nube y las aguas se volvieron de nuevo turbias. No había ningún tipo de visibilidad.

“¿Y si *nosotros* no podemos encontrarlo?” preguntó Akorth, de repente preso por el pánico.

Godfrey se giró y echó un vistazo y los demás siguieron su mirada hacia la elevada estatua del buey que estaba en la calle a su lado.

“Buscad el buey” respondió.

Godfrey hizo un gesto con la cabeza a Merek y continuaron remando. Pronto giraron en una curva y la corriente los llevó directamente a la taberna, justo delante de ellos, el ruido de los clientes se escuchaba incluso desde allí.

“Bajad la cabeza y poneos las capuchas”, ordenó Godfrey. “Permaneced juntos. Haced lo que os diga”.

“¿Y qué pasa con la bebida?” dijo Akorth con pánico. “Acabamos de esconder todo nuestro oro. ¿Cómo se supone que compraremos una bebida?”

Godfrey sonrió y tendió una moneda.

“No soy estúpido”, dijo. “Me guardé una”.

La barca atracó y todos saltaron, abandonándola rápidamente, y se mezclaron entre la bulliciosa multitud. El ruido crecía a medida que se acercaban al bar, los hombres eran más toscos aquí, los soldados del Imperio y los clientes estaban todos claramente borrachos, montones de ellos

moviéndose bulliciosamente allá fuera, riendo y empujándose los unos a los otros. Unos cuantos de ellos fumaban una extraña pipa que Godfrey no había visto antes y el fuerte olor penetrante colgaba en el aire.

Godfrey se sentía como en casa, por fin, como lo haría fuera de cualquier cantina del mundo. Puede que esta gente fueran malhechores, puede que tuvieran un color de piel diferente al suyo, pero todos estaban borrachos, sin preocupaciones y eran *su* gente.

Godfrey iba a la cabeza, sus hombres le seguían mientras se abría camino a través de la multitud, con la cabeza baja, y entraba en la taberna.

Se encontró con una avalancha de sonidos y olores, parecida a la que podría encontrar en cualquier taberna en cualquier lugar: cerveza rancia, vino viejo, hombres con el sudor de todo el día estaban allí dentro. Era un olor conocido y extrañamente reconfortante. Aquí había más ruido, las voces se mezclaban, la gente hablaba múltiples idiomas que no reconocía. Los clientes parecían una multitud alborotada, una mezcla de soldados delincuentes y los estratos más bajos de la población. Godfrey se sintió aliviado al ver que ninguno de ellos se giró a mirarlos cuando entraban; todos estaban preocupados por beber.

Godfrey mantenía la cabeza baja y se abría camino entre la multitud, los otros seguían sus pasos, hasta que consiguió llegar hasta la barra. Era una barra envejecida, del tipo que podría haber encontrado en el Anillo.

Apoyó un codo en ella, apretujado entre varios clientes, alargó el brazo y puso la moneda de oro encima de la barra, esperando que el camarero la aceptara. Puede que llame la atención por ser diferente pero, después de todo, el oro es oro. Mientras veía cómo servían jarras de cerveza, empezó a salivar; no se había dado cuenta de cómo deseaba una bebida.

“Ponme cinco”, dijo Godfrey, mientras el camarero, un hombre del Imperio altísimo y sin sentido del humor, se acercaba.

“Yo no bebo”, dijo Merek.

Godfrey miró a Merek sorprendido.

“Entonces que sean cuatro”, rectificó Godfrey.

“Que sean cinco”, interrumpió Fulton. “Yo me beberé la tuya”.

“Para mi ninguna, tampoco”, dijo Ario. “Nunca antes he bebido”.

Godfrey, Akorth y Fulton lo miraron atónitos.

“¿¡Nunca has bebido!?” dijo Fulton.

“Entonces hoy es tu día de suerte”, dijo Akorth. “Beberás con nosotros. Déjalo en cinco”, le dijo al camarero. “De hecho, que sean seis. Yo quiero doble también”.

El camarero estaba allí, molesto, entonces cogió la moneda de oro y la examinó, desconfiado. El corazón de Godfrey palpitaba mientras este lo miraba, escudriñándola.

“¿Qué oro es este?” preguntó.

Godfrey sentía cómo sudaba bajo la túnica. Pensó con rapidez y decidió actuar indignado.

“¿¡Entonces me tengo que llevar mi oro!?”exigió Godfrey, apostando fuerte.

El camarero lo miró fijamente, entonces por fin, para gran alivio de Godfrey, debió decidir que el oro era oro. Se la guardó en el bolsillo y, poco después, les sirvió seis pintas de cerveza. Godfrey cogió la suya, Akorth y Fulton agarraron dos cada uno.

Godfrey se tomó la suya de un trago, bebiendo vorazmente, y se dio cuenta de cómo la había deseado. Saboreó cada sorbo, notando mientras bebía lo diferente que esta cerveza sabía respecto a la cerveza que conocía del Anillo; era de un color marronoso, tenía un picante regusto a nuez, con cierto sabor a tierra, cenizas y fuego. También tenía un efecto, un regusto que le quemaba detrás de su garganta.

Al principio Godfrey no sabía si le gustaba o no; pero cuando se la terminó y la dejó encima de la barra, dejando unos momentos para que empezara a hacer efecto, decidió que era la mejor cerveza que jamás había probado. No sabía si era simplemente porque estaba muerto de sed, nervioso o nostálgico, pero estaba seguro de que nunca había tomado algo así. Rápidamente, también se dio cuenta de que era la cerveza más fuerte que jamás había probado, pues después de tomar una se sentía mareado.

Se giró y vio los ojos de Akorth y Fulton que estaban encantados y entendió que también les había gustado mucho.

“Ahora me puedo morir”, dijo Fulton.

“Yo puedo vivir en esta ciudad”, dijo Akorth.

“No me haréis marchar de aquí”, añadió Fulton. “¿El Anillo? ¿Dónde está

esto?”

“¿A quién le importa?” dijo Akorth. “Abastecedme con esto y me convertiré. Me crecerán cuernos”.

Se dieron la vuelta y observaron la sexta y última jarra de cerveza, allí encima de la barra sin probar, esperando a Ario. Akorth extendió el brazo y la deslizó hacia él.

“Bebe mientras puedas”, dijo Akorth. “Puede que no tengas una segunda oportunidad. Una cosa terrible, morir sin haber bebido”.

“Y date prisa”, añadió Fulton. “No dejes un vaso lleno delante de mí y esperes que no me lo beberé”.

Ario, inseguro, alargó el brazo con indecisión y cogió la jarra. Bebió lentamente, saboreándola e hizo una mueca.

“Puaaj”, dijo. “Esto es horrible”.

Akorth rió, estiró el brazo y se la arrancó de las manos, la espuma se derramó por el borde y cayó por su muñeca.

“No te lo preguntaré dos veces”, dijo, “y no dejaré que se eche a perder. Vuélvela a probar cuando tengas pelos en el pecho”.

Akorth levantó la pinta hasta su boca pero, de repente, inesperadamente, Ario alargó el brazo y la arrancó de la mano de Akorth. Akorth lo miró, sorprendido, cómo levantaba la pinta y lenta e ininterrumpidamente se la bebió entera, su garganta engullía mientras lo hacía.

Ni tan solo hizo un gesto de dolor cuando cuidadosamente la dejó otra vez en su sitio, mirando a Akorth fijamente a los ojos.

Akorth y Fulton lo miraron, claramente sorprendidos. Godfrey también lo estaba.

“¿Dónde aprendiste a beber así, chico?” preguntó Godfrey, impresionado.

“Pensaba que nunca habías bebido” insistió Fulton.

“Y no lo hice”, contestó Ario con calma.

Godfrey lo examinó y se preguntó aún más sobre este chico, tan tranquilo, tan poco expresivo y, sin embargo, siempre le sorprendía. Era un chico de pocas palabras, pero de mucha acción; era tan discreto que lo subestimaban y esta era su gran ventaja.

Godfrey pidió otra ronda y, cuando vino, tomó otro largo trago y, con la cabeza baja, se dio la vuelta discretamente e inspeccionó a su alrededor.

Montones de soldados del Imperio ocupaban la habitación y él escaneó la multitud, buscando señales de un oficial, de alguien importante. Alguien a quién pudiera comprar. Buscaba un rostro que rezumara corrupción, avaricia- una expresión que Godfrey, durante todos estos años en las tabernas, había llegado a reconocer bien.

De repente, empujaron a Godfrey, alguien le golpeó fuerte en la espalda con el hombro. Tropezó hacia delante, virtiendo lo que le quedaba de cerveza.

Molesto, Godfrey se dio la vuelta para ver quién era el culpable y vio a un soldado del Imperio grande, unos treinta centímetros más alto que él, con los hombros anchos como él, lanzándole una mirada asesina. Su piel amarilla se volvió naranja y Godfrey se preguntó si esto era lo que les sucedía cuando estaban borrachos- o rabiosos.

“No te vuelvas a poner en mi camino”, le dijo furioso a Godfrey, “o será la última vez que lo hagas”.

“Lo siento...” empezó Godfrey, deseando desviar la atención, a punto de darse la vuelta, pero de repente Merek dio un paso adelante.

“No estaba en tu camino”, dijo repentinamente Merek, sin miedo, mirando enfurruñado al hombre. “Tú te chocaste con él”.

El corazón de Godfrey se encogía mientras observaba a Merek enfrentándose al hombre. Merek, empezaba a darse cuenta Godfrey, era demasiado impulsivo. Quizás había sido un error traérselo con él. Era demasiado impredecible, demasiado irascible -y tenía una espinita demasiado grande clavada.

“De hecho”, Merek añadió, “creo que le debes una disculpa a mi amigo”.

El soldado del Imperio, después de recuperarse de su conmoción inicial, le hizo una sonrisa maliciosa a Merek, mientras relajaba su cuello y se petaba los nudillos. Era un sonido ominoso.

Miraba fijamente a Merek como si se tratara de comida o de una presa que ha caído directamente en una trampa.

“¿Y si te arranco el corazón y se lo doy de comer a tu amigo? ¿Servirá como disculpa?”

Merek, impávido, lo miró con desprecio, decidido, aunque el hombre hacía dos veces su tamaño. Godfrey no sabía qué podía estar pensando.

“Puedes intentarlo”, respondió Merek, bajando sigilosamente una mano y

colocándola encima de su puñal. “Pero será mejor que tus manos sean mucho más rápidas que tu mente”.

Ahora el soldado del Imperio parecía enojado; su rostro oscurecía.

“Merek, ya está bien”, dijo Godfrey, levantando el brazo y colocándole una mano en el pecho. Godfrey oyó cómo arrastraba sus propias palabras y se preguntó lo fuerte que era aquella cerveza. Ahora se arrepentía; cómo deseaba ser más avisado.

“Me tendría que haber tomado aquella bebida”, dijo Akorth, sacudiendo la cabeza. “Esto es lo que pasa cuando no bebes nada. Que buscas pelea”.

“Bueno, cuando bebes también buscas pelea”, añadió Fulton.

El soldado del Imperio, enojado, miraba de Merek a Akorth y a Fulton y, mientras lo hacía, estrechó los ojos, como si se hubiera dado cuenta de algo. Levantó los brazos y le quitó la capucha de Godfrey con brusquedad, dejando su cara al descubierto.

“El primer Finiano que veo sin el pelo rojo”, observó el soldado. Miró a Godfrey de arriba abajo, con recelo, y después les echó un vistazo a todos. “De hecho, estas túnicas no os quedan nada bien, ¿verdad? Y vuestra piel: no es ni la mitad de pálida de lo que debería ser”.

El soldado del Imperio, al darse cuenta, hizo una amplia sonrisa maliciosa y Godfrey tragó saliva, la situación iba de mal en peor.

“No tenéis nada de Finianos, ¿verdad?” continuó. Entonces se dio la vuelta y exclamó por encima de su hombro. “¡Hey, amigos!”

La taberna se quedó en silencio mientras una docena de soldados del Imperio se acercaban sin prisa hacia ellos. Godfrey se dio cuenta horrorizado que, si era posible, todos ellos eran incluso más grandes que él.

Se pusieron a su lado.

“Ahora mira lo que has hecho con tu boca”, le siseó Godfrey a Merek.

“Es mejor tener la boca grande que acojonarse de miedo”, dijo rápidamente Merek.

“¡Mirad lo que tenemos aquí!” dijo en voz alta el soldado del Imperio, mientras todos miraban. “¡Un puñado de humanos disfrazados!”

Godfrey tragó mucha saliva, el sudor le caía por detrás de la nuca, mientras otra docena de soldados se amontonó alrededor. Godfrey buscaba la salida, pero los soldados se amontonaron de tal manera que estaban

completamente rodeados.

Merek, de repente, quiso coger su puñal, pero dos soldados se pusieron al frente, le agarraron por la muñeca y se la estiraron antes de que pudiera hacer algo. Entonces lo cogieron por los brazos, mientras él luchaba inútilmente para soltarse.

Godfrey estaba demasiado asustado para moverse. El soldado del Imperio se inclinó hacia él, muy cerca, a pocos centímetros de él, sonriendo a Godfrey con malicia.

“Dime, ¿qué está haciendo este pequeño chico blanco gordo en nuestra taberna? ¿Disfrazado de Finiano?”

“¡Tengo oro!” soltó Godfrey, sabiendo que eran las palabras equivocadas en el momento equivocado, pero se sentía desesperado y no sabía qué más decir.

El soldado del Imperio abrió los ojos sorprendido.

“¡Tiene oro, eh!” gritó, riendo, y todos los otros soldados rompieron a reír. “Estoy seguro que sí, chico gordo. Estoy seguro que sí”.

“Espera, puedo explicar...” empezó Godfrey.

Pero antes de que pudiera acabar sus palabras, Godfrey vio el atisbo de un puño, que le venía directamente, muy rápido, de la nada. La siguiente cosa que supo fue cuando notó cómo golpeaba su barbilla, sintió cómo sus dientes se daban golpes los unos con los otros, notó el eco en todo su cráneo y supo que había acabado, que su vida había terminado. Sintió cómo caía de espaldas y, al hacerlo, miró hacia arriba y vio el techo de esta lóbrega taberna, torcido, manchado y tuvo un último pensamiento: *hubiera deseado tomarme otra pinta de cerveza más.*

CAPÍTULO DOCE

Erec estaba en la proa del barco, con Alistair a su lado, Strom a su otro lado, centenares de sus hombres detrás de él, trabajando en el barco, bajando las velas y, al lado de ellos, su flota, media docena de barcos, navegando todos juntos hacia la Isla del Peñasco. Erec observaba, delante de ellos, la isla que rápidamente se acercaba, el sonido de las olas rompiendo a su alrededor y se asombró.

Esta isla era una escarpada pared de roca, como un peñasco gigante caído en el mar, que se elevaba treinta metros hacia arriba y tenía unos ochocientos metros de diámetro. No había orilla de ningún tipo, ninguna manera de tomar tierra, de desembarcar. Al transeúnte ocasional podría ni parecerle una isla tan solo una roca gigante en el mar. Pero Erec sabía algo más. Al mirar más de cerca vio la entrada, camuflada en la roca, un único arco enorme, esculpido directamente en la roca y detrás de ella una compuera de rejas de hierro. Era como una isla construida en una montaña tallada.

De pie delante de la entrada, en un saliente estrecho de piedra, había una docena de arqueros con ballestas preparadas, apuntando hacia el barco, con los rostros serios y las viseras bajadas. En el centro estaba su comandante, un hombre curtido al que Erec conocía bien: Krov. Estaba allí de pie con orgullo, un hombre corpulento con una cabeza completamente calva, cubierta de cicatrices de batalla, una cara curtida por el sol y el aire salado y una barba demasiado larga y miraba fijamente y serio a Erec como si nunca lo hubiera visto en su vida.

El barco de Erec se acercó a la entrada y Erec se quedó allí y miró a Krov, extrañado por el hostil recibimiento.

Ambos ejércitos se encaraban el uno al otro en el tenso silencio, con el único sonido del romper de las olas en los peñascos.

“¿Apuntarías con flechas a un amigo?” exclamó Erec, por encima del ruido del océano.

Krov sonrió con aires de superioridad.

“¿Y desde cuándo eres mi amigo?” Contestó Krov fríamente, con las manos en las caderas.

Su respuesta cogió desprevenido a Erec.

“¿Sabes quién soy? Soy Erec, hijo del tardío Rey de las Islas del Sur, amigo y aliadas tuyas y de tus padres durante cuatro generaciones.

“Sí, sé quién eres”, respondió fríamente. *Aliados* es una exageración”.

Erec lo miró fijamente, desconcertado.

“Luchaste con mi padre, derramaste sangre por mi padre”, exclamó Erec. “Nuestra causa siempre ha sido vuestra causa. Yo mismo luché a tu lado en muchas batallas en el mar. Y te hemos salvado más de una vez de ser capturado por el Imperio. ¿Por qué siguen apuntándonos vuestras flechas?”

Krov levantó el brazo y se rascó su calva cabeza.

“Esto son todo medias verdades”, le dijo gritando. “Mi padre ayudó al tuyo más de una vez. Y creo que has recibido la mejor parte del trato”.

Él miró por encima los barcos de Erec.

“No llegas aquí como un amigo”, exclamó Krov. “Llegas con barcos de combate. Quizás has venido a tomar la isla”.

Erec negó con la cabeza.

“¿Y por qué querría yo este pedazo de basura al que llamáis isla?”

Krov lo miró fijamente, al parecer sorprendido y, lentamente, hizo una amplia sonrisa.

De repente, Erec echó la cabeza hacia atrás riendo fuertemente y la tensión se rompió por ambos lados. Sus hombres bajaron las flechas y los hombres de Erec bajaron las suyas.

“¿Erec, viejo bastardo!” exclamó Krov, alegre. “¿Me alegra el corazón verte de nuevo!”

Krov levantó el brazo, lanzó un enorme garfio de metal al aire y la soga se desplegó dibujando un arco y fue a parar a la proa de Erec.

“¿A qué estáis esperando?” dijo Krov regañando a sus hombres. “¡Ya oísteis al hombre! ¡Remorcadlos!”

Los hombres de Krov bajaron sus ballestas y fueron todos corriendo hacia delante, tirando de las cuerdas mano a mano, remolcando el barco de Erec. Entonces Krov saltó hasta la plataforma de piedra y, cuando Erec desembarcó, corrió hacia él y le dio un gran abrazo. A Erec, como siempre, el impredecible modo de actuar de Krov le cogió desprevenido; parecía que igual podía matarte que abrazarte. Parte pirata, parte mercenario y parte soldado- Erec, al igual que su padre, nunca supo dónde clasificar a Krov y a sus hombres de la

Isla del Peñasco.

Krov se echó hacia atrás y analizó el rostro de Erec.

“He visto a tu padre pocas veces y, a ti, menos”, dijo Krov. “Has crecido. Ahora eres un hombre. Tú y tu hermano”, dijo Krov, saludando a Strom con la cabeza mientras desembarcaba también y le saludaba. “¿Por qué no habéis venido a verme antes?”

Erec lo estudió también y vio que había envejecido con los años. Ahora su barba estaba manchada de gris, sus mejillas habían enrojecido, su cabeza calva estaba arrugada y le había salido una pequeña barriga. Sin embargo, todavía era tan fuerte como Erec recordaba, su apretón de manos como el hierro con sus manos callosas por el mar.

“Nuestro padre está muerto”, anunció Strom.

Krov miró a Erec para confirmarlo y Erec asintió. Los ojos de Krov se pusieron vidriosos por la tristeza.

“Una lástima”, dijo. “Era un buen hombre. Un buen rey. Duro como una piedra, pero justo. Yo quería al viejo bastardo”.

“Gracias”, dijo Erec. “Y nosotros”.

“¿Y quién es esta?” preguntó Krov.

Erec siguió su mirada, se dio la vuelta y vio a Alistair acercándose y todos se hicieron a un lado para dejarla pasar cuando Erec le dio la mano y la ayudó a subir a la plataforma de piedra.

“Mi amada”, respondió Erec. “Mi esposa. Alistair”.

Krov tomó su mano y se la besó.

“Tienes buen gusto”, dijo Krov y después se dirigió a ella. “¿Pero qué haces tú con un feo y viejo bastardo como este?” le preguntó guiñándole el ojo con una sonrisa.

Alistair sonrió.

“No es ninguna de las dos cosas”, respondió, “Y incluso aunque fuera feo y viejo, todavía lo querría muchísimo”.

Krov sonrió.

“Una mujer elegante”, le dijo a Erec con una sonrisa. “Me sorprende que esté contigo”.

“¿Y por qué no tendría que estarlo?” preguntó Strom. “Erec es Rey ahora”.

Krov levantó las cejas.

“¿Eres Rey?”, dijo. “Me imagino que lo serías”, dijo. “Y serás un buen rey”, dijo, apretándole fuertemente en el hombro.

Krov de repente se dio la vuelta y gritó a sus hombres.

“Bien, ¿ja qué estáis esperando!?” les regañó. “¡Abrid la puerta! Ya habéis oído al hombre, ha llegado un Rey!”

La pesada puerta de rejas de hierro se levantó, con un fuerte sonido chirriante, dejando al descubierto la ciudad que había tras ella, una ciudad enorme que parecía un estadio.

Todos siguieron a Krov mientras los dirigió bajo el arco y a través de la entrada a la ciudad y, al hacerlo, Krov dio un paso adelante, cogió a Alistair de la mano y la apartó a un lado.

“Mi señora, quédese aquí, si es tan amable”.

“Pero, ¿por qué?” preguntó, confundida.

“Porque no quiero que la maten también”.

Erec, confundido, miró hacia arriba mientras atravesaba la entrada a la ciudad y, por el rabillo del ojo, vio a un caballero montado a caballo, empuñando una lanza, cargando contra él.

Erec, con buenos reflejos, se alejó con un salto en el último segundo y la lanza atravesó el aire, fallando por poco. En el mismo instante, un caballero cargó contra Strom desde la otra dirección y Strom reaccionó también, rodando por el suelo y alejándose con un salto antes de ser golpeado.

Erec se sorprendió al verse en el patio de entrada a la ciudad, un estadio común, varios caballeros con armadura montados a caballo, todos cargando contra él.

Miró a Krov, que estaba a varios metros de distancia, sonriendo endemoniadamente.

“Qué pronto olvidas los modos de los habitantes del Peñasco”, dijo. “Nadie entra aquí a menos que se lo gane. Esta no es una isla de mariquitas, como vuestras Islas del Sur. ¡Esta es una isla de guerreros! ¡Luchas por entrar aquí!”

“¿Y qué tal si tuviéramos un caballo y una armadura?” exclamó Strom, indignado.

Krov sonrió.

“Esta es la Isla del Peñasco”, dijo. “Aquí te los tienes que ganar, también”.

Erec se apartó de un saltó cuando otro caballero venía cargando contra él, fallando por poco, y dio vueltas en el duro barro. Una docena de caballeros más cargaron y Erec miró a Strom y los dos silenciosamente decidieron un plan de ataque.

Cuando el siguiente caballero salió disparado, Erec lo esquivó, agarró su lanza y, con un suave movimiento, se la quitó de las manos, tirando al caballero hacia delante y haciéndolo caer del caballo.

Erec cogió las riendas de inmediato y se montó en el caballo del caballero y, empuñando su lanza, le dio un puntapié y empezó a galopar corriendo.

Erec cabalgaba a toda velocidad, apuntando a un caballero que estaba a punto de coger a Strom desprevenido por un lado. Erec lo alcanzó a tiempo, le pinchó en las costillas con la lanza despuntada, obviamente usada para pelear. El caballero salió volando y Strom, sin perder el tiempo, se montó en su caballo, quitándole la lanza al caballero.

Por fin en igualdad de condiciones, Erec hizo lo que sabía hacer mejor, bajó la lanza y se preparó para la justa con los caballeros contrarios. Corrió directo hacia ellos, sin esperar, zigzagueando y desmontando uno tras otro, dejando un rastro de sonido metálico de armaduras tras ellos, mientras cada uno de ellos impactaba contra el suelo. Estos hombres del Peñasco puede que fueran hombres endurecidos, pero ninguno tenía la misma habilidad que Erec, el campeón de los habitantes de las Islas del Sur y un caballero sin igual en los reinos.

A su lado, Strom estaba haciendo el mismo daño, dejando su propio rastro a su paso.

Erec escuchó un repentino estruendo tras él y echó un vistazo hacia atrás y vio a otro caballero cargando contra él por detrás, empuñando un mayal de madera, a punto de golpearle en la cabeza; antes de que Erec pudiera reaccionar, Strom cargó por el lateral, empuñando su lanza y tirando de espaldas de un golpe al caballero del caballo antes de que acabara de balancear el mayal.

“¡Ahora estamos igualados!” gritó Strom a Erec.

Erec y Strom corrieron el uno al lado del otro, girando en amplios círculos y, a continuación, embistieron juntos, dirigiéndose hacia los caballeros que quedaban cargando contra ellos. Erec bajó su visera y su lanza y tiró a un

caballero de su caballo al mismo tiempo que lo hacía Strom. Juntos separaron el grupo, derribándolos de uno en uno, dando vueltas una y otra vez hasta que acababan con ellos.

La multitud cada vez más grande que rodeaba el patio gritaba deleitada. Erec y Strom se pusieron frente a todos ellos, levantaron sus viseras y sus lanzas dando una última vuelta, victoriosos.

Krov dio un paso adelante para saludarlos, con una amplia sonrisa en el rostro y Erec no sabía si agradecersele o matarlo.

“¡Este es el Erec que yo recuerdo!” exclamó Krov y la multitud gritó de nuevo. “Os habéis ganado vuestra estancia aquí, los dos”.

Krov se dio la vuelta y saludó con la mano hacia la siguiente puerta arqueada y, lentamente, una enorme puerta con rejas se levantó, dejando al descubierto tras ella el patio de una ciudad.

“¡Bienvenidos, amigos míos, a la Isla del Peñasco!”

CAPÍTULO TRECE

Darius galopaba a través del desierto, corriendo bajo los soles, junto a Raj, Desmond, Kaz, Luzi, más docenas de sus hermanos de armas, el sonido de sus zertas retumbando en el silencio del mediodía. Corrían a través del desértico paisaje, usando los zertas que habían saqueado de la batalla con el Imperio, empuñando armas que habían recogido de los soldados del Imperio y dirigían a centenares de aldeanos que corrían tras ellos a pie. Era un grupo de guerreros caótico, todos reunidos por una causa común, todos fuera por la sangre, por la libertad, y todos unidos solo por el liderazgo de Darius, su sacrificio, su ejemplo. Darius estaba decidido a no relajarse nunca más, sino a llevar la lucha hasta la puerta del Imperio- y su gente estaban dispuestos a seguirlo.

Darius no sabía si los había animado a todos con su liderazgo o si su gente simplemente no tenían nada que perder. Quizás finalmente les había tocado la fibra sensible que el Imperio los rodeara y los destruyera; quizás se habían dado cuenta finalmente que ya no podían esperar pasivamente a ser descuartizados o mutilados. Puestos contra la pared, estaban obligados a atacar. Finalmente, Darius y su gente estaban de acuerdo: finalmente, al igual que él, estaban preparados y contentos de ir por su propio pie a luchar.

Guiados por el ejemplo de Darius, por fin, habían sacado su hombría, la habían reclamado para ellos mismos. Finalmente habían visto que la madurez no te la podían arrebatar, pero tampoco te la podían dar. Era algo que tienes que reclamar, en lo que tienes que insistir, que se tiene que exigir y que tienes que tomar con tus propias manos.

Cada uno de ellos estaba envalentonado y fortalecido también al tener armas de acero reales, al sostener el frío acero en sus manos por primera vez en sus vidas, al sentir cómo era el peso real- no el peso del bambú. Estaban envalentonados también por el fragor y la velocidad de los zertas, magníficos animales de guerra que hacían que uno se sintiera como un verdadero guerrero debería hacerlo. Cargaban y cargaban, siguiendo a Darius a ciegas por el desierto. Darius sentía que podía dirigirlos hacia donde fuera.

Pero no a todos ellos. Todavía había una facción de su aldea, con Zirk a la cabeza, que culpaban a Darius, lo envidiaban y no aprobaban su forma de

actuar. Esta gente también lo seguían ahora, pues no tenían elección, no querían quedarse atrás. Por mucho que estuvieran en desacuerdo con él o que estuvieran inmersos en una lucha de poder con él, sin embargo, también habían sido esclavos y, como todos, disfrutaban de probar la libertad por primera vez.

Darius dio un puntapié a su zerta y corrieron más rápido, el sudor caía por la espalda de Darius, escociéndole en las heridas, mientras se agarraba con todas sus fuerzas, mirando con los ojos entrecerrados hacia el horizonte. Era tan liberador simplemente estar aquí fuera, solos, libres para hacer lo que quisieran, para ir a donde desearan, durante el día, que apenas notaba sus heridas. Cualquiera otro día de su vida, Darius había tenido que comparecer en la labor, solo había tenido tiempo libre después de que se pusiera el sol. Y cualquiera otro día, por supuesto, no se hubiera atrevido a arriesgarse a ir fuera de los límites de la aldea.

Era *libre*- verdaderamente libre. Esta palabra hubiera sido inimaginable tan solo unos días antes.

Darius cargó y cargó hasta que, finalmente, divisó en la distancia lo que había estado esperando. Era su primer objetivo: los campos de esclavos de la aldea vecina, que estaba quizás a unos veinte kilómetros de distancia. Todas las aldeas de esclavos de alrededor, separadas por el desierto, eran puntos interconectados en el paisaje, todos bajo el pulgar del Imperio, todos rodeando en círculo el perímetro de Volusia. A ninguna de ellas, por supuesto, se le permitía reunirse, unirse o ver a la otra. Todo esto estaba a punto de cambiar.

Darius tenía la sensación que los otros esclavos se sentirían como él. Él tenía la sensación que cuando los otros esclavos los vieran a él y a su gente libres, liberados, atacando, también se unirían a la causa. Y, pueblo a pueblo, hombre a hombre, podría construir un ejército.

Darius también sabía que no podía atacar Volusia directamente, no con sus pocos hombres y el gran ejército y las vastas fortificaciones de ellos. Sabía que, si tenía alguna oportunidad de ganar, tenía que atacar al ejército del Imperio desde sus puntos más débiles y vulnerables, donde menos lo esperaran: allí en los campos, gradualmente, una aldea tras otra, donde había pocos capataces, esparcidos, desprevenidos. Darius sabía que cada campo de

esclavos solo contaba con unas cuantas docenas de capataces para vigilar a centenares de esclavos. En el pasado, habían estado sujetos en su sitio y nadie se había atrevido a rebelarse y, por eso, unos pocos hombres bastaban para vigilar a muchos.

Pero, si Darius podía evitarlo, todo esto estaba a punto de cambiar. Ahora estos crueles capataces estaban a punto de aprender el poder del hombre común.

Darius sabía que podían ganar- especialmente si marchaban sobre ellos rápidamente, de forma imprevista, y si liberaban a los esclavos y los convertían en su creciente y diverso ejército.

Mientras se aproximaban, Darius soltó un fuerte grito, dio un puntapié a su zerta y cargó más rápido, cercando los campos de esclavos. Desde aquí podía ver centenares de esclavos, salpicando el paisaje, todos ellos encadenados, picando piedra, ninguno de ellos esperaba su llegada. Allí por encima de ellos, entremezclados de arriba abajo, andando de una punta a la otra de las filas, estaban los capataces del Imperio, levantando sus látigos, golpeándolos bajo el sol de la mañana. Darius se apenó al verlo, el dolor todavía era reciente en su espalda por los latigazos, ver aquello le traía recuerdos recientes, un nuevo deseo de venganza.

Darius frunció el ceño, dio un puntapié y cargó todavía más rápido. A su alrededor sus amigos hicieron lo mismo, teniendo la misma visión, sintiéndose como él, sin necesidad de un empuje para poner las cosas en su sitio.

Cuando Darius los alcanzó, vio que la primera fila de esclavos se daba la vuelta y lo miraban, encima de su zerta y observó cómo abrían los ojos perplejos. Obviamente, estos esclavos nunca habían visto esclavos libres montando en zertas , empuñando armas de acero- nunca habían visto a alguien como ellos, con su color de piel, montando, montando libres, triunfantes, bajo el sol.

Darius se fijó en un capataz particularmente grande, que estaba azotando a un chico joven y levantó la corta lanza que había rescatado del Imperio, apuntó y la lanzó.

El capataz finalmente se dio la vuelta por el sonido de los zertas retumbando hacia ellos y Darius observó con satisfacción como sus ojos también se abrían por la sorpresa, y después por la agonía, cuando la lanza le

atravesó el corazón.

El capataz la agarró con las dos manos, como intentando arrancársela y miró a Darius confundido, antes de caer desplomado sobre su espalda. Muerto.

Darius y los demás soltaron un gran grito de alegría y su grito de guerra se elevó hasta los cielos mientras ellos rugían en los campos, fila a fila, un gran muro de destrucción que provocaba una ola de polvo que se iba extendiendo. Los aldeanos estaban allí, congelados por el miedo, clavados en el sitio, mientras Darius y sus hombres corrían a su lado, matando capataces a diestro y siniestro.

Darius y los demás se detuvieron ante un grupo de esclavos que estaban allí, encogidos de miedo.

Los esclavos los miraron maravillados, todavía sin moverse. Un esclavo grande con la piel oscura y los ojos abiertos por el miedo, con el sudor cayéndole por la frente, dejó su maza y miró a Darius.

“¿Qué has hecho?” preguntó el hombre, con pánico en los ojos. “¿Has matado al capataz! ¿Ahora todos nosotros moriremos! ¡Todos los esclavos moriremos!”

Darius negó con la cabeza, se acercó y levantó su espada y el esclavo se encogió. Darius la bajó y cortó de cuajo las cadenas del esclavo.

El esclavo miró hacia abajo atónito. De uno en uno, todos los hermanos en armas de Darius, Raj, Desmond, Kaz, Luzi y los demás se acercaron, levantaron sus espadas y cortaron las cadenas de los esclavos. El grato tintineo de las cadenas rotas golpeando el suelo del desierto se alzó a su alrededor.

Todos miraron a Darius atónitos, demasiado sorprendidos como para moverse.

“No os volváis a llamar *esclavos* otra vez”, respondió Darius.

“¡Pero nuestras cadenas!” gritó otro esclavo. “¡Nos las debéis poner otra vez, rápidamente! ¡Moriremos todos por esto!”

Darius negó con la cabeza, apenas podía creer lo condicionados que estos pobres hombres estaban.

“No lo entendéis”, respondió Raj. “Los días de temer al Imperio han terminado. Ahora somos nosotros los que llevamos el miedo hacia ellos”.

“¡Podéis morir luchando con nosotros”, exclamó Darius, a la creciente multitud de esclavos liberados, “o podéis morir aquí en los campos, encogidos de miedo como esclavos! ¿Quién de entre vosotros desea morir como un esclavo, y quién de entre vosotros desea morir como un hombre libre?”

Entonces se escuchó otro grito de alegría entre la multitud de esclavos, pues empezaban a darse cuenta que la libertad había llegado.

¡¡Yo no puedo daros vuestra libertad, hermanos míos!” exclamó Darius. “¡Debéis luchar por ella! ¡Todos y cada uno de vosotros – uníos a nosotros ahora!”

Se escuchó un cuerno y Darius se dio la vuelta y vio una docena de soldados del Imperio reuniéndose, embistiendo contra ellos. De repente, se oyó otro grito detrás de Darius, él echó un vistazo hacia atrás y vio centenares de sus aldeanos, a pie, apareciendo por el horizonte, embistiendo para apoyarle, alcanzándolo.

Los soldados del Imperio de repente los divisaron también y, al hacerlo, se detuvieron en seco. Ya no se enfrentaban a una docena de esclavos liberados, ahora se enfrentaban a varios centenares. Miraron fijamente al horizonte con asombro y miedo – y repentinamente, por primera vez en su vida, Darius vio a los hombres del Imperio dar la vuelta y huir.

Darius dejó ir un grito de guerra y dirigió la carga y, esta vez, todos los esclavos liberados, a una, se unieron. Él dirigía su creciente ejército, embistiendo a través de los campos, a la caza de los soldados del Imperio. Pronto los alcanzaron mientras huían, golpeándolos, masacrándolos a diestro y siniestro. Darius sintió una particular satisfacción cuando vio que un capataz tiraba el látigo para correr más rápido, mientras Raj arrojaba una lanza a través de su espalda.

Darius volvió a montar en su zerta y cargó, corriendo para encontrarse con la media docena de capataces que se habían reagrupado y embestían contra él. Sus hermanos en armas volvieron a montar a su lado. Detrás de ellos, todos los esclavos se pusieron en fila, corriendo para unirse a ellos.

Los esclavos liberados se unieron a la lucha, abalanzándose sobre los capataces, tirándolos al suelo, echándose encima suyo y dándoles puñetazos hasta matarlos.

“¡Esto es por mi chico!” exclamó uno de ellos.

Más esclavos corrieron hacia delante y, usando sus grilletes, que todavía colgaban de sus muñecas, saltaron sobre los soldados por detrás y enroscaron sus cadenas colgantes alrededor de sus cuellos, una y otra vez, ahogándolos hasta la muerte.

Finalmente, un grupo de una docena de soldados del Imperio, viendo que estaban en desventaja numérica y que morirían si continuaban huyendo, se detuvieron, se dieron la vuelta, se pusieron en banda juntos en un muro profesional se pusieron en posición. Eran un grupo imponente, grandes guerreros, alzándose por encima de los esclavos, con gruesas armaduras y armas profesionales y con una actitud para matar a cualquier cosa que se encontraran por el camino.

Darius les arrojó una lanza y la pararon fácilmente con sus escudos, luchando como uno, y él supo que no sería fácil.

Darius cabalgó hasta ellos y desmontó, Raj, Desmond, Kaz y Luzi le siguieron, junto con varios de sus hermanos en armas. Saltó hacia abajo salvajemente, levantando su espada y, al hacerlo, la bajó hasta el hombro del soldado, al encontrar las ranuras de su armadura, haciéndolo caer.

Los otros soldados atacaron inmediatamente.

Darius fue golpe a golpe con ellos, sorprendido de su velocidad y su fuerza, sus espadas sonaban y soltaban chispas bajo el sol del mediodía mientras luchaban, empujándose los unos a los otros de un lado al otro. A su lado, Raj y Desmond estaban inmersos en acaloradas batallas también, ninguno de ellos era capaz de ganar ventaja. Sus otros hombres y los aldeanos empezaron a alcanzarlos, a unirse a ellos y Darius oyó sus gritos mientras eran reducidos por aquellos soldados profesionales.

Darius iba golpe a golpe con un habilidoso soldado, las espadas sonaban, la mayoría de sus golpes los paraba con su enorme escudo de cobre. Otro soldado del Imperio se acercó corriendo y golpeó a Darius en un lado de la cabeza con su escudo, haciéndolo caer sobre una rodilla.

Darius, sin perder ni un golpe, dio un giro, a pesar de que le resonaba la cabeza, e hizo un corte en la rodilla al soldado del Imperio; con un grito cayó hacia delante al suelo.

Darius se apartó rodando por el suelo mientras el otro soldado le atacaba por la espalda, intentando cortársela por la mitad.

Darius se puso de nuevo en pie y paró un golpe, pero no pudo llegar a tiempo cuando vio otro golpe de espada que iba dirigido a su espalda.

Darius oyó el repentino sonido de grilletes moviéndose en el aire y vio a uno de los esclavos liberados levantar el brazo, rodear la muñeca del soldado con sus grilletes y tirar hacia atrás, salvando a Darius del golpe mortal.

Darius se dio la vuelta y apuñaló al soldado justo antes de que pudiera liberarse y atacar al esclavo.

Dos soldados más se apresuraron hacia Darius y Darius se apartó de su camino mientras su zerta corrió hacia delante, los pisoteó y se los llevó por delante

Más y más esclavos liberados se les unieron, embistiendo, balanceando sus cadenas, golpeando a los soldados del Imperio, en represalia por haber sido golpeados. De hecho, algunos esclavos rescataban los látigos del suelo del desierto y los usaban como armas feroces, golpeando a los soldados del Imperio a diestro y siniestro. Los escudos paraban muchos golpes pero, con el tiempo, mientras iban llegando más esclavos y más cadenas y más látigos, más golpes sobrevivían. La línea del Imperio empezaba a debilitarse.

Pronto solo quedó un soldado del Imperio en pie, que tiró sus armas, su escudo, su casco y se puso frente a ellos, con las manos en alto.

“¡Clemencia!” exclamó, mientras todos los aldeanos lo rodeaban. “¡Dejadme vivir y hablaré al Imperio por vosotros! ¡Les pediré clemencia de vuestra parte!”

La multitud se quedó en silencio mientras Darius daba un paso adelante, respirando con dificultad, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada mientras se acercaba, mirándolos con mala cara.

“Lo que no consigues comprender”, dijo Darius con desprecio, “es que no necesitamos pedir clemencia. Ya no somos esclavos. Lo que necesitamos, lo cogemos a la fuerza”.

Darius dio un paso hacia delante y apuñaló al soldado en el corazón, observando cómo moría mientras se desplomaba a sus pies, manchando de rojo el suelo del desierto.

“Aquí tienes tu clemencia”, dijo Darius. “La misma clemencia que nos brindaste a todos nosotros”.

Alrededor de Darius, el aire de repente se llenó de los gritos alegres y

victoriosos de su gente, esclavos liberados, todos ellos exultantes, uniéndose a él, centenares de ellos, su ejército ya doblado. Darius levantó la espada en alto, dándose la vuelta y mirándolos a todos y todos ellos, a una, gritaron y cantaron su nombre.

“¡Darius!” exclamaban. “¡Darius! ¡Darius!”

CAPÍTULO CATORCE

Indra estaba sentada con los demás en el interior del castillo de oro de Argon, impresionada por aquello que le rodeaba, preguntándose si todo aquello era real. Todos ellos estaban sentados en montones de lujosas pieles, en un suelo, que era suave y brillante, casi translúcido, delante de una enorme chimenea ornamentada, con la repisa hecha de un mármol blanco brillante, de unos seis metros de altura, que enmarcaba un fuego ardiente. Junto a ella estaban Elden a un lado y Selese al otro, al lado de esta Reece y a continuación Thorgrin, O'Connor y Matus. Todos ellos estaban sentados en semicírculo, desplegados delante del fuego, todos relajados con la compañía de los demás, un cómodo silencio se cernía sobre ellos.

Indra miraba fijamente a las llamas, perdiendo la noción del tiempo mientras fuera anochecía. Miró a través de las arqueadas ventanas descubiertas y, a través de ellas, vio cómo se extendía el crepúsculo, vio las estrellas allá arriba en el cielo, de un rojo brillante. Sentía las suaves brisas del océano, oía el romper de las olas en la distancia y supo que el océano estaba en algún lugar por allá abajo.

Indra echó un vistazo y vio que sus amigos estaban más relajados de lo que jamás los había visto; por primera vez desde que podía recordar, habían bajado la guardia y sintió que ella podía hacer lo mismo. Suavemente, soltó la empuñadura de su nueva lanza, sin darse ni cuenta de que todavía la agarraba por reflejo y la puso a su lado, una parte de ella no quería soltarla, el arma ya parecía una extensión de ella misma. Se tumbó sobre las pieles, al lado de Elden, y miró a las llamas. Elden intentó pasarle un brazo por encima, acercarse, pero ella lo apartó; no le gustaba que la genete se acercara mucho a ella.

“¿Pesa?” dijo una voz.

Indra se giró y vio a Selese sentada a su lado, observando su lanza. No sabía qué pensar de Selese. Por un lado, era la única chica del grupo, en el viaje con ellos y, en ese sentido, habían intimado; pero, a la vez, Indra debía admitir que sentía recelos por Selese, ya que acababa de salir de la Tierra de los Muertos, del otro lado de la muerte. No sabía muy bien qué hacer con ella. ¿Estaba viva? ¿Todavía estaba muerta? Le parecía real, tan real como

cualquier otro. Y de alguna manera, Indra debía admitir que esto la intimidaba.

Aún más, Indra realmente no entendía a Selese y nunca lo había hecho. Las dos eran personas muy diferentes, cortadas por patrones muy diferentes. Indra era una guerrera y Selese una curandera, y más femenina de lo que Indra querría ser jamás. Indra no comprendía a cualquier mujer que no quisiera empuñar un arma.

“No”, respondió finalmente Indra. “Es sorprendentemente ligera”.

Se quedaron en silencio e Indra sintió que debía devolver la cortesía; después de todo, Selese había intentado empezar una conversación.

“¿Y tu arena?” preguntó Indra. “¿Te gusta tenerla?”

Selese sonrió dulcemente y asintió.

“Me gusta cualquier cosa que me pueda ayudar a sanar a los demás”, respondió. “No podría desear un mejor regalo”.

“Entonces tú eres mejor persona que yo”, respondió Indra. “Yo disfruto matando gente, no curándolos”.

“Hay un momento para ambas cosas”, respondió Selese, “y no me considero mejor que nadie. De hecho, yo te admiro”.

“¿A mí!?” preguntó Indra, sorprendida. Era la última cosa que esperaba que saliera de la boca de Selese.

Selese asintió.

“Sí. Apenas puedo creer que puedas manejar un arma como esta. Cualquier arma en verdad”.

Indra, a la defensiva como siempre, al principio se preguntó si Selese le estaba haciendo burla. Pero después examinó sus suaves y compasivos ojos y se tranquilizó, al ver que era sincera. Se dio cuenta de que la había juzgado con demasiada dureza, solo porque era diferente a ella. Había sido fría, manteniéndola a una distancia, no la había acogido a su lado. Ahora se daba cuenta, viendo lo buena persona y sincera que Selese era, que se había equivocado. Sabía que solo era su manera de ser, la manera que siempre había sido, muy a la defensiva con todo el mundo. Se dio cuenta de que era un mecanismo de defensa, para ayudarla a sobrevivir en un mundo cruel y burlón, especialmente para una mujer que maneja armas.

“En realidad no es tan difícil”, respondió Indra. “Te podría enseñar”.

Selese sonrió y levantó una mano.

“Te lo agradezco”, dijo, “pero estoy satisfecha con mis pociones sanadoras”.

“Tú eres buena curando hombres”, observó Indra. “Y yo soy buena matándolos”.

Selese rió.

“Entonces, me imagino que haremos un buen equipo”.

Indra le sonrió, sintiéndose increíblemente cómoda con Selese.

“Debo admitir”, dijo Selese, “que al principio tenía miedo de ti. Una mujer que sabe luchar como tú lo haces, que no teme a los hombres”.

“¿Y qué es lo que hay que temer?” respondió Indra. “O matas a un hombre o te matan ellos. El miedo no cambiará nada”.

Indra negó con la cabeza.

“Debo admitir”, añadió, “que yo también te temía”.

“¿Tú...me temías!?” preguntó Selese, sorprendida.

Indra asintió.

“Después de todo, eras tú la que salía de la Tierra de los Muertos. Del otro lado. Eras tú la que no solo te enfrentaste a la muerte, sino que la conociste. Y de tu propia mano, nada menos. Yo temo a la muerte. Intento no tener miedo de nada. Pero temo a la muerte. Y me da miedo cualquiera que haya estado muy cerca de ella”.

El rostro de Selese se volvió serio y ella hizo una larga respiración mientras miraba a las llamas, como si recordara.

“¿Cómo era?” preguntó Indra, incapaz de resistirse. Sabía que no debía preguntar, no debía presionarla, pero tenía que saber. “¿Es insoportable estar allá abajo?”

Como siguió un largo silencio, una parte de Indra esperaba que no respondiera, no quería oír la respuesta. Pero otra parte moría por saberlo.

Selese finalmente suspiró.

“Es difícil de describir”, dijo. “No es como entrar a otro lugar. Es como entrar a otra parte de ti misma- una parte profunda, y a veces oscura, de ti misma. Todo vuelve a la superficie, delante de tu cara, todo lo que hiciste en vida- todos los que amaste, todos los que odiaste, todo lo que hiciste y lo que no. El amor dado y el amor perdido. Todo viene como burbujas delante de ti, como si todo sucediera de nuevo. Es un estado extraño, una revisión de tu vida

que no termina nunca. Es un sitio de recuerdos, sueños y esperanzas. Un lugar, más que nada, de deseos incumplidos.

Selese suspiró.

“Para mí, más que para la mayoría, porque yo me quité la vida y me enviaron a un sitio diferente allá abajo. Era un lugar al que me enviaron a reflexionar, a entender lo que hice y por qué. Los recuerdos juegan a repetirse y nunca acaban. Por un lado, era catártico; por el otro lado, era tortuoso. A causa de cómo terminó mi vida, todo parecía incompleto. Me sentía arder por una oportunidad más, solo una oportunidad para arreglar los errores, para enmendarlos”.

Indra podía ver lo profundamente que Selese lo sentía todo, reviviéndolo en sus ojos, perdida en otro lugar. Sentía que había una naturaleza translúcida en Selese, como si una parte de ella estuviera aquí y otra parte todavía allá abajo.

Selese se dio la vuelta y fijó la mirada en ella.

“¿Y tú qué?” preguntó Selese. “Tu vida era perfecta?”

Indra pensó largó y tendido sobre la pregunta; nunca antes la había considerado.

Indra negó con la cabeza.

“Estaba muy lejos de ser perfecta” dijo. “Era cualquier cosa menos eso. Yo crecí en el Imperio. En el Imperio, uno vive la vida como un esclavo. Yo vivía dentro de una gran ciudad de esclavos y la esclavitud era mi vida. Fui testigo de cómo todos aquellos que quería y conocía eran asesinados”.

Indra suspiró, sintiéndose enferma por el pensamiento, todo volvió rápidamente a ella como si fuera ayer.

“Podía vivir con la esclavitud”, dijo ella. “Podía vivir con el trabajo. Podía vivir con los golpes. Pero con lo que no podía vivir era con ver a mi familia en la esclavitud, verlos ser esclavos. Aquello era demasiado”.

Indra se quedó en silencio, pensando en ellos, recordando a sus padres y a sus hermanas y hermanos.

“¿Y dónde están ellos ahora?” preguntó Selese. “¿Qué pasó con ellos?”

Se hizo un largo silencio, a excepción del chisporrotear del fuego, mientras Indra sentía que todos los demás escuchaban, observando si respondía.

Indra negó con la cabeza y la agachó, sintiendo sus ojos inundados de lágrimas. No conseguía decir las palabras, así que simplemente se quedó en silencio.

Sele se levantó el brazo y le puso la mano en el hombro para reconfortarla.

Finalmente, después de un buen rato, Indra recobró la respiración.

“Vi cómo morían”, dijo, las palabras se quedaban pegadas en su garganta. “Todos y cada uno de ellos. Y yo no pude hacer nada. Estaba encadenada a los demás. estaba indefensa”.

Suspiró.

“Juré que sobreviviría. Juré que me convertiría en guerrera. Juré venganza. La necesidad de venganza es algo muy poderoso, más poderoso incluso que la necesidad de comida, de agua, que la necesidad de vivir. Es lo que me sostuvo. Es lo que me hizo seguir. Juré que haría todo lo que hiciera falta para matar a aquellos que me quitaron a mi familia”.

Elden se acercó, deslizándose y la rodeó con su brazo.

“Lo siento”, dijo. Era la primera vez que hablaba en un rato y la primera vez, desde que ella podía recordar, que él, siempre tan silencioso, expresaba sus emociones.

Pero Indra se sacudió su brazo y, a pesar de ella misma, se sintió enfadada. No podía evitarlo- era su parte defensiva que la abrumaba.

“No quiero vuestra compasión”, dijo bruscamente, con la voz oscura, llena de rabia. “No quiero la compasión de nadie”.

Indra de repente se levantó, atravesó la habitación y se sentó al otro lado, dándoles la espalda a todos, llevándose su lanza con ella. Se sentó allí, de cara a la pared, observando la noche por la ventana y alzó su lanza bajo la luz de la luna. Se limpió una lágrima, rápidamente, para que ninguno de los demás la viera así y alzó la vara a la luz, para examinarla. Observó cómo todos sus diamantes brillaban y sintió consuelo con su nueva arma. Los mataría a todos, hasta el último hombre del Imperio.

Aunque fuera la última cosa que hiciera, los mataría a todos ellos.

*

Thor tuvo sueños rápidos y turbulentos. Se veía a sí mismo navegando en

la proa de un hermoso y largo barco, con velas de tela nuevas por encima de él, ondeando, el océano brillando a sus pies mientras se abrían camino en el mar como peces. Él y sus hermanos de la Legión se dirigían hacia una pequeña isla que estaba delante, una isla marcada por tres marcados acantilados, como las jorobas de un camello, pero blancos como la nieve. Era una visión que Thor no podría olvidar nunca.

Mientras se acercaban navegando, allá arriba, en el acantilado más alto, algo llamó su atención, reflejado por el sol. Él fijó la vista y divisó un pequeño y brillante moisés. Sabía, simplemente lo sabía, que dentro había un bebé.

Su bebé.

Guwayne.

La corriente los llevaba tan rápido que Thor casi se quedaba sin respiración y, mientras se acercaban, navegando como si fueran en alas del viento, Thor estaba lleno de una alegría y una emoción que jamás había conocido. Estaba en la barandilla, a punto de saltar, de correr hacia arriba de los acantilados, en el momento en que su barca tocara la arena.

De repente tocaron tierra y Thor saltó con gracia por la barandilla, cayendo unos seis metros hacia abajo y yendo a parar fácilmente a la arena. Golpeaba el suelo al correr y corrió a toda velocidad hacia la densa selva tropical que rodeaba la isla.

Thor corría y corría, las ramas lo arañaban, hasta que al final llegó a un claro. Y allí dentro, en lo alto de un peñasco, estaba el moisés dorado.

Los lloros de un bebé llenaban el aire de la selva y Thor corrió hacia delante, subió a cuatro patas el peñasco y se detuvo en su altiplano, emocionado por ver a Guwayne.

Thor estaba feliz al ver que Guwayne estaba allí. Estaba realmente allí. Levantaba los brazos hacia él llorando, y Thor lo cogió, llorando. Sujetó su bebé hacia él, apretándolo hacia su pecho, meciéndolo, y las lágrimas de alegría caían por su rostro.

Padre, oyó que decía Guwayne, la voz resonó de alguna manera dentro de su cabeza. Encuéntrame. Sálvame, Padre.

Thor despertó sobresaltado, incorporándose de golpe, con el corazón latiéndole salvajemente y miró frenéticamente a su alrededor. No sabía dónde

estaba, estiraba los brazos, estiraba los brazos hacia Guwayne, sin comprender dónde se encontraba. Le llevó varios instantes darse cuenta de que no estaba allí, sino en algún otro lugar. Dentro.

En un castillo. En el castillo de Argon.

Desorientado, Thor echó un vistazo y vio que todos los demás estaban profundamente dormidos alrededor de la lumbre. Miró a través de las altas ventanas arqueadas y vio cómo el alba empezaba a romper en el cielo de la noche. Movi6 la cabeza, se frot6 los ojos y se dio cuenta de que todo había sido solo un sueño. No había visto a Guwayne. No había estado en el mar.

Y, aún así, había parecido muy real. Había parecido más que un sueño: había parecido un mensaje. Un mensaje solo para él. De repente tuvo la certeza de que Guwayne le estaba esperando en una isla, un lugar con tres peñascos blancos, cerca de aquí. Thor debía salvarlo. No podía esperar.

Thor, de repente, se puso de pie de un salto y despertó a todos sus hermanos, sacándolos de su sueño.

Todos se pusieron de pie de un salto, agarrando sus armas, alerta.

“¡Debemos irnos!” dijo Thorgrin. “¡Ahora!”

“¿Ir dónde?” preguntó O’Connor.

“Guwayne”, dijo Thorgrin. “Lo vi. Sé dónde está. ¡Debemos ir hacia él de inmediato!”

Ellos todavía lo miraban fijamente, confundidos.

“¿Estás loco?” preguntó Reece. “¿¡Irnos ahora!? Todavía no ha amanecido”.

“¿Y qué pasa con Ragon?” preguntó Indra. “¿No podemos escapar así!”

Thor negó con la cabeza.

“No lo entendéis. Lo vi. No tenemos tiempo. Mi hijo espera. Sé dónde está. ¡Debemos irnos de inmediato!”

Thor sintió cómo una urgencia se apoderaba de él, una urgencia más grande de lo que nunca había sentido en su vida. Sintió que no tenía elección.

Thor, de repente, se dio la vuelta, incapaz de esperar más y se marchó corriendo de la habitación.

Salió como una ráfaga por los pasillos del castillo, escaleras abajo y a través de la puerta, corriendo solo por los campos, bajo la primera luz del amanecer, una de las lunas todavía estaba en el cielo.

“¡Espera!” exclamó una voz.

Thor echó un vistazo atrás y vio a los demás, todos detrás suyo.

“¿Te has vuelto loco?” gritó Matus. “¿Qué te ha cogido?”

Pero Thor no tenía tiempo de responder. Corría y corría hasta que sus pulmones estaban a punto de explotar, sin pensar con claridad, solo sabía que debía llegar hasta su barca.

Pronto llegó a los acantilados y, al hacerlo, se detuvo y se quedó allí, mirando hacia abajo.

Su barca estaba todavía allí, visible bajo la luz de la luna, exactamente igual que había estado cuando lo dejaron. Las siete cuerdas estaban allí también, todavía colgando del borde.

Thor se giró, cogió una cuerda y empezó a descender. Echó un vistazo y vio que los demás descendían también a su lado, dejando todos ellos aquel lugar apresuradamente. No entendía qué le estaba sucediendo- y no le importaba.

Pronto, estaría con su hijo.

*

Ragon salió de su castillo, despierto por una inusual sensación en el amanecer y marchó a través de las colinas, perturbado, usando su bastón y estudió el horizonte. Allá arriba, Lycoples chillaba, volando en amplios círculos.

Ragon llegó al borde de los peñascos y miró hacia el océano, que brillaba al amanecer. Mientras observaba las aguas, pudo divisar una forma: allá abajo, a lo lejos, Ragon vio el barco de Thor, navegando, llevado ya por las corrientes.

Ragon, angustiado, levantó su bastón e intentó controlar la corriente para traerlo de vuelta. Se sorprendió al ver que no podía. Por primera vez en su vida, era incapaz de controlarla, se enfrentaba a un poder más fuerte que el suyo propio.

Desconcertado, Ragon estudió los cielos y, al hacerlo, notó por primera vez una forma. Una sombra. Escuchó un chillido del más allá, un chillido que no podía haber venido de ningún sitio sobre tierra, y sintió un escalofrío en la

espalda. La sombra desapareció entre las nubes rápidamente y Ragon se quedó allí, congelado, al darse cuenta de lo que era: un demonio. Soltado del infierno.

De repente, Ragon lo comprendió. Un demonio había atravesado esta isla, había lanzado un maleficio de confusión sobre sus ocupantes y había encantado a Thor bajo su embrujo. Solo Dios sabía qué le había hecho creer a Thor, se preguntaba Ragon, mientras observaba cómo se alejaba su barco, haciéndose cada vez más y más pequeño, lejos de Guwayne, lejos de su único hijo- y hacia un peligro mucho más grande, seguramente, de lo que Ragon jamás podía imaginar.

CAPÍTULO QUINCE

Gwendolyn marchaba a través del Gran Desierto bajo los implacables dos soles del cielo del desierto, con Krohn a su lado, como había estado haciendo día tras día, poniendo un pie delante del otro, levantando el polvo, las piernas le dolían con la interminable monotonía de la marcha. No habían dejado de caminar nunca desde que dejaron a la gente de Darius, todos ellos decididos a cruzar el desierto, para encontrar el Segundo Anillo, para encontrar ayuda.

Pero cuando miraba hacia delante, como había hecho durante días, lo único que veía delante suyo era más monotonía, un paisaje vacío, nada en el horizonte, solo más de este rojo desierto. El duro suelo del desierto estaba agrietado, era empinado, se alargaba para siempre hasta la nada y nada rompía la monotonía excepto las nubes de polvo que pasaban de vez en cuando o los arbustos de espinas que rodaban por el viento. Era el desierto más vacío que jamás había visto, un lugar sin esperanza, árido. Sentía como si estuviera marchando a los mismos confines del mundo.

Krohn respiraba entrecortadamente, gimiendo y, mientras marchaban, sus temores se acrecentaban, Gwendolyn se preguntaba en qué había metido a su gente. Ahora hacía días que andaban, ya les quedaban pocas provisiones, especialmente agua y no había esperanza a la vista. Tampoco había refugio a la vista y ella no sabía cuántas noches más podía tener a su pueblo durmiendo a la intemperie, al descubierto, en el suelo del desierto, con los helados, azotadores vientos de arena y los interminables bichos que trepaban sobre ellos por la noche. Ella ya estaba cubierta de picaduras, despierta cada hora, aplastando insectos extraños que pululaban cerca de su oreja. La noche anterior uno de sus hombres había muerto por la picadura de un escorpión, y esta mañana, la misma Gwen había aplastado la araña más grande que jamás había visto, justo antes de que se metiera en su bota. Era un paisaje de veneno y muerte escondida, un lugar traicionero, hogar únicamente de reptiles y escorpiones – y los huesos de otros que habían sido lo suficientemente estúpidos para cruzarlo.

“¿De verdad pensó que esto nos llevaría a algún sitio?” dijo una voz.

Gwen oyó un murmullo, se giró y vio a su variada colección de gente, lo que quedaba del Anillo, centenares de supervivientes del Anillo y sintió pena

por ellos. Habían aguantado mucho –batallas, viajes, enfermedad, hambre, la pérdida de seres queridos, de sus posesiones, de su tierra – su sufrimiento parecía no tener fin, y aquí estaban, en otra caminata más, en otro destino que podía no llegar nunca. Estaban agotados, escépticos y empezaban a perder la esperanza. Apenas podía culparlos. Su corazón se le rompía sobre todo por la bebé, que lloraba, su llanto estridente siempre con ellos mientras Illepra la llevaba cuidadosamente, envuelta para protegerla del sol, sin descuidar nunca sus obligaciones con ella. Gwen deseaba poderle dar agua, sombra, un sitio cómodo para dormir.

“Si este Gran Desierto realmente llevara a algún sitio”, respondió otra persona, “¿no cree que los esclavos ya lo hubieran intentado? ¿No cree que hubieran intentado escapar?”

“Esto es porque no lleva a ningún sitio”, dijo el otro, “y lo saben. No fueron tan estúpidos de intentar cruzarlo”.

Gwendolyn vio las caras de su gente, enfadados, quemados por el sol, sedientos, desesperados – y cuando alzaban la vista y la miraban con furia, con los ojos llenos de odio, delirantes por el sol implacable – tenía que apartar la vista. A pesar de sus duras palabras, no podía soportar verlos sufrir así.

También reconoció la cara de uno de los que estaban instigando todo esto – Aslin; él había sido uno de los instigadores de la rebelión en la cueva. Ella pensaba que se le habían bajado los humos, pero aparentemente no era así. Había sido piadosa al perdonarle la vida allí; se dio cuenta de que, quizás, aquello había sido un error.

“¿Dónde cree que este desierto nos llevará, de todos modos?” oyó cómo Aslin exclamaba de repente, con una voz fuerte, por encima de la estridencia.

Gwendolyn se sorprendió al verlo tan envalentonado, como ganando fuerza, llamando a la rebelión abierta.

“¿Realmente finge creer que existe un Segundo Anillo?” añadió. “Por qué no llamarle simplemente lo que es: nos está llevando a nuestras tumbas”.

Se oyó un murmullo procedente de algunos de los suyos, que empezaban a entusiasmarse con él y Gwendolyn sintió que los pelos se le ponían de punta, sentía que la tensión crecía en el ambiente tras ella. Le dolía que la condenaran tan duramente, especialmente después de todo lo que se había sacrificado por ellos. ¿Eso era lo que significaba ser reina?

A su lado, Krohn empezó a gruñir.

“No pasa nada, Krohn”, dijo tranquilizándolo.

“¿Nunca debimos luchar por aquellos aldeanos!” gritó otro de su gente.

“¿Nunca debimos habernos quedado para empezar!”

Hubo otro murmullo insatisfecho.

“¿Nunca debimos quemar nuestros barcos!” exclamó otro.

“¿Nunca debimos zarpar hacia el Imperio!” exclamó otro.

El murmullo se hizo más intenso y le siguió el inconfundible sonido de una espada al desenfundarse, cortando el aire. Krohn se dio la vuelta, gruñendo, poniéndose delante de Gwen.

La multitud, de repente, paró su marcha y Gwen se dio la vuelta y vio a Steffen allí de pie, con la espada desenfundada, frente a los rebeldes.

“Si deseáis quejaros”, dijo furioso, “entonces tened el valor de enfrentaros a la Reina y quejaros directamente a ella. Dejad de reiros disimuladamente a su espalda como niños pequeños asustados. Es traición incitar a los demás y, si continuáis hablando así, aprenderéis lo que significa la muerte de verdad”.

Gwen estaba impresionada por la fuerza de Steffen, por la autoridad en su voz, por su profunda y firme lealtad hacia ella y se sintió abrumada de gratitud por su presencia. Se daba cuenta de que se sentía muy culpable por cómo estaba su pueblo por alzarse a favor de ella.

Aslin miró amenazadoramente a Steffen.

Al lado de Steffen, Kendrick se dio la vuelta y también desenfundó la espada.

“Tendrás que vértelas conmigo, también”, añadió.

El gruñido de Krohn se intensificó, mientras empezaba a caminar lentamente hacia Aslin y Aslin miraba de Krohn a Steffen a Kendrick y entonces, finalmente, agachó la cabeza.

“Solo era un comentario”, murmuró, dando marcha atrás.

Gwendolyn dio un paso adelante y puso su mano suavemente sobre las espadas de Steffen y Kendrick y estos las envainaron. Hizo un gesto a Krohn y se calmó y volvió hacia ella, mientras ella se daba la vuelta y se dirigía a su pueblo.

“Sé que este viaje es duro”, dijo. “Todos los viajes que merecen la pena lo son. Sé que todo nuestro exilio no ha sido fácil. Pero nosotros somos la gente

del Anillo. Hemos tenido sufrimientos peores, y saldremos de esta. Tenemos un espíritu indomable. No luchamos solo por los esclavos, sino por nosotros mismos, ya que todos somos esclavos del Imperio- siempre lo hemos sido, como todo el mundo bajo este cielo. Finalmente, luchamos por la verdadera libertad, para deshacernos del yugo del Imperio, de una vez por todas”.

Gwendolyn respiró profundamente, viendo cómo su pueblo escuchaba atentamente cada una de sus palabras, mirándola fijamente.

“Sé que tenéis miedo” exclamó. “Yo también tengo miedo. Nos encontramos en una misión por nuestras propias vidas, por nuestra libertad y por la libertad de los demás. Nadie dijo que esto sería fácil- la libertad *nunca* ha sido fácil. Y pelear entre nosotros no lo hará más fácil”.

“Os prometo que un futuro más brillante nos aguarda. Debemos seguir nuestro rumbo, ser fuertes. No os llevaría a ningún lugar donde yo misma no iría- y si vamos a morir todos, yo seré la primera en caer”.

Gwendolyn veía en los rostros de su gente que sus palabras habían apaciguado a muchos de ellos y se dio la vuelta y emprendió la marcha, Kendrick y Steffen formaron filas a su lado.

“Bien dicho, mi señora”, dijo Steffen.

“Nuestro Padre no las hubiera dicho mejor”, dijo Kendrick.

“Gracias”, dijo ella, tranquilizada por su presencia y todavía sobresaltada por el comportamiento de su gente.

“No hablan por todos”, dijo Kendrick. “Solo por algunos decepcionados”.

“Y siempre habrá unos cuantos decepcionados”, añadió Steffen. “No importa lo grande que sea como reina”.

“Os agradezco a los dos vuestra lealtad”, dijo Gwen. “Pero debo tener cuidado y comprendo su frustración. Me temo que nuestro peligro más grande no nos espere más adelante, sino aquí mismo, entre nosotros”.

“Si así fuera”, dijo Steffen, cogiendo con fuerza la empuñadura de su espada, “entonces seré el primero en matar a los infractores”.

“Existen otros peligros, mi señora”, dijo Aberthol débilmente, metiéndose en la conversación, mientras caminaba a su lado. “Entre ellos, principalmente, la falta de comida y de agua. No hemos encontrado ni una sola fuente de agua y, si no encontramos una pronto, me temo que el sol puede ser nuestro peor adversario”.

Gwen había estado pensando en las mismas cosas. Miró hacia atrás, al horizonte, mientras continuaba andando, esperando una señal, algo. Pero no había nada.

Se dio la vuelta y miró a Aberthol, que caminaba a su lado, usando su bastón, parecía más débil de lo que jamás lo había visto.

“Tú has estudiado todas las historias”, le dijo en voz baja. “No solo conoces la historia del Anillo, sino también la del Imperio. Conoces todas las leyendas, toda la geografía. Dime”, dijo, dirigiéndose a él, “¿es cierto? ¿Puede existir un Segundo Anillo?”

Aberthol suspiró.

“Diría que tiene tantas posibilidades de existir como de no hacerlo”, respondió él. “El Segundo Anillo siempre se consideró en literatura como parte mito y parte realidad. Encontraréis numerosas referencias a él en las primeras historias del Anillo, pero pocas en los volúmenes más tardíos. Disminuyen totalmente en las historias recientes”.

“Quizás solo se debe a que nunca se encontró”, dijo Gwendolyn esperanzada.

Aberthol suspiró.

“Quizás”, respondió. “O quizás porque nunca existió”.

Ella reflexionó sobre sus palabras mientras caminaban en silencio. Finalmente, él se dio la vuelta y la miró.

“¿Ha pensado, mi señora”, preguntó, mirándola de manera significativa, “qué haremos si no existe? O peor, ¿si nos lleva a más desierto?”

“Sí que lo he hecho”, respondió. “A cada momento. ¿Qué elección tenemos? En la aldea nos aguarda una muerte segura. Este es el camino hacia la esperanza. El camino más duro es siempre el camino hacia la esperanza”.

Se quedaron en un melancólico silencio mientras continuaban caminando.

Mientras andaba, hora tras hora, con el sol más y más caliente cada vez, Gwendolyn se preguntaba cómo su vida se había convertido en eso, como eso podía ser lo único que quedaba del que una vez fue el gran e imponente Anillo. Estos pocos centenares de hombres, junto con unas pocas docenas de los Plateados, lo único que representaba el lugar y la nación que ella amaba. Pensaba en la boda que había planeado con Thor, en el bebé que una vez había tenido en sus brazos, en la interminable abundancia del Anillo- y contuvo sus

lágrimas. ¿Cómo había llegado a esto?

Lo daría todo por volver a abrazar a Guwayne; lo daría todo por volver a ver a Thorgrin, por tenerlo a su lado. Por tener a Ralibar y Mycoples de vuelta. Se sentía completamente sola y se preguntaba si las cosas podían empeorar.

Meditaba sobre su familia, todos juntos no hacía tanto tiempo y separados, rotos de tantas maneras. Su padre y su madre, muertos; Gareth, muerto; Godfrey, entrando a Volusia en una misión en la que era hombre muerto; Reece, con Thor en el otro lado del mundo, con toda probabilidad muerto; y Kendrick, el último familiar que le quedaba a su lado, en una caminata absurda por el desierto donde probablemente pronto estaría muertos. se preguntaba por qué el destino se había propuesto separarlos a todos.

Un viento caliente y polvoriento soplaba en su cara y Gwen se protegía los ojos mientras otra nube de arena del desierto arrancaba. Se atragantó con ella, tosiendo con los demás, intentando recuperar la visión.

Esta vez, sin embargo, el viento no pasó de largo; al contrario, parecía que el polvo rojo se le estaba clavando en la cara, arañándola y cada vez se hacía más y más fuerte. Gwen oyó un chillido repentino, un extraño ruido que le provocó un escalofrío en la columna vertebral, diferente a cualquier cosa que jamás hubiera oído y, al mirar hacia arriba al polvo, se quedó atónita al ver delante de ella, saliendo de la nube de polvo, una manada de criaturas.

Las exóticas criaturas eran altas y delgadas y daban vueltas dentro de la nube de polvo, sus cuerpos eran rojos, del mismo color que el polvo, con largas mandíbulas y macabros rostros alargados. Había docenas de ellas, llevadas por el viento, dando vueltas dentro de la nube de polvo y soltaban un horroroso ruido de lamento cuando aparecían, dando vueltas sobre sí mismas en medio del polvo y atacando de repente a toda su gente.

“¡Caminantes del polvo!” exclamó Sandara. “¡Protegeos!”

Kendrick, Steffen, Brandt, Atme y todos los demás desenvainaron sus espadas y Gwendolyn sacó la suya y dio vueltas junto a ellos, mientras los Caminantes del polvo descendían sobre ellos desde todas direcciones. Gwen dio un cuchillazo y falló y un Caminante del polvo rasgó el lado del rostro de Gwendolyn, arañándola con su zarpa. Gritó de dolor mientras le arañaba la cara, su pezuña era tan áspera como el papel de lija.

Otro vino hacia ella y le hizo un corte en el brazo con sus tres garras, haciéndola gritar de dolor otra vez.

Vino otro hacia ella- y otro, Gwen sentía cómo si estuviera revolcándose por un campo de espinas.

Steffen dio un paso adelante y daba cuchillazos salvajemente, tal y como hicieron Kendrick y los demás- y todos fallaron. Los Caminantes del polvo eran demasiado rápidos.

Los Caminantes del polvo entraban y salían de la multitud rápidamente, arañando y haciendo cortes, los gritos de la gente de Gwen exclamando mientras les infligían miles de pequeños cortes.

Gwen, desesperada, agarró el puñal de su cintura, dio una vuelta y se lo clavó a uno directamente en la garganta. Este cayó al suelo, chillando, desapareciendo en un montón de polvo.

“¡Agachaos!” exclamó Sandara. “¡Arrodillaos! ¡Tapaos la cabeza!”

Gwen escuchó el lloro de un bebé que rasgaba el aire, echó un vistazo y vio a Illepra agarrando a la bebé, ambas estaban siendo atacadas. Soltó su puñal y se fue corriendo hacia allí, protegiéndolas, cubriendo a la bebé con su cuerpo y tirándolas al suelo.

Gwen estaba encima de ellas, cubriendo a la bebé con sus manos, brazos y codos, sintiendo los rasguños y los arañazos por todas partes mientras la nube continuaba soplando. Sentía como si la estuvieran arañando hasta la muerte y no sabía cuánto tiempo más podría resistirlo. Al menos, sin embargo, estaba protegiendo a la bebé.

Gwen estuvo arrodillada así, al igual que los demás, durante lo que pareció una eternidad, el horroroso zumbido, aullido y lamento de estas criaturas llenaba sus oídos.

Finalmente, la nube empezó a esfumarse, soplando por el desierto, justo por delante de ellos, hasta que los arañazos se volvieron más ligeros, el ruido se acalló y todo aquello paró.

El desierto, de repente, estaba en calma, en silencio, igual que había estado antes de que llegaran y Gwen se arrodilló, miró hacia atrás y vio que la nube seguía soplando, desapareciendo en el horizonte.

Temblando, Gwen se apoyó en sus manos y rodillas y echó un vistazo a su gente. Todos ellos estaban todavía en el suelo, con arañazos y cortes, parecían

traumatizados. Miró hacia el otro lado, hacia la gran extensión que les esperaba allí delante y se preguntó:

¿qué otros horrores les aguardaban?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Godfrey abrió los ojos de golpe, agarrándose la barriga, mientras alguien dos veces su tamaño le daba patadas en la celda de la mazmorra. Tumbado en el embarrado suelo de la celda, miró hacia arriba y vio a un cretino alto, sin afeitar y con una gran barriga, que iba prisionero a prisionero, dando patadas a cada uno de ellos, aparentemente solo por diversión. Mientras Godfrey tropezaba no sabía qué era peor: los codos de este hombre en sus costillas o su hedor corporal.

De hecho, la celda de la prisión entera apestaba a infierno y mientras Godfrey miraba a su alrededor a esta colección de perdedores, no podía creer que había acabado en un lugar así. Por todas partes a su alrededor había hombres de cada raza y color, de cada esquina del Imperio, todos esclavos del Imperio, ninguno de la raza del Imperio. Todos estaban apiñados en esta celda, de unos quince metros de ancho, todos ellos enfurruñados o caminando de un lado a otro, sabiendo que no les tenían preparado nada bueno.

Godfrey echó un vistazo y vio a Akorth, Fulton, Merek y Ario, todos despiertos, algunos andando de un lado al otro, algunos sentados, ninguno de ellos parecía muy contento. Qué giro tan rápido había dado el destino. No hacía tanto que todos ellos estaban en las calles de Volusia, todos cargados de riquezas y a punto de hacer un trato para salvar a su pueblo. Ahora, aquí estaban todos ellos, prisioneros comunes, incapaces incluso de dormir en un suelo embarrado sin que los agredieran.

Godfrey se rascó los brazos y vio que algún tipo de insecto le había picado en el suelo lodoso. Se rascaba y rascaba, enojado. Probablemente son pulgas, pensó. O quizás chinches.

Akorth y Fulton parecían incluso más desconcertados que él, con el pelo hecho un desastre, sin afeitar, con ojeras bajo los ojos, ambos parecía que querían otro trago desesperadamente. Merek y Ario, sin embargo, a pesar de su estatura más pequeña y de su menor edad, a pesar de estar rodeados de aquellos curtidos criminales, parecían tranquilos y sin miedo, resueltos, como si se estuvieran tomando todo aquello con calma y preparándose para el siguiente movimiento. De hecho, parecían mucho más serenos que Akorth y Fulton.

“No te vuelvas a poner en mi camino, chico”, dijo de repente una voz áspera y gutural.

Godfrey se dio la vuelta y vio al mismo cretino, que había acabado su ronda y ahora se encaraba a él, con la barriga más grande que jamás había visto, acercándose y mirándolo con el ceño fruncido.

“¡Yo no estaba en tu camino!” protestó Godfrey. “¡Estaba durmiendo! ¡Tú eres el que me dio una patada!”

“¿Qué has dicho?” El hombre le echó una mirada fulminante y empezó a caminar hacia él de forma amenazadora.

Godfrey empezó a echarse para atrás y, mientras lo hacía, resbaló con el barro y cayó de espaldas- ante las risas de todos los demás prisioneros de la celda.

“¡Mátalo!” gritó uno, alentando al cretino.

El corazón de Godfrey palpitaba salvajemente al ver al cretino sonriendo y acercándose, como si estuviera dispuesto a devorar a su presa. Sabía que si no hacía algo pronto, el hombre lo aplastaría solo con su peso.

Godfrey corrió hacia atrás rápidamente por el barro, resbalando, respirando con dificultad, intentando distanciarse de él.

Pero el cretino de repente gimió y embistió y Godfrey vio que iba a saltar sobre él, a lanzarse sobre él y aplastarlo con todo su peso. Godfrey intentó tirar más hacia atrás, pero su cabeza se encontró con una pared de piedra. No podía ir hacia ningún sitio.

De repene, Ario dio un paso hacia delante, levantó un pie e hizo tropezar al cretino.

El hombre cayó de cara al barro y Godfrey salió dando vueltas sobre sí mismo antes de que lo hiciera, evitando ser aplastado.

Todos los prisioneros de la habitación ahora se giraron y observaron, gritando, riendo a carcajadas. El cretino dio vueltas, se limpió el barro de la cara y clavó su mirada asesina en Ario.

Ario estaba allí, mirando fijamente, impávido, tranquilo y sin miedo. Godfrey, increíblemente agradecido a Ario, no podía creer lo tranquilo que este estaba, dado que el cretino era cinco veces su tamaño y él no podía salir corriendo hacia ningún lugar.

“Tú, pequeño gamberro”, dijo el cretino. “Estás acabado. Antes de

matarte, te voy a despedazar miembro a miembro. ¡Voy a enseñarte lo que significa estar en una prisión!”

El cretino empezó a ponerse de pie y a cargar contra Ario, cuando Merek de repente dio dos pasos hacia delante, levantó el codo y le golpeó en la parte de debajo de la mandíbula, cogiéndolo perfectamente justo cuando se estaba levantando y mandándolo al suelo, inconsciente.

“Pasé la mayor parte de mi vida en una prisión”, dijo Merek al hombre inconsciente, “y no necesito que me enseñes. De donde yo vengo, a esto le llaman una crítica feroz. Y cierra bocas grandes y gordas como la tuya”.

Merek habló lo suficientemente alto para que todos los prisioneros lo oyeran y miró a su alrededor lentamente a todos ellos, desafiándolos, retándolos a acercarse.

“El Imperio me quitó mi puñal”, continuó. “Pero no lo necesito. Tengo mis manos. Con estos pulgares y estos dedos puedo hacer mucho más daño. ¿Alguien más quiere comprobarlo?” gritó fuerte.

Se dio la vuelta lentamente, mirando a cada persona a los ojos hasta que, finalmente, los otros apartaron la mirada y la tensión se disipó. Claramente, todos cogieron la idea: no debían meterse con Merek y sus amigos.

Ario caminó hacia Merek.

“Lo tenía justo donde quería”, dijo Ario con orgullo. “No necesitaba tu ayuda. La próxima vez, no te metas en mi camino”.

Merek sonrió con aires de superioridad y negó con la cabeza.

“Seguro que sí”, respondió.

Godfrey miraba hacia arriba, observando atónito cómo todo iba desarrollándose poco a poco, mientras Merek se acercaba a él y le tendía la mano para ayudarlo a levantarse.

“¿Dónde aprendiste a luchar así?” preguntó Godfrey.

“No fue en la Legión del Rey”, dijo Merek, sonriendo con aires de superioridad, “ni tampoco en sofisticados barracones de caballero. Yo lucho sucio. Lucho para herir, mutilar o matar. Lucho para ganar, no por honor. Y aprendí lo que aprendí en los callejones de la Corte del Rey”.

“Te debo una”, dijo Godfrey. Se dio la vuelta y vio al cretino, grande y gordo, inconsciente, inmóvil, con la cara en el barro. “Odio pensar qué hubiera pasado si me hubiera cogido”.

“Serías un bocadillo de barro”, interrumpió Akorth, acercándose junto a Fulton.

“Sácanos de esta ciudad y devuélvenos a nuestro campo”, dijo Merek, “y con esto nos daremos por pagados”.

“Qué iluso”, dijo Fulton de mal agüero.

Godfrey se dio la vuelta y vio a los tremendos guardas del Imperio en fila fuera de la celda, vio las gruesas barras de hierro y supo que tenían razón. No iban a ir a ninguna parte.

“Parece que tu plan va de mal en peor”, dijo Merek. “No es que fuera gan cosa para empezar”.

“Yo, por lo menos, no pienso acabar mi vida en esta celda”, dijo Ario.

“¿Quién habló de acabar la vida?” preguntó Godfrey.

“Les estuve observando mientras tú estabas inconsciente”, dijo Ario. “Ya se han llevado a tres de ellos. Abren las celdas cada hora y se llevan a otro. No vuelven. Y no creo que se los lleven a tomar el té”.

De repente, sonó un cuerno y tres hombres del Imperio andaban pomposamente hacia adelante, haciendo tintinear las llaves, abrieron la puerta, entraron en la celda y miraron a su alrededor amenazantes, como si estuvieran intentando decidir a quién llevarse. Llevaban armaduras imponentes, las viseras cubriéndoles la cara y parecían los mensajeros de la muerte.

Se decidieron por un prisionero que estaba desplomado contra la pared, tiraron de él hasta levantarlo y lo arrastraron fuera de la celda.

“¡No!” gritó el hombre, resisitándose. “Lo único que hice fue robar una col. No tenía nada para comer. ¡No merezco esto!”

“Cuéntaselo a la diosa Volusia”, murmuró oscuramente el guarda. “Estoy seguro de que le encantará ecucharlo”.

“¡No!” exclamó, su voz se desvaneció cuando la puerta de la celda se cerró tras él y se lo llevaron arrastrando.

Godfrey y sus hombres intercambiaron una mirada nerviosa.

“No tenemos mucho tiempo”, dijo Merek.

“¿Cuál es tu plan ahora?” preguntó a Godfrey. “Tú nos metiste en este desastre—ahora sácanos de aquí”.

Godfrey estaba allí, tirándose del pelo, intentando recopilar sus pensamientos. Era demasiado de golpe, todo había ido demasiado rápido para

procesarlo. Incluso él, que siempre había encontrado salida para todo, no tenía respuesta. Miraba las barras de hierro, las sólidas paredes de piedra y no veía escapatoria. Decidió intentar lo que él sabía que se le daba mejor: intentar salir con la labia.

Godfrey se dirigió hacia las barras de la celda e hizo señas a un guarda, que había por allí cerca, para que se acercara. Susurró lo suficientemente fuerte para que se le oyera.

“¿Quieres ser rico?” preguntó Godfrey, con el corazón palpitándole fuerte, rezando para que picara.

Pero el guarda continuó allí de pie, de espaldas a él, ignorándolo.

“No simplemente rico”, añadió Godfrey, “sino rico más allá de tus sueños más salvajes. Tengo oro, más del que puedas soñar. Sácanos de aquí a mí y a mis amigos y serás lo suficientemente rico como para ser Rey”.

El guarda lo miró con desprecio a través de su visera.

“¿Y por qué tendría tanto dinero un criminal como tú?”

Godfrey puso la mano en el bolsillo de su cintura y, del fondo, donde estaba escondida, sacó una pequeña moneda de oro. Brillaba a la luz. Era la última moneda que le quedaba, una que se había quedado para emergencias. Si esto no era una emergencia, no sabía qué lo era.

Godfrey colocó la moneda en la carnosa mano amarilla.

El guarda la alzó y la examinó, al parecer impresionado.

“No soy tu típico prisionero”, dijo Godfrey. “Soy el hijo de un Rey. Tengo suficiente oro para hacerte un hombre rico. Lo único que tienes que hacer es sacarnos de aquí a mí y a mis amigos”.

El guarda de repente levantó su visera, se dio la vuelta y sonrió a Godfrey.

“¿O sea que tienes más oro?” preguntó, su codiciosa sonrisa más bien parecía una burla en su grotesco rostro.

Godfrey asintió con entusiasmo.

“¿Me llevarás hasta él?” preguntó el guarda.

Godfrey asintió.

“¡Sí! Solo sácanos de aquí”.

El guarda asintió, satisfecho.

“De acuerdo, date la vuelta”.

Godfrey se dio la vuelta, su corazón palpitaba fuerte por los nervios,

esperando a que el guarda lo sacara de la celda.

De repente, Godfrey sintió una mano en la parte de atrás de su camisa, sintió que el guarda lo agarró bruscamente, entonces, con un movimiento rápido, lo tiró hacia atrás con todas sus fuerzas.

Godfrey sintió como la parte de atrás de su cabeza golpeaba las barras de hierro, oyó un fuerte batacazo y, repentinamente, todo su mundo empezó a dar vueltas. Se sintió mareado y cayó de rodillas.

Antes de desplomarse sobre el suelo de barro, vio al guarda, mirando hacia abajo, soltando una cruel y gutural risa.

“Gracias por el oro”, dijo. “Ahora lárgate”.

CAPÍTULO DIECISIETE

Volusia caminaba lentamente a través de la ciudad de Dansk ante el fondo de una maravillosa puesta de sol color escarlata, los fuegos todavía rugían a su alrededor mientras ella sondeaba la ciudad, iluminando el anochecer. Se sentía victoriosa. Pasó por todas las rocas que ella había catapultado hasta la ciudad, todavía en llamas, pasó por montones de escombros, de ruinas, muros de la ciudad que habían estado allí durante siglos ahora no eran más que restos. Pasó por montones de cadáveres, personas todavía agonizando, otros todavía aferrándose a la vida, quejándose, todavía quemándose vivos. Pasó por montones de soldados, nada más que cadáveres chamuscados, sus armas derretidas con sus manos.

E hizo un amplia sonrisa.

El saqueo de Volusia de esta ciudad había sido despiadado, incluso para lo que era habitual en ella. Había enviado los peñascos en llamas sobre sus muros sin fin, matando de forma indiscriminada soldado y ciudadano, hombre y mujer, caballero y niño. Después de matar a su líder, había soltado una repentina e intensa cortina de fuego sobre ellos, demasiado rápida para que pudieran prepararse para hacer algo que no fuera sufrir. La ciudad había sido estúpida al intentar resistirse a ella, al pensar que sus inmensos muros la mantendrían fuera, la detendrían en conseguir lo que quería. Qué estúpida había sido la ciudad al pensar que ella no usaría cualquier medio a su alcance para matar a cada hombre, mujer y niño- a cualquiera y cualquier cosa que se encontrara en su camino. Otra vez, pensaba, aunque no se hubieran resistido, probablemente los hubiera masacrado a todos de todas formas. Se dio cuenta que era más útil infundir su reputación de crueldad que tener una ciudad de prisioneros.

A su alrededor, perfectamente alineados a lo largo de los muros de la ciudad, en posición de atención, estaban sus centenares de miles de soldados, en perfecta formación, todos ellos aguardando su más mínima orden, su señal sobre lo que tenían que hacer a continuación. Aquí estaba, su primera ciudad, su primera prueba, arrasada por completo en tan solo unas pocas horas. Aquí estaba, la primera prueba de su poder desatada.

“Aquí están, mi Diosa”, dijo la voz.

Soku caminaba a su lado, en medio de su enorme séquito de soldados y consejeros, haciendo gestos delante de ella.

Volusia se detuvo y miró hacia delante, su séquito se detuvo detrás de ella y vio filas de prisioneros, vivos, con las caras negras por el hollín, tosiendo y encadenados los unos a los otros.

“Lo que queda de su ejército”, dijo Soku. “Cinco mil hombres. Han entregado la ciudad y desean unirse a nuestras filas”.

Volusia los observó atentamente, un interminable mar de rostros, que se extendía a lo largo de los muros de la ciudad y vio que todos la miraban fijamente esperanzados.

“¿Y estos hombres intentaron resistirse?” preguntó.

Soku negó con la cabeza.

“No, Diosa”, respondió. “Estos son soldados que se rindieron sin matar a ninguno de nuestros hombres. No hay sangre nuestra en sus manos”.

Volusia observó las filas y filas de finos soldados que solo habían cometido el error de cruzarse en su camino.

“Una lástima”, dijo y se giró hacia Soku.

“Matadlos a todos”.

Soku la miró fijamente, atónito.

“¿Diosa?” preguntó

“No me quedaré con nadie que no haya intentado matarme primero”.

Soku la miró fijamente, intentando comprender, y abrió la boca como para oponerse, pero seguidamente la cerró, viendo claramente la mirada de sus ojos. Él, al igual que los demás, sabía que era mejor no cuestionar sus órdenes.

Se dirigió a sus comandantes.

“Ya oísteis a la Diosa”, dijo. “Matadlos a todos”.

Volusia observó con satisfacción cómo sus miles de hombres marchaban hacia delante, con las lanzas en alto, y se lanzaban a la lucha contra los prisioneros de la ciudad-todos ellos, encadenados, indefensos, levantaron las manos hasta sus sorprendidos rostros.

“¡NO!” chillaban.

Pero era demasiado tarde. Uno a uno, los hombres de Volusia los derribaban a hachazos, masacrándolos a diestro y siniestro.

Volusia estaba allí y observaba la matanza, con la sonrisa cada vez más ancha. La sangre le salpicaba mientras el sol empezaba a esconderse tras el horizonte y disfrutaba de cada gota pensando:

Qué día más perfecto ha resultado ser este.

*

Mientras empezaba a anochecer, Volusia marchaba y se alejaba más y más de los alrededores de Dansk, flanqueada por su séquito, y con todo su ejército marchando un poco por detrás. Bajo las dos lunas que salían, las brillantes estrellas rojas aparecían en el cielo, seguía su camino a lo largo del suelo del desierto a través del Camino de los Círculos. Era un momento que había estado deseando desde que podía recordar.

El Camino de los Círculos era, de hecho, la verdadera razón por la que había decidido saquear Dansk primero. A pesar de sus números y fortificaciones, a Volusia no le interesaba mucho su ejército, o su gente, o incluso su ciudad. La verdadera joya, la verdadera conquista, era lo que estaba justo más allá: este sagrado sitio de poder, un vasto círculo grabado en el duro suelo del desierto. Nadie conocía con seguridad su origen, o la fuente de su poder, sin embargo Volusia había oído hablar toda su vida de los dioses y diosas vivos que habían sido consagrados aquí. Era un ritual de iniciación. Si quería que su pueblo la viera como una verdadera Diosa, sabía que no existía mayor sello de legitimidad que su iniciación en este círculo.

Igualmente importante, Volusia quería hacer un pacto con los protectores de este círculo, el pueblo desierto de Voks. Una raza tabú de pequeños hombres verdes, más criaturas que hombres, que practicaban una antigua secta de brujería tan oscura y prohibida que estaba incluso ilegalizada en los tiempos de la madre de su madre, Volusia sabía que no existía una tribu en el Imperio que igualara su pura maldad. Otros hechiceros tenían límites en lo que hacían, pero los Voks no tenían fronteras en su crueldad.

Evidentemente, había una razón por la que el poder de los Voks y su círculo sagrado no había sido empleado por otros gobernantes antes que ella: se les consideraba demasiado peligrosos, no eran nada de fiar, su brujería era demasiado volátil, demasiado difícil de controlar. Volusia sabía por los libros

de historia que todos aquellos que habían tratado de hacerlo habían muerto en el intento.

Pero ella era diferente. Ella era Volusia, diosa de la ciudad de Volusia, futura Emperadora del Reino y ella sabía que su destino era gobernar. Nadie ni nada podía interponerse en su camino. Sus generales provinciales solo se preocupaban de los números, las armas, las armaduras. Pensaban que un ejército ganaba en base a las cifras.

Pero Volusia sabía que los números no eran sino una pequeña parte de la conquista. Sabía que podía derrotar a los millones del Imperio con muchos menos hombres. Lo que realmente necesitaba era a los Voks- y la antigua brujería que custodiaban.

“Diosa”, dijo Soku, yendo derecho a su lado. “¿Puedo persuadirla de dar la vuelta? Esta es una mala idea”.

Volusia suspiró, enojada. Soku había estado detrás de su oreja todo el rato desde que dejaron la ciudad, criticando todo lo que hacía.

“Matar a aquellos soldados cautivos antes fue un error, Diosa, si puedo hablar con franqueza”, añadió. “Necesitábamos a aquellos hombres. Necesitamos a cada hombre que podamos conseguir. Aquellos eran cinco mil buenos hombres. Ahora están muertos y sin razón alguna. Ni siquiera se nos resistieron”.

“Por eso precisamente los maté”, respondió.

Él suspiró.

“A veces siento que no la comprendo en absoluto”, dijo, dejándose claramente el *Diosa*. “Todavía es joven. Debería aprender de las formas de un comandante curtido como yo mismo”.

Volusia se detuvo bruscamente, ya harta, y lo miró.

“Tú eres el mismo comandante que permitió que mi madre fuera asesinada, ¿o no?”

Él tragó saliva, con apariencia de haber sido cogido desprevenido.

“Fue *usted* quién mató a su madre”, respondió él. “Yo no podía haber previsto aquello”.

“En este caso, quizás me tendría que buscar un comandante que sí lo hubiera hecho”, dijo ella.

Él la miró fijamente, parecía molesto e inseguro.

“Y si maté a mi propia madre, ¿crees que tendría algún escrúpulo en matar a mi comandante?” añadió.

Él bajó la vista, humillado, y ella se dio la vuelta y continuó la marcha.

“Diosa”, dijo Aksan, acercándose por su otro lado, “él dice la verdad. Reunirse con los Voks es una idea terrible. No son de fiar. Su brujería no se puede contener ni controlar. Puede que tengan un poder – pero sin duda es un poder que usted no puede controlar. Todas las razas y todos los gobernantes del Imperio los han evitado, y por una buena razón. Son proscritos”.

“Vuelve a dirigirte a mí”, dijo ella, sin siquiera molestarse en mirarlo y continuó su marcha hacia delante, “y te cortaré la lengua”.

Él dejó de hablar, con el pánico en los ojos.

Finalmente Volusia dobló la colina y, al hacerlo, se detuvo, asombrada ante la impresionante vista que tenía delante: allí, desplegado allá abajo en el valle del desierto, estaba el círculo del que siempre había oído hablar. No podía confundirlo con ningún otro. De casi cien metros de diámetro, estaba claro por la manera en que estaba grabado, su forma perfecta, su laberinto de círculos, grabados en un laberinto los unos con los otros, que fue creado por algo diferente a la raza humana. Podía sentir la energía que latía del suelo del desierto, incluso desde allí. Era un lugar que se percibía vivo, mucho más vivo que cualquier sitio en el que hubiera estado.

Haciendo guardia alrededor del círculo, igualmente impresionantes, estaban los Voks – cenenares de ellos, encorvados con sus túnicas y capuchas verdes y emitiendo un suave parloteo, audible incluso desde donde estaba ella, un sonido escalofriante, como patas de cangrejo haciendo ruido por el suelo del desierto. Ella podía ver por lo que dejaban entrever sus túnicas que eran pequeños hombres verdes, con un tono viscoso en su piel. Se apiñaban alrededor del círculo como si fueran uno con él.

A una, los Voks se dieron la vuelta hacia ella y miraron hacia sus hombres. Sin esperar, empezaron a caminar hacia ella, como un millón de cangrejos saliendo del mar.

Volusia bajó corriendo la ladera de la montaña para encontrarse con ellos a medio camino, ansiosa por reunirse con ellos, por ser infundida con el poder del círculo. Siempre y cuando la dejaran entrar.

Uno de los Voks, ligeramente más pequeño que los demás, claramente su

líder, anciano, caminando con un pequeño bastón de esmeralda, caminaba al frente de ellos y se detuvo delante de ella.

Tan solo a unos metros de distancia, la miró lentamente, sus ojos eran completamente blancos. Vokin. Ella sabía de él, era legendario. Parecía estar examinándola y esta era una sensación profundamente incómoda. Ya podía comprender por qué otros no querían interactuar con ellos. Tan solo con mirarla, ella sentía como si le estuviera robando el alma.

Sin embargo Volusia se esforzaba en mirar fijamente a sus ojos completamente blancos y no apartar la vista. No estaba dispuesta a mostrar miedo a nadie.

“Así que la Diosa ha llegado”, dijo finalmente Vokin, con una voz que sonaba como madera agrietándose.

Volusia abrió los ojos como platos, preguntándose cuánto sabía.

“He venido a...” empezó ella.

“Ya sé por qué ha venido”, interrumpió él. “La pregunta es, ¿es merecedora de ello?”

Volusia lo miró fijamente, atónita; nadie le había hablado de este modo antes.

“Yo soy la gran Diosa Volusia”, respondió, arrogante, levantando la barbilla. “Merezco conquistar ciudades. Merezco el Imperio entero”.

Vokin la miraba fijamente en silencio.

“He visto tu futuro”, respondió. “Hay mucha muerte y destrucción en él. Mucho poder. Es mucho más grande que su madre. Mucho más grande que cualquier gobernante del Imperio que haya venido antes que usted, incluso Andrónico, incluso Rómulo. Pero no puede tener poder sin nosotros. Y habrá un precio a su poder”.

“¿Un precio?” dijo ella indignada y, sin embargo, crecida por su profecía. “Ya le estoy ofreciendo un gran regalo. Le estoy perdonando la vida. Mire tras de mí: ¿no ha visto a mis hombres, llenando el horizonte?”

Vokin rió enérgicamente, sin molestarse ni siquiera en mirar, su voz cortaba el aire, poniéndola a ella de los nervios. No había ningún tipo de miedo en ella.

“¿Usted cree que todos los hombres del mundo tienen alguna posibilidad contra nuestro antiguo arte?”

Volusia lo pensó duramente y vio que tenía razón; él no era un simple comandante militar al que podía vencer con miedo o amenazas.

“Diga su precio”, dijo al fin, decidida. “Sea el que sea, lo tendrá”.

“Seremos compañeros”, dijo él. “Gobernaremos el Imperio juntos. Usted gobernará, pero nosotros siempre estaremos en la retaguardia y, siempre que la llamemos, nos dará lo que pidamos”.

“Hecho”, dijo ella, deseosa de seguir con ello y conseguir el poder.

“Los Voks ya no serán proscritos”, añadió él. “Seremos parte de la clase mayoritaria del Imperio. Nos devolverá el honor y el respeto que una vez tuvimos como raza. Habrá un círculo Vok en cada ciudad. Otras razas nos guardarán respeto!”.

“Hecho”, dijo ella, sin importarle, siempre y cuando tuviera el poder.

Él la examinaba mientras el viento del desierto azotaba, claramente dubitativo.

“Hay una cosa más”, dijo.

Ella lo observó, preguntándose lo avaricioso que era, preguntándose cuándo terminaría aquello. Ya no se fiaba de él.

“Nómbrelo y acabemos con esto”.

“No voy a decírselo en el día de hoy”, dijo él. “Pero un día la vendré a visitar para esta petición especial. Y me la tendrá que conceder. Sea lo que sea”.

Volusia pensó largo y tendido, extrañada.

“¿Será mi vida lo que me pedirá?” preguntó.

El negó con la cabeza y rió.

“No, querida”, dijo él. “Será algo más valioso que eso”.

¿Más valioso? se preguntó ella. No le importaba, siempre y cuando pudiera ascender al poder. Una vez estuviera en el poder de la manera que fuera, podría hacer lo que quisiera; no podrían detenerla de ninguna manera.

“¿Y entraré en el círculo?” preguntó. “¿Y me convertiré en Diosa?”

Él asintió como respuesta.

“Una Diosa como nunca ha existido”, respondió él.

Ella asintió.

“Hecho”, dijo ella. “Sea lo que sea, lo tendrá”.

Él asintió con satisfacción y ella vio algo parecido a una sonrisa bajo su

capucha, mientras su cara se arrugaba de forma grotesca.

Volusia alargó el brazo para darle la mano y sellar el pacto y él alargó el brazo y le agarró la mano, tres garras verdes, largas y pringosas le envolvían la muñeca y el antebrazo. Ella quería retirar la mano, pero sabía que no podía.

Por fin, afortunadamente, él retiró su mano.

“Está oscureciendo y el círculo nos aguarda”, dijo él. “Sígame”.

Volusia lo siguió mientras giraba y pasaba por las filas de Voks, todos abriendo paso para él. Los Voks formaron un pasadizo, suficientemente ancho para que pasara ella y ella lo siguió, con sus hombres tras ella, andando en una única fila, mientras entraban a la nación de Voks. El clamor se intensificó mientras pasaba, y ella sentía como si estuviera entrando en un reino de cangrejos. Podía sentir la energía malvada emanando de ellos mientras se amontonaban a su alrededor, observando cómo pasaba. Hacían los extraños ruidos de parloteo mientras pasaba y sus ojos rodaban hacia sus cabezas, mientras el blanco de los mismos brillaba en la noche. No podía caminar lo suficientemente rápido a través de ellos.

Volusia finalmente entró en el círculo, siguiendo al líder, ellos dos solos, dejando atrás a los demás. Él andaba en círculos siguiendo un extraño dibujo, dando más y más vueltas, dando curvas y girando, siguiendo un camino que solo él conocía. Era laberíntico y ella sentía como si no acabara nunca.

Sin embargo, ella se sentía como cargada con un extraño poder mientras andaba; cuanto más andaba, más sentía sus piernas, ardiendo, sentía un calor que subía por su cuerpo. Sentía como si estuviera cambiando, como si el círculo la estuviera cambiando.

Volusia, al fin, llegó al centro del círculo y, al hacerlo, él hizo un paso a un lado y la guió hacia donde debía quedarse. Entonces se dio la vuelta y salió del círculo, dejándola sola en el centro.

Volusia estaba allí, sola, mirando a todos sus hombres, su ejército se alargaba hasta el horizonte, todos ellos se amontonaron alrededor del círculo, observándola.

“¡Volusia!” exclamaron los Vok, su voz retumbó, mágicamente fuerte, lo suficientemente fuerte para que todos lo oyeran, resonando en el suelo del desierto, en las colinas y valles. “Quédese aquí e infúndase con más poder que cualquier hombre en esta tierra. Quédese aquí y reciba el título de Suprema

Emperadora del Imperio. Quédese aquí y a partir de este día, y por siempre jamás, sea conocida como la Diosa Volusia, la gran Diosa del Imperio, Reina de los seis cuernos y Destructora de Ciudades. Hoy, ha nacido una Diosa. ¡Hoy, hay una Diosa entre nosotros!”

Los Vòks dieron un paso al frente con sus antorchas, las acercaron al suelo del desierto y, en ese momento, de repente se extendió un fuego, sus llamas llenaban el círculo, extendiéndose lentamente, dando vueltas por el dibujo. El fuego se abría camino alrededor de los círculos, más y más rápido y, mientras todos los círculos alrededor de ella se encendían, centenares de círculos de todas formas y tamaños, la noche del desierto era tan brillante como el día.

Volusia estaba en el centro de todo esto y se sentía gloriosa. Tenía las manos a los lados, los brazos en alto y sentía el calor, pero aún así no se quemaba. Se sentía infusa con una energía, un poder que apenas podía entender. Se sentía invencible.

Se sentía como una Diosa.

Volusia echó la cabeza hacia atrás, levantó sus brazos hacia el cielo y gritó a todos los poderes que conocía.

A su alrededor, en todas direcciones, sus hombres agachaban la cabeza, haciéndole la reverencia, mientras ella iluminaba la noche.

“¡Volusia!” gritaban, entonando su nombre una y otra vez. “¡Volusia! ¡Volusia!”

CAPÍTULO DIECIOCHO

Erec estaba sentado en la larga mesa de banquete, Alistair estaba a un lado, Strom en el otro y sus centenares de hombres de las Islas del Sur llenaban los bancos, de cara a ellos, al otro lado de las mesas, estaban Krov y sus centenares de hombres del Peñasco. Había sido un largo día de festejos y el interior del castillo de Krov se había convertido en un tumultuoso salón de banquete, colgado arriba de una colina al borde del mar. Una pared entera tenía esculpidas ventanas altas y arqueadas, de cara al océano, por donde se colaba la luz, inundando la sala con el fresco aire del océano y el romper de las olas allá abajo. No era como cualquier otro castillo en el que Erec hubiera estado, todos los otros castillos normalmente se construían con pocas o ninguna ventana por miedo a un ataque. Pero aquí, en la isla del Peñasco, no existía el miedo al ataque: encaramada encima de estos inquebrantables acantilados en medio de un océano desolado y duro, ningún enemigo podía alcanzar el castillo sin escalar acantilados durante días o andando por la montaña de alguna manera. Se podían permitir el lujo de la luz y el aire; nadie podía atacarlos desde tan arriba.

Fueron un día y una tarde relajantes, en el que Erec y sus hombres por fin empezaron a relajarse, a encontrar un respiro aquí, acogidos en la hospitalidad de Krov, festejando con su buena carne y sus sacos de vino constantemente fluyendo. Erec estaba aliviado al ver a sus hombres con buen ánimo después de su largo viaje y agradecido de haber tenido la oportunidad de parar aquí. Sabía que había tomado la elección correcta, por muy impredecibles que fueran Krov y sus hombres. Estiró el brazo y tomó de las manos a Alistair, contento de verla relajada también y le sonrió, con amor en los ojos.

Erec estaba satisfecho pero aún así no era un hombre que perdiera el tiempo y todavía no había conseguido su principal propósito al venir aquí: reclutar a Krov y a sus ejércitos para su causa, convencerlos para que se unieran a ellos para cruzar el mar y liberar a Gwendolyn y a los demás de las garras del Imperio. Erec había intentado sacar el tema muchas veces, pero Krov había estado muy ocupado festejando en esta sala cada vez más tumultuosa, con más hombres borrachos; podía detectar aquella tensión en el aire que aparece cuando los hombres van de un saco de vino a otro sin parar.

Era aburrido, hombres ociosos buscando alguna manera de desahogarse y esto, muy a menudo, significaba violencia.

Se oyó otro grito y, al girarse, Erec vio a varios de los hombres de Krov luchando de forma amistosa en el centro de la sala de piedra, forcejeando a diestro y siniestro en el suelo entre las mesas. Todos los hombres se dieron la vuelta para mirar, alentándolos, golpeando con sus jarras en la madera, vitoreando. Mientras Erec examinaba sus rostros, vio que los hombres de Krov eran menos refinados que los suyos; la mayoría iban sin afeitarse, les faltaban muchos dientes, tenían barrigas pequeñas y habían bebido demasiado vino. Se daban codazos los unos a los otros bruscamente, reían muy fuerte y un hombre sí otro no tenía una mujer desnuda en su regazo. La mayoría también llevaban joyas— sin duda botines que habían robado en los mares— alrededor de sus cuellos.

Estos hombres no eran caballeros, ni guerreros profesionales que se ceñían a un estricto código ético, como hacían sus hombres. Eran mercenarios. Erec sabía que no debía sorprenderse: después de todo, estos hombres del Peñasco eran piratas y lo habían sido durante generaciones.

“No me gustan”, suspiró Alistair a Erec al oído, alargando el brazo y apretándole la mano por debajo de la mesa.

Él la miró y vio la preocupación en su rostro.

“A nadie le gustan”, susurró él, “pero todo el mundo debe tratar con ellos en algún momento. Tienen hombres y tienen barcos y conocen estos mares como nadie más lo hace. Hay una razón por la que el Imperio no los ha podido contener en mil años. Fueron aliados cruciales para nuestro cuando los necesitó”.

“Son el medio para un propósito”, interrumpió Strom en voz baja, inclinándose hacia delante. “Nuestro padre recurrió a ellos en muchas ocasiones”.

“Es cierto”, dijo Erec. “Nuestro padre recurrió a ellos muchas veces, pero nuestro padre nunca confió en ellos”.

“¿Cómo puedes hacer equipo con alguien en quien no confías?” preguntó Alistair. “¿Y si te traiciona?”

Erec miró con cuidado alrededor de la sala, miró directamente a Krov, que estaba riendo, observando la lucha, con una mujer desnuda en cada brazo y un

saco de vino en amabas manos.

“La confianza es una palabra muy fuerte”, respondió él. “En ocasiones aquellos en quien no confías son los que más te ayudan– y a veces te traicionan aquellos en quien sí lo haces. Por mi experiencia, un hombre satisfecho de comida, vino y riquezas tiene mucho que perder y poco que ganar con la traición”.

Un grupo de músicos pasó por allí, llenando la sala con música de harpas, liras y tambores, junto a los gritos de los hombres, que estallaron en una canción que Erec no reconocía– y después se marcharon igual de rápido.

Cuando pudieron volverse a oír a ellos mismos, Erec vio cómo Krov se daba la vuelta y lo miraba.

“¡Erec!” exclamó, centrando toda su atención en él. “¿Por qué no bebes?”

“Sí que bebo, mi señor” respondió Erec, levantando un saco de vino.

Krov estalló en una brusca risa.

“¡Señor!” exclamó. “¡Yo no soy un *señor*! Al contrario que tú, yo no soy señor de nada. ¡Que Dios prohíba que yo sea un señor! ¡Perdería la poca clase que me queda!”

Los hombres de Krov se unieron a su risa, hasta que finalmente Krov volvió su atención de nuevo a Erec.

“Y otra vez, ¿por qué no bebes?” preguntó de nuevo. “Solo bebes de una mano. ¡Las dos manos deberían estar llenas!”

Erec le sonrió.

“Con una mano es suficiente, mi señor”, gritó él. “Me gusta tener una mano libre. Después de todo, nunca sabes cuando uno de tus hombres me puede cortar el cuello”.

Krov lo miró fijamente y después soltó una risa histérica, dando golpes en la mesa con la mano.

“Eres bueno”, dijo. “No has perdido tu agudeza. Me gusta lo que he visto hoy aquí, justo el chico que recordaba. A excepción de que estás muy serio. Demasiado tiempo desperdiciado en el campo de batalla. Deberías beber más, disfrutar de las mujeres”.

“Él *tiene* una mujer”, le corrigió Alistair bruscamente, mirándolo con el ceño fruncido, claramente disgustada.

Krov se reía entre dientes y asentía con la cabeza y levantó su saco.

“Como usted diga, mi señora”, dijo. “Pero yo también tengo una mujer. ¡Y aquí estoy!”, dijo, agarrando los pechos de cada una de las mujeres que tenía en su regazo.

“Entonces lo siento por usted”, respondió Alistair, “y lo siento por su esposa. Estos son placeres vulgares. Nunca conocerá el verdadero placer de la lealtad y la devoción”.

Krov negó con la cabeza, riéndose.

“No lo sienta por mí”, dijo. “O por ella. Al menos aquí está protegida, no libre para que la vendan como a estas otras mujeres”.

Sus hombres se rieron y agarraron a las mujeres que tenían en su regazo y Alistair desvió la mirada, disgustada.

Krov fijó su mirada en Erec y, finalmente, Erec vio que su expresión era más seria, aunque nublada por sus ojos enrojecidos, por el exceso de bebida.

“Supongo que no has hecho todo este camino solo para verme”, dijo Krov a Erec, “¡o para hablar de mujeres!”

Erec negó con la cabeza.

“Ay, amigo mío”, respondió, “no”.

Krov asintió.

“Comprendo. Nadie viene nunca a ver a Krov porque sí, como a un amigo. Krov, el Rey de los hombres del Peñasco, el hombre que a nadie importa, el hombre al que nadie quiere de compañía, el hombre para el que todos se creen demasiado buenos— hasta que lo necesitan. Me gustaría tener amigos que se preocuparan de parar a verme solo por amistad. Pero mis amigos siempre parecen tener un propósito. Es triste, pero es mi destino”.

Erec enrojeció, viendo la sensibilidad de Krov y queriendo pisar con cuidado.

“Eras amigo de nuestro padre”, interrumpió Strom.

Krov se giró hacia él.

“Vuestro padre”, respondió Krov. “Este era un buen hombre. Un hombre fino. Un Rey incluso mejor. Todos en las Islas del Sur lo querían. Yo no sé si lo quería”, dijo, rascándose la barba, al parecer reflexionando sobre ello. “Lo respetaba. Era un buen guerrero, tenía una buena mente. Pero, otra vez, no era mi amigo. Igual que mis otros amigos, solo me llamaba cuando me necesitaba. ¿Cuántas veces me invitó a vuestras gloriosas bodas en las Islas del Sur? ¿A

alguna de vuestras fiestas reales? ¿A alguna de vuestras vacaciones? Vosotros, los habitantes de las Islas del Sur siempre pensasteis que erais demasiado buenos para nosotros. Esto no es ser un amigo”.

Erec se ruborizó, viendo que lo que decía era verdad. También deseaba que Strom se callara y le hizo un gesto para que parara, pero Strom continuó.

“Nuestro padre te pagó bien”, añadió Strom.

La expresión de Krov se oscureció.

“Sí, me pagó bien”, respondió. “Pero no era dinero lo que yo quería o necesitaba. Nunca me pagó con amistad. Como todos los demás, me quería a una distancia, al alcance de la mano”.

“Te dejó patrullar nuestras aguas”, dijo Strom. “Pescar de nuestros mares”.

“Sí, lo hizo. Pero nunca me invitó a su sala de banquetes. ¿Por qué crees que es eso?”

Erec seguía en silencio. Él sabía la razón. Era porque Krov era un pirata, un pirata asesino, ladrón y violador sin lealtad ni valores. Sabía que su padre no lo respetaba. Lo usaba cuando lo necesitaba y eso era todo.

De repente, Krov, con el humor cambiante como una tormenta de rayos, golpeó inesperadamente su mano sobre la mesa de madera. Lanzó una mirada fulminadora y, al hacerlo, la música de la sala se detuvo.

La tensión en la habitación era espesa y todas las miradas se posaron en él.

“Te dije que a qué crees que se debía eso” gritó, tirando a la mujer desnuda que estaba en su regazo, allí firme, levantando la voz, fulminando a Erec con la mirada. “¡CONTÉSTAME!”

Todos los que estaban en la sala se detuvieron y miraban fijamente, observando nerviosos el acalorado intercambio.

Erec miraba a los ojos a Krov con firmeza, manteniéndose en calma, sin mostrar sus emociones, como siempre le había enseñado su padre y dándose cuenta por completo de lo impredecible que era Krov.

“Mi padre”, respondió Erec con calma, “nunca dijo una mala palabra sobre ti”.

“Ni tampoco dijo una buena palabra sobre mí”.

“Mi padre no albergaba malos sentimientos hacia ti”, repitió Erec. “Te consideraba un socio”.

“Un socio pero no un amigo. Pregunto otra vez: ¿a qué se debía?”

El enojo de Krov parecía ir en aumento, igual que la tensión en la sala, y Erec sabía que necesitaba tomar una rápida decisión sobre cómo responder. Si no respondía correctamente, tenía la sensación que la sala estallaría en una matanza.

“¿Quieres la respuesta sincera?” preguntó Erec, decidido.

“No la volveré a pedir”, dijo Krov, con la voz dura y fría, agarrando ahora con fuerza la empuñadura de su espada. Al hacerlo, Erec percibió que varios de sus hombres también lo hacían.

Erec se aclaró la garganta, soltó la mano de Alistair y lentamente se puso de pie y se encaró a Krov, orgulloso y erguido, impávido.

“Mi padre honraba la caballerosidad por encima de todo lo demás”, dijo, con la voz fuerte y clara, solemne, sincera. “Honraba el *honor* y a todos los que luchaban por él. No aprobaba el hurto o tomar mujeres que no escogían estar contigo, o matar hombres por un precio o por lo que su barco tenía allá abajo”. Mi padre vivía por el honor. Si quieres la respuesta sincera, te la daré: a sus ojos, tú carecías de honor. Y él no quería relacionarse con aquellos que carecían de honor”.

Krov lo miró, con los ojos encendidos, fríos y oscuros, que lo miraban fijamente y Erec pudo ver cómo cambiaban, la inquietud que había tras ellos, que estaba debatiendo si lo mataba.

Erec bajó el brazo con indiferencia y poco a poco posó su mano en la empuñadura de la espada, solo por si Krov se avalanzaba sobre él.

De repente, para sorpresa de Erec, la cara de Krov se relajó y estalló en una sonrisa.

“¡El honor!” exclamó y rió. “¿Y qué es el honor? ¿Dónde te ha llevado todo tu honor? Mira todo el honor que tenían en el Anillo. ¿Dónde los ha llevado? Ahora está destruido. Ahora ya no existe. Todo por un ejército deshonesto. Vendido por aquellos sin honor. Escogería la vida por encima del honor cada día— y escogería el vino y las mujeres por encima de vuestras caras ariscas, vuestra vida solemne, vuestro código de caballerosidad”.

Krov de repente bajó el brazo y agarró una jarra, sonriendo.

“Me diste una respuesta sincera”, dijo. “Ningún otro hombre sería lo suficientemente valiente para hacerlo. ¡Esto, señor, es el honor!”

Levantó su jarra.

“¡POR EL HONOR!”

Todos sus hombres en la sala se pusieron de pie, alzaron sus jarras y gritaron con él.

“¡POR EL HONOR!” vitorearon.

Krov rió, igual que hicieron los demás, mientras tomaba un largo trago de su saco y toda la tensión de la sala se disipó.

Erec, todavía en vilo, todavía receloso, asintió lentamente, bebió de su jarra y se sentó también.

“Eres un hombre valiente”, le dijo Krov a Erec, “y esto es lo que me gusta de ti. Podría incluso quererte incluso más que a tu padre. Queda por ver si seremos amigos, pero pienso que podríamos serlo”.

“Siempre puedo recurrir a nuevos amigos”, dijo Erec, asintiendo en respuesta con respeto.

“Ahora cuéntame”, dijo Krov serio, volviendo a los negocios, “¿por qué habéis venido aquí?”

Erec suspiró.

“Necesito tu ayuda. *Necesitamos* tu ayuda. Lo que queda de mi pueblo, los exiliados del Anillo, dirigidos por Gwendolyn, han encontrado refugio en el Imperio”.

“¿El *Imperio!*?” preguntó Krov, claramente sorprendido. “¿Por qué huyeron hasta allí?”

Erec se encogió de hombros.

“Quizás parecía el lugar más ilógico al que ir. Después de todo, ¿tu enemigo te buscaría en su propio patio trasero?”

Krov asintió, entusiasmándose poco a poco con ello.

“Esa Gwendolyn”, dijo. “Siempre creyéndose tan lista. Como su padre. Me sorprende oír que sigue con vida— que cualquiera de ellos siguen aún con vida— después de lo que Rómulo les hizo. Debe ser mejor Reina de lo que cualquiera esperaba”.

Erec asintió.

“Recibí un halcón”, dijo. “Necesitan nuestra ayuda y yo deseo liberarlos. Mi flota, como tú sabes, tiene dificultades para enfrentarse a números más grandes. Nadie conoce esta agua mejor que tú. Necesito que te unas a nosotros, que nos ayudes en nuestra guerra contra el Imperio”.

Krov negó con la cabeza.

“Ya salió el idealista”, dijo. “Igualito que tu padre. Me he pasado toda la vida evitando al Imperio y ahora tú me pides que me enfrente a ellos en batalla”. Negó lentamente con la cabeza. “Una locura. Enfrentarse en batalla al Imperio sería un suicidio”.

“No hace falta que te enfrentes a ellos en batalla”, dijo Erec. “Solo navega por nosotros, ayúdanos a llegar donde necesitamos. Acompáñanos a través de esta aguas y a través de la Espina del Dragón”.

Krov lo miró y Erec vio cómo su rostro se congelaba por el miedo al oír las palabras.

“¿La Espina del Dragón?” preguntó. “No me digas que pretendes atravesarla”, dijo, con verdadero miedo en su voz.

Ere asintió con calma en respuesta.

“Es la ruta más directa”, dijo Erec, “y donde es menos probable que nos detecten. No tenemos tiempo para otra alternativa”.

Krov negó con la cabeza.

“Es mejor rodear el Cuerno del Azul”, dijo Krov.

“Esto añadiría lunas a nuestro viaje”, dijo Erec. “Como dije, no hay tiempo”.

“¿No hay tiempo para morir, quieres decir?” dijo Krov. “Mejor tardar lunas y estar vivo que tardar días y estar muerto. Nadie atraviesa la Espina del Dragón y vive”.

“Tú lo has hecho”, dijo Erec, mirándolo significativamente.

Krov buscó su mirada y lentamente suspiró, sus ojos estaban vidriosos por el recuerdo.

“Esto fue hace años, cuando era joven y mi pelo era grueso y rubio”, dijo Krov. “Ahora es delgado y estoy calvo, tengo barriga y está claro que no soy tan estúpido como lo fui una vez. Ahora me gusta mi vida. Juré que no volvería a atravesarla otra vez y no lo haré”.

“Tú conoces la Espina mejor que nadie”, dijo Erec. “Dónde están las rocas, dónde rompen las olas, en qué dirección van las corrientes, dónde patrulla el Imperio y dónde acechan los monstruos. Vamos a atravesar la Espina”, dijo él, decidido, con fuerza y autoridad en la voz. “Puedes quedarte aquí y encogerte de miedo y ser pobre o puedes venir con nosotros y ser rico”.

Krov lo miró, con el rostro serio, pensando en hacer negocio.

“¿Cómo de rico?” preguntó.

Erec sonrió, esperando esto.

“Un barco lleno del oro más fino”, interrumpió Strom. “Y un pacto renovado de lealtad de nuestras islas”.

Erec enrojeció, deseando que Strom no hubiera interrumpido. Su hermano pequeño siempre hablaba cuando tenía que escuchar.

“¿*Lealtad!*?” repitió Krov, con resentimiento en el rostro. “¿Y qué voy a hacer yo con la lealtad? ¿Me pagará esto prostitutas? ¿Me pagará vino?”

“Si te atacan, acudiremos en tu ayuda”, dijo Strom. “Esto vale tu vida”.

Krov entristeció, negando con la cabeza.

“No necesito vuestra ayuda, o vuestra protección, chico”, le dijo a Strom. “Por si no lo habéis notado, nuestro pueblo se vale por sí mismo. De hecho, por lo que veo ahora, parece que sois vosotros los que necesitáis nuestra ayuda”.

Strom se ruborizó y, finalmente, Erec levantó una mano y le hizo un gesto para que se callara.

Erec miró a Krov.

“Es oro del bueno”, le dijo en voz baja, sonriendo, de hombre a hombre, “y una misión atrevida. Lo suficientemente temeraria para que tú no puedas pasarla por alto”.

Krov se inclinó hacia atrás y se frotó la barba, centrando su atención en Erec. Finalmente, después de un largo silencio, se tomó de un trago su saco de vino, se secó la boca y la tiró al suelo. Se puso de pie y se encaró a Erec.

“Que sean dos barcos de oro”, dijo. “Y zarpamos con la primera luz, mientras sea lo suficientemente estúpido para decir sí”.

Erec se puso de pie y sonrió lentamente.

“Tenía el presentimiento de que dirías esto”, dijo. “Es por eso que ya hay dos barcos esperando”.

Krov lo miró fijamente y a continuación rompió en una enorme sonrisa.

Dio la vuelta a la mesa y abrazó a Erec.

Se echó hacia atrás, le agarró por los hombros y lo miró a los ojos.

“Serás un buen Rey, Erec hijo de Nor”, dijo. “Un buen Rey, ciertamente”.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Darius caminaba a través del campo de su creciente ejército, junto a Raj, Desmond, Kaz y Luzi mientras iba hombre por hombre en la extensión de aldeanos, comprobando cómo estaban los heridos, conociendo a cada nuevo hombre cara a cara, ayudándoles a sacarse las cadenas, mirándolos a los ojos y dándoles la mano. Veía cómo la esperanza les inundaba los ojos cuando lo miraban, todos ellos negando con la cabeza sin querer soltarse, cada uno de ellos mirándolo como si fuera su salvador.

Ninguno había mirado jamás a Darius de esta manera y era una sensación surrealista. Para él, era solo un chico, solo un chico que se esforzaba por ser guerrero, solo un chico que había ocultado un poder que no podía usar nunca, que no quería usar y que nunca podía desvelar a los demás. Eso era todo. Darius nunca había esperado convertirse en un líder de hombres, convertirse en alguien a quien los demás admiraran, alguien a quien recurrieran para el liderazgo y la dirección. Toda su vida los demás le habían dicho que no llegaría a ser nada, que era el menos importante del grupo; su abuelo siempre lo había limitado, le había dicho que no valía mucho, que esta era la razón por la que su padre lo había dejado. Todos los ancianos de la aldea, todos sus entrenadores, en particular Zirk, el comandante de la tropa de los chicos, le habían dicho que sus habilidades eran normales, como mucho, y que su estatura era demasiado pequeña. Le habían dicho que nunca pensara en grande.

Darius siempre había sabido que no era el más grande del grupo, o el más fuerte. Sabía que no era el más guapo, que no tenía ninguna riqueza y que no provenía de una familia noble e ilustre. Y, aún así, Darius siempre había tenido corazón, convicción, pasión y una decisión que el sentía que era más fuerte que la de los demás. De alguna manera, él siempre sintió que le ayudaría a sobrellevarlo todo e incluso le permitiría destacar por encima de otros chicos y otros hombres, incluso aquellos que se suponía que eran mejores que él. Sentía las cosas más profundamente y se negaba a verse a él mismo como los otros lo veían. Había insistido en pintarse en su mente una fuerte imagen mental de él mismo, como un héroe, como un líder de hombres y aferrarse a ella, sin importar cómo los demás intentaran limitarlo. Podrían aplastar su cuerpo, pero nunca podrían aplastar su espíritu— y nunca podrían

tocar su imaginación. Y él sentía que su imaginación era lo más valioso de todo. Era la habilidad de verse a sí mismo como alguien diferente, verse levantándose por encima de su posición. Y era esta misma *visión* – ni el tamaño, ni la fuerza, ni la riqueza, ni el poder– lo que le permitiría hacerlo.

Ahora, mientras caminaba a través de las filas de su nuevo y cada vez más creciente ejército, Darius veía cómo todos ellos lo miraban y era como observar cómo su propia imaginación cobraba vida, desplegada delante de sus ojos. Él sabía, simplemente lo sabía, que era la forma tenaz en que se aferraba a su imaginación, su visión, lo que lo había causado. Era su habilidad de ahogar la voz de toda negatividad alrededor de él que había intentado limitarlo, había insistido en decirle lo que nunca podría ser. Él sabía y sentía que ascender al poder solo dependía de una cosa: lo fuerte que bloquearas las voces de los demás, que bloquearas el mar de negatividad que intenta decirte quién eres, intenta decirte lo que nunca podrás hacer en esta vida. Es un mar que te golpea cada día, desde cada ángulo, se daba cuenta Darius, como las olas arrastran la arena. Darius sabía que aquellos que pueden bloquearlo, que pueden aferrarse a su propia visión de ellos mismos, se levantan ante cualquier cosa.

Mientras Darius caminaba por allí, mirando todas las caras nuevas, sus propios amigos siguiéndolo como a un líder, vio que era importante, por su bien, que pensarán en él como un líder. Todos ellos necesitaban y deseaban un líder, alguien que los guiara a través de estos tiempos inciertos. Él les daba esperanza, confianza, dirección, por muy desalentadora que pudiera parecer la imagen. Sabía que debía dárselo. Se lo debía, incluso aunque no lo sintiera todavía totalmente en su interior.

“Gracias, Zambuti”, dijo uno de los hombres liberados, corriendo hacia él y agarrando la mano de Darius con sus dos manos. “Nos has liberado a todos. Nos has dado la vida”.

Darius se quedó atónito ante la expresión de reverencia. *Zambuti* estaba reservado solo al más alto respeto posible, un término que significaba *querido líder*, de una ternura tal que incluso un anciano de la aldea no recibía. Desde que tenía uso de razón, los esclavos no habían tenido un líder real. Uno verdadero.

Darius negó con la cabeza.

“Os disteis vida *vosotros mismos*”, dijo Darius. “Y yo no soy vuestro Zambuti”.

“Lo eres”, respondió otro hombre liberado, corriendo hacia él, dando la mano a Darius también.

“¡Es un deber!” repitió otro hombre, mientras más y más hombres se reunían a su alrededor. “¡Tú eres nuestro líder ahora! El único líder verdadero que jamás hemos tenido. El único que se ha alzado contra ellos. Nos has devuelto nuestras vidas. ¡Ahora te toca dirigirnos a nosotros los esclavos!”

Siguió un grito de aprobación.

“¡Ya no sois esclavos!” exclamó Darius a la multitud creciente. ¡No os volváis a llamar así otra vez! Sois hombres libres. Habéis escogido vuestro destino, habéis escogido vuestra libertad y estoy muy orgulloso de vosotros por ello. Os guiaré, ¡si os guiáis a vosotros mismos!”

Siguió otro grito de aprobación.

Entonces hubo una repentina conmoción, el sonido de un hombre gritando, perturbado y Darius, curioso, se dio la vuelta y caminó a través de la multitud, llena de gente, abriéndole todos paso.

Cuando llegó al otro lado de la multitud, Darius divisó un pequeño claro, el centro de la conmoción, y dentro vio a los ancianos de la aldea congregándose, dirigiéndose a los nuevos esclavos.

“Hemos ganado una victoria aquí en el día de hoy”, exclamó un anciano. “Hemos sido agraciados por los dioses. Y aún así, no os envalentonéis a pensar que esto debe llevar a más victorias. Ahora no es momento de luchar más. Ahora es el momento de negociar la paz con el Imperio”.

“¡No habrá paz!” exclamó uno de los aldeanos.

“¡Los días para hablar de paz han terminado!” exclamó otro.

“¿Cómo osáis desafiar a vuestros mayores!” exclamó como respuesta uno de los mayores de la aldea, un hombre delgado, serio, a quien Darius reconocía de su aldea”.

“¡Vosotros no sois nuestros mayores!” exclamó un hombre liberado de la nueva aldea. “No hemos sobrevivido aquí hoy para escuchar tus órdenes. ¡No nos hemos sacado de encima a un capataz de esclavos para colocar a otro sobre nuestras cabezas!”

Los aldeanos vitorearon.

Zirk de repente atravesó el círculo, saltó encima de una gran roca en el centro y los miró a todos, pidiendo atención.

“¡Yo soy el comandante de nuestras fuerzas” exclamó Zirk. “Soy *yo* el que entrenó a todos los guerreros que están aquí hoy! ¡Y soy el mayor de entre los guerreros! Soy *yo* el que os guiará a nuestra próxima lucha, sea donde sea. ¡Ahora todos estáis bajo *mis* órdenes!”

Darius estaba allí, observándolo todo, furioso. Zirk siempre lo había amenazado. Y ahora aquí estaba, el mismo hombre que había intentado limitarlo, detener su sublevación, pidiendo que se le reconocieran el mérito por ello.

Darius observaba mientras se hizo un tenso silencio entre la multitud. Quería gritar, arreglar lo que estaba mal, pero vio que no le correspondía agarrarse al poder. Les correspondía a estos hombres elegirlo.

Poco a poco, el silencio se rompió cuando un grupo de esclavos dio un paso al centro y, explícitamente, ignoraron a Zirk, dándole la espalda. En cambio, se dieron la vuelta y se pusieron de cara a Darius.

Darius se quedó atónito al ver que todos lo miraban y señalaban justo hacia él.

“Tú no eres nuestro líder”, le dijeron a Zirk. “Darius lo es”.

Entonces se oyó otro griterío entre los aldeanos.

“Darius es quién lideró la batalla aquí hoy. Darius es quién nos liberó a nosotros y a nuestras familias. Es a Darius a quién debemos nuestra lealtad. ¡Zambuti!”

“¡Zambuti!” repitieron los demás.

Darius sintió una ráfaga de gratitud mientras estaba allí pero, de repente, Zirk, indignado, saltó de la roca y fue corriendo en medio de ellos.

“¡No podéis tomarlo como líder!” exclamó Zirk, desesperado, mirando a Darius con envidia y celos. “Tan solo es un chico. Un chico a quién *yo* entrené. No es ni siquiera el más grande de nuestros luchadores. No puede liderar a nadie”.

Uno de los aldeanos dio un paso adelante y negó con la cabeza.

“No es la edad de un hombre lo que lo hace un líder”, respondió el hombre, “sino el corazón que hay dentro de él. Es él quién nos guiará”.

Los aldeanos estallaron en una gran ovación.

“¡ZAMBUTI!” gritaban, una y otra vez.

Zirk, rabioso, frunció el ceño y se fue hecho una furia, abriéndose camino entre la multitud hasta desaparecer.

Varios esclavos corrieron hacia delante, agarraron a Darius y, ante su sorpresa, lo subieron al peñasco. Cuando lo hicieron, todos los demás esclavos gritaron de alegría y todos miraron hacia él, regocijándose.

Darius miraba hacia el mar de rostros, todos mirándolo con adulación y se dio cuenta de lo mucho que él significaba para ellos. De lo mucho que lo necesitaban. De lo mucho que necesitaban a alguien en quién creer. Alguien que los dirigiera. Podía ver en los ojos de todos ellos que irían a cualquier lugar del mundo a donde los llevara.

“Fue el honor de mi vida luchar a vuestro lado hoy”, exclamó Darius. “Fue un honor ser testigo de vuestra valentía. Ahora sois hombres libres y la elección es vuestra. Si deseáis uniros a mí, no puedo prometeros la vida, pero os puedo prometer la libertad. Si deseáis uniros a mí, no me quedaré aquí sentado y encogido de miedo en el desierto, sino que, venga lo que venga, ¡seguiremos con esta lucha hasta llegar a las ciudades del Imperio!”

Los hombres vitoreaban salvajemente, corrían hacia delante y lo abrazaban, estirándolo hasta que bajó de la roca y Darius supo que la gran guerra no había hecho más que empezar. Sabía que ahora tenía a su ejército.

“¡ZAMBUTI!” gritaban. “¡ZAMBUTI!”

*

Darius caminaba a través del campo, preocupado, mientras Loti lo guiaba. Le tomaba de la mano mientras zigzagueaban por el campo y no podía dejar de pensar en la noticia que le acababa de dar.

“¿Está muriendo?” le preguntó Darius.

Loti negó con la cabeza, entristecida.

“No lo sé, amor mío”, dijo. “Pero es mejor que nos demos prisa”.

El corazón de Darius palpitaba con fuerza mientras zigzagueaban por el campo, preguntándose si se trataba de eso. Ella le había informado de que su abuelo yacía gravemente herido. Había resultado herido en la última refriega, aunque no luchaba, le habían lanzado una lanza fortuita a la columna vertebral

y estaba tumbado inmóvil. Loti se había topado con él, atendiéndole mientras había estado haciendo sus rondas con los heridos y había ido directa a Darius.

Las emociones de Darius se arremolinaban con sentimientos mezclados mientras se dirigían hacia él. Pensaba en la dureza con la que lo había tratado su abuelo toda su vida, recordaba todo el resentimiento que tenía contra él. Sin embargo, a la vez era su abuelo, había estado presente cuando su padre faltó, lo había criado y le había dado un lugar para vivir. También era su único familiar vivo, a parte de Sandara. Y esto contaba. Por muy enfadado que estuviera con su abuelo, debía admitir que también sentía algo de amor por él, esa constante en su vida. Y Darius no podía evitar sentir que el hecho de que hubiera resultado herido en esa refriega era todo por su culpa.

Finalmente llegaron a un claro, lleno de heridos y enfermos, y el corazón de Darius dio un vuelco al reconocer a su abuelo entre los cuerpos, allí tumbado, con una gran herida desde la columna al estómago, cubierto de vendajes, por los que ya se filtraba la sangre. Su abuelo parecía más débil de lo que lo había visto jamás. Parecía estar a las puertas de la muerte.

Darius se sentía abrumado por el dolor y no quería que Loti lo viera así.

“Me gustaría verlo a solas”, dijo Darius.

Loti asintió, parecía triste pero también parecía entenderlo, dio la vuelta y se fue, dejándoles su intimidad.

Darius fue corriendo hacia su abuelo, se arrodilló y le cogió la mano.

“Potti”, dijo Darius, usando el nombre cariñoso que siempre usaba con su abuelo.

Su abuelo abrió los ojos débilmente y miró a Darius. Darius vio que la luz se iba apagando en ellos.

“Darius”, dijo, con una débil sonrisa. Darius vio lo mucho que significaba para él que estuviera allí.

“Te esperaba”, continuó su abuelo, débilmente, con una voz áspera. “Te esperaba antes de morir”.

Darius le apretó la mano, aguantándose las lágrimas mientras la agarraba, odiando la idea de que muriera. Había habido mucha tensión entre ellos a lo largo de sus vidas, una batalla por el control y, aún así, Darius debía admitir, había existido mucho amor. Su abuelo era un hombre serio, pero al menos había podido confiar en él, siempre había estado allí para él. Se sentía

agobiado por la culpa, sentía que él, a pesar de cómo lo había tratado, tendría que haber sido más respetuoso con él, menos rebelde.

“Lo siento”, dijo Darius. “Siento no haber estado aquí para recibir el golpe por ti. Siento que estés muriendo”.

Su abuelo negó lentamente con la cabeza, con los ojos inundados por las lágrimas.

“No has hecho nada que tengas que sentir”, respondió finalmente, respirando superficialmente. “Tú eres como un hijo para mí. Siempre has sido como un hijo para mí. Fui severo contigo porque quería que fueras fuerte. Quería que aprendieras. No quería que te fiaras de nadie, salvo de ti mismo”.

Darius se secó las lágrimas.

“Lo sé, Potti”, dijo. “Siempre lo he sabido”.

“No quería que acabaras como tu padre”, dijo. “Y aún así, en el fondo, sabía que era tu destino”.

Darius lo miró fijamente, confundido.

“¿Qué quieres decir?” preguntó.

Su abuelo tosió, escupiendo sangre y Darius pudo sentir como estaba muriendo en sus brazos. Ardía por saber qué quería decir, qué tenía que decirle sobre su padre. La desaparición de su padre había sido un misterio que lo había estado carcomiendo toda su vida. Moría por saber quién era, cuándo había marchado, dónde había ido y qué había sido de él. Pero su abuelo siempre se había negado a hablar sobre ello.

Su abuelo negó con la cabeza y se quedó callado durante un buen rato, tan largo que Darius no pensaba que respondiera.

Sin embargo, finalmente habló, con la voz ronca.

“Tu padre no era un esclavo común”, dijo, con la voz casi como un suspiro. “No era como los demás. Se parecía a mi padre”.

“¿*Tu* padre?” preguntó Darius, confundido.

Él asintió con la cabeza.

“Un gran guerrero”, dijo. “El hombre por el cual te pusimos tu nombre”.

El corazón de Darius se paró al escuchar la noticia.

“¿Un guerrero?”

Su abuelo asintió.

“Y mucho más. No fue solo un guerrero. Verás, la sangre que llevas...”

De repente, le cogió un largo ataque de tos y fue incapaz de hablar. Darius observaba, el querer saber más lo estaba torturando, sentía como si todos los misterios de su vida finalmente se estuvieran abriendo.

Finalmente dejó de toser y, esta vez, su voz era incluso más débil.

“Tu padre, él te lo explicará todo”, suspiró, respirando con dificultad. “Vive. Debes encontrarlo”.

“¿Vive?” preguntó Darius, atónito. Siempre había creído que estaba muerto. “¿Pero dónde? ¿¡Que lo encuentre dónde!?”

Su abuelo de repente cerró los ojos y le soltó la mano y Darius sintió que se estaba yendo.

“¡Potti!” gritó Darius.

Pero no había nada más que Darius pudiese hacer. Se arrodilló allí y vio cómo su cabeza caía colgando hacia atrás, observó cómo moría, tantas preguntas sin responder que se arremolinaban en su mente, sintiendo que su destino estaba colgando delante de él por primera vez en su vida.

Se inclinó hacia atrás y soltó un grito de dolor.

“¡Potti!”

*

Loti estaba al otro lado del claro y observaba a Darius al lado de su abuelo, sujetándole la mano, llorando y se dio la vuelta, pues no podía soportar aquella visión. No podía aguantar ver a Darius embargado por el dolor y quería darle su intimidad. Observó cómo cambió la expresión de Darius mientras su abuelo hablaba y, por supuesto, ardía de curiosidad por saber qué le estaba contando, por saber qué podía estar afectándole tanto. Por lo que ella sabía, nunca se habían llevado muy bien.

Mientras Loti pensaba en Darius, se daba cuenta de había llegado a quererlo con todo su corazón– e incluso más, a respetarlo. Todavía no podía comprender cómo la había salvado, cómo se había sacrificado por ella de aquella manera, cómo había recibido todos aquellos azotes en lugar de ella, se había preparado para entregarse a una horrible tortura y a la muerte por ella. En algunos aspectos sentía que toda aquella guerra había empezado como resultado de sus acciones, de matar al capataz que había azotado a su hermano

y, aunque estaba orgullosa de sus actos, tenía un sentimiento de culpa. También sentía una intensa gratitud: sabía que, de no haber sido por Darius, ahora estaría muerta, igual que lo estaría su pueblo y sentía más amor por él de lo que le era posible expresar.

“Aquí estás” se oyó una voz.

Loti se dio la vuelta y vio a Loc acercándose a su lado, con una sonrisa en el rostro.

Miró hacia abajo y vio la herida en su brazo y su cara se cubrió de preocupación.

“No te preocupes”, dijo él, “solo es un rasguño”.

Ella examinó el corte en su bíceps izquierdo, su brazo bueno, con músculos marcados y ahora cubierto de sangre seca.

“¿Cómo te lo hiciste?” preguntó ella.

Él sonrió.

“Puede que sea cojo”, respondió, “pero también puedo luchar, hermana. Puede que no sea ni tan rápido ni tan fuerte como los demás, pero mi brazo bueno es de lejos más fuerte que los brazos normales de mucha gente. Con la lanza, maza o mayal adecuados, puedo alcanzar al enemigo a diez pasos de distancia. Más de un capataz yace muerto en el campo hoy por culpa de este hombre cojo y he pagado un pequeño precio por ello”.

Loti, aunque muy orgullosa de él, estaba preocupada por la herida, que parecía profunda; rápidamente tomó un vendaje suelto de su cintura y le envolvió el brazo, una y otra vez.

“Eres valiente”, dijo ella. “No conozco a nadie más con tu problema que se arriesgara a ir a la batalla”.

Él sonrió.

“No tengo ningún problema, hermana”, dijo. “Soy tan feliz y tan libre como cualquier hombre en esta tierra. Los problemas y las limitaciones solo existen en la mente. Y en mi mente no existen. Estoy orgulloso del estado en el que nací”.

Ella le sonrió, muy animada por él, como siempre.

“Por supuesto”, dijo ella. “Yo también estoy orgullosa de ti. No quería decir...”

Él levantó la mano para tranquilizarla.

“Lo sé, hermana mía. Sé lo que quisiste decir. Siempre quieres el bien para mí. Siempre lo has querido. Nunca podrías ofenderme”.

“¡LOTI!” chlló una voz.

Loti se encogió ante el estridente sonido, una voz que conocía bien, una que le hacía sentir escalofríos en la espalda, tan de menosprecio, tan de reprimenda. No le hacía falta girarse para saber que era su madre acercándose rápidamente.

Los alcanzó y miró con menosprecio de su hija a su hijo.

“Detened esta tontería, sea lo que sea lo que estás haciendo y venid conmigo de inmediato”, ordenó. “Vuestro pueblo os necesita”.

Ella la miró confundida.

“¿Nuestro pueblo nos necesita?” repitió. “¿Qué quiere decir esto?”

Su madre la fulminó con la mirada, odiaba ser cuestionada.

“¡No cuestiones a tu madre!” dijo bruscamente. “Venid conmigo enseguida – los dos”.

Loti y Loc intercambiaron una mirada perpleja.

“¿Qué vengamos contigo a dónde?” preguntó Loc.

Su madre se puso las manos en las caderas y lanzó un gran suspiro.

“Un gran grupo de esclavos convertidos en guerreros, de otra aldea, desean unirse a nuestra causa. Solo desean hablar contigo, ya que a sus ojos tú eres la afamada, la que lo empezó todo, la que mató al primer capataz. Ellos no se unirán a nosotros de otra manera. Ven ahora, rápidamente y haz un servicio a tu pueblo”.

Loti miró de nuevo a su madre, confundida.

“¿Y por qué te preocuparías tú tanto por nuestra causa?” le preguntó. “¿Tú, que te opones a la lucha?”

Su madre enfureció y se acercó un paso más.

“Es por *tu* culpa que empezó esta guerra”, le regañó. “Si no fuera así, no estaríamos luchando nunca. Pero ahora que estamos luchando, debemos ganar. Y si tú puedes ayudar, que así sea. ¿Y ahora qué, venís o no?”

Su madre estaba allí, mirando furiosa a ambos y Loti veía que no aceptaría un no por respuesta. Lo último que quería hacer era ir con su madre a algún lugar; pero por Darius, por su causa, por su pueblo, haría cualquier cosa”.

Su madre se dio la vuelta y se fue hecha una furia y ellos siguieron tras

ella, zigzagueando entre la multitud, siguiéndola mientras los llevaba solo
Dios sabía dónde.

CAPÍTULO VEINTE

Gwendolyn yacía enroscada como una bola en el duro suelo del Gran Desierto, despierta, como lo había estado la mayor parte de la noche y observaba otra mañana del desierto. El cielo rompía en un rojo escarlata, el primero de los soles estaba saliendo, increíblemente grande, parecía llenar todo el universo. Proyectaba una luz lúgubre sobre todo, sobre este desolado lugar y ya sentía que la temperatura empezaba a subir.

Krohn, acurrucado en su regazo, cambió de postura y gimió, acurrucándose contra ella, durmiendo satisfecho, lo único que le había dado calor durante la helada noche. Gwen también cambió de postura, pero sintió dolor al hacerlo, su cuerpo todavía estaba magullado por su encontronazo con los Caminantes del polvo.

Allí cerca en el suelo del desierto dormían Steffen y Arliss, Kendrick y Sandara, Illepra y la bebé –parecía que todos tenían a alguien con quien tumbarse. En momentos como este echaba de menos a Thor más que a nada, daría su vida por poder abrazar a Guwayne. Pero ella sentía que todo lo bueno del mundo le había sido arrebatado.

Gwen abrió los ojos, secándose el polvo rojo que tenía incrustado en sus párpados, aunque realmente no había dormido. Había estado tumbada despierta toda la noche, como había estado la mayoría de noches aquí en el Desierto, revolviéndose y dando vueltas preocupada por su pueblo, preocupada por Thorgrin, por Guwayne. Al parpadear le cayeron lágrimas, que se secó rápidamente para que nadie las viera, aunque la mayoría de su gente estaban dormidos. Era en momentos como estos, en la tranquilidad del amanecer, que se permitía a ella misma llorar, lamentar todo lo que había perdido, por el futuro desalentador que parecía tener por delante. Fuera de la vista de los demás, se podía permitir a sí misma reflexionar sobre todo lo que tenía y sentir pena por ella misma.

Sin embargo, Gwen solo se lo permitió un momento; rápidamente secó sus lágrimas y se incorporó, sabiendo que la autocompasión solo la perjudicaría y no cambiaría nada. Tenía que ser fuerte; si no era por ella, entonces por los demás.

Gwen miró a su alrededor, a todos los centenares de personas que estaban

desparramados a su alrededor, entre ellos Kendrick, Steffen, Brandt y Atme llevando a Argon, Illepra llevando a su bebé, Aberthol, Stara y docenas de Plateados y se preguntó cuántos días habían estado allí. Había perdido la noción del tiempo. Le habían advertido que el Gran Desierto provocaba este efecto.

Había sido una marcha interminable, caminando más y más adentro de un desierto sin puntos de referencia a la vista. Había sido una cruel monotonía. Las provisiones estaban bajando aún más, si era posible, y su gente estaba debilitándose más, enfermaba más por momentos y estaban aún más disgustados. Justo el día antes- ¿o fue dos días antes? Gwen ya no podía recordarlo- perdieron a su primera víctima, un hombre mayor que simplemente dejó de caminar y se desplomó. Todos habían intentado animarlo, pero él yacía allí, ya muerto. Nadie supo si había muerto por el calor, por enfermedad, de hambre, por deshidratación, de un ataque al corazón, por la picada de un insecto o por alguna otra enfermedad desconocida de por aquí.

Gwendolyn escuchó el ruido de trepar y ella, todavía allí sentada, miró hacia arriba y vio un enorme insecto negro con la espalda blindada, una larga cola y una cabeza todavía más larga trepando hacia ella. Se detuvo, levantó las patas de delante y siseó.

Paralizada por el miedo, Gwen estaba sentada totalmente quieta. El insecto estiró el cuello, con sus brillantes ojos fijos en ella, y una larga lengua se escurrió por su boca. Ella notó que estaba a punto de atacar. Ella había visto cómo uno de los suyos moría por culpa de uno de estos antes y no fue agradable. Si estuviera de pie, podría aplastarlo con sus botas, pero la había cogido aquí, de buena mañana, sentada, vulnerable. Y ahora no tenía a dónde ir.

Gwen miró a su alrededor y vio que todos los demás estaban durmiendo y empezó a sudar, pensando qué forma de morir tan horrorosa sería esta. Poco a poco se echaba hacia atrás pero, mientras lo hacía, el insecto trepaba más y más cerca de ella. De repente, vio que levantaba su coraza blindada y supo que estaba a punto de lanzarse.

Entonces se oyó un gruñido, un tumulto de patas y, mientras la criatura saltaba al aire, Krohn, que al parecer había estado observando y esperando todo el tiempo, saltó hacia delante de repente, gruñendo y atrapó al insecto en

el aire con sus mandíbulas, justo unos centímetros antes de que alcanzara a Gwendolyn. La criatura se contoneaba en su boca hasta que Krohn la inmovilizó. Finalmente murió soltando un grito agudo, de su cuerpo supuraban gotas verdes, que caían débilmente por la boca de Krohn.

Krohn tiró el blando cadáver al suelo y Gwendolyn corrió hacia él y lo abrazó, lo acarició y lo besó en la cabeza. Krohn gimoteó, frotando su cabeza contra ella.

“Te lo debo, Krohn”, dijo abrazándolo, muy agradecida con él. “Te debo mi vida”.

Gwen oyó a un bebé llorar y, al echar un vistazo, vio a Illepra sentada con la bebé que Gwen había rescatado de las Islas Superiores. Illepra echó una ojeada y sonrió a Gwendolyn con aire cansado.

“Y yo que pensaba que era la única que estaba despierta”, dijo Illepra sonriendo.

Gwen negó con la cabeza.

“Me ha tenido despierta”, añadió Illepra, mirando a la bebé. “No duerme. Pobrecita...tiene mucha hambre. Se me rompe el corazón”.

Gwen observó a la bebé, la pequeña que había rescatado de las Islas Superiores y se sintió angustiada, abrumada por la culpa.

“Le daría mi comida”, dijo Gwen. “Si la tuviera”.

“Lo sé, mi Reina”, dijo Illepra. “Aunque hay algo que todavía le podría dar”.

Gwen la miró sorprendida.

“Un nombre”, añadió Illepra.

Gwendolyn asintió, sus ojos se iluminaron. Había pensado muchas veces en darle un nombre y, sin embargo, cada vez había sido incapaz de decidirse por uno.

“¿Puedo cogerla?” preguntó Gwen.

Illepra sonrió, dio un paso adelante y colocó a la bebé en los brazos de Gwen, que estaba de pie. Gwen la sostenía fuerte, meciéndola. Mientras lo hacía, la bebé finalmente se quedó callada, mirando a Gwen a los ojos con sus grandes y hermosos ojos azules. Parecía encontrar una sensación de paz y Gwen, también, notaba una sensación de paz al sostenerla; casi sentía como si estuviera sosteniendo a Guwayne. Eran prácticamente de la misma edad.

Esto la hizo llorar y rápidamente se dio la vuelta y se secó las lágrimas.

Gwen deseaba desesperadamente darle un nombre pero, mientras la miraba fijamente a los ojos, su mente estaba en blanco. Por mucho que lo intentara, no se le ocurría ninguno.

Con tristeza, le devolvió la bebé a Illepra.

“Cuando sea el momento adecuado”, dijo Illepra, comprendiéndola.

“Un día”, dijo Gwen a la bebé, antes de soltarla, “cuando todo esto haya terminado, pasaremos mucho tiempo juntas. Conocerás a mi hijo Guwayne. Creceréis juntos. Seréis inseparables”.

En la mente de Gwen, ella decidió en silencio criar a esta niña como si fuera suya; aunque, en el fondo, sabía que era posible que no sobreviviera ni siquiera a aquel día.

Gwen deseaba poderle dar comida, leche, agua...cualquier cosa a la bebé. Pero no le quedaba nada para darle. Toda su gente se iba consumiendo poco a poco, y ella misma no había comido bien en días, pues daba la mayoría de sus raciones a la bebé y a Krohn. Se preguntaba incluso si su gente tendría la energía de caminar durante otro día. Tenía el presentimiento de que no sería así.

El sol estaba más alto y todos sus hombres empezaron a ponerse de pie, su campamento estuvo pronto vivo y despierto, preparándose para afrontar otro día. Ella marcaba el camino sin mediar palabra, sin perder más tiempo, pues el calor crecía por momentos, la variada procesión empezaba a quedarse atrás, a marchar, todos directos a adentrarse en la nada.

“¿Y ahora dónde vamos , mi señora?” exclamó Aslin, con una voz fuerte y burlona, una vez más envalentonado, lo suficientemente fuerte para que lo oyeran los demás. “¿Qué fantástico destino nos tiene reservado para hoy?”

Steffen, a su lado, se entristeció y colocó una mano en su espada mientras se daba la vuelta y se encaraba a Aslin.

“Mejor que vigiles tu lengua”, dijo bruscamente. “Esta con la que hablas es tu Reina”.

Aslin le hizo mofa.

“Ella no es mi Reina” escupió él. “Ya no. Una reina guía a su pueblo y ella no nos a guiado sino a la muerte”.

Steffen hizo el gesto de desempuñar su espada, pero Gwen alargó el brazo

y le puso la mano en la muñeca para tranquilizarlo.

“Ahórrate el esfuerzo”, le dijo ella en voz baja y él soltó la empuñadura a regañadientes y continuó caminando a su lado.

“No les haga caso, mi señora”, dijo Kendrick, acercándose a su lado. “Ustedes es una Reina mucho más grande de lo que ellos podrían esperar. Una Reina mucho más grande de lo que merecen”.

“Te lo agradezco”, dijo Gwendolyn. “Pero tienen razón. No los he llevado a ningún lugar. No sé si nuestro Padre previó esto cuando me eligió para que le sucediera”.

“Fue exactamente para momentos como este que nuestro Padre te eligió”, insistió Kendrick. “Nunca ha habido un momento como este y él sabía que tú tendrías la mano firme para guiar a tu pueblo por él. Mira lo lejos que nos has llevado ya. Ya nos has salvado de una muerte segura en el Anillo. Fue solo por tu predicción que escapamos. Todos nosotros estamos viviendo un tiempo prestado. Tiempo que se suponía que no debíamos tener. Tiempo que solo tenemos gracias a ti”.

Gwen lo quería por sus palabras que, como siempre, la tranquilizaron y posó la mano en su muñeca en agradecimiento, retirándola a continuación.

Caminaban y caminaban, adentrándose más y más en el Gran Desierto, los soles trepaban más arriba por encima, Gwen ya sentía que estaba cubierta de sudor. Tenía escalofríos, temblaba mientras avanzaba, y ya no sabía si se debía al cambio violento de temperatura, al agotamiento o a la falta de comida y agua. Su boca estaba tan reseca que era difícil tragar; incluso hablar se estaba convirtiendo en un esfuerzo.

Hora tras hora pasaban, más adentro en el Gran Desierto, y Gwen se encontraba mirando hacia abajo, rastreando las líneas del suelo del desierto, perdiendo toda percepción del espacio y del tiempo. Empezaba a sentirse mareada.

“¡ALLÍ DELANTE!” gritó de repente una voz.

Gwendolyn, arrancada de sus pensamientos, se detuvo y miró hacia arriba, oyendo el tono frenético de la voz y sabiendo que debía ser real. Cuando lo hizo, se quedó atónita ante la vista que había delante de ella.

Allí, en la distancia, apareció algo en el horizonte y al principio se preguntó si se trataría de un espejismo. Parecía un gran montículo, quizás de

unos treinta metros de altura, con nada más alrededor. Era el primer objeto que encontraban en este vacío desierto interminable.

Todos ellos aceleraron el paso mientras caminaban más y más rápidos, animados, acercándose al montículo. Caminaban a la vez, con la energía renovada, se habían acabado las trifulcas, el corazón de Gwen palpitaba con fuerza por la emoción mientras se aproximaban a la estructura. Se levantaba hacia el cielo, de un color marrón oscuro, hecho de un extraño material que Gwen no acababa de entender. Al principio pensó que se trataba de un inmenso peñasco, pero al acercarse se dio cuenta de que no lo era. Parecía que estaba hecho de barro.

Se acercaron más, hasta que estuvieron a casi unos veinte metros.

“¿Usted qué opina?” preguntó Kendrick, que estaba justo a su lado.

Gwen lo examinó, dudosa.

“No es una formación de roca”, interrumpió Aberthol. “Ni tampoco una estructura”.

“¿Sandara?” preguntó Gwen, mientras caminaba hacia su lado. “Esta es tu tierra. ¿Qué es esto?”

Sandara fijó la vista y poco a poco negó con la cabeza.

“Desearía saberlo, mi señora. Nunca he estado tan lejos en el Gran Desierto. Nadie en mi pueblo lo ha estado. No he visto ni he oído hablar de algo así antes. No es nada que reconozca”.

“¡Comida!” exclamó uno de los suyos.

De repente, hubo una avalancha de gente, todos ellos dirigiéndose en estampida hacia el enorme montículo. Dirigidos por Aslin, se dirigieron en avalancha hacia el montículo y cuando estuvieron más cerca, Gwen vio lo que estaban mirando: un material parecido a la savia supuraba de él, corría por los lados e iba a parar en un charco en su base.

“¡Es dulce!” exclamó Aslin, estirando el brazo y lamiendo la savia de sus dedos. “¡Sabe a miel!”

Gwen salivaba al pensarlo, pero había algo en ello que no le gustaba.

“¡No sé qué es ese montículo!” exclamó Gwen, por encima del escándalo. “¡Puede que no sea seguro! ¡Todos vosotros, echaos hacia atrás! ¡Manteneos lejos hasta que lo hayamos examinado de cerca!”

Sin embargo, para sorpresa de Gwen, ninguno de los suyos, que ya estaban

reunidos en el montículo, la escuchó. Solo su séquito y los Plateados se quedaron atrás, obedeciéndola.

“¿Y por qué deberíamos escucharla?” exclamó Aslin. “¿Se acabó escucharla a usted y a sus consejos!”

La multitud vitoreaba, ante la consternación de Gwen, y continuaron comiendo, agarrando la savia a toda prisa y embutiéndosela en la boca.

“¿Es una montaña de miel!” exclamó otra persona. “¿Estamos salvados!”

Gwen los observaba, miraba hacia el sol y examinaba a la vez el montículo, con una profunda sensación de presentimiento.

“¿Mi señora?” preguntó Kendrick, dirigiéndose a ella. “Parece bastante seguro. ¿Comemos?”

Gwen se quedó donde estaba, a casi unos treinta metros de distancia, examinando el montículo, insegura. Todo aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Tenía la sensación de que algo no estaba bien.

Gwen empezó a notar un ligero temblor bajo sus pies en el suelo del desierto y empezó a escuchar un suave zumbido.

“¿Oís esto?” preguntó.

“¿Oír el qué?” preguntó Steffen.

“Aquel sonido...”

De repente, los ojos de Gwen se abrieron totalmente por el miedo al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

“¡ECHAOS HACIA ATRÁS!” chilló. “¡TODOS VOSOTROS! ¡Alejaos del montículo AHORA!”

De repente, antes de que ninguno de los suyos pudiera reaccionar, las paredes del montículo explotaron, lanzando barro en todas direcciones y dentro de él apareció un monstruo enorme, saliendo de su caparazón.

Gwendolyn miró hacia arriba, atónita al ver una criatura enorme, de unos treinta metros de altura, con la piel color turquesa, músculos marcados y unos brazos increíblemente largos. Tenía la cara de un buey, pero con dientes largos y afilados y unos cuernos puntiagudos por todas partes arriba y debajo de su mandíbula. Tenía cuernos sobresaliendo por todas partes, en todas direcciones, como un puercoespín. Parecía violento, furioso, como si los hubieran despertado de un sueño profundo.

Se echó hacia atrás y soltó un rugido y toda la gente de Gwendolyn, que

ahora se encontraban a sus pies, se detuvieron, paralizados, con la miel goteando de sus manos, demasiado aterrados para moverse.

No tenían tiempo de reaccionar de ninguna manera. La criatura de repente golpeó con sus garras, más rápido de lo que Gwen podía imaginar y, de un golpe, mató a docenas de los suyos. Salieron volando por los aires, gritando, y cayeron con un ¡plas! dando un fuerte golpe en el suelo del desierto, rompiéndose el cuello. Entonces la criatura dio un paso adelante y los pisoteó hasta la muerte.

“¡FLECHAS!” ordenó Gwen.

Los soldados y los Plateados que se quedaron atrás con ella obedecieron su orden de inmediato, dieron un paso adelante, apuntaron con sus arcos y soltaron sus flechas, todas disparadas hacia la cabeza de la criatura, Steffen y Kendrick dispararon más que los demás.

Docenas de flechas perforaron la cara y la cabeza de la criatura y está chilló, entonces levantó el brazo y se las arrancó de la piel, como si fueran una simple molestia. Entonces el monstruo se avalanzó hacia delante, levantó una mano en alto, apretó el puño y la bajó como un martillo sobre una docena más de la gente de Gwen, los pinchos de sus brazos los atravesaron clavándolos allí mismo.

Kendrick, Brandt, Atme y Steffen formaron un círculo protector alrededor de Gwen, junto a docenas de los Plateados, todos con las espadas en alto, preparándose mientras la criatura se acercaba.

Gwendolyn sabía que debía actuar drásticamente; si no hacía algo, sabía que todos los suyos estarían muertos en unos instantes. Se dio la vuelta y miró por todas partes, desesperada por encontrar alguna solución y, de repente, tuvo una idea: divisó a Argon, todavía inmóvil, llevado a hombros de los curanderos en una camilla y, desesperada, corrió hacia él.

“¡ARGON!” exclamó, sacudiéndolo una y otra vez.

Estaba segura de que se levantaría, encontraría algún modo de ayudarla; siempre había estado allí para ella en momentos de crisis.

Pero incluso él no respondía.

Gwen se sentía machacada, desesperada, mientras la bestia desgarraba a su gente, matándolos como hormigas, sus gritos llenaban sus oídos. Esta vez, estaba realmente sola.

“¡Mi señora!” dijo una voz agitada.

Gwen se dio la vuelta y vio a Sandara de pie a su lado, con pánico en los ojos.

“Conozco a esta bestia”, dijo. “Ha atacado antes a mi pueblo. Es un Incubador de Montículos. Solo hay una manera de hacer que muera: con la sangre de un gobernador”.

“Yo lo haré”, dijo gwendolyn, sin dudar. “Daré mi vida para salvar a mi pueblo”.

Sandara negó con la cabeza.

“No lo comprende”, dijo. “No necesita su vida. Solo su sangre. Deme la mano”.

Gwen estiró el brazo y abrió la mano y Sandara le hizo un corte rápidamente con su puñal. Gwen gritó de dolor, el corte fue rápido y limpio y sintió cómo la sangre corría por su mano.

Sandara rápidamente se acercó y la recogió en un vial vacío. Después se la pasó a Gwen.

“Le corresponde a usted hacerlo. ¡Usted debe empapar a la bestia!”

Gwendolyn agarró el vial de sangre, tapándolo con su dedo pulgar y corrió, pasando a través de su gente, sorteando las hazañas y los pinchos de la bestia. El suelo temblaba mientras la bestia rugía y daba golpes con los pies, aplastando a todas las personas que estaban a su alrededor.

“¡AQUÍ!” le gritó Gwen, haciéndole señales con la mano, intentando captar su atención.

El monstruo finalmente se dio la vuelta y fijó la vista en ella, agachó la cabeza, mirándola a la cara como si la estuviera examinando.

“¡Tómame a mí!” exclamó Gwendolyn.

El monstruo rugió, abrió completamente su boca y fue corriendo hacia ella, como para tragársela entera.

Gwen se echó hacia atrás y lanzó el vial de sangre con todas sus fuerzas; observó maravillada cómo iba a parar a la boca abierta de la criatura.

El monstruo paró a medio camino justo antes de alcanzarla y se congeló. Empezó a endurecerse, convirtiéndose en piedra de arriba abajo, agrietándose a la vez.

Entonces hubo una explosión y el Incubador de Montículos se hizo añicos,

cubriendo todo lo que había a su alrededor, pequeños fragmentos de piedra y polvo.

De repente, todo quedó en calma. Gwen miró todo el caos que había a su alrededor y vio que, por lo menos, algunos de los suyos habían sobrevivido. Como mínimo, dejaban atrás un horror más de este desierto.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Soku, comandante de los ejércitos de Volusia, no podía creer los giros y las vueltas que había dado el destino. Pero una luna atrás, él había estado al comando de tan solo unos pocos miles de soldados, custodiando la bien guardada ciudad de Volusia, con poca cosa que hacer. Era una posición estable y segura que no había cambiado mucho incluso desde los tiempos de su madre.

Cuánto y con qué rapidez cambiaron las cosas. Ahora, desde que Volusia tomó Maltolis, ganó doscientos mil soldados, los hombres que tenía bajo sus órdenes habían crecido mucho más allá de lo que podría haber previsto. Sus misiones se habían vuelto cada vez más osadas, sus conquistas cada vez más grandes. Con cada movimiento, Volusia se había mostrado peor, lo había sorprendido, se había mostrado más maliciosa y sin escrúpulos que cualquier general que hubiera conocido.

Y además, no se sentía bien con el actual estado de las cosas. Volusia era demasiado imprevisible, demasiado insensata, demasiado intrépida; no sabía qué haría de un momento al otro y no le gustaba recibir órdenes de personas a las que no entendía. Hasta ahora ella había ganado, pero sin embargo, todo podía haberse debido al azar.

Lo más peligroso de todo es que creía demasiado en ella misma, estaba demasiado embriagada con su propio poder. Al principio pensó que proclamarse a ella misma diosa era un simple plan, una malvada estratagema para mantener el poder sobre las masas. Él había admirado eso.

Sin embargo ahora, cuanto más tiempo pasaba con ella, más claro veía que ella realmente lo creía. Realmente se consideraba una diosa. Cada día se alejaba más peligrosamente de la realidad.

Y ahora había llegado esto: un pacto con los Voks, la raza más oscura y nauseabunda de todas y la menos de fiar. Desde su perspectiva, había sido una terrible y fatídica elección. Había pasado de ser megalomaniaca a delirar: realmente creía que ella y sus doscientos mil hombres podían tomar la capital y conquistar a los millones del Imperio.

Soku sabía que su caída solo era cuestión de tiempo y no tenía planeado estar en el lugar equivocado.

“¿Y qué camino me aconsejas?” le preguntó Volusia.

Soku se sacudió rápidamente estos pensamientos, alzó la vista y vio a Volusia mirándolo fijamente. Él estaba allí con su gran séquito de hombres alrededor de ella, Aksan, su asesino personal y el más inquietante, Koolian, su hechicero, que la miraba boquiabierto con su cara llena de verrugas y sus brillantes ojos verdes. También la acompañaban sus otros comandantes generales, todos ellos dando más y más vueltas, tal y como habían estado durante horas, debatiendo la mejor estrategia.

Soku miró hacia abajo, a los toscos dibujos grabados en el suelo del desierto a sus pies, tres caminos bifurcados, cada uno llevando hasta tres círculos diferentes, cada uno representando una división diferente del Imperio. Todos ellos habían estado debatiendo cuál atacarían primero. Soku sabía que lo mejor sería aproximarse atacando el círculo que estaba más a la derecha, el segundo flanco del Imperio. Aquel camino llevaba hasta las montañas, les daría una posición alta y les concedería la ventaja de la sorpresa. Si tomaban aquella ruta, incluso podrían ganar suficiente velocidad para continuar hasta la capital.

Pero Soku no quería que Volusia ganara. No quería aconsejarle qué era mejor para sus intereses; él quería que esta guerra terminara. La quería fuera del poder. Y quería el poder para él.

Volusia no lo sabía todavía, pero él ya había llegado a un acuerdo con el Imperio. La había traicionado y le darían el poder en su lugar. Había coordinado dónde se encontrarían exactamente los ejércitos, había coordinado la procesión de tregua que la llevaría hasta su muerte. Lo único que debía hacer ahora era persuadirla de ello y el camino a la victoria estaría completo. Ella siempre había confiado en él; este siempre había sido su punto débil. Igual que su madre antes que ella. A Volusia le tenderían una emboscada, la rodearían y sería derrotada y a él le concederían la posición de comando de los millones del Imperio.

Soku se aclaró la garganta y puso su expresión más sincera.

“Diosa”, dijo. “Si desea ganar, solo hay un camino que tomar. Directo al medio”, dijo, haciendo un esquema del camino en el lodo con un palo mientras hablaba. “Debe acercarse a la capital descaradamente, por el Valle de las Calaveras”.

“¡Una idea estúpida!” dijo Aksan.

“¡Un suicidio!” añadió un general. “Nadie da este consejo. Es la ruta más evidente”.

“¡Dejad que hable!” dijo Volusia, con voz autoritaria.

Los otros se quedaron en silencio cuando ella se giró hacia él.

“¿Por qué aconsejas hacer esto, Soku?” preguntó.

“Porque es el camino que el Imperio menos esperará”, mintió. “Ellos son mucho más numerosos y nunca esperarían que los atacáramos de frente. Pondrán toda su fuerza en los flancos. Los cogerá desprevenidos y dividirán sus flancos. Y, lo más importante, si se acerca a la ciudad de frente, la verán venir. Enviarán mensajeros. Mandarán propuestas de tregua. Les debe conceder la oportunidad de tregua, Diosa. Después de todo, ahora no queda ningún Comandante Supremo del Imperio. Necesitan un comandante. Podrían escogerla a usted como comandante voluntariamente. ¿Por qué luchar por una victoria que le puede ser entregada en mano?”

Soku estaba impresionado con su actuación; lo había dicho con tanta autoridad que casi se lo creía él mismo.

“Una proposición insensata”, contestó otro general. “El Valle de las Calaveras es donde el Imperio es más fuerte. Es la misma puerta a la capital. Nos dejaría en posición vulnerable para una emboscada. Y el Imperio nunca negociaría una tregua”.

“Razón de más por la que el Imperio no se lo esperaría”, respondió Soku. “Y razón de más por la que la ofrecerían. Cuando se aproxime desde una posición de fuerza, Diosa, ellos estarán más dispuestos a acogerla como su gobernador”.

Ella lo miró a los ojos, y lo miró fijamente largo y tendido, como si estuviera evaluándolo; él sentía cómo sudaban sus manos, se preguntaba si ella se estaba dando cuenta de su farsa. Si supiese que estaba mintiendo, sabía que lo ejecutarían allí mismo.

Allí estaba, con el corazón palpitándole fuerte en el espeso silencio, esperando.

Finalmente, Volusia asintió, y pudo ver en sus ojos que confiaba en él completamente.

“Es un plan osado, Comandante Soku”, dijo. “Y yo admiro la valentía. Lo seguiré. Preparad las tropas”.

Se dio la vuelta para irse mientras todos sus consejeros le hacían la reverencia al unísono.

Soku, eufórico, se dio la vuelta para marcharse y, al hacerlo, sintió una fría mano en su hombro.

Al girarse vio a Volusia allí, mirándolo fijamente, los ojos le brillaban como si estuvieran llenos de fuego.

“Entrégame la victoria, Comandante”, dijo. “Yo confío en la victoria. Y no perdono la derrota”.

Volusia se dio la vuelta y se marchó y, mientras él estaba allí viendo como se marchaba, sintió un peso en el estómago. Ella se sentía todopoderosa, intocable.

¿Sería capaz realmente de derribarla?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Godfrey se sentía asfixiado por un montón de cuerpos, uno encima del otro, mientras estaba tumbado de espaldas al final de un hoyo. Un cadáver del Imperio tras otro eran lanzados a la fosa, yendo a parar encima de él, asfixiándolo hasta que no podía ver el cielo.

Godfrey despertó sobresaltado, incapaz de recuperar la respiración. Sentía como si le estuvieran apretando todas las costillas y abrió los ojos en la oscuridad, confundido. Se encontró que realmente lo estaban asfixiando y le llevó un instante darse cuenta de que ya no estaba soñando. Estaba tumbado en el embarrado suelo de la prisión, sobre su espalda y no podía encontrarle el sentido a la imagen que tenía ante él: mirándolo fijamente a la cara, a pocos centímetros de él, estaba la enorme y grotesca cara de aquel prisionero obeso, el abusón, el que lo había atacado anteriormente. Miraba enfurruñado a la cara de Godfrey, sus narices se tocaban y Godfrey finalmente entendió lo que estaba pasando: el hombre estaba tumbado encima suyo. Debía haber saltado encima suyo mientras estaba durmiendo. Lo tenía cogido en un abrazo y estaba intentando aplastarlo hasta la muerte.

El peso del hombre era más de lo que Godfrey podía soportar— debía pesar mucho más de doscientos kilos— y agarraba con fuerza a Godfrey mientras apretaba y apretaba, envolviendo a Godfrey con sus brazos, con sus piernas, claramente intentando aplastar cada hueso de su cuerpo. Godfrey sentía que sus huesos empezaban a romperse, sentía como le costaba respirar y sabía que en unos instantes estaría muerto.

Qué manera tan horrible de morir, pensó. Asfixiado por un hombre obeso en un suelo embarrado, en la celda de una prisión apestosa en la otra punta del mundo en las profundidades del Imperio.

Incluso para él, acostumbrado a sitios básicos, esto era más de lo que podía soportar. Nunca había imaginado morir así. Siempre había pensado que encontraría su final en una pelea en una taberna, o en la cama de un prostíbulo, o por beber más de la cuenta. Todas ellas cosas que podía aceptar. No había esperado la noble muerte de un guerrero, no había esperado que los poetas cantaran canciones por él o que ondearan estandartes reales en su funeral.

Pero no quería morir así. No con su cara en el sobaco apestoso de un

hombre obeso, con las costillas aplastadas como si fuera un animal común.

“Di buenas noches, pequeño hombre”, siseó el hombre en su oído mientras le apretaba más fuerte.

Mucho más fuerte.

A Godfrey le habían llamado muchas cosas en su vida, pero con su estatura alta y su gran barriga, nunca le habían llamado “pequeño”. De algún modo, esto le dejó más atónito que ser asfixiado hasta la muerte. Entonces, una vez más, se dio cuenta de que todo era relativo: este hombre era un monstruo, un gigante.

Los ojos de Godfrey sobresalían en su cabeza. Respiraba con dificultad y sentía que no podía durar un segundo más. Se retorció, intentando liberarse, pero era inútil. Empezaba a ver las estrellas.

De repente, el hombre se paralizó encima suyo y lo soltó. Sus ojos se abrieron como platos, sacó la lengua y, por alguna razón, dejó de apretar. De hecho, cada vez estaba más flácido, sus ojos se cruzaban por la agonía, le costaba respirar.

Entonces se desplomó repentinamente, muerto.

Godfrey inmediatamente luchó por sacar el peso muerto del hombre de encima suyo, que era incluso más pesado ahora que cuando estaba vivo. Con un gran tiro, consiguió salir rodando de debajo de él.

Godfrey se apoyó sobre sus manos y rodillas, tosiendo, jadeando y respirando con dificultad, intentando recuperar la respiración. Mientras lo hacía echó un vistazo, todavía alerta, mirando fijamente al hombre muerto sin entender qué había pasado.

Entonces Godfrey divisó algo rápidamente por el rabillo del ojo; miró hacia arriba y vio a Ario, sujetando un pequeño puñal, secándole la sangre de la punta.

Ario estaba allí, un chico calmado y sin expresión, y como si nada se guardó el puñal en la cintura. Godfrey lo miró fijamente, maravillado de que un chico tan pequeño pudiera matar a un hombre tan enorme- e incluso le maravillaba más que parecía tan calmado, como si no hubiera hecho nada.

“Gracias”, dijo Godfrey jadeando, sintiendo una ráfaga de gratitud hacia él. “Me salvaste la vida. Hubiera muerto”.

Ario encogió los hombros.

“Aquel hombre me gustaba mucho menos que a ti”.

Godfrey inspeccionó la celda rápidamente y vio a Akorth y a Fulton dormidos junto a los otros prisioneros, apoyados contra la pared, roncando. Godfrey los miró enojado. Eran unos inútiles. Si no hubiera sido por este chico, una fracción de su edad y tamaño, hubiera muerto aplastado.

“¡Pssst!”

Un repentino siseo irrumpió en el aire y Godfrey miró a través de la sombría celda, todavía oscura por la noche, iluminada solamente por una única antorcha y apenas pudo percibir la figura de Merek de pie en la puerta de la celda, solo.

Godfrey miró detrás de Merek y solo vio un guarda allá fuera, sentado desplomado contra las barras, durmiendo. Las antorchas eran débiles, apenas parpadeaban, apenas había suficiente luz para poder ver.

Godfrey oyó el sonido metálico de una llave y observó, atónito, cómo Merek abría la celda discretamente. Mientras lo hacía, Merek les hacía señas frenéticamente.

Godfrey y Ario fueron corriendo hasta Akorth y Fulton y les dieron una patada, les cubrieron la boca mientras lo hacían para evitar que hicieran ruido. Entonces los arrastraron hasta ponerlos de pie y los empujaron hacia Merek.

Rápidamente llegaron hasta Merek mientras este abría la puerta y les dejaba salir, cerrándola tras él. Godfrey vio que el guarda estaba todavía allí sentado, desplomado contra las barras y entonces se dio cuenta, al mirar detenidamente, de que no estaba dormido sino muerto. Tenía un corte en el cuello de oreja a oreja.

Godfrey miró a Merek y entendió lo que debía haber hecho.

“Pero, ¿cómo conseguiste sus llaves?” preguntó Godfrey.

Merek solo sonrió.

“¿Le preguntas eso a un ladrón?” respondió Merek con una sonrisa.

Godfrey estaba entusiasmado de que Merek se hubiera unido a ellos en esta misión; valía más que cien guerreros. Se dio cuenta de que prefería a un ladrón que a un caballero en cualquier caso.

Siguieron a Merek cuando este salió corriendo, yendo a toda velocidad por los pasadizos, zigzagueando por aquí y por allá.

“Espero que sepas a dónde vas”, exclamó Godfrey con un susurro.

“He estado en una prisión o en otra casi toda mi vida”, dijo él. “Tengo un sexto sentido para estas cosas”.

Mientras lo seguían de una manera vertiginosa, Godfrey continuamente miraba hacia atrás por encima de su hombro, por miedo a que lo cogieran, Godfrey finalmente miró hacia delante y se sorprendió al ver que salían de las mazmorras. Merek los guió hacia abajo, por una larga rampa hacia una última puerta de celda. Más allá de ella, Godfrey podía ver las brillantes calles de Volusia, resplandeciendo en la noche.

Merek sacó el manajo de llaves, inmediatamente encontró la buena, y abrió. Abrió la última puerta y dio un paso al lado con una tímida sonrisa.

Godfrey miró fijamente, maravillado.

“No solo los guerreros ganan las guerras”, dijo Merek.

Godfrey agarró con fuerza el hombro de Merek, orgulloso de él mientras estaban allí mirando hacia su libertad.

“Posees más valor que un millón de caballeros, amigo mío”, dijo. “Nunca volveré a ir a la prisión sin ti”.

Merek sonrió y salió corriendo de la puerta, mientras Godfrey y todos los demás le siguieron.

Todos ellos salieron disparados en la noche hacia las vacías calles de Volusia, Godfrey se sorprendió por el contraste, la tranquilidad, dado lo ruidosas que rean y lo ajetreadas que habían sido durante el día. Miró hacia abajo, sorprendido, sus calles doradas contrastaban bastante con los suelos de barro de la prisión. Godfrey se maravilló de lo impoluta que se veía la ciudad incluso de noche. Estaba desierta, pero aún así serena. Las calles estaban llenas de antorchas, que reflejaban el oro y las calles estaban immaculadas, no llenas de vagabundos, como lo estaban los callejones de todas las ciudades que Godfrey había visitado. Godfrey incluso ni veía ningún guarda del Imperio; supuso que no había ninguna necesidad de vigilar, ya que la ciudad era muy segura.

Ante ellos, con el reflejo de las antorchas, Godfrey vio todos los canales que se entrelazaban con las calles de Volusia, el suave movimiento del agua añadía más tranquilidad.

“¿Y ahora hacia dónde?” preguntó Ario.

“Hacia el oro”, respondió Godfrey. “Debemos recuperarlo y salir de

aquí”.

Todos seguían a Godfrey mientras iba corriendo por las calles; al principio estaba desorientado, pero pronto reconoció algunos cruces, puntos de referencia, estatuas y encontró el camino. Si había algo de lo que no podía perder el rastro, era su oro.

Godfrey finalmente llegó al lugar que reconocía, vio, una manzana más allá, la estatua del buey dorado al lado del agua.

Se detuvo y se agachó tras un muro, examinándola desde la calle.

“¿A qué estamos esperando?” preguntó Fulton, claramente ansioso por continuar.

Godfrey dudaba, allí, recuperando la respiración.

“No estoy seguro”, dijo.

Todo parecía claro, sin embargo Godfrey estaba dudoso de salir a descubierto y retirarlo.

“Quiero asegurarme de nadie nos está vigilando”, añadió.

“¿Quieres decir, alguien como los soldados del Imperio” dijo una voz oscura y ominosa.

A Godfrey se le erizó el vello de la nuca cuando se giró lentamente, junto a los otros, y vio de pie delante de ellos, en la esquina del oscuro callejón, un soldado del Imperio.

Salió de las ombras, apenas a unos metros de distancia, con una espada en la mano y una oscura sonrisa en su rostro.

“¿Realmente pensabais que erais lo suficientemente listos para que no os siguieran?” preguntó. “¿Realmente pensabais que yo era lo suficientemente estúpido para dejaros escapar?”

Todos le miraron fijamente, sin poder hablar.

“Nos dejaste escapar”, dijo Ario, entendiéndolo todo. “Nos hiciste pensar que lo habíamos hecho solos. Pero nos estabas observando todo el rato. Fue una trampa”.

El soldado hizo una amplia sonrisa.

“Era la única manera de que me llevarais hasta el oro”, dijo. “Sin que mintierais. Ahora sé donde está, seguro, y me lo llevaré muy contento. Después os quitaré la vida. Sin prisa, ¿sabéis? ¿Qué mal había en dejaros vivir una hora más?”

Su expresión se oscureció.

“¡Ahora moveos!” ordenó.

Godfrey caminaba con los otros calle abajo, intercambiando una mirada de preocupación con Merek y Ario y sabiendo que podía hacer poca cosa. Notaba la punta de la espada del soldado del Imperio en su nuca, pinchándole y sudaba a cada paso mientras andaba hacia el canal. Tenía la esperanza de que Merek y Ario no harían ninguna estupidez. Este no era un presidiario; era un soldado profesional del Imperio, dos veces su tamaño, con armaduras de verdad, armas de verdad y un evidente deseo de matar. Mientras caminaban, Godfrey se estrujaba el cerebro para encontrar una salida a esto, alguna idea, pero no se le ocurría nada. Habían sido más astutos que ellos.

La espada del soldado conducía a Godfrey directo al borde del agua y se quedó allí, bajo la estatua del buey y debatía qué hacer. Sabía que las opciones eran limitadas. El soldado era enorme, la espada estaba en su nuca y si alguno de ellos hacía un movimiento brusco, seguro que los matarían.

“¿Por qué has parado?” preguntó el soldado.

“El oro está bajo el agua, mi señor”, dijo Godfrey.

“Entonces será mejor que nadéis”, exigió. “¡TODOS VOSOTROS!” dijo, girándose hacia los demás.

Godfrey tragó saliva, sin saber qué más hacer, mientras se dirigía la borde del agua y se ponía sobre sus manos y rodillas.

“Si alguno de tus amigos intenta algo”, añadió, “serás al primero al que clavaré la espada. Y si alguno de vosotros sale sin oro, no llegaréis a salir”.

Uno a uno, los demás también se pusieron de rodillas. Todos ellos miraban a Godfrey y él veía la duda en sus expresiones. Les hizo una señal con la cabeza para que siguieran, sin saber qué más hacer. No era el momento para acciones heroicas.

Godfrey se deslizó en el agua y estaba fría, lo que lo hizo temblar. Se sumergió bajo el agua y pensó.

Godfrey agarró el oro, aliviado al ver que todavía estaba donde lo había dejado, igual que los demás también, cogiendo cada uno un saco. Salió a la superficie, para coger aire, empapado y lo tiró encima de la calle haciendo un ruido metálico. Todos los demás hicieron lo mismo, también.

El soldado miró hacia abajo, impresionado. Godfrey podía ver la avaricia

en sus ojos.

“¡Abridlo!” ordenó el oficial.

Godfrey se disponía a salir del agua cuando el soldado le colocó la punta de la espada en la garganta.

“No dije que salierais”, dijo.

Godfrey, todavía en el agua, se estiró y desató el saco de oro. Allí, brillando bajo la luz de la antorcha, había suficiente oro como para alquilar un ejército.

Los ojos del soldado del Imperio se abrieron como platos. Godfrey sabía que se estaban quedando sin tiempo; pensaba rápidamente.

“Hay más”, dijo. “Mucho más”.

El soldado lo miró, sorprendido.

“Entonces, ¿a qué estáis esperando? ¡A nadar!”

Godfrey hizo una señal con la cabeza a los demás y todos se hundieron una vez más bajo el agua; sin embargo, esta vez tenía un plan: cogió a propósito el saco más pequeño de oro, uno lo suficientemente grande para caber en la mano.

Godfrey salió a la superficie, y mientras los demás sacaban cada uno de ellos un saco grande, esta vez Godfrey se quedó en el borde del agua, como si estuviera luchando.

“Necesito ayuda, mi señor”, dijo Godfrey. “Pesa demasiado. No puedo tirar de él”.

El soldado lo miró enfurruñado.

“No soy estúpido”, respondió el soldado. “Súbelo tú solo o muere donde estás”.

Godfrey tragó saliva al ver que este hombre no era un estúpido.

“De acuerdo, mi señor”, dijo. “Lo haré. Pero en este caso, permítame trepar hasta la piedra para poder hacer palanca y subirlo, por favor”.

El soldado dudó.

“Está bien, trepa”, dijo. “Apóyate en tus manos y rodillas y quédate de espaldas a mí mientras te agachas para sacarlo. Y será mejor que este sea el saco de oro más grande de tu vida o te hundirás con él”.

Godfrey, con el corazón palpitándole, rezando para que su estrategia funcionara, salió a gatas hasta la piedra. Se dio la vuelta, de espaldas al

soldado, apoyándose sobre sus manos y rodillas, se inclinó hacia el agua y agarró el pequeño saco de oro. Hizo un gran esfuerzo por tirar y luchar mientras se doblaba hacia delante para agarrarlo. Lo agarró con fuerza, cerró los ojos, sudando y tragando saliva, rezando. Sabía que solo tenía una oportunidad con esto.

Por favor, Dios. Sé que he sido una persona horrible. Sé que probablemente no tengo perdón. Pero estoy seguro de que este soldado es mucho peor. Al menos yo no he hecho daño a nadie, al menos a nadie que no lo mereciera. Haz que esto funcione. Déjame ganar. Solo por esta vez.

Godfrey sabía que era ahora o nunca.

Respiró profundamente, estiró el brazo hacia abajo, agarró el saco y lo cogió con fuerza. Sintió la espada del soldado pinchándole por detrás.

“¡Venga!” le incitó.

“¡Aquí está, mi señor!” exclamó Godfrey.

Godfrey esperó a que el soldado bajara su espada, después de repente lo levantó y giró en un mismo movimiento, apuntando a la espada del soldado.

Dio un giro, llevado por el impulso y el saco de oro se balanceó en el aire y, para su sorpresa, fue un golpe perfecto. El saco impactó con la espada del soldado, haciéndola caer de su mano y fue a parar al suelo con un estrepitoso ruido.

En el mismo movimiento, Godfrey se puso de pie de un salto, dio un paso adelante y, usando las dos manos, balanceó el saco de oro contra la cara del soldado. Todo pasó demasiado rápido para que el atónito soldado pudiera reaccionar y el saco impactó con su mandíbula de nuevo, un golpe perfecto. El peso de todas aquellas monedas le golpeó la cara, haciéndolo tambalearse hacia atrás hasta caer sobre sus manos y rodillas.

Antes de que pudiera levantarse, Godfrey corrió hacia delante y le golpeó con el saco de oro en la cara, en la nariz y se la rompió. Envalentonado, le golpeó una y otra vez, tan fuerte que el saco finalmente se rompió.

Las monedas de oro salieron volando por todos lados, rodando por las calles. Godfrey, furioso, se sentía bien por haberse vengado finalmente del Imperio y dio un paso adelante con todas sus fuerzas y dio una patada al hombre entre las piernas, dejándolo finalmente inconsciente.

Godfrey estaba de pie sujetando el saco vacío, temblando, sorprendido por

lo que justo había conseguido hacer. No sabía qué se había apoderado de él y no se daba cuenta de que estaba dentro de él.

Los demás lo miraban fijamente, atónitos.

“No sabía que tenías esto dentro”, dijo Merek, claramente impresionado.

Godfrey encogió los hombros.

“Ni yo”.

“¿Veis lo que el no beber hace a un hombre?”, dijo Akorth metiéndose en la conversación y dándole una palmadita en el hombro.

“Parece que hemos perdido un buenísimo saco de oro”, dijo Fulton, haciendo gestos hacia las monedas esparcidas.

Fulton se encogió de hombros.

“Me imagino que es el precio de la vida de Godfrey”, dijo.

Godfrey estaba allí de pie, empapado, perturbado por la dura experiencia, sin creer apenas lo que acababa de pasar, lo que acababa de hacer. Miró a sus amigos que estaban allí, todos igualmente atónitos, empapados, con sacos de oro a sus pies.

Godfrey se dio la vuelta y echó un vistazo a las monedas sueltas, algunas de ellas todavía rodando por las calles, todavía quedándose quietas con un sonido metálico.

“Vamos a coger nuestro oro y lárguemonos de aquí”, dijo.

Empezaba a marchar, pero una voz siniestra, que cortaba el aire, lo detuvo.

“No creo que vayáis a ninguna parte”.

Godfrey dio la vuelta, con el vello de punta y se sorprendió al ver a un grupo de Finianos a pocos metros de distancia, de pie en silencio, pacientemente, con sus túnicas rojas, las capuchas bajadas y su pelo de un rojo intenso brillando a la luz de las antorchas. Eran humanos, pero demasiado pálidos, demasiado delgados, con los rostros demacrados y miraban fijamente a Godfrey, sonriendo como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

“Vais vestidos con nuestra ropa”, dijo uno de ellos, dando un paso adelante, claramente el líder, “y aún así la lleváis pésimamente. La próxima vez que robéis a los Finianos deberíais ser más discretos”.

Él hizo una amplia sonrisa, los examinó, negando con la cabeza y Godfrey lo miró fijamente, sin saber qué hacer. Intercambió una mirada de desconcierto con ellos, pero estos también parecían estar atónitos.

“Sois un grupo lamentable”, continuó el líder. “Ahora vendréis con nosotros. Junto con vuestro oro. No porque lo necesitemos. Pero me gustaría escuchar vuestra historia. Y recordad: nosotros no somos tan estúpidos como los soldados del Imperio. Si miráis de demasiado cerca a mis amigos, veréis como os apuntan pequeñas ballestas. Haced un movimiento y todos moriréis y flotaréis en el agua”.

Godfrey echó una ojeada y, en efecto, vio que los demás Finianos tenían pequeñas ballestas bajo sus túnicas, todas apuntándoles directamente. Tragó saliva.

“De hecho, tenía pensado mataros aquí mismo”, añadió el líder. “Pero primero tengo curiosidad por escuchar como un grupo lamentable como el vuestro entró en Volusia, cómo conseguisteis nuestras túnicas y cómo es que tenéis tanto oro. A continuación puede ser que os mate. O quizás no- depende de lo buena que sea vuestra historia”.

Hizo una amplia sonrisa.

“Habéis tenido vuestra batalla de espadas”, añadió el líder. “Ahora tendréis vuestra justa de palabras. ¿Sois suficientemente más listos que nosotros?”

Godfrey los miró, aterrorizado ante la idea de otro encarcelamiento, pero sabiendo que no había elección. Había algo en esta gente que no le gustaba, que no le inspiraba confianza. Parecían tan tranquilos, tan amables, sin embargo en el fondo, bajo sus sonrisas, tenía la sensación de que eran incluso más mortíferos que el imperio.

Le empujaron y él empezó a caminar con los demás, todos con las manos levantadas sobre sus cabezas, conducidos por los Finianos por calles desconocidas, hacia solo Dios sabía dónde.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Thor se encontraba en la proa de la pequeña embarcación mientras se alejaban navegando de la isla de Ragon al amanecer y hacia el horizonte, la dirección en la cual sus sueño le obligaba a ir, la dirección en la cual tenía la certeza de que Guwayne le estaba esperando. El sueño había sido muy real, parecía como si verdaderamente lo hubiera experimentado. Sentía que Guwayne ciertamente le estaba esperando más adelante, que lo necesitaba con urgencia. Thor estaba en el borde mirando a través de la neblina, ansioso por que esta se levantara, para dejar al descubierto la situación de su hijo; observaba las corrientes y deseaba que llevaran su barca más rápido.

Tu hijo te espera en la isla.

La voz del sueño de Thor resonaba en su cabeza una y otra vez; Thor echó un vistazo y apretó con fuerza la barandilla, lleno de expectación. Apenas podía esperar a volver a abrazar a Guwayne; se sentía horrible por haberlo dejado marchar y esta vez no permitiría que nada se pusiera en su camino hasta que encontrara a su hijo.

“¿Estás seguro de que navegamos en la dirección correcta?” preguntó Matus con escepticismo, acercándose a su lado.

Thor se dio la vuelta y vio a todos los demás- Reece, Selese, Elden, Indra, O’Connor- todos allí de pie, vestidos con sus nuevas armaduras, empuñando sus nuevas armas, que brillaban a la luz- y todos mirándolo con escepticismo.

“Esta es la dirección en la que mi sueño me ha llevado” respondió.

“¿Y si tu sueño se equivoca?” preguntó O’Connor.

Thor negó con la cabeza.

“No puede ser”, dijo. “No lo entendéis. Fue más que un sueño: fue una visión. Yo lo vi. Vi a mi hijo”.

Reece suspiró.

“Estábamos muy a gusto en la isla de Ragon”, dijo. “Teníamos provisiones, cobijo- por fin teníamos una pausa de nuestros esfuerzos. Marchamos muy súbitamente”.

“Y parece ser que Ragon estaba a punto de desvelarnos otra sorpresa- quizás más armas, o alguna otra cosa importante”, interrumpió Elden.

Thor podía ver la decepción en sus ojos y reflexionó sobre sus palabras; él

también había sentido una fuerte conexión con Ragon, había sentido el gran poder del hombre y se había sentido cómodo en aquella isla. aquella isla había sido verdaderamente una isla mágica, un lugar idílico y él también hubiera deseado pasar más tiempo allí.

Reflexionaba, con el ceño fruncido, y no podía entender del todo por qué habían marchado tan deprisa. ¿Estaban bien? ¿Se habían equivocado al marchar? Thor se sentía confundido.

Sin embargo, la visión de aquel sueño no dejaba su mente, como si lo tuviera justo delante de él, estirándolo lejos de la isla y hacia el horizonte.

“No puedo explicarlo muy bien”, dijo Thorgrin. “No fue como cualquier sueño que hubiera tenido jamás. Fue como una orden. Me mostró que Guwayne estaba en peligro, que me necesitaba urgentemente. No podía permitirme quedarme allí sentado ni un solo segundo más”.

Selese suspiró.

“He sido una curandera toda mi vida”, interrumpió Selese, con la voz suave y dulce, aunque exigiendo atención. “Lo sé casi todo sobre el cuerpo humano. Sin embargo sé poco acerca de los sueños. No sé de dónde vienen, o si vienen para ayudarnos o para confundirnos. No sé si provienen de nuestro interior o de algún otro lugar”.

Se hizo silencio en la barca y Thor reflexionó sobre sus palabras. ¿Podrían haberle enviado ese sueño para confundirlo? ¿Para engañarlo? ¿Pero por qué? ¿Y cómo?

“No creo que nadie lo sepa, mi señora”, dijo O’Connor. “Y cualquiera que admita saberlo es un embustero”.

“Una cosa sí que sé”, interrumpió Reece. “Estamos excesivamente cerca de la Espina del Dragón- y aquel es un lugar en el que no deseamos estar”.

O’Connor se giró y señaló al horizonte y todos se dieron la vuelta y siguieron su mirada. En el distante horizonte, oculto en parte por la neblina, había un par de acantilados puntiagudos, escarpados, como una espina, levantándose treinta metros en el aire, separados quizás por menos de trescientos metros. Rocas peligrosas se extendían a lo largo de ellos, obligando a todos los barcos a navegar por el estrecho canal que había entre ellos.

“¿Qué sabes de esto?” preguntó Thor.

“Es un sitio de leyenda”, añadió Reece, con la voz llena de terror. “De niño me instruyeron sobre él. El lugar más peligroso de los Mares del Sur. Un lugar de terribles tormentas, bestias- un lugar del que pocos salen vivos”.

“Más adelante tenemos la bifurcación”, dijo Elden. “¿Veis las corrientes? Si queremos evitarlas, ahora es nuestra oportunidad”.

Thor estaba allí, con las manos en las caderas, mirando fijamente al océano, pensando. Reece se acercó a su lado.

“¿Hacia qué dirección, viejo amigo?” preguntó. “¿Torcemos hacia el norte, en dirección a un océano vacío, o hacia el sur, en dirección a la Espina del Dragón? Seguiremos el camino que tú elijas”.

Thor cerró los ojos e intentó concentrarse, dejar que sus sentidos lo guiaran. Estaba allí, tranquilo, escuchando el viento, las olas chocando contra la barca y, a continuación, tuvo una sensación de certeza.

“Tomaremos la bifurcación hacia el norte, hermano mío”, dijo Thor, dirigiéndose a Reece. “Lejos de la Espina”.

Reece parecía más aliviado, al igual que los demás”.

Todos se pusieron en acción, inmediatamente ajustaron las velas y agarraron los remos, Thor los ayudó. Thor agarró un remo y remó junto a los demás, llevándolos a través de las pesadas olas, su barca subía y bajaba, la espuma le salpicaba en la cara.

Finalmente, terminaron de remar por las corrientes opuestas de la bifurcación y la nueva corriente agarró su barca y los empujó en una nueva dirección. Empezaron a relajarse sobre los remos, a dejar que las velas hicieran el trabajo.

Entonces de repente se oyó un gran chillido, proveniente del cielo y Thor miró hacia arriba y el corazón le dio un vuelco al ver a Lycoples, volando en círculos en lo alto. Lycoples agitaba sus alas con furia, volando bajo en círculos, como si intentara señalar algo a Thorgrin. Descendió, justo delante de la cara de Thorgrin, obligando a él y a los demás a agacharse y Thor se preguntaba qué estaba intentando decirle.

Lycoples continuaba volando en círculos hacia la isla de la que había venido, casi como si estuviera intentando instarles a todos a dar la vuelta hacia la isla de Ragon.

“¿Qué crees que nos está intentando decir?” preguntó Indra.

“Parece que quiere que demos la vuelta”, respondió Elden.

“¿Pero por qué?” preguntó Matus.

Thor estudió el cielo, inseguro. Después de muchos intentos, Lycoples finalmente abandonó, se dio la vuelta y voló hacia donde había venido.

Thor miró hacia el cielo, perplejo, como siempre había estado por la manera de actuar de los dragones. ¿Por qué querría Lycoples que dieran la vuelta, cuando Guwayne estaba en algún lugar del mar más adelante?

Hora tras hora pasó, todos ellos se quedaron en silencio, envueltos por la neblina. Thor se encontró perdido en sus pensamientos, mientras pensaba en Gwendolyn, en lo que debía estar pasando. Su corazón se rompía por ella y le angustiaba no poder estar a su lado.

También pensaba en Lycoples, en su hijo, que estaba más adelante y se llenó de una renovada sensación de esperanza. Thor estiró el cuello, examinó el cielo y se preguntó: ¿volvería a ver a Gwendolyn alguna vez? Se podía imaginar volviendo a ella con su hijo, con un nuevo dragón, empezando una nueva vida. ¿Era demasiado tarde? se preguntaba con una sensación de terror. ¿Estaba viva todavía?

Thor empezó a oír un sonido débil, que lo apartó de su ensimismamiento. Era el sonido de las olas golpeando las rocas, contra una orilla lejana. Estaba seguro de ello.

Thor echó un vistazo y vio que los demás también miraban fijamente a la neblina. Debían haberlo oído también. Se miraban los unos a los otros con una mirada confundida, todas sus miradas tenían la misma pregunta: ¿tierra?

Cuando Thor miraba hacia la neblina, lentamente, se movió un viento y esta empezó a levantarse, dejando al descubierto lo que había más allá. El sonido de las olas chocando contra las rocas se volvió más fuerte y, cuando Thor echó un vistazo, se sorprendió al ver que podía vislumbrar una isla poco común.

Esta pequeña isla estaba rodeada por una playa blanca, del blanco más brillante que Thor jamás había visto y todas las rocas a su alrededor- toda era blanco. Sus árboles eran blancos también una densa selva que se extendía casi a lo largo de toda la orilla, todo de un blanco brillante. Incluso el agua del océano, a medida que se acercaban más a la isla, se volvía completamente blanca.

Por encima de la isla volaban pájaros blancos, graznando, volando en círculos, pájaros extraordinarios que Thor no reconocía, de todas las formas y tamaños.

Selese dio un paso por delante de Thor, observó y se quedó boquiabierta.

“La Isla de los Leprosos”, dijo, en voz baja como reverencia.

“¿La conoces?” preguntó él.

“Solo lo que he oído”, dijo ella. “Es un lugar conocido por todos los curanderos. Es un refugio para todos aquellos que están aquejados. Un lugar donde los leprosos pueden vivir libremente. Un lugar para aquellos que no tienen esperanzas de curarse. Un lugar del que mantenerse alejado- a no ser que quieras pillar la enfermedad”.

Thor sentía temor. ¿Guwayne podría estar en un lugar así?

Cerró los ojos y, al hacerlo, sintió que esta era la isla donde necesitaba ir- que aquí era donde estaba su hijo.

Thor abrió los ojos y negó con la cabeza lentamente.

“No lo comprendo”, dijo. “Lo percibo. Aquí es donde me dirijo. Aquí es donde está mi hijo”.

“Si es así”, respondió Selese, “sería un día triste para él. Nadie que visite esto puede escapar intacto. Es una enfermedad para la que no existe cura”.

“¿Debemos dar la vuelta!” dijo Reece. “No podemos pisar tierra allí, para que ninguno de nosotros la coja. ¿No lo ves? Incluso el agua está infectada”.

Thor examinó la isla mientras se acercaban más, ahora estaban a menos de cien metros, su barca subía y bajaba con las olas, que hacían un fuerte estruendo en sus oídos.

“No me arriesgaría a perjudicaros a ninguno de vosotros”, dijo. “Es un viaje que debo hacer yo y yo solo. Todos vosotros podéis quedaros en la barca. Lo encontraré y lo traeré de vuelta”.

“Volverás leproso”, dijo Matus seriamente.

Thor encogió los hombros.

“He estado en el infierno y he vuelto por mi hijo”, dijo. “¿Creéis que dejaría que una enfermedad letal se pusiera en mi camino?”

Todos apartaron la vista, en silencio, ninguno fue capaz de darle una respuesta.

Las olas crecieron y los llevaron más cerca de la orilla, la espuma

golpeaba a Thor en la cara. Cuánto más se acercaban, más le palpitaba el corazón. Podía sentir que su destino corría ante él. Sabía que su hijo estaba allí.

La barca se encalló en la orilla y, en el instante en que tomó tierra, Thor desembarcó, sus botas hacían crujir la gravilla blanca.

Estaba allí de pie y observaba la isla que tenía ante él asombrado, mirando con dificultad por el resplandor. Todo estaba cubierto de blanco, como bañado en sal. Incluso la neblina en el aire colgaba teñida de blanco. El aire tenía un olor diferente aquí, también; no solo olía a océano, sino también a muerte.

Thor sentía que esta isla tenía un ambiente solemne, de abandono, como si fuera un lugar olvidado por los demás, un lugar de gran paz y soledad- aunque también de tristeza y tragedia. Thor estudió los blancos árboles que se movían, las enormes hojas que brillaban con el viento y se preguntaba si su sueño se había hecho realidad. ¿Realmente su hijo podía estar allí?

Thor se dio la vuelta y vio a los chicos en la barca y, por primera vez, pudo ver miedo de verdad en sus rostros. Lo habían seguido hasta el Imperio, a través de los mares, hacia el infierno y de vuelta y lo habían hecho sin miedo. Sin embargo, este lugar de enfermedad letal claramente los había golpeado a todos con terror. Ninguno de ellos quería tener una muerte lenta, que durara toda la vida.

Todos estaban sentados en la barca, inmóviles.

Thor les saludó con la cabeza solemnemente. Podía ver en sus ojos que querían acompañarlo, pero estaban asustados. Lo entendía. Después de todo, andar por esta isla sería una sentencia de muerte.

Thor se giró y empezó a adentrarse, hacia la intensa selva blanca, sus botas hacían crujir la gravilla, iba paso a paso, el sonido de las olas del océano se iba desvaneciendo. Entró a la selva, las enormes hojas le rozaban, una nueva sensación bajo sus pies, dejaba atrás la orilla- y sabía que había cruzado un punto máximo:

No había vuelta atrás.

*

Thor caminaba a través de la selva, arañado por las ramas y no le

preocupaba y miraba por todas partes, intentando ver a través del denso follaje, buscando a Guwayne. Dejó que sus sentidos lo guiaran, dio vueltas a la izquierda y a la derecha, permitiendo que le guiaran a través del grueso follaje, hasta el lugar donde su instinto lo llevó.

“¡Guwayne!” exclamó, su voz resonaba en este lugar vacío.

“¡Guwayne!”

El grito de Thor se juntó con el de un extraño pájaro, en algún lugar allá arriba, gritándole como si le estuviera haciendo burla.

Thor se adentró más en la selva y pronto fue a parar a lo que resultó ser un nuevo paisaje. Delante de él había colinas ondulantes de hierba blanca, enormes árboles blancos que se movían con el viento.

Thor no perdió tiempo en dejar la selva y aventurarse en las colinas, mirando a su alrededor, por todas partes, buscando alguna señal de Guwayne.

Pero esta isla parecía desierta. No había señal de nadie ni de nada- solo los pájaros por encima, cuyos chillidos cortaban el aire.

“¿Realmente había leprosos aquí? se preguntaba Thor. ¿O todo esto era un mito?”

Thor andaba y andaba, finalmente llegó a la cima de una colina y, al hacerlo, miró hacia abajo y vio un nuevo paisaje y todas sus preguntas fueron respondidas ante él. Allí, situado en un pequeño valle, enclavado en medio de colinas y árboles enormes, con un pequeño río que corría por su lado, había una construcción circular baja hecha de piedra totalmente blanca, que parecía antigua, como si formara uno con el paisaje. Quizás tenía menos de cien metros de diámetro, con un tejado blanco plano y sin ventanas a la vista. Solo tenía una puerta.

En el blanco paisaje que lo rodeaba, Thor vio señales de vida: había calderas encima de pequeñas hogueras, gallinas dando deambulando, señales de gente que vivía allí- gente que no tenía miedo de dejar su ganado y su comida y cocinar al aire libre, que no había razón por la que vigilarlos. Gente que no esperaba visitas. Jamás.

Thor respiró profundamente y con pase firme bajó por la colina hasta el edificio, sin saber qué le esperaba. Un fuerte sentimiento crecía dentro de él, una voz interior le decía que su hijo estaba dentro. ¿Cómo era aquello posible? se preguntaba. ¿Cómo podía Guwayne haber entrado allí? ¿Lo había

abducido alguien?

Thor sabía que, con cada paso que daba, se estaba acercando más a su sentencia de muerte. Sabía que la lepra era una enfermedad horrible que con toda seguridad cogería; estaría con él el resto de su vida, volvería su piel blanca y finalmente acabaría teniendo una muerte temprana por debilidad. Se convertiría en un marginado, una persona a la que nadie querría acercarse.

Sin embargo, no le importaba. Ahora su hijo es lo único que le importaba. Más que su propia vida.

Thor llegó hasta la puerta y se quedó dudando delante de ella. Finalmente, pasó el punto de no retorno, estiró el brazo y agarró el mango, el mismo mango que todos los leprosos tocaban, una calavera y unas tibias cruzadas totalmente blancas, y lo giró. Supo al tocarlo que no podía echarse atrás.

Thor entró y, inmediatamente, tuvo una pesada sensación en el aire: había sensación de miedo. Aquí todo era muy solemne, tranquilo. Sus ojos se adaptaron a una habitación larga y tenue, aunque ni de cerca era tan tenue como él había esperado. En la pared del fondo había una serie de ventanas descubiertas en fila en la pared, dejando entrar la luz del sol refractada y las brisas del océano, las cortinas blancas se hinchaban con el viento.

Thor se detuvo y observó la visión que tenía ante él, su corazón latía fuerte, lo asimilaba todo, miraba a través de la confusión alguna señal de su hijo. Vio una serie de camas de paja, separadas entre ellas por unos tres metros, alineadas a lo largo de las paredes. En cada cama había un leproso, con la piel totalmente blanca, con algunos vendajes alrededor del rostro, algunos en otras partes del cuerpo. La mayoría estaban tumbados, quietos y tranquilos, quizás unas dos docenas de ellos. Thor se sorprendió de que tanta gente pudiera convivir en una habitación y no hacer ningún ruido.

Cuando entró, todos se giraron de repente y miraron hacia él y pudo ver la sorpresa en sus rostros. Estaba claro que nunca antes habían tenido visita.

“Estoy buscando a mi hijo”, exclamó Thorgrin, mientras todos lo miraban fijamente. “Guwayne. Un bebé. creo que está aquí”.

Todos lo miraban en silencio, ninguno de ellos se movía, ninguno decía ni una palabra. Thor se preguntaba cuándo alguno de ellos había hablado con un extraño por última vez. Entendió que esta vida de aislamiento, de ser marginados, probablemente había desgastado sus mentes.

Al darse cuenta tras un largo silencio que nadie iba a contestar, Thor empezó a andar lentamente por el pasillo que había entre las camas. Observaba sus caras mientras andaba y ellos estaban allí tumbados y miraban fijamente con el rostro triste, rostros que habían perdido la esperanza hace tiempo y lo observaban sorprendidos.

Thor miró por todas partes buscando señales de Guwayne, alguna prueba de que un niño hubiera estado allí, pero no pudo encontrar ninguna. No escuchaba el lloro de un niño; no veía señales de que alguna cama pudiese tener un niño dentro.

Sin embargo, cuando Thor llegó a la última cama, una sensación creció en él, un sentimiento ardiente, y su corazón palpitaba cuando de repente sintió que su hijo estaba allí, detrás de aquella cortina, en la última cama. Se dispuso a mirar, estirando la cortina, esperando ver a Guwayne.

En su lugar, se quedó perplejo al ver a una niña tumbada allí, mirándole fijamente. Parecía tener quizás unos diez años. Parecía tan sorprendida de verlo como él lo estaba de verla a ella. Tenía los ojos grandes, de un azul cristalino, del color del mar, hipnotizantes, ojos llenos de amor, de esperanza de vida. Tenía el pelo largo y rubio, hermoso, salvaje, parecía que nunca se lo hubiera lavado. La piel de su cara era sorprendentemente clara, sin ninguna mancha y Thor se preguntó si ella estaba en el sitio equivocado. No parecía tener ninguna señal de la enfermedad.

Entonces Thor miró hacia abajo y vio su brazo y su hombros derechos, de un blanco luminoso, la piel devorada por la enfermedad.

Inmediatamente se incorporó en la cama, despierta, llena de vida y energía, a diferencia de los demás. Parecía ser la única del grupo que este lugar no había roto.

Thor estaba perplejo. Había notado que su hijo estaba tras esta cortina- y aún así ella era la única persona que estaba aquí. No había ni rastro de Guwayne.

“¿Quién eres tú?” preguntó la niña, con voz curiosa, llena de vida e inteligencia. “¿Por qué has venido aquí? ¿Has venido a visitarme? ¿Eres mi padre? ¿Sabes dónde está mi madre? ¿Sabes algo de mi familia? ¿Por qué me han dejado aquí? ¿Dónde está mi casa? Quiero irme a casa. Odio este lugar. Por favor. No me dejes aquí. No quiero quedarme aquí más. Seas quien seas,

por favor, por favor, por favor llévame contigo”.

Antes de que Thor pudiera responder, intentando procesarlo todo todavía, ella saltó de la cama de repente y le rodeó las piernas con sus brazos, abrazándolo con fuerza.

Thor la miró sorprendido, sin saber cómo reaccionar. Ella se arrodilló allí, llorando, agarrándolo y a él se le rompió el corazón.

Bajó el brazo y puso la mano suavemente sobre su pelo.

Ella solloz'p.

“Por favor”, dijo entre lloros, “por favor no te vayas. Por favor no me dejes aquí. *Por favor*. Te daré lo que sea. No puedo quedarme aquí ni un minuto más. ¡Aquí moriré!”

Thor acariciaba su pelo, intentando consolarla mientras lloraba.

“Shhh”, dijo, intentando calmarla, pero ella no paraba de llorar.

“Lo siento”, dijo al final. “Pero yo vine aquí buscando a mi hijo. Un bebé. ¿Lo has visto?”

Ella negó con la cabeza, agarrándolo más fuerte.

“Aquí no hay ningún bebé. Yo lo sabría. No hay ningún bebé en ningún lugar de esta isla”.

A Thor le dio un vuelco el estómago al captar esas palabras. Guwayne no estaba aquí. De algún modo lo habían engañado. Por primera vez en su vida, sus sentidos lo habían llevado por el mal camino.

Y sin embargo, ¿por qué había sentido a su hijo en aquella cama, antes de correr la cortina? ¿Quién era esta niña?”

“Le pido cada noche a Dios que alguien venga a rescatarme”, dijo entre lágrimas, su voz sofocada contra su pierna. “Que me lleve lejos de este lugar. Pido por alguien exactamente como tú. Y entonces llegaste tú. Por favor. No puedes abandonarme aquí. ¡No puedes!”

Ella se abrazó a sus piernas y Thor intentaba asimilarlo todo. No había esperado esto, pero mientras lo agarraba, podía sentir su sufrimiento y el corazón se le rompía por ella. Después de todo, ella no había pedido esta enfermedad y, evidentemente, sus padres la habían abandonado aquí en este lugar. Pensar en esto lo enfurecía. ¿Qué tipo de padres abandonarían a su hijo, a pesar de su enfermedad? Aquí estaba él, deseando cruzar el mundo, entrar al infierno, coger cualquier enfermedad por encontrar a su hijo.

Esto también lo hacía pedazos porque se dio cuenta de que él también había sido abandonado por sus padres. Odiaba que se abandonaran las cosas. Le golpeaba en el fondo de su corazón.

“No quieres venir conmigo, niña”, dijo Thorgrin. “Cuando me vaya de este lugar, iré a una misión peligrosa. No sé exactamente a dónde iré, pero será peligroso. me enfrentaré a enemigos hostiles, tierras extrañas, directo a la batalla. No podré hacer esto y protegerte. Tus oportunidades de vivir son mayores aquí. Por lo menos aquí estarás segura y cuidada”.

Pero ella negaba con la cabeza insistentemente, las lágrimas le brotaban de los ojos.

“Esto no es vida”, dijo ella. “Aquí no hay vida. Solo se espera la muerte. Prefiero morir mientras intento vivir que vivir mientras espero morir”.

Thor la miró a los ojos y ella miró hacia arriba, sus ojos cristalinos brillaban y pudo ver el espíritu guerrero que había dentro de ella, brillando ante él. Lo abrumó su ardiente voluntad de vivir, de vivir realmente. de superar su circunstancia. Era un espíritu luchador. Veía que nada la detendría. y era un espíritu al que, por mucho que lo intentara, no podía dar la espalda.

Sabía que no podía tomar otra decisión; su espíritu guerrero no se lo permitiría.

“Está bien”, le dijo.

Ella dejó de llorar de repente, se quedó paralizada y lo miró, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

“¿De verdad?” preguntó estupefacta.

Thor asintió y se arrodilló, mirándola directamente a los ojos.

“No te dejaré aquí”, dijo. “No puedo. Prepara tus cosas. Marcharemos juntos”.

Ella lo miró, con los ojos llenos de esperanza y alegría, una alegría mayor de la que había visto en nadie, una alegría que hacía que todo, cualquier riesgo que hubiera tomado, valiera la pena. Ella saltó a sus brazos, lo rodeó con los suyos, abrazándolo tan fuerte que él apenas podía respirar.

“Gracias”, dijo, gritando y llorando. “Gracias, gracias, gracias”.

Thor la abrazó y, mientras lo hacía, sentía que era lo correcto. Se sentía bien al poder abrazar, proteger y criar a un niño, incluso aunque no fuera Guwayne. sabía que abrazarla significaba infectarse, incluso ahora, y sin

embargo sabía que no le quedaba elección. Después de todo, ¿cuál era el propósito de la vida, si no ayudar a los necesitados?

Thor se dio la vuelta para marcharse y ella de repente se detuvo, se dio la vuelta y fue corriendo hacia su cama, agarró algo antes de volver hacia él y le cogió la mano. Miró hacia abajo y vio que tenía agarrada una pequeña muñeca blanca, rudimentaria, hecha de palos y hojas de la isla y envuelta con un trozo de vendaje.

Agarró su mano y tiró de él, llevándolo rápidamente fuera de aquel lugar, ante las miradas sorprendidas de todos los que estaban allí tumbados lánguidamente, observando cómo se marchaban.

Caminaron hacia fuera, saliendo del edificio y a Thor lo cegó momentáneamente el resplandor. Levantó una mano y, cuando sus ojos se adaptaron, se sorprendió de la visión que tenía ante él.

delante de él estaban todos sus hermanos- Reece and Selese, Elden e Indra, O'Connor, Matus- todos ellos fuera del edificio, esperándolo pacientemente, todos vestidos con sus nuevas armaduras, llevando sus nuevas armas. Habían venido después de todo. Habían cruzado la isla, habían arriesgado sus vidas, por él.

Thor estaba emocionado más allá de las palabras, al darse cuenta de que se habían sacrificado por él.

“Hicimos una promesa”, dijo Reece. “El primer día que nos conocimos, en la Legión. Todos nosotros. Fue una promesa sagrada. Una promesa de hermanos. Una promesa más fuerte que la familia. Fue una promesa para guardarnos unos a otros las espaldas- *donde quiera que vayamos*.”

“*Donde quiera que vayamos*”, repitieron todos los demás, a la vez.

Thor los miró a todos, a cada uno, cara a cara, y sus ojos se llenaron de lágrimas al entender que estos eran sus verdaderos hermanos, la sangre más gruesa que la familia.

“No podíamos dejarte”, dijo Matus. “Incluso en un sitio así”.

La niña dio un paso adelante, los miró con curiosidad y todas las miradas fueron hacia ella, y a continuación a Thor, de manera inquisidora.

“Tenemos una nueva compañera”, les dijo Thor. “Me gustaría presentaros a...”

Thor, perplejo, se dio cuenta de que no sabía su nombre. Se dirigió a ella.

“¿Cómo te llamas?” le preguntó.

“Aquí, nunca conocimos a nuestros padres”, dijo. “Nos entregaron a todos al nacer. Ninguno de nosotros conoce su nombre. Su nombre verdadero. O sea que nos ponemos nombre los unos a los otros. Aquí, todos me llaman Angel”.

Thor asintió.

“Angel”, repitió. “Este es un bonito nombre. Y tú eres en efecto tan pura como la nieve”.

Thor se dirigió a todos sus hermanos y hermanas.

“Guwayne no está aquí”, anunció. “Pero Angel vendrá con nosotros. Me la llevo de este lugar”.

Todos lo miraron y él vio cómo la incertidumbre brillaba en sus ojos, podía ver lo que todos estaban pensando: llevársela los infectaría a todos.

Sin embargo, con mérito por su parte, nadie se negó. Thor vio que todos ellos estaban deseando arriesgar su vida por ella.

“Angel”, dijo Selese dulcemente, sonriendo, dando un paso adelante y dirigiéndose a ella. “Es un nombre muy bonito para una niña muy dulce”.

Le acarició el pelo y Angel le sonrió de oreja a oreja.

“Nadie me había tocado el pelo antes”, dijo Angel.

Selese hizo una amplia sonrisa.

“Entonces tendrás que irte acostumbrando”.

Thor estaba allí, preguntándose qué significaba todo aquello. Había estado seguro de que Guwayne estaba allí. Recordaba su sueño: *Tu hijo te espera en la isla*. Miró a Angel, que sonreía dulcemente a Selese, tan llena de vida, con alegría y se preguntaba: ¿es ella mi hija? Quizás lo era. No en el sentido literal de la palabra- pero quizás estaba destinado a educarla como propia. ¿Una hija adoptada?

Thor no lo comprendía, sin embargo sabía que era el momento de ponerse en marcha. Guwayne todavía estaba allá fuera y no había tiempo que perder.

A una, todos empezaron a andar- Thor, Reece, Selese, Elden, Indra, Matus, O’Connor y ahora Angel, cogida de la mano de Selese, un grupo inverosímil, que sin embargo juntos encajaban a la perfección. Thor no sabía dónde los llevaría esto y, aún así, sabía que todo aquello era lo correcto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Erec estaba en la proa de la barca, con las manos en la cadera, estudiando asombrado la vista que tenía ante él. Allí, alzándose del mar, había dos formaciones rocosas antiguas- la Espina del Dragón- rocas serradas que se alzaban en una formación dentada, unos treinta metros, con orillas rocosas esparcidas a lo largo de ellas, obigando a los barcos a viajar entre ellas. Erec miró hacia arriba y lo vio amenazante ante ellos mientras se acercaban más y más navegando, boquiabierto ante su inmensidad. Nunca había visto nada que se le pareciera. Dos series de rojos acantilados, rocas afiladas, con formas puntiagudas, en filas, como la columna curvada de un dragón. Las corrientes enfurecían, las olas y las mareas eran feroces aquí, se volvían más intensas mientras se iban acercando, los vientos eran más fuertes, las nubes más oscuras. En medio de la Espina, Erec vio que las olas se levantaban unos diez metros, chocando después contra las rocas escarpadas a ambos lados, el canal entero entre las espinas era como un remolino violento en una bañera. Parecía ser una muerte segura.

La Espina del Dragón estaba a la altura de su reputación; en efecto, mientras se acercaban a ella, su barco se balanceaba salvajemente, Erec empezó a ver los restos de docenas de otros barcos, arrastrados hasta sus rocas, piezas de ellos todavía colgando de los peñascos como si se agarraran a la vida, un vestigio de lo que una vez fueron. Erec sabía que aquellas piezas representaban las incontables muertes de marineros. Incluso ahora, ya muertos, las olas rompían sin piedad contra ellos, moliendo los fragmentos en trozos todavía más pequeños. Era un testamento feroz de todos los barcos que estúpidamente habían intentado abordar la Espina.

Erec se agarró a la baranda, el estómago le dio un vuelco de repente cuando su barco descendió unos seis metros en una ola y se agarró a la cintura de Alistair a su otro lado, para asegurarse de que estuviera bien. A su otro lado estaba Strom, con la cara empapada por la espuma, resbalando en cubierta, pero colgado de la baranda.

“¿No te dije que fueras abajo?” imploró Erec a Alistair otra vez, gritando por encima de viento para que le oyeran.

Alistair negó con la cabeza, agarrándose a la baranda.

“Yo voy a donde tú vas”, respondió.

Erec miró hacia atrás y vio a su flota tras él y vio los barcos completamente negros de Krov navegando a su lado, ondeando la bandera negra de los Hombres del Peñasco. Divisó a Krov, con las manos en las caderas, en cubierta, mirándolo claramente descontento. Sin embargo, Krov, de alguna manera conseguía estar de pie con las piernas firmes, manteniendo el equilibrio en su barca incluso con las olas rompiendo a su alrededor, parecía no inmutarse, como si se tratara de otro soleado día en el mar.

Negó con la cabeza mirando a Erec.

“No podías dar la vuelta, ¿verdad?” exclamó enojado.

Erec se giró y miró directamente a las amenazantes olas y rocas. se dio la vuelta y vio a muchos de sus hombres yendo bajo cubierta.

Se dirigió de nuevo a Alistair.

“Ve abajo”, dijo. “Te lo suplico”.

Ella negó con la cabeza.

“No lo haré”, insistió ella. “Por nada”.

Erec se giró y miró a Strom, quien se encogió de hombros como diciendo: *No puedo controlarla.*

“Es la esposa perfecta para un Rey”, dijo Strom. “¿Qué esperas?”

Una altísima ola de repente rompió sobre la cubierta, haciéndoles caer a todos, resbalando a través de ella. Erec, con la nariz llena de agua salada, se quedó momentáneamente ciego, mientras la proa quedaba totalmente sumergida bajo el agua.

Con la misma rapidez la barca se enderezó y ellos dejaron de resbalar, inàctando con sus espaldas en la baranda.

“¡Todos los barcos en una sola fila detrás nuestro!” ordenó Erec, poniéndose rápidamente de pie. “¡AHORA!”

Varios de sus soldados se apresuraron a cumplir su mandato, gritando las órdenes por todas las filas. Erec oyó el sonido de un cuerno y miró hacia atrás y vio su flota uniéndose en una única fila. Erec sabía que esta era su única oportunidad de hacerlo, de enhebrar la aguja de la Espina del Dragón cómodamente.

“¡DIRIGÍOS AL MEDIO!” exclamó Erec. “¡Quedaos tan lejos de las rocas como sea posible!” La corriente está empujando hacia la izquierda, o sea que

dirigíos a la derecha. Bajad las velas y preparaos para echar las anclas si es necesario!”

Los hombres corrían en todas direcciones para cumplir sus órdenes y Erec apenas había terminado de dar instrucciones cuando se dio la vuelta y miró hacia arriba. Se preparó al ver que otra inmensa ola iba a romper.

Erec agarró a Alistair por la muñeca, aferrándose a ella mientras su barca iba de izquierda a derecha, balanceándose a la vez que se desplomaba. Alistair estiró el brazo y agarró una gruesa cuerda y, cuando Erec resbaló fue ella quien se agarró a él, pasando la cuerda alrededor de su muñeca justo antes de que cayera por la borda y otra ola los tragara. Gracias a aquella cuerda, él se mantuvo a bordo, agarrado a ella.

Recobraron la estabilidad y Erec, muy agradecido a Alistair, miró a su alrededor. Ahora estaban en medio de la Espina, justo entre las dos enormes rocas y su barco era sacudido en todas direcciones. Giró bruscamente de repente cuando una fuerte corriente lo alcanzó y casi lo hace chocar contra una roca afilada a su izquierda. En el último segundo, la corriente lo sacudió hacia el otro lado y de alguna manera, por la gracia de Dios, los alejó del desastre. Pero no indemnes: cuando rozaron la abrupta orilla, Erec oyó un chasquido que le hizo un nudo en el estómago y echó un vistazo y vio que media baranda de su barco había sido arrancada, golpeada por las rocas. Tragó saliva, dándose cuenta de lo cerca que habían estado, de cómo se habían librado de un daño mucho mayor.

A medio camino de la Espina del Dragón, Erec supo que no había vuelta atrás. Las embravecidas corrientes los conducían a través de ella y, más adelante en la distancia, podía ver la luz. Vio donde acababa la Espina del Dragón. Era increíble. A menos de doscientos metros delante de ellos, cuando uno salía de la Espina del Dragón, el océano estaba perfectamente en calma, tranquilo, el sol brillaba, un día perfectamente hermoso. Era surreal, como cruzar una puerta.

Lo único que tenían que hacer era pasar los próximos casi doscientos metros. Sin embargo, Erec se dio cuenta de que aquello era probablemente lo que docenas de otros marineros, cuyos barcos estaban aplastados a lo largo de las rocas, habían pensado también mientras intentaban atravesarla.

Por favor, Dios, pensó Erec. Menos de doscientos metros.

Tan pronto había realizado su plegaria que Erec oyó un ruido horroroso, como si un demonio hubiera respondido a su oración. La oía cada vez más fuerte, incluso por encima del furioso viento y las olas que rompían y, cuando su barco se elevó encima de una ola alta, miró hacia arriba y se horrorizó al ver el origen de aquel ruido.

Allí, elevándose del agua, guardando la salida de la Espina del Dragón, había un inmenso monstruo primordial. Con un cuello más largo que su barco, con aletas y escamas, con brazos y piernas, garras al final de cada uno de ellos y una mandíbula más grande que la de un dragón, era una verde visión de la muerte.

Se giró a la derecha, hacia su barco, abrió las mandíbulas y rugió tan fuerte, que partió el mástil de Erec. Erec levantó sus manos hacia sus oídos, intentando ahogar el ruido, mientras la bestia levantaba su cabeza en alto y empezaba a bajarla. Abrió completamente sus mandíbulas como si fuera a tragarse el barco de un mordisco, su rostro era tan ancho que tapaba el sol y Erec supo que era demasiado tarde.

Sabía que, sin duda, así era cómo iba a morir.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Darius estaba de pie en la noche del desierto, con la luz iluminada por la luz de las antorchas y observaba con orgullo el mar de caras. Allí, desplegados ante él, había miles de antiguos esclavos, ahora hombres libres, no solo de su aldea sino de todas las aldeas próximas. En todas direcciones, rodeándolo, había más rostros de los que podía contar, todos mirando hacia él con esperanza. Su revolución se había extendido como el fuego, de una aldea de esclavos a la siguiente, ahora fuera de sus manos y expandiéndose por sí sola. Ahora no podía controlarla aunque lo quisiera. Los esclavos liberaban a los esclavos, las aldeas liberaban a las aldeas y estas, a su vez, liberaban a otras. Mataban a los capataces, se sublevaban por su libertad, juntando a más y más gente a su causa. Todos lo buscaban, se reunían ante él, todos formando un único ejército. No tenían muchas armas ni muchas armaduras- solo tenían lo que habían conseguido rescatar del Imperio- sin embargo tenían espíritu. Todo su resentimiento arraigado se había desatado finalmente, algo en lo profundo de sus corazones y almas se había liberado y Darius estaba eufórico al ver que los demás se sentían como él.

Darius estaba allí, con Dray a sus pies, cerca de él como siempre, masticando con satisfacción un hueso que Darius había encontrado para él- y gruñendo a cualquiera que se acercara demasiado a Darius- y él estudiaba el mar de rostros nuevos y desconocidos. Todos ellos tenían una cosa en común: la esperanza rebosaba en sus ojos. Y todos ellos tenían una cosa en común: todos lo admiraban. Estaba claro que todos lo admiraban como líder y él sentía el peso de ello sobre sus hombros, tomándose lo muy en serio. No quería hacer un movimiento equivocado.

“Zambuti”, dijo un esclavo al pasar, haciendo una reverencia con la cabeza a Darius. Era un conocido refrán que Darius oía por todas partes a donde iba esos días, hombre reuniéndose por miles solo para verlo. Algunos estiraban el brazo para tocarlo, como si no creyeran que era real. Darius apenas sabía qué hacer con todo aquello. Era como un sueño extraño.

Darius estaba emocionado al ver que su gente ya no tenían aquella actitud temerosa y servil que una vez tuvieron. Ahora caminaban al aire libre, con orgullo, sacando pecho, con los hombros atrás, como hombres libres, como

hombres con dignidad. La noche del desierto por entero estaba llena de sus antorchas, Darius se dio la vuelta y vio antorchas hasta donde la vista le alcanzaba y más llegando a cada momento. La fuerza estaba cambiando, sentía Darius, incluso cambiando hacia su lado. Había un sentimiento en el aire que él no había tenido nunca, como si cosas grandes y cruciales estuvieran sucediendo, que todas sus vidas estaban a punto de cambiar y que él estaba justo en medio de todo esto.

“Has empezado algo grande, amigo mío”, dijo Desmond, acercándose a su lado, Raj a su otro lado, los tres de pie y observando cómo los fríos vientos del desierto soplaban en la noche. “Algo que yo creo que ni tú puedes controlar”.

“Algo que se ha vuelto más grande que tú”, añadió Raj con orgullo, observando.

Darius asintió con la cabeza.

“Eso es bueno”, respondió. “Ahora ellos son hombres libres. No deberían ser controlados por nadie. Los hombres libres deben controlarse a sí mismos y a su destino”.

“Y aún así te admiran”, añadió Kaz, uniéndose a ellos, “y todos los hombres deben tener un líder. ¿A qué destino los llevarás?”

Darius estaba allí, observando la noche, preguntándose lo mismo. Él sentía que dirigir hombres era una responsabilidad sagrada. Echó un vistazo y vio que se estaba formando un círculo íntimo a su alrededor, que incluía a Raj, Desmond, Kaz, Luzi y a una docena de otros chicos con los que había entrenado en su aldea. Todos estaban agrupados allí cerca, junto con muchos otros, que miraban atentamente a Darius, sin perder detalle de sus palabras.

“¡Nombra nuestra próxima conquista!” exclamó un valiente guerrero de otra aldea, “¡Y te seguiremos a donde sea!”

A continuación hubo un grito de aprobación.

“Hay otra aldea que espera ser liberada”, exclamó uno de ellos. “Está a una hora de camino desde aquí hacia el norte. Podemos llegar allí al amanecer, si estamos despiertos toda la noche ¡y liberamos varios centenares de hombres más!”

Entonces hubo otro pequeño grito de aprobación y Darius miró a lo lejos en la noche del desierto y reflexionó. Había tantas aldeas que liberar; era una

tarea que podía ocupar toda una vida.

Darius tomó su espada y dio un paso adelante en el grupo de hombres y empezó a dibujar en la arena. Rápidamente formaron un círculo a su alrededor, dejándole espacio para que dibujara y agrupándose a su alrededor para ver qué estaba haciendo.

“Nosotros estamos aquí”, dijo, marcando el lugar, rayando una línea en el duro suelo del desierto con la punta de la espada. Dibujó un amplio círculo alrededor de ella y desde allí dibujó varios caminos, bifurcándose en todas las diferentes direcciones.

“Debemos olvidar todas estas direcciones”, dijo, con la voz llena de autoridad. “Ya hemos liberado suficientes aldeas, agrupado suficientes hombres. Cuánto más tiempo lo hagamos, más tiempo tendrá el Imperio de reunir todo el poder de su ejército y contraatacar. Podemos liberar a unos cuantos centenares de hombres más- quizás incluso unos cuantos miles- pero incluso esto nunca nos dará un número más elevado que el suyo”.

Respiró profundamente.

“Lo que necesitamos ahora no es la fuerza en los números. Lo que necesitamos es velocidad. Sorpresa. Digo que el tiempo de liberar, el tiempo de reclutar, han acabado. Ahora es momento de atacar”.

Todos miraron fijamente al suelo del desierto y después lo miraron a él, confundidos.

“¿Atacar dónde, Zambuti?” preguntó uno de ellos.

Darius lo miró.

“Volkara”, dijo.

Todos ellos se quedaron sin aliento ante las palabras y él no se sorprendió.

“¡Volkara!” exclamó un hombre. “¿La fortaleza de Volusia?”

Darius asintió como respuesta.

“¿Atacar Volkara?” preguntó Zirk, indignado, dando un paso adelante mientras se abría camino a través de la multitud. Entró en el círculo, pisando el dibujo de Darius y, con las manos en las caderas, le lanzó una mirada asesina. “¿Estás loco?” Volkara no es cualquier aldea, chico- es la fortaleza del Imperio. Es la ciudad principal que guarda la periferia de Volusia y la única ciudad entre ellos y nosotros. No es una aldea de barro, sino un fuerte de verdad, con muros de verdad, hecha de gruesas piedras y soldados de verdad,

con armas reales. Es una ciudad en ella misma, con al menos dos mil esclavos dentro. Incluso si nuestro ejército fuera tres veces su tamaño, no podríamos tomarla”.

Darius lanzó una mirada furiosa a Zirk, rabioso porque apareció por allí y lo desafiaba a cada momento. Antes de que pudiera responder, otros se metieron en la conversación.

“Volkara es un lugar cruel”, dijo Desmond. “Al menos mil soldados del Imperio guardan sus muros. Y aquellos muros son impenetrables, incluso no tienen ni que desplegar una defensa”.

Darius observó la noche, más allá de las destellantes antorchas, hacia la oscuridad del desierto, sabiendo que Volkara estaba en algún lugar por allí.

“Y eso es exactamente por lo que la atacaremos”, dijo, con la confianza creciendo dentro de él incluso cuando pronunciaba sus palabras.

Todos los hombres lo miraron, desconcertados.

“Nunca esperarán un ataque”, continuó. “No están alerta de ello. E incluso más importante: si ganamos, le mostraremos al Imperio que son vulnerables. Haremos temblar los cimientos de su confianza. Empezarán a dudar de ellos mismos. Empezarán a temernos”.

Darius miró a su alrededor.

“Y nuestros hombres, a su vez, empezarán a creer en ellos mismos- a saber que cualquier cosa es posible”.

Todos los demás lo miraban con reverencia, un grueso silencio en el aire, incluso Zirk no respondía.

“¿Cuándo, Zambuti?” preguntó uno de ellos.

Darius se dio la vuelta y lo miró.

“Ahora”, respondió él.

“¿¡Ahora!?” preguntó Zirk.

“¡Nadie ataca de noche!” exclamó uno de los hombres. “¡No es apropiado!”

Darius asintió.

“Que es exactamente por lo que vamos a hacerlo. Preparaos”, Darius ordenó, dirigiéndose a los demás. “Atacamos esta noche. En el momento que sepan lo que pasó, Volkara será nuestra. Y desde allí, estaremos a los pies de Volusia y listos para atacar la propia ciudad”.

“¿Atacar *Volusia*?” gritó Zirk. “Realmente estás loco. Esta es una misión suicida, vacía de cualquier razón”.

“Las guerras siempre las ganan los hombres que ignoraron la razón” respondió Darius.

Zirk, resoplando, se dio la vuelta y miró a los otros hombres.

“¡ignorad lo que dice este chico y seguidme a mí en su lugar!” exclamó. “Yo os llevaré por un camino más seguro. ¡No correremos semejantes riesgos!”

Darius se preparó mientras todos los otros aldeanos se daban la vuelta y miraban a Zirk, había un tenso silencio en el aire; pero sin dudarlo, todos de repente lo ignoraron, volviéndose hacia Darius en su lugar.

“Zambuti es nuestro líder ahora”, dijo uno de ellos, “y es a Zambuti a quien seguiremos. A donde quiera que nos lleve”.

Zirk, enrojecido, se dio la vuelta y desapareció hecho una furia en la noche.

Los hombres estaban todos en silencio, mirándose todos los unos a los otros, y Darius podía ver miedo, incertidumbre en sus ojos.

“¿Cómo atravesaremos aquellas puertas, más allá de aquellos muros?” preguntó Desmond. “No tenemos herramientas de asedio de ningún tipo”.

“No atravesaremos las paredes”, respondió Darius mientras los demás se reunían alrededor y escuchaban. “¡Pasaremos por encima suyo!”

“¿Por encima de ellas?”

Darius asintió.

“Sabemos escalar”, dijo. “Convertiremos las puntas de nuestras lanzas en ganchos y los ataremos a cuerdas. Nos colaremos por la parte de atrás de la ciudad, donde nadie nos estará buscando, y forcejaremos nuestro camino por encima de los muros. Una vez nos colemos dentro, nos acercaremos a ellos sin hacer ruido y los asesinaremos a todos. El silencio y la velocidad serán nuestros amigos, no la fuerza. A veces la sorpresa es más poderosa que la fuerza”.

Darius veía una mirada incierta en los ojos de los hombres, estos hombres valientes que habían sufrido toda su vida, que habían visto morir a sus familiares, cuyas mismas vidas dependían de su estrategia. Entendería que dijeran que no.

Sin embargo, ante su sorpresa, cada hombre, de uno en uno, dieron un paso adelante y agarraron sus mano.

“Nuestras vidas son tuyas ahora”, dijo uno de ellos. “Eres tú el que nos ha salvado. Tú el que nos las has dado”.

“Te seguiríamos a cualquier lugar”, dijo uno de ellos, “incluso a las mismas puertas de la muerte”.

*

Darius corría a toda velocidad en la noche, con centenares de hombres tras él, Dray a su lado, todos ellos siguiendo de cerca mientras corrían descalzos por el suelo del desierto. Darius procuraba ser lo más silencioso que podía- todos ellos lo hacían- y corrían a través de la noche, un ejército silencioso y letal. Lo único que se podía oír era el ligero sonido de sus pisadas mientras se deslizaban a través del suelo del desierto, centenares de hombres lanzando sus vidas al viento mientras luchaban por su libertad en la oscuridad.

El corazón de Darius latía en su garganta mientras se acercaban a la fortificación de Volkara, sus manos sudaban mientras agarraba su gancho y el montón de cuerda que llevaba alrededor del hombro. Corría con todas sus fuerzas, con las rodillas en alto, sus pulmones a punto de estallar, decidido a llegar antes de ser descubiertos. Afortunadamente no había luna esta noche y tenían la protección de la oscuridad de su lado.

En la distancia empezaba a verse un brillo débil, cortando la noche del desierto y, mientras se acercaban, Darius vio una serie de antorchas parpadeantes, iluminando la entrada a la ciudad. Era una entrada imponente, enmarcada por una puerta arqueada, de unos quince metros de altura- y tenía la entrada más inusual que Darius jamás había visto. No había un camino que llevara a la ciudad, ni incluso una puerta- en cambio, había un canal, que empezaba en el desierto a menos de cien metros y llegaba justo a la entrada principal. No había manera de entrar a la ciudad a pie o a caballo- tenías que viajar por este canal. Darius vio de inmediato que esto hacía la ciudad impenetrable.

Además, había filas de soldados del Imperio fuera y más filas dentro.

Aún así, Darius estaba decidido. De todas formas, no había decidido

entrar por la puerta de delante de la ciudad, o incluso intentar entrar a pie. Podían usar su canal. Él encontraría su camino hacia dentro, un camino que ellos no podían haber anticipado.

Darius empezó a rodear ampliamente la ciudad, lo suficientemente lejos para estar fuera de la vista de los guardas y esta era la señal: detrás de él, sus hombres se bifurcaron, la mitad lo siguieron y la otra mitad rodeaban la ciudad por el otro lado.

Darius corrió a lo largo del muro de la ciudad, buscando las sombras más oscuras y siguió corriendo a lo largo de él.

Darius finalmente dobló la esquina de manera brusca, corriendo a lo largo del muro posterior de la ciudad. Construido para resisitir cualquier ataque, el muro posterior de la ciudad no tenía ventanas ni puertas traseras de ningún tipo, la cual cosa era perfecta para las intenciones de Darius.

Sin embargo, mientras Darius doblaba una esquina y corría, vio guardas allí de pie, alzándose amenazadores más adelante.

“¡Corre, Dray!” ordenó Darius.

Dray no necesitaba que le empujaran: se apresuró hacia delante, por delante del ejército e hizo la primera matanza de la noche, saltando encima de un guarda justo cuando este se dio la vuelta y restringiéndolo en la garganta con sus poderosas mandíbulas.

Darius estaba cerca por detrás; sin perderse ni un golpe, Darius sacó un puñal de su cintura y no paró hasta cortarle el cuello al primer guarda y apuñalar al segundo en el corazón. A su lado, Desmond y Raj apuñalaron cada uno a otros dos, matando de esta manera a los cuatro en silencio.

A la otra punta del castillo, Darius podía ver a sus hombres girando la otra esquina y cortando el cuello de otros guardas, todos ellos cayeron rápidamente, antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Ambos lados coincidían en el medio, tal y como estaba planeado. Darius estaba animado: por ahora, todo iba bien. Habían conseguido pasar desapercibidos hasta los muros posteriores de la ciudad, con todos los guardas muertos y ningún cuerno sonando para anunciar su llegada.

Darius inmediatamente dio la señal y, sin perder tiempo, todos sus hombres agarraron los ganchos, se echaron hacia atrás y los lanzaron hacia arriba hasta la parte superior de los muros de la ciudad.

Darius observaba cómo se desplegaban todas las cuerdas, levantándose en un arco alto unos quince metros, rodeando el otro lado del muro de piedra. Tiró de su cuerda y sintió cómo el gancho se cogía al otro lado del muro de piedra, como había esperado. Miró arriba y abajo a sus filas de hombres y vio que estaban haciendo lo mismo.

Darius tiró hacia arriba inmediatamente, agarrando la cuerda con ambas manos y escalando, con los pies descargando contra la pared, su corazón palpitando mientras iba tan rápido como sus manos y sus pies le permitían y rezaba para que continuaran pasando inadvertidos. Si aparecían soldados del Imperio allá arriba, no habría modo de defenderse.

La basta cuerda le quemaba las manos mientras Darius escalaba el muro rápidamente, respirando con dificultad, sus pies descalzos arañándose contra la piedra, sabiendo que toda su vida dependía de la velocidad. Alrededor de él sus hombres hicieron lo mismo, todos escalando los muros por sus vidas, como mil hormigas escalando una ciudad.

Dray se quedó atrás, gruñendo, haciendo guardia por ellos en la pared posterior.

Finalmente, con los pulmones ardiendo y las manos encendidas, Darius llegó arriba del todo con un tirón final y se desplomó en el amplio rellano de piedra. Al hacerlo sacudió su cuerda, señalando que el camino estaba despejado y que los demás subieran- igual que hicieron todos sus hombres de arriba a abajo de las filas. Allá abajo sus hombres, formando fila, agarraron todas las cuerdas y escalaron, a solo pocos metros los unos detrás de los otros, usando la misma cuerda a la vez por docenas.

Darius se puso de rodillas, echó un vistazo, miró hacia abajo a Volkara, gozando de una vista de pájaro desde allí. Podía ver el fuerte entero desplegado ante él, débilmente iluminado por las antorchas que llenaban los muros. Era un fuerte increíblemente bien armado, centenares de soldados lo vigilaban.

Y sin embargo, cuando miró con más atención, Darius vio que el ambiente aquí era tranquilo- demasiado tranquilo. La mitad de los soldados parecían estar dormidos durante sus turnos, mientras el resto hacían el vago y hablaban los unos con los otros o jugaban a juegos. Y todos ellos miraban hacia la parte anterior de la ciudad. Ninguno miraba a la parte posterior. Claramente,

ninguno de estos hombres, con los cascos y las armaduras sacados, las armas a unos metros de ellos, esperaban ningún ataque aquella noche. Después de todo, ¿por qué iban a hacerlo? ¿Qué enemigo había que fuera lo suficientemente loco para atacar al Imperio? Ninguno.

Darius sabía que era el momento adecuado para dar la señal. Sacó su gancho sobrante, se inclinó hacia atrás, encendió su cuerda y la lanzó alta en el aire, nos nueve metros por encima, dejando que describiera un arco hacia atrás, de vuelta al desierto, su fuego claro en el cielo.

Inmediatamente, en el horizonte, vio que sus hombres encendían una antorcha en respuesta, la que les había ordenado que encendieran.

“¡MOVEOS!” susurró Darius con dureza.

A la vez, todos sus hombres dieron la vuelta a sus ganchos y cuerdas y rápidamente descendieron por el otro lado del muro. Darius se envolvió la mano con un trozo de ropa y se deslizó tan rápido que podía sentir cómo le quemaba la mano incluso a través de la ropa. El mundo pasó rápidamente por delante de él cuando casi cayó al vacío hacia el suelo y, en solo unos segundos, tocó ligeramente el suelo, en silencio sobre el suelo, impactando con sus pies descalzos.

A su alrededor, sus hombres tocaron suelo también.

Sin perder ni un instante, Darius se dio la vuelta y salió corriendo hacia la ciudad, todos sus hombres corrían junto a él, en dirección al grupo más cercano de soldados. Darius corrió hacia un soldado que estaba desprevenido y justo cuando el soldado se giró y empezó a darse cuenta, Darius le clavó su puñal en el corazón.

Darius fue hacia otro, le tapó la boca y le cortó el cuello. y después otro. Y otro.

Todos se esparcieron, por todas partes, cada uno escogía un hombre, como Darius les había enseñado. Sus hombres cubrieron la ciudad como hormigas, matando guardas a diestro y siniestro, los cuerpos se amontonaban en silencio mientras el Imperio no sabía quién les atacaba. Todavía no sabían que tenían un intruso en medio.

Darius corrió a través de la ciudad, directo hacia la entrada delantera, deseando tomar el control de atrás hasta delante. Hizo una señal a sus hombres y todos se detuvieron y se escondieron tras enormes pilares de piedra, todos

aguardando su orden antes de atacar la parte delantera.

Darius se arrodilló allí, respirando con dificultad, observando la parte delantera de la ciudad. Centenares de soldados se desplegaron entre un punto y el otro y él quería que todos se concentraran, para que fuera más fácil matar y tenerlos de espaldas a ellos. Él se arrodilló allí y observó, con esperanza, esperando la señal, el acto final de su plan.

Finalmente, Darius sintió un gran alivio cuando vio exactamente lo que había esperado: una pequeña embarcación flotando apareció de repente flotando en el canal, a través de las puertas de la ciudad, en llamas.

Darius observó que los guardas despertaban de su sueño, todos ellos se reunían alrededor, congregándose cerca de la parte delantera de la ciudad, todos observando asombrados. Todos se juntaron en la entrada y observaron con curiosidad la noche del desierto, preguntándose claramente quién había allí fuera. Esperó y esperó hasta que la multitud fue más grande.

“¡AL ATAQUE!” exclamó Darius.

A una, él y toda su gente atacaron, con las espadas desenfundadas y atacaron a los desprevenidos soldados del Imperio desde atrás, todos ellos distraídos por el barco ardiendo. Los atacaron por detrás, acuchillándoles y apuñalándolos cuando se daban la vuelta. Consiguieron matar a docenas de ellos antes de que estuvieran alerta.

Los soldados del Imperio que quedaban se dieron todos la vuelta, entendiendo que aquello era una invasión. Los cuernos sonaron por toda la ciudad y el temor de Darius se hizo más profundo al saber que la batalla de verdad había empezado.

Centenares de soldados del Imperio, con armaduras completas y armas profesionales, se dieron la vuelta y empezaron a luchar. Los hombres de Darius empezaron a caer.

Darius esquivó un golpe de espada y otro le arañó el brazo y gritó de dolor, su espada cayó de su mano. Pero rápidamente sacó su puñal y se lo clavó a un soldado

en la garganta cuando el hombre se disponía a matarlo.

Darius se agachó y recuperó su espada y, al hacerlo, dio una vuelta y cortó el cuello a otro soldado. Dos soldados del Imperio le atacaron y Darius usó su escudo para parar un golpe después de otro. Finalmente, llegó Desmond y

mató a uno de sus atacantes- y Darius usó la ventaja para lanzarse hacia delante, golpear al otro soldado con su escudo en la cabeza y después clavarle el puñal en el corazón. Pensaba en todos sus compañeros que el Imperio había matado mientras lo hacía.

Muchos de los hombres de Darius cayeron- aunque también cayeron soldados del Imperio y, con cuerpos amontonándose en ambos lados, Darius sentía como si estuviera ganando fuerza. Por lo menos, habían conseguido atacar de verdad una ciudad del Imperio y valerse por ellos mismos con sus fuerzas- y él sabía que solo esto era una hazaña increíble.

Con la parte delantera de la ciudad desprotegida, todos los soldados del Imperio se dirigieron a luchar contra Darius. El tercer y último grupo de soldados de Darius finalmente apareció, como estaba planeado y atacaron en el frente. Todos ellos caminaban a través de las aguas del canal, chapoteando incontroladamente mientras llegaban a suelo seco dentro de los muros de la ciudad y atacaron a los soldados del Imperio desde atrás.

Ahora los soldados del Imperio estaban atrapados entre las fuerzas de Darius por ambos lados y, en ese momento, la fuerza cambió. En todas direcciones aparecieron rápidamente soldados del Imperio y los hombres de Darius los abrumaron con su rapidez y prontitud.

La lucha continuó, el sonido de las espadas en los oídos de Darius, las chispas iluminaban la noche, el sonido de los hombres gritando perforaba el fuerte. A su alrededor, los hombres caían. Sin embargo, todavía luchaban y luchaban, achicando la brecha.

Finalmente, Darius mató a un soldado del Imperio, después de un toma y daca de espadas y escudos especialmente brutal y, al hacerlo, levantó su espada y su escudo para matar al siguiente.

Pero, ante su sorpresa, no quedaba nadie detrás de él: los soldados del Imperio estaban todos muertos.

Darius apenas lo podía creer mientras estaba cerca de las puertas delanteras y se dio la vuelta para mirar hacia atrás, inspeccionando la ciudad. Vio a todos sus hombres caminando por ahí, supervisando los cuerpos del Imperio. Vio una ciudad llena de cadáveres aún calientes, tanto de sus propios hombres como del Imperio, reluciendo bajo la luz de la luna. Una ciudad que finalmente se había quedado en silencio.

Los hombres también se dieron cuenta de ello. De repente, estallaron en un grito de victoria, levantando sus puños y antorchas en alto.

Corrieron hacia delante y abrazaron a Darius, levantándolo a hombros. Darius gozaba con esto, gritaba con ellos, apenas creyéndose que esto había pasado de verdad.

Una ciudad del Imperio estaba en sus manos.

Habían ganado. Realmente habían ganado.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Gwendolyn caminaba a través del Gran Desierto, débil por el hambre, con las piernas temblándole, la piel quemada bajo los implacables soles de la mañana. De algún modo, había sido otro día de caminar durante horas, aferrándose de alguna manera a la vida. Krohn caminaba con dificultad a sus pies, demasiado agotado para quejarse y aquellos más cercanos a ella- Kendrick, Sandara, Steffen, Arliss, Brandt y Atme llevaban a Argon, Aberthol, Illepra y Stara- todavía caminaban también. Sin embargo, muchos de los suyos- demasiados- habían caído por el camino, sus cadáveres llenaban el suelo del desierto, Gwen y los demás estaban demasiado débiles para enterrarlos- demasiado débiles incluso para detenerse. Gwen se encogía de dolor cada vez que otro caía y los insectos aparecían de repente, escapando de quién sabe dónde y cubrían el cuerpo en unos instantes, devorándolo hasta los huesos. Era como si el desierto entero estuviera esperando a que todos ellos cayeran.

Gwen miró hacia el horizonte, viendo el perpetuo polvo rojo allí, buscando en todas direcciones alguna señal de algo.

No había nada.

Se dio cuenta de que la cosa más despiadada, la más cruel del mundo no era ver a un enemigo, o a un monstruo, u otra cosa- sino no ver nada. El vacío. la ausencia de vida.

Era implacable. Para ella, significaba la muerte. La muerte no solo para ella, sino para toda su gente, todos los que había llevado hasta allí.

Gwendolyn seguía caminando, forzando de alguna manera un pie delante del otro. Reunió una fuerza mayor de la que nunca supo que tenía y se obligó a seguir caminando, a ser fuerte, al frente, guiando a su pueblo, como el pastor de un rebaño que ella sabía que nunca encontrarían un hogar. Sus provisiones se habían agotado hacía tiempo, su piel se había secado y su garganta estaba tan reseca que apenas podía respirar. Sin nada en el horizonte, ella sabía que

no les quedaba otra alternativa que la muerte.

Gwen sabía que si estuviera allí sola, hacía tiempo que podría haberse tumbado y se hubiera dejado morir. Hubiera sido más compasivo que esto. Pero el orgullo la obligaba a seguir. Pensaba en los demás, pensaba en su padre y se obligaba a ser fuerte. Pensaba en lo que hubiera hecho su padre. En lo que hubiera esperado de ella.

Mientras andaba y andaba empezó a ver visiones. Tenía flashbacks de otros tiempos, de otros lugares. Parpadeaba y salía de ellos confundida, incluso ya no sabía qué era real, dónde estaba. Las imágenes de su mente estaban empezando a ser más reales que lo que había delante de ella.

Gwen tuvo un flashback de su padre. Lo veía sentado orgullosamente a la cabeza de la mesa del comedor, joven, en la cumbre de su poder, llevando su corona, su túnica, su baraba todavía sin canas, riendo con su risa afable que siempre la hacía sentir bien. En la mesa también estaba sentada su madre, a la derecha de él, sana y feliz, como gwendolyn la recordaba mucho antes de su enfermedad. Allí sentados también estaban sus hermanos y hermanas- Kendrick, gareth, Godfrey, Reece y Luanda- los seis todavía jóvenes, llevándose todavía bien, todos alrededor de la mesa con sus padres, que los miraban.

“¡Este es por vuestra querida madre!” dijo su padre, levantando una copa, riendo, bebiendo su vino, su madre sonreía y se acercó para besarlo.

“Y este es por nuestros queridos hijos- todos y cada uno de ellos dignos de gobernar el reino”, añadió su madre.

“¿Cuándo *seré* Reina?” preguntó Luanda.

Su padre miró a Luanda, que todavía era una niña y rió.

“Solo tienes que esperar, hija mía. Un día serás reina. ¡No tengas prisa!”

Entonces se dirigió a Gwendolyn.

“¿y tú, Gwendolyn?” preguntó, mirándola.

Gwendolyn lo miró y se sonrojó.

“Yo no deseo ser Reina, Padre. Solo deseo ser su hija”.

Su padre bajó la copa despacio y la miró y en sus ojos vio una mirada que nunca olvidaría. Podía ver lo emocionado que estaba, lo mucho que sus palabras significaban para él, cómo le habían llegado directas al corazón. La miró contanto amor, lealtad y admiración que aquella mirada la caló. La había

sostenido, toda su vida.

“Esto ya lo has cumplido, hija mía. Esto y mucho más”.

Una ráfaga de aire caliente azotó a Gwendolyn en la cara y parpadeó, se espabiló, tosió, con polvo en los ojos y en la boca. Con el aliento áspero, se sacó el polvo de los ojos ya que casi se los había pegado, intentando sacárselo a la fuerza. El viento no trajo alivio- sino solo más calor, si era posible. El calor suficiente incluso para arrancarla de un lugar más bonito.

Gwen no deseaba incluso ni mirar hacia arriba, demasiado asustada de no ver nada, de decepcionarse una vez más. Pero se obligó a hacerlo, con la esperanza que esta vez sería diferente, que quizás de algún modo en el horizonte habría algo distante, un lago del que beber, un árbol que diera sombra, incluso una cueva.

Miró hacia arriba, preparada, y deseó no haberlo hecho: no había nada. Una despiadada y cruel nada.

Sin embargo, algo más llamó su atención: miró hacia arriba y vio una sombra repentina cruzaba por encima suyo. Parecía ser la única nube en un cielo despejado y, al principio esto la confundió. ¿Estaba teniendo visiones?

Pero observó como pasaba por encima y estaba segura de que era real y todavía se confundió más. No era una nube, sino una sombra negra, volando por los aires. Iba tan rápida, que apenas pudo distinguir su forma, pero bajó en picado hacia ella subiendo después a la misma velocidad y, mientras parpadeaba al mirar al sol, podía jurar que parecía un demonio.

Un demonio liberado del infierno.

Gwen se giró para seguirlo con la mirada pero, igual de rápido, se fue volando, desapareciendo rápidamente de su vista.

Gwen sintió un escalofrío, sintió como si fuera un presagio de que algo terrible estaba por venir. Cuando se acercó volando hasta ella, tuvo la sensación más terrible, como si hubiera sido maldecida por la criatura.

“¡YA ES SUFICIENTE!” gritó de repente una vez.

Era un grito violento, un grito de desesperación. Gwen la reconoció de inmediato como la voz de un hombre que había perdido la cabeza, que no tenía nada que perder.

Gwendolyn se dio la vuelta, con Krohn a su lado, gruñendo para protegerla y vio a Aslin, dirigiendo a un pequeño grupo de su gente y caragando contra

ella, parecían locos, parecían delirar, tocados por el sol.

“Sería mejor haber muerto en el Anillo, en paz con nuestros padres y ser enterrados en un suelo bueno. Ahora moriremos aquí y no seremos enterrados en ningún sitio. Nos convertiremos en nada que no sea comida para los escorpiones y las arañas. ¡Si tengo que morir aquí, no será antes de matarla a ella primero! ¡La sangre llama a la sangre!”

Desenfundó su espada, el sonido cortó el aire y la levantó en alto.

“¡Matemos a la Reina!” exclamó y soltó un gran grito.

Para sorpresa y horror de Gwendolyn, detrás de él había varios centenares de su gente que le seguían, desenfundando sus espadas, gritando en señal de aprobación, uniéndose a él. Más de la mitad de su pueblos se reunieron detrás de él y empezaron a embestir contra ella.

A Gwen no le quedaba energía para resistirse. Se quedó allí y esperó su destino. Si todo su pueblo la quería muerta, que así fuera. Les daría lo que quisieran. Incluso esto.

Gwendolyn no se sorprendió de que quisieran matarla; estaba más sorprendida de que todavía le quedara tanta energía, de que pudiera correr tan rápido y de que guardara tanta energía para odiarla. Estaba apenas a unos metros de diez metros y se movía tan rápido que los demás, muy aletargados, no tuvieron tiempo de reaccionar. En sus ojos podía ver cuánto la odiaba, cuánto la quería ver muerta. Era como tener un cuchillo clavado en el corazón ver que alguien en este mundo podía odiarla tanto. ¿En qué se había equivocado? ¿No había intentado ser la mejor persona posible para cualquiera?

Gwen pensaba que había sido una buena Reina; había intentado desesperadamente salvar a su pueblo, a cada paso del camino. Incluso se había sacrificado a Andrónico, allá en Silesia, para que los otros pudieran vivir. Había intentado hacerlo todo bien.

Y aún así aquí estaba, así era como había acabado: en medio del Imperio, en medio de una tierra desértica, buscando un Segundo Anillo que probablemente incluso ni existía, separada de su marido, de su hijo. La mayoría de su gente la odiaba, la quería muerta.

Gwen estaba allí con orgullo, frente a Aslin, y se preparaba, sin encogerse, mientras él se acercaba con su golpe mortífero. Levantó la espada con ambas

manos, a pocos metros y empezó a dirigirla directa a su corazón.

De repente, se oyó un sonido metálico. Gwen miró hacia arriba y vio que Steffen daba un paso adelante y paraba el golpe, arrancando la espada de las manos de Aslin, partiéndola en dos y tirándola al suelo. En el mismo momento, apareció Kendrick por el otro lado y atravesó el corazón de Aslin con su espada. Krohn también entró en acción, saltó sobre el pecho de Aslin y hundió sus colmillos en el cuello de Aslin, tirándolo al suelo, matándolo.

Los tres estaban allí delante, los tres se apresuraron a matar a cualquiera que se acercara a ella.

Gwen estaba allí parpadeando, abrumada de amor y gratitud por Steffen, Kendrick y Krohn, los cuales habían salvado su vida, una vez más.

Pero la lucha acababa de empezar. A su alrededor, se levantaban gritos de guerra mientras una rebelde multitud formada por la mitad de su gente se disponía a atacar, incluso sin Aslin, era imposible detener el ímpetu que él empezó. Todos se disponían a atacarla ciegamente, ninguno de ellos pensaba con claridad. como si matarla de algún modo cambiara su apuro.

Sin embargo, al mismo tiempo, la otra mitad de su gente, sobre unos cien, incluidos Kendrick, Steffen, Brandt, Atme y una docena de los Plateados, todos desenfundaron sus espadas para protegerla y atacar a la multitud.

El corazón de Gwen se partió en dos mientras presenciaba cómo empezaba una violenta lucha, hombre a hombre, soldado a soldado, antiguos aliados, antiguos compatriotas, hombres que una vez fueron tan cercanos como hermanos, todos dirigiéndose los unos a los otros. Todos ellos eran grandes guerreros, todos bien combinados, todos yendo golpe a golpe. Se oía el ruido de las espadas bajo el cielo del desierto, mientras se alzaban chillidos y gritos y los hombres se mataban los unos a los otros brutalmente y la sangre corría por el suelo del desierto. Gwen sabía que todos estaban trastocados por el sol y que la mitad de ellos probablemente incluso ya no sabía por qué estaban luchando. Solo querían luchar y, más probablemente, ser asesinados.

Steffen dio un paso adelante y bloqueó las espadas de dos hombres que estaban a ambos lados de Gwendolyn; le hizo un corte a uno en el estómago y después sacó el puñal y apuñaló al otro en el corazón.

Brandt dio un paso adelante, usó su maza con la velocidad de un rayo, parando un golpe que iba para Kendrick, mientras Atme venía a su lado,

balanceó su hacha y mató a un hombre justo antes de que le clavara una espada en la espalda a Brandt.

Krohn saltaba encima de todos los atacantes que se acercaban demasiado a Gwendolyn, matando a más hombres que nadie.

Kendrick se dio la vuelta y paró dos golpes de espada con su escudo, entonces se dio la vuelta y usó su escudo como arma, golpeando a un hombre en la cara, dándose la vuelta después y dando una patada a otro en el pecho, lanzándolo hacia atrás. Cuando volvieron a él por segunda vez, dio un paso al lado y esquivó sus golpes y, a la vez, les hizo un corte en el pecho, matándolos a los dos.

Una lanza cayó de la mano de un soldado muerto y fue rodando hasta los pies de Gwendolyn. Miró hacia arriba y vio que un hombre atacaba a Kendrick por detrás, un hombre al que no pudo ver, y sin pensarlo, reaccionó: cogió la lanza y la arrojó

contra la espada del hombre. El hombre tropezó y cayó, de cara al suelo, a los pies de Kendrick.

Gwendolyn sintió un dolor en el estómago cuando vio caer al hombre, uno de los suyos, muerto con sus propias manos. Era un hombre al que conocía bien, un señor del pueblo de la Corte del Rey, un hombre que en su día fue leal a su padre. Ella sabía que era un día triste para su pueblo. Apenas podía creer que la hambruna, la locura y la desesperación podían conducir a los hombres a tal perdición. Pero sabía que nada podía pararlo. Era como observar una horrible pesadilla desplegarse allí delante. Algún gran mal se había puesto en marcha y no acabaría hasta que todos estos hombres hubieran muerto.

Los hombres se mataban los unos a los otros a diestro y siniestro, el sonido de las espadas parecía no tener fin, hasta que finalmente, en medio de nubes de polvo y luz, se hizo una gran calma.

El mundo pareció detenerse. Gwendolyn echó un vistazo y vio el suelo del desierto lleno de muertos. Ansiaba ver algo moverse, ver vida, algo.

En su lugar, lo único que vio fueron cadáveres.

Gwendolyn miró a su alrededor y se sintió inmensamente aliviada al ver que Kendrick y Steffen estaban vivos todavía, junto a Brandt, Atme, Aberthol, Illepra, Argon, Stara, Arliss, Sandara y media docena de miembros de los Plateados. Y, por supuesto, Krohn.

Pero eso era todo. Varios centenares de los suyos- lo único que quedaba de los exiliados del Anillo- yacían ahora muertos. Ella y aproximadamente una docena de los suyos era todo lo que quedaba.

Gwen apenas podía respirar. Su gente, muerta. Asesinados por ellos mismos.

¿Qué quedaba después de esto? se preguntaba. ¿De qué era Reina ella ahora?

Gwen cayó sobre sus rodillas, agarrándose el pelo y lloró.

Se preguntaba cómo las cosas habían ido tan horriblemente mal.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Thor estaba sentado en la pequeña embarcación mientras navegaban bajo un cielo que oscurecía y con unas nubes que crecían, miraba a los demás y se sorprendía de lo mucho que las cosas habían cambiado. A parte de su grupo de caras conocidas- Reece y Selese, Elden e Indra, O'Connor y Matus- ahora estaba sentada junto a ellos una nueva cara, mirando fijamente, llena de vida: Angel. Para Thor era impactante verla allí sentada con ellos, tener un nuevo miembro en su grupo- una niña, nada menos, que estaba allí sentada sonriendo, muy llena de vida y alegría. Esto contrastaba obviamente con las caras de los demás solemnes y endurecidas.

Thor estaba sentado justo a su lado, no intentaba guardar distancia con su enfermedad- y estaba orgulloso de ver que los demás tampoco lo hacían. Todos la trataban como uno de ellos, como si siempre hubiera formado parte de su grupo, como si no tuviera una enfermedad contagiosa. El mismo Thor estaba lleno de alegría de tenerla aquí. Su felicidad y su alegría por la vida, a pesar de todo lo que había sufrido, le inspiraban. Era un modelo a seguir para él. Vivía como si no tuviera una enfermedad, como si no le pasara nada malo y la inindaba una sensación de libertad., claramente eufórica por dejar la isla. Thor empezaba a ver el mundo a través de sus ojos y todo empezaba a parecerle nuevo también.

Mientras se balanceaban con las olas en el mar y la corriente los llevaba hacia un horizonte que ennegrecía, Thor no podía evitar tener una sensación de falta de rumbo; por primera vez, no tenía ni idea de a dónde iban. Siempre había tenido un claro propósito, sabía exactamente a dónde iba para encontrar a Guwayne. había tenido la seguridad de que lo encontraría en aquella isla. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto? ¿Le empezaban a fallar los sentidos?

Pero ahora, sin Guwayne a la vista y sin pistas claras, Thor no tenía ni idea de a dónde mirar. Mientras iban sin rumbo, sentía como si estuvieran al antojo de Dios, a donde fuera que los quisiera llevar. Y empezó a tener un presentimiento de que nunca volvería a encontrar a Guwayne.

Thor vio las caras de sus hermanos, desolados, traumatizados, todos ellos habiendo pasado mucho y claramente parecía que no tenía ni idea de a dónde quería ir a continuación. Su gente estaba lejos, en un Imperio hostil, si es que

aún estaban vivos. Thor pensó en Gwendolyn y sintió un dolor en el estómago. Quería volver a ella, ayudarla- pero estaba en la otra punta del mundo y todavía no había encontrado a Guwayne.

Thor miró hacia arriba, al cielo, en busca de Lycoples, preguntándose si ella podría ayudar. Pero lo único que vio fueron nubes cada vez más gruesas y ninguna señal del dragón a la vista. El único sonido que oyó fue el aullido cada vez más alto del viento.

“¡Un pez!” gritó Angel encantada y se puso de pie, observando el agua, mientras aplaudía y señalaba con el dedo.

Thor siguió su mirada y vio uno de los muchos peces comunes blancos y azules que habían visto siguiendo la barca durante todos sus viajes, rozando la superficie y después desapareciendo bajo las olas. Thor se maravillaba al ver que aquello le producía tanto placer pero después se dio cuenta de que, al no haber estado jamás lejos de aquella isla, todo debía ser nuevo y emocionante para ella.

Angel examinaba el océano encantada.

“Siempre he deseado ir a cualquier otro lugar”, dijo ella. “A donde fuera. No me importa a donde vayamos, siempre y cuando no volvamos a pisar aquella isla otra vez. Todos ellos, están solo esperando morir”.

“Bueno, puede que nosotros no lo estemos esperando”, dijo Elden, mirando hacia el horizonte, “puede que muramos bastante pronto”.

Todos se dieron la vuelta y siguieron su mirada y el estómago de Thor dio un vuelco al ver lo que les esperaba más adelante. El cielo, soleado por encima de ellos, era completamente negro y espumoso en la distancia. Vio como una sólida pared de agua venía directa a ellos, increíblemente rápida. Era un diluvio, una tormenta enorme y, por momentos, Thor sentía que el viento cada vez era más fuerte y la barca y sacudía la barca con más violencia.

“Necesitamos una barca más grande”, observó Reece.

Thor sabía que debían navegar lejos de aquella tormenta, salir de su camino. Con urgencia, se puso de pie de un salto y empezó a manejar las velas y los demás se unieron a él, algunos subían y bajaban las velas, otros giraban el timón y otros remaban. Todos trabajaban tan duro como podían y consiguieron girar la barca y coger el viento en la dirección opuesta, intentando alejarse de la tormenta. Ya no les importaba en que dirección

fueran- siempre y cuando no fuera hacia la oscuridad.

El viento remontó, navegaban más rápido que nunca, la barca se inclinaba mientras blancos chapuzones iban a su alrededor. E incluso, a pesar de lo rápido que iban, cuando Thor se dio la vuelta y se fijó en el horizonte, vio que la tormenta se les echaba encima. Era un esfuerzo inútil. Las nubes se acercaban a ellos, como un guepardo corriendo hacia ellos.

Thor divisó un mar hostil dirigiéndose hacia ellos, aún más ominoso, olas enormes, suficientemente grandes para aplastar su barca diez veces.

Thor tragó saliva, aquello le producía una mala sensación y miró hacia delante, esperando ver alguna señal de refugio, quizás otra isla y vio hacia donde los llevaba el viento: el destino que tenían delante era incluso más ominoso que el que dejaban detrás. La Espina del Dragón. Estaba justo en su camino y el viento los llevaba directo hacia allí, con el mar espumoso y agitado.

Atrapado entre dos lugares mortíferos, Thor no sabía cuál era peor. Cualquiera podía hacer pedazos su barca fácilmente. Los demás también parecían estar paralizados por la indecisión, todos ellos asombrados por el poder de la naturaleza.

El viento se levantó tan fuerte que Thor apenas podía pensar y sabía que lo inevitable estaba a punto de suceder. Estaban atrapados en algo más grande que ellos y, simplemente, no había nada que pudieran hacer. La suya solo era una pequeña embarcación, pensada como embarcación auxiliar de la barca más grande Gwendolyn- que no estaba pensada para atravesar los mares y, desde luego, no estaba pensada para una tormenta como esta. En efecto, eran afortunados de haber llegado hasta aquí en aquella pequeña embarcación sin encontrarse con una tormenta como aquella antes. Thor se dio cuenta que esta era su primera tormenta verdadera.

Thor observaba cómo la furiosa tormenta estrechaba el espacio, a tan solo cien metros escasos. Más viento y más lluvia empezaron a bombardearles y las aguas empezaban a subir y a caer, olas de siete metros, después de treinta, creciendo cada vez más y después cayendo con la misma velocidad. Thor sentía como si su estómago se desplomara.

El viento se volvió incluso más voliente, rasgando su vela y Thor observó cómo se elevaba hacia el aire y desaparecía. Entendió que debía prepararse

para el impacto.

“¡Agachaos!” exclamó Thor. “¡Tumbaos en cubierta! ¡Agarraos a algo y no lo soltéis!”

Todos siguieron su orden, todos se tumbaron de un salto en cubierta. Solo Angel continuaba de pie, mirando fijamente hacia fuera, fascinada por el cielo, la menos temerosa de todos ellos. Mientras las olas chocaban contra ella, Thor vio cómo empezaba a resbalar y supo que estaba a punto de caer por la borda.

Thor pegó un salto, yendo a parar encima de ella justo cuando una ola impactó contra el borde de la barca. La sujetó contra el suelo, sin soltarla, mientras la ola los llevaba de un lado al otro de la barca.

“¡Sujétate a mí!” exclamó él por encima del viento.

Thor la agarró con todas sus fuerzas, pasando un brazo por encima de su brazo con lepra, sin importarle. Con su otra mano agarraba un palo de madera que estaba asegurado en cubierta.

Después de que esta última ola impactara, su expresión cambió a una de miedo.

“Estoy asustada”, dijo, temblando, mientras otra ola caía sobre ellos.

“No te asustes”, dijo. “Todo va a salir bien. Te tengo. Nada te pasará que no me pase a mí primero. Te lo juro. Te lo juro por todos los dioses”, dijo, hablando más en serio de lo que nunca había hablado en su vida.

Ella le agarró por la cintura, clavándole las uñas en la piel y, al hacerlo, gritó cuando una enorme ola fue a chocar contra ellos. Parecía que su peso iba a aplastarle las costillas a Thor.

Thor de repente sintió que los dos estaban bajo el agua, dando vueltas y más vueltas, muy por debajo de las olas. Vio las caras de todos sus hermanos de armas dando vueltas del revés, una y otra vez, en el agua, mientras él sentía como caía en picado, más y más hacia abajo, incapaz de salir a la superficie.

No podía pensar en nada en todo aquel caos, mientras el agua llenaba sus ojos, sus orejas y su nariz, mientras la presión lo empujaba hacia abajo, en nada más, salvo una cosa: *sujetar a Angel. Pasara lo que pasara, sujetarla.*

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Alistair estaba en la proa del barco, con Erec a su lado, y miraban junto a todos los demás al enorme monstruo que se les echaba encima de todos ellos, gritando, con las mandíbulas totalmente abiertas, dejando al descubierto centenares de filas de dientes serradas y preparándose para engullirlos. Alistair sabía que este monstruo destrozaría su barco, que un golpe de esas garras partiría el barco por la mitad, haciendo que cayeran en picado hacia el furioso océano y se ahogaran- si sus dientes no los cogían primero. Habían ido a parar justo a las mandíbulas de la muerte- y no había vuelta atrás.

Alistair sabía que, si tenían que sobrevivir, se tenía que hacer algo rápidamente. Miró a todos los hombres que había a su alrededor, todos paralizados por el miedo y supo que poca cosa harían, salvo encontrarse con sus muertes. No podía culparlos. No se podía hacer nada. Estaban mirando al destino fijamente a la cara, un monstruo contra el cual un arma no bastaría.

Alistair no quería morir de este modo; aún más, no quería que Erec, a quién quería más que a ella misma, muriera de ese modo. Pensar en perderlo, en no estar juntos, en que muriera aquí, en este barco, con este mar como tumba- y con su hijo en su barriga- era más de lo que podía soportar.

Alistair ceró los ojos, decidida a cambiar su destino, decidida a no aceptar esta muerte y, en ese momento, sintió que el tiempo se congelaba. Sintió cómo todo su cuerpo se calentaba, con el hormigueo del calor, la energía que ya conocía y que crecía dentro de ella en momentos de crisis- el poder que no entendía y que no podía controlar siempre. Sintió que la abrumaba, que se apoderaba de ella, una ráfaga corrió por su cuerpo y le hizo sentir que ella y su cuerpo ya no eran uno.

Por favor, Dios, rogó, sintiendo que Él la escuchaba. Concédeme el poder que me has otorgado. Permíteme detener a esta criatura antes de que nos destroce. Permíteme salvar a toda esta gente. Permíteme salvar a Erec. Permíteme salvar a nuestro hijo.

Alistair sintió que el calor pasaba por sus manos, un calor tan poderoso que apenas podía controlarlo y, de repente, el tiempo corrió a toda velocidad, al abrir los ojos y encontrarse de vuelta en este sitio y este lugar, de vuelta al momento presente.

Miró hacia arriba al monstruo, sin miedo, y levantó las manos por encima de su cabeza. Dirigió las manos hacia la bestia y dejó que la energía saliera a través de ellas.

Alistair observó, maravillada, cómo dos esferas de luz salían volando de sus manos, hacia la criatura. Todo pasó tan rápido, en un abrir y cerrar de ojos, que ella tuvo que sujetarse, ya que las garras de la criatura vinieron directas hacia ella mientras la luz le impactaba con la repentina fuerza de una explosión.

Las esferas iluminaron los oscuros cielos, como un relámpago destelleando en medio de una tormenta y Alistair observó que la mano de la criatura de repente se torcía hacia un lado. En lugar de destruir el barco, el monstruo dio un golpe y golpeó el agua por un lado del barco, evitándolos por poco. Fue un golpe que seguramente los hubiera matado a todos.

La criatura golpeó el agua con tanta fuerza y poder que hizo que una repentina ola se levantara, como una montaña en el agua, provocando una oleada. El agua movida se levantó, incluso más, en una enorme ola, levantando la barca.

Alistair sintió cómo su barca salía disparada de repente por los aires, a unos quince metros, antes de impactar al otro lado de la ola.

Un horroroso chasquido rompió el aire y Alistair echó un vistazo y observó cómo uno de los barcos de su flota impactaba contra el lado equivocado de aquella ola, en las rocas escarpadas de la Espina del Dragón. Se rompió en pedazos, sus hombres gritaban mientras se tambaleaban en el aire e iban a parar al enfurecido mar. Alistair hizo un gesto de dolor cuando centenares de sus hombres encontraban la muerte.

El monstruo, ahora furioso, se dio la vuelta y se fijó en Alistair. Podía ver la furia en sus desalmados ojos, lo decidido que estaba a matarlos. Levantó sus garras con odio y las bajó hacia el barco de nuevo.

“¡Alistair, agáchate!” exclamó Erec, viendo que la bestia se dirigía hacia ella e intentando protegerla.

Pero Alistair la ignoró. No necesitaba su protección; no necesitaba la protección de nadie. Tenía el poder de Dios dentro de ella y ella sabía que el poder de Dios tenía el dominio sobre cualquier criatura del mundo.

Alistair levantó de nuevo los brazos hacia él, dirigiéndolos a la criatura

mientras esta se abalanzaba sobre ella.

Las esferas de luz salieron disparadas y esta vez consiguió desviar las garras de la criatura hacia el otro lado del barco, no tocándolos por poco una vez más y provocando otra enorme ola.

La madera que se rompía y los gritos de los hombres llenaron el aire una vez más y Alistair se giró y vio que otro barco era lanzado por encima de las olas e impactaba contra la Espina del Dragón, aplastando a todos sus hombres y matándolos.

La criatura giró, furiosa, y esta vez apuntó hacia otro de los barcos de Erec, antes de que Alistair se diera cuenta de lo que estaba haciendo. En un instante lo partió en pedazos, su garra fue a parar justo al centro del mismo. Aplastó el mástil y las velas, aplastó la cubierta, rompiéndola en un millón de pequeños trozos. Los hombres chillaron, aplastados bajo su peso, encontrándose con una horrible muerte en los mares de la Espina del Dragón barridos por la tormenta.

Alistair examinó a la bestia, que se dirigía de nuevo a ella; la había subestimado. Era más poderosa de lo que ella se había dado cuenta y, mientras había sido capaz de evitarla, no había sido capaz de detenerla completamente. Sentía que las muertes de aquellos hombres estaban en su cabeza. Nunca se había encontrado con un poder tan fuerte como este.

Los vientos rugían y la tormenta enfurecía, mientras enormes olas seguían mandándolos rodando arriba y abajo por el mar. La criatura, furiosa, se fijó en Alistair y, esta vez, pudo ver la determinación en sus ojos. Ella tampoco se había encontrado con un poder como el suyo nunca.

El monstruo se abalanzó contra ella con todo lo largo y ancho de su cuerpo, con los brazos en alto, tirándose hacia delante, como si quisiera ir a parar sobre su barco con todo el peso de su barriga. La luz que quedaba en el cielo oscureció bajo la sombra de la bestia, mientras caía directa hacia ellos, con todo su peso.

Todos los hombres de su barco gritaban y se encogían de miedo, llevándose todos las manos a la cabeza, encogiéndose, dispuestos a encontrarse con la muerte. Todos excepto Erec, que estaba a su lado con orgullo.

Alistair, sin embargo, no se achicó, no se retractó. Se mantuvo firme y

levantó las manos por encima de su cabeza. Mientras la criatura descendía, ahora apenas a unos metros, reunió todo el poder que había dentro de ella, hasta la última pizca. Una imagen de su madre le vino rápidamente a la cabeza, una imagen de su poder. Vio cómo la luz la rodeaba. Invencible, impenetrable. Ligera.

Sabía que era más que una mujer normal. Era especial. Llevaba un poder dentro de ella pensado para un destino especial, un poder que venía una vez cada generación. Provenía de Reyes y Reinas. Y, sobre todo, estaba infusa con el poder ilimitado de Dios.

Sabía que podía ser más fuerte que esta criatura. Solo tenía que dejar que su poder- todo su poder- se reuniera.

Mientras Alistair levantaba ambas manos, sintió un enorme calor que salía rápidamente de ella y vio una luz amarilla que salía disparada de sus manos, una luz más brillante que cualquiera que jamás hubiera visto. La luz impactó en la barriga de la bestia, justo por encima de ella, y esta se detuvo a medio camino.

Alistair levantó las manos más y más alto, luchando con todas sus fuerzas, sus brazos y codos temblaban mientras intentaba elevarlas.

De repente, Alistair sintió que el poder salía disparado de ella y observaba asombrada cómo la criatura salía volando con un grito hacia el cielo, a cientos de metros, revolcándose, gritando. Se concentró en empujarla hacia el cielo y, mientras lo hacía, mientras volaba más y más lejos, sintió que dominaba a la criatura. Se sentía todopoderosa.

Alistair apuntó con sus brazos y, al hacerlo, la bestia salió volando de lado. Alistair divisó las apruptas rocas de la Espina del Dragón sobresaliendo hacia el cielo y dirigió a la criatura hasta que estuvo justo encima de ellas- entonces, de repente, echó sus brazos hacia atrás con todas sus fuerzas.

La criatura cayó en picado, moviendo brazos y piernas, directa hacia las puntas escarpadas de la Espina. Alistair siguió tirando hacia abajo, abajo hasta que la bestia impactó con las afiladas rocas, atravesada de pies a cabeza por la Espina del Dragón.

El monstruo yacía allí, grotesco, inmóvil, ríos de sangre goteaban de él hacia el mar.

Muerto.

Alistair sintió cómo Erec y los demás se giraban todos y la miraban sorprendidos. Ella estaba allí, emblando, exhausta por el esfuerzo y Erec se acercó a su lado y la rodeó con el brazo.

Ahora estaban cerca del final de la Espina del Dragón, el cielo azul claro justo enfrente de ellos y otra ola enorme más levantó su barco y, esta vez, en lugar de echarlos hacia atrás, los propulsó hacia delante, hacia un mar tranquilo de cielos soleados.

Todo estaba en calma cuando el viento se detuvo, las olas se calmaron, los barcos se enderezaron.

Alistair miró hacia arriba con descrédito. Lo habían conseguido.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Luptius estaba sentado a la cabeza de la mesa del Gran Consejo, en el centro de las Altas Cámaras de la Capital del Imperio, un inmenso edificio de mármol circular construido con granito negro brillante, enmarcado por cien columnas y miraba fijamente con asco a los Asesores del Gobierno, todos hombres jóvenes y estúpidos. Este no era el Gran Consejo que él conoció una vez, el que había consolidado el Imperio hacia el poder y la crueldad, el que unca había permitido los conflictos que habían surgido dentro del Imperio durante las pasadas lunas. Tenía un humor de perros y estaba preparado para soltarlo sobre alguien.

Estaba sentado en este edificio, con la intención de suscitar miedo y miró a los representantes de los Seis Cuernos del Imperio sentados alrededor de la mesa, hombres formidables de casi cada raza del Imperio. Había gobernadores de regiones, comandantes de ejércitos, todos ellos representando colectivamente a decenas de millones de ciudadanos del Imperio e incontables provincias. Luptius examinaba las caras de una en una, reflexionando sobre todas sus palabras y opiniones, que habían salido durante horas en esta reunión interminable. Traían informes de cada rincón del Imperio. La reacción en cadena desde la muerte de Andrónico y después la muerte de Rómulo, todavía se estaba extendiendo hacia las provincias; la lucha por el poder y los conflictos internos no cesaban nunca. Él sabía que esto es lo que suponía tener un Imperio sin un líder supremo vivo.

Vinieron informes del millón de hombres de Rómulo, todavía ocupando el Anillo, ahora sin líder, sin propósito, causando el caos; llegaron informes del asesinato de Rómulo a manos de Volusia; informes del nuevo ejército de Volusia, de su intento de golpe de Estado. Todo esto llevó a la disputa, ninguno de estos hombres se decidía por un plan de acción y todos ellos rivalizaban por el poder. Luptius sabía que todos ellos querían suceder a Rómulo. Esta reunión era tanto una subasta por el poder como un informe del estado del Imperio.

Continuaban las discusiones sobre cuándo debían celebrarse las elecciones, si los comandantes militares debían gobernar, sobre qué provincia debía tener más poder- incluso sobre si la capital debía cambiarse.

Luptius escuchaba todo aquello pacientemente; en el aire había habido una sensación mucho más democrática y él la había fomentado. Después de todo, Andrónico y Rómulo habían sido unos tiranos y este Gran Consejo había tenido que ceder ante ellos y otorgarles cada deseo. Ahora, con ellos muertos, Luptius disfrutaba de la libertad, disfrutaba de no tener ni a un solo líder controlador. Era más bien un caos controlado.

Sin embargo, todos ellos miraban hacia Luptius para que los presidiera. Como el mayor del grupo, con casi ochenta años, con una calva de un amarillo apagado indicativo de su edad, no aspiraba a ser comandante. Prefería tirar de los hilos detrás de la escena, como había hecho toda su vida. Había un viejo dicho del Imperio, según el cual vivía: los Comandantes Supremos vienen y van- pero las sillas del Consejo gobiernan para siempre.

Luptius esperó a que toda la discusión se apagara, dejando que aquellos hombres jóvenes estúpidos estuvieran fuera de sí, toda su discusión giraba en torno a qué hacer con Volusia. Esperó hasta que al final, sin solución, todos se giraron hacia él.

Cuando estuvo preparado, se aclaró la garganta y los miró a todos a los ojos. Él sabía que no había peor agresión que el silencio; su conducta calmada era más desconcertante para todos ellos que las órdenes del general más violento. Cuando por fin habló, fue con la voz de la autoridad.

“Esta chica joven que cree que es una diosa”, dijo, “Volusia”. Matar a unos cuantos hombres no la convierte en una amenaza para el Imperio. Olvidáis que tenemos millones de hombres a nuestra disposición”.

“Y aún así no tenemos a nadie que los guíe”, contestó uno de los asesores ominosamente. “Quiero pensar que es más peligroso tener a miles de hombres tras un líder fuerte que millones de hombres sin él”.

Luptius negó con la cabeza.

“Los soldados del Imperio seguirán y ejecutarán las órdenes del Consejo Supremo como han hecho siempre”, dijo, sin hacer caso de aquello. “Saldremos a su encuentro en el campo, detendremos su estúpido avance antes de que se acerque más”.

Los hombres lo miraron, con la preocupación en la mirada.

“¿Cree que esto es acertado?” preguntó un asesor. “¿Por qué no la obligamos a marchar hacia la capital? Aquí tenemos las fortificaciones de la

ciudad y un millón de hombres fuertes para guardarla. Allá fuera, nos reuniremos con ella bajo sus condiciones”.

“Esto es precisamente lo que haremos, porque esto es lo que ella no espera. Tampoco esperará la oferta de paz de nuestro convoy”.

La habitación quedó en silencio mientras todos los hombres lo miraban atónitos.

“¿Paz!? preguntó uno de ellos enojado.

“Acaba de decir que no había nada por lo que temerla”, dijo otro. “¿Entonces por qué debemos ofrecerle la paz!?”

Luptius sonrió, enojado e impaciente por la estupidez de todos aquellos hombres.

“He dicho que le *ofreceremos* la paz”, explicó. “No dije que se la daremos”.

Todos lo miraron, confundidos. Luptius respiró profundamente, enojado.

Siempre iba un paso por delante de este consejo- y esto era por lo que ninguno de ellos

era adecuado para ser Comandante Supremo.

“Nos encontraremos con Volusia en el campo y mandaremos un convoy para

ofrecerle una tregua. Yo mismo lo lideraré. Cuando venga a hablar de las condiciones, la

rodearemos y la mararemos”.

“¿Y cómo se las arreglará para hacer esto?” preguntó uno de ellos.

“El comandante de su ejército ha sido comprado. La traicionará. Le he pagado

demasiado bien para que no lo haga”.

Un grueso silencio cayó sobre la habitación y podía sentir que los demás estaban impresionados. todos lo miraban ahora, escuchando atentamente cada una de sus palabras.

“Antes de que termine mañana”, concluyó Luptius, sonriendo ante el pensamiento, “la cabeza de esa joven estará en una pica”.

CAPÍTULO TREINTA

Godfrey estaba reclinado en una lujosa butaca de seda, en un balcón hecho de oro, donde una multitud de sirvinetes lo abanicaban y le daban de comer y él se maravillaba de lo mucho que su papel había cambiado. Solo unas horas antes había estado encerrado en una celda apestosa, sobre un suelo de barro, rodeado por una genta a la que lo matarían con la misma facilidad con la que lo mirarían. No había habido salida, ninguna propuesta ante él que no fueran la muerte y la tortura- la muerte, si tenía suerte y la tortura si no la tenía. Parecía que nunca iba a levantarse de nuevo.

Y aún así aquí estaba, en una resplandeciente villa hecha de mármol y oro, en un lujoso balcón posado al lado del mar, admirando una de las vistas más espectaculares que jamás había visto. Ante él había un puerto reluciente con barcos relucientes y, a sus pies, las olas del océano rompían por debajo de ellos. A Godfrey le servían una fina exquisitez tras otra y él y Akorth, Fulton, Merek y Ario se estaban atiborrando.

Godfrey se echó hacia atrás y eructó al terminarse su primer saco de vino, bañando un manjar de carne de venado, caviar y frutas exóticas. A su lado, Akorth todavía untaba otro trozo de pan con la mantequilla más suave que jamás había probado y se zampó una barra entera él solo. Godfrey había olvidado el hambre que pasó- no había comido bien en días. Y esta era la comida más buena que jamás había probado.

Godfrey estaba reclinado en su silla de seda, reposando los brazos en los dorados y delicadamente grabados brazos de la silla y miraba a sus captores con curiosidad. Sentados frente a él, sonriendo, al otro lado del balcón, estaban sentados media docena de Finianos, sentados en sillas igualmente lujosas, observándolos. Ninguno de ellos comía o bebía. Ninguno de ellos lo necesitaba: Godfrey estaba seguro de que tenían esta abundancia de comida cada día de sus vidas y, para ellos, este bufé de exquisiteces era una rutina. En cambio, estaban sentados tranquilamente, con una sonrisa en sus rostros y parecían entretenidos al estudiar a Godfrey y a sus amigos.

Godfrey se preguntaba qué pensarían de ellos. Se dio cuenta de que debían parecerles una visión lamentable. Godfrey apenas era el modelo de un brillante guerrero y Akorth y Fulton estaban en mucha peor forma que él, ambos con

sobrepeso, comiendo lo suficiente como para satisfacer a un caballo y bebiendo dos veces más. Merek, con su cara llena de cicatrices y sus ojos saltones, claramente parecía un criminal, con los ojos mirando a todas partes, parecía que iba a robar la plata de debajo de la mesa. Y Ario tenía la apariencia de un chico que se había alejado de casa de su abuelo y se había perdido en algún lugar.

“Debo decir que soy el grupo de héroes más lamentable con el que me he encontrado”, dijo su líder sonriendo. Este hombre, que se presentó como Fito estaba sentado en el centro y estaba claro que todos le guardaban respeto. Godfrey se preguntaba qué haría con aquellos Finianos; nunca se había encontrado con nadie que se les pareciera. Estaban allí sentados, perfectamente en paz, con enormes ojos brillantes color avellana, brillante pelo rojo, la piel demasiado pálida y pecas pálidas. Su pelo era lo que más llamaba la atención. Era tan brillante y lo llevaban tan alto, que para Godfrey era difícil concentrarse en otra cosa. Llevaban túnicas de un rojo brillante y sus largos y delgados dedos pálidos sobresalían al final, como si las túnicas fueran demasiado largas para ellos, apenas se veían las puntas de los dedos.

Por encima de todo, Godfrey podía ver en sus rostros que aquellos hombres eran ricos. Malcriados. Nunca había conocido a nadie- incluso ni a reyes- que fuera más rico. Alguna cosa en su presencia, una sensación con derecho, que no le dejaba lugar a dudas de que estos hombres eran *espectacularmente* ricos. Y, lo que daba más mal agüero, siempre conseguían lo que querían.

De algún modo, enfrentarse a estos hombres todavía daba más miedo que enfrentarse a caballeros o reyes. Godfrey percibía una desgana en su manera de actuar, una cierta apatía, como si pudieran matar a un hombre con una sonrisa sin ni siquiera sudar. Él sabía que los hombres así hablaban flojito y normalmente decían todas las palabras en serio.

“Y el más hambriento”, interrumpió Akorth. “Esta carne está deliciosa. ¿Tenéis más?”

El líder hizo una señal con la cabeza y un sirviente le trajo otra fuente a Akorth.

“No somos héroes”, dijo Fulton. “Ni tan siquiera somos guerreros”.

“Solo somos plebeyos”, dijo Akorth. “Siento decepcionaros”.

“Excepto, por supuesto, Godfrey”, dijo Fulton. “Él es de la realeza”.

El líder Finiano se dio la vuelta y examinó a Godfrey, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa y Godfrey notó cómo se sonrojaba; odiaba que le llamaran así.

“¿Tú eres de la realeza?” preguntó el líder.

Godfrey encogió los hombros.

“A decir verdad, mi padre no me veía de esta manera, aunque de hecho soy su hijo- aunque el hijo con menos aspiraciones, el hijo que nunca estuvo destinado al trono. Supongo que nada de esto importa ahora. Mi reino está lejos, al otro lado del mar, y está hecho cenizas”.

Fitus lo estudió e hizo una amplia sonrisa.

“Me gustas, Godfrey, hijo de MacGil. Eres un hombre honesto. Un hombre humilde. Esto es algo excepcional en Volusia. También eres un hombre oado e insensato-y, debería añadir, un hombre estúpido. ¿De verdad pensabas que llegarías a Volusia y conseguirías tus objetivos? Parece incluso ingenuo viniendo de un hombre de tu posición.

Godfrey encogió los hombros.

“Te sorprenderías de lo que la desesperación puede hacer con el juicio de un hombre”, respondió. “Es mejor intentarlo que enfrentarse a una muerte segura, ¿no crees?”

Fito asintió lentamente en respuesta.

“Es admirable que escogieseais luchar por los esclavos”, dijo, “emprender una causa que no sea la vuestra propia”.

“Me gustaría declararme a mí mismo tan altruista”, respondió, “pero a decir verdad, mi señor, era una causa compartida. Nosotros también deseamos sacarnos de encima el yugo del Imperio y, si hubieran masacrado la aldea esclava, con toda seguridad habiéramos sido los siguientes. Simplemente elegí tomar una acción preventiva en lugar de esperar a luchar en una batalla que no podíamos ganar”.

“No es que él luchara mucho”, añadió Akorth, con un eructo.

“O que hubiera ganado de todas maneras”, interrumpió Fulton.

Fito sonrió, mirando de ellos a Godfrey.

“A pesar de todo”, dijo Fito, “fuiste valiente y tu causa era noble- por muy egoísta que hubiera sido y a pesar de lo torpes que fuisteis con ella. ¿De

verdad pensasteis que comprando a las personas adecuadas protegeríais a vuestro pueblo de la fatalidad?”

Godfrey encogió los hombros.

“A mí me ha funcionado en el pasado. En mi opinión, todo el mundo puede ser comprado”.

Fito sonrió.

“Está claro que no conoces a los Finianos”, dijo. “Somos la raza más rica del Imperio. ¿Crees que unos pocos sacos de oro nos impresionarían? Este balcón en el que estás vale mil veces tus sacos de oro”.

Godfrey miró a su alrededor, vio el sólido oro por todas partes, reflejándose a la luz de forma brillante y se dio cuenta de que, en efecto, era así. Tenía razón.

“Supongo que no caí en la extrema riqueza de los Finianos”, dijo Godfrey.

“Y eso que las riquezas de los Finianos son legendarias”, dijo él. “Tu problema es que atacas a un pueblo, una región, de la que no sabe nada. No sabes nada de nuestra gente, nuestra cultura, nuestra historia. Por ejemplo, probablemente diste por sentado que todos los Volusianos libres eran de la raza del Imperio y todas las demás razas estaban esclavizadas. Sin embargo aquí estamos, los Finianos, una raza de humanos, libres, independientes e incluso más poderosos que la Reina. Probablemente no sabías que la misma líder de Volusia es humana. Somos un pueblo de muchas contradicciones”.

“No, no lo sabía”, dijo Godfrey sorprendido.

“Este es el problema que surge de la ignorancia. Debes conocer bien a tus enemigos si te quieres arriesgar a atacarlos”.

Fito tomó un sorbo del tea que un criado le sirvió en un refinado plato de oro y Godfrey estudió al hombre, haciéndose preguntas. Era más inteligente de lo que Godfrey había imaginado.

“Bien, me disculpo por no leer historia antes de entrar en vuestra ciudad”, dijo Godfrey. “Pero realmente no tenía ganas de convertirme en un erudito- solo quería salvar mi vida. Quizás incluso pillar un saco de vino o una mujer al azar.

El líder de los Finianos hizo una amplia sonrisa.

“Eres un hombre interesante, Godfrey hijo de MacGil”, dijo lentamente, analizándolo. Tienes la apariencia de ser gracioso, descarado, impetuoso,

incluso estúpido. Sin embargo, al observarte puedo ver que no eres nada de eso. Bajo tu fachada eres un hombre serio- quizás tan serio y fingido como tu padre”.

Godfrey lo miró sorprendido, levantando las cejas.

“¿Y por qué ibas a saber algo de mi padre?”

Fito sonrió y negó con la cabeza.

El Rey MacGil, el sexto de los Reyes MacGil. Empezó su reinado hace veintitrés años y nombró a su segunda hija más mayor Gwendolyn heredera, saltando por encima de Luanda, Kendrick, Godfrey, Reece y tú mismo. Un movimiento que los sorprendió a todos ellos”.

Godfrey lo miró fijamente, boquiabierto ante el conocimiento de este hombre.

“¿Cómo sabes tanto sobre mi familia?”

Fito hizo una amplia sonrisa.

“Al contrario que tú, estudio bien a mis enemigos”, respondió. “No solo a los cercanos, sino también a los de fuera. Lo sé todo sobre tu familia- probablemente más de lo que tú sabes. Sé lo que pasó hace cuatro generaciones, cuando tu tatarabuelo abdicó el trono. Pero no te aburriré con los detalles. Ya ves que los Finianos somos meticulosos. El conocimiento es nuestro oficio. El conocimiento es nuestra arma. “¿Cómo crees sinó que hubiéramos sobrevivido aquí, en un Imperio hostil, en medio de una raza hostil, durante nueve generaciones? Las Reinas de Volusia vienen y se van- sin embargo, nosotros los Finianos siempre estamos aquí. Y mientras vagamos a la sombra siempre hemos sido más poderosos que las Reinas”.

Godfrey los estudió a todos ellos con un nuevo respeto, viendo la sabiduría en todos ellos, viendo que todos ellos eran supervivientes. Como él. También tenían cierto cinismo, una cierta crueldad que él podía entender.

“¿Entonces por qué te tomas las molestias conmigo?” preguntó Godfrey finalmente. “Mi oro no te puede comprar. Y ya sabes más sobre mí de lo que yo te pueda contar. ¿Por qué no nos dejasteis a merced del Imperio?”

Fito rió, con un sonido ligero, afilado y peligroso.

“Como he dicho, me gustas, Godfrey hijo de MacGil. Me gusta tu causa. Y, más importante, necesito tu causa. Necesitamos tu causa. Y esto es por lo que estáis aquí”.

Godfrey lo miró fijamente, perplejo.

“Os hemos estado observando desde el momento que entrasteis a la ciudad”, dijo. “Por supuesto, nadie entra por estas puertas sin que nosotros lo sepamos. Os dejamos entrar. Queríamos ver dónde iríais, qué haríais. Vimos cómo guardabais el oro. No lo cogimos porque queríamos ver qué hacíais con él. De hecho, fue muy entretenido veros escapar. Cuando tuvimos suficiente, os trajimos aquí. No podíamos dejar que os mataran porque os necesitamos- tanto como vosotros nos necesitáis”.

Godfrey lo miró fijamente sorprendido.

“¿Cómo es posible que *nos* necesitéis?” preguntó.

Fitus suspiró, se dio la vuelta y miró a su gente y ellos asintieron en silencio.

“Digamos que tenemos cierto propósito en común”, continuó. “Queréis derrocar al Imperio. Queréis liberar a vuestros esclavos. Queréis la libertad para vosotros. Probablemente incluso queréis volver al Anillo. Lo entendemos. Nosotros también queremos la raza del Imperio muerta”.

Godfrey se quedó boquiabierto, con los ojos abiertos como platos, preguntándose si hablaban en serio.

“Pero vivís en paz con ellos”, dijo. “Tenéis el control, como decís. Tenéis todo el poder”.

Fito suspiró.

“En el presente, es así. Sin embargo, las cosas están cambiando. No me gusta lo que veo para el futuro. El Imperio se está envalentonando demasiado; su raza está creciendo con fuerza. Hay una nueva generación del Imperio, una generación que no nos respeta como lo hicieron sus padres; sienten más y más que los Finianos somos una reliquia de otros tiempos, que somos prescindibles. Cada vez más y más se promulgan humillaciones contra nuestro pueblo. No deseamos despertar de aquí a cinco años y descubrir que nuestra raza ha sido ilegalizada, encarcelada por esta atrevida nueva generación del Imperio. Nos gusta mucho nuestra posición de riqueza y poder y no queremos verla perturbada”.

“¿Y qué me decís de Volusia?” preguntó Godfrey. “¿No usará su ejército para machacar la revuelta?”

Fito suspiró.

“Verás, Godfrey hijo de MacGil”, concluyó, “Nosotros somos conservadores egoístas, igual que tú. No somos héroes, igual que tú. La única cosa a la que los Finianos somos leales es a la supervivencia”.

Godfrey lo iba asimilando todo, haciéndose preguntas.

“¿Entonces qué es exactamente lo que me pides que haga?” preguntó Godfrey.

“Te pido que hagas exactamente lo que partista a hacer: derrocar el Imperio. Ayudar a tus esclavos- y a nosotros- a ser libres. Con el Imperio muerto y los esclavos en el poder, Volusia será la primera y única ciudad libre del Imperio. Nosotros los Finianos preferimos compartir el poder con los esclavos que con el Imperio. Tú actuarás como nuestro intermediario, les contarás a los esclavos el papel crucial que jugamos para asegurarles la libertad y te asegurarás de que todos nosotros vivimos en paz y armonía, con los Finianos, por supuesto, tomando una posición primaria en el poder. Sois un socio que podemos respetar. Un socio en el que podemos confiar”.

Godfrey rebosaba de optimismo al oír sus palabras, sintiendo, por primera vez desde que entró en esta ciudad, que podría haber esperanza para su pueblo después de todo.

Fito asintió con la cabeza y uno de sus hombres le pasó una pluma y un pergamino.

“Escribirás una carta al líder de los esclavos, Darius” añadió. “Con tu propia letra, una letra que, al contrario que la nuestra, pueden reconocer y en la que pueden confiar. Le vas a contar nuestro plan y le vas a pedir que siga nuestras instrucciones. Enviaremos esta carta tan pronto acabes con el próximo halcón. Lo encontrará en su campamento, a tiempo para esta noche.

“¿Y cuáles son estas instrucciones?” preguntó Godfrey con cautela.

“Esta noche, mataremos a todos los soldados del Imperio en la puerta trasera de la ciudad”, dijo. “A nuestra señal, las puertas de la ciudad se abrirán para que Darius guíe a sus hombres hasta dentro. Le dirás que esté aquí esta noche y espere nuestra señal. La ciudad será suya. Y tú, Godfrey hijo de MacGil, serás el héroe que hizo que todo sucediera”.

Godfrey estaba entusiasmado con la idea, pensando en él, por primera vez, como un verdadero héroe.

Fito se puso de pie, como hicieron todos sus hombres, y le tendió la mano.

Godfrey se levantó y se la dio y los pálidos dedos del Finiano eran fríos como el hielo al tocarlos, como darle la mano a un cadáver.

“Enhorabuena, Godfrey hijo de MacGil”, dijo. “Esta noche la ciudad será tuya- y tu gente será libre”.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Erec estaba arrodillado al lado de Alistair a un lado del barco, cogiéndole la mano mientras ella estaba tumbada en un montón de pieles, atendida por varios curanderos. Le pasó una mano suavemente por la cara, húmeda por el sudor frío y le echó el pelo hacia atrás, lleno de preocupación. Le apretó la mano, abrumado de gratitud hacia ella; una vez más, le debía la vida. Sabía que era poderosa- pero no tenía ni idea de que poseyera poderes como este. Se habían enfrentado a una muerte segura y cruel a manos de aquel monstruo y era solo gracias a ella que habían sobrevivido.

Ella abrió los ojos, sonriéndole débilmente, con los ojos llenos de amor y agotamiento.

“Amor mío”, dijo él. “¿Estás bien?”

“Estoy bien”, respondió con voz débil.

“No parece que estés bien”.

Ella negó ligeramente con la cabeza.

“Solo estoy agotada por haber usado mis poderes”, dijo ella. “Mi fuerza volverá a mí. Solo necesito tiempo. Tiempo y descanso”.

Él asintió aliviado.

“La tuya fue la muestra de poder más grande que he visto”, dijo. “Todos nosotros conservamos la vida gracias a ti. Mereces descansar durante un año”.

Alistair sonrió.

“Lo volvería a hacer mil veces más, mi señor”, dijo ella.

“Igual que yo caminaría a través del fuego por ti”, dijo él. “Salvarme la vida se empieza a convertir en un hábito. ¿No se supone que es al revés? Tendrás que darme alguna oportunidad, mi señora. Después de todo, un hombre necesita saber que es un hombre”.

Ella hizo una sonrisa más amplia.

“Tenemos una larga vida juntos, si tú lo eliges”, dijo ella. “Habrá suficientes oportunidades”.

“¿Si lo elijo?” dijo él. “No podría elegir otra cosa. Ni tan solo es una elección. Tú y yo estaremos juntos hasta el fin de nuestros días. Nada nos separará- te lo juro”.

Erec se inclinó y la besó, y ella lo besó a él, Alistair aún se veía preciosa,

incluso en este estado de agotamiento.

“Te querré para el resto de mi vida”, dijo él.

“Y yo a ti, mi señor”, dijo ella.

Pudo ver cómo cerraba los ojos de nuevo y decidió que era mejor dejarla descansar.

“Duerme, mi amor”, dijo, besándola una última vez y, a continuación, se puso de pie.

Erec se levantó, se giró y, mientras Strom se acercaba a su lado, examinó a todos sus hombres alrededor del barco con satisfacción. En el aire había un sonido diligente, martillos, yunques, hombres gritando instrucciones, el crujido de la madera, velas que se levantaban. Todos ellos trabajaban duro, reparaban el mástil, los remos, las barandas, de todo el daño causado por la Espina del Dragón. Los soles brillaban, las aguas no podían estar más en calma y Erec navegaba, por fin, con una gran sensación de paz. Habían sobrevivido a lo peor: nada en este océano podía albergar peores miedos.

Erec caminó hacia proa, con Strom a su lado, y miró hacia el horizonte, apoyando sus brazos en la baranda. Miró tras ellos y vio cómo, en el horizonte, se desvanecía la Espina del Dragón, se veía tan pequeña, tan inofensiva desde aquí. Divisó los restos de sus barcos achafados contra ella y, por supuesto, los restos del cuerpo del monstruo, todavía atravesado. Negó con la cabeza con tristeza al pensar en todos los hombres buenos que había perdido.

Sin embargo, Erec también echó un vistazo a los barcos de su flota que quedaban, los barcos que quedaban de la flota de Krov, quién navegaba a su lado y se animó al pensar que tantos de sus hombres habían sobrevivido. Ahora no había nada en este tramo de mar entre ellos y las orillas del Imperio.

“¿Esperas que tendremos más enfrentamientos como este?” preguntó Strom.

Strom estaba allí y Erec podía ver que aquello había afectado a su hermano pequeño; la firme confianza de su hermano se había encontrado con su primer reto verdadero en la vida. Erec, un veterano en demasiadas batallas, entendía el sentimiento.

“Nunca se sabe, hermano”, respondió tras un medido silencio. “A menudo, las más grandes guerras se libran *de camino* a la guerra”.

“*Aquello* fue una guerra”, dijo Strom.

Erec asintió.

“En efecto lo fue”.

Aerec todavía le venían a la cabeza imágenes de aquella horrible criatura echándoseles encima, sus dientes, su rugido, su chillido. Intentó bloquear de su mente los gritos de sus hombres, destrozados contra aquellas rocas en la Espina del Dragón, la visión de las enormes olas impactando contra ellos una y otra vez.

Cerró los ojos y se los sacudió. Tenía que continuar. No le quedaba elección en la vida que no fuera continuar y estaba decidido a guiar a sus hombres.

“Quiero mostrarte algo”, dijo Strom y Erec espabiló y lo siguió por la cubierta.

Erec siguió a Strom a través del barco, hacia la parte de atrás, todos los hombres le abrían paso y lo saludaban con respeto mientras pasaba. Strom se detuvo en la baranda lateral y señaló al horizonte.

“Aquellas rocas”, dijo. “¿Por qué nuestro camino nos lleva tan cerca de ellas?”

Erec echó un vistazo y, en la distancia, vio unas enormes rocas que sobresalían, levantándose del agua, a unos nueve metros y se extendían a lo largo de más de un kilómetro en todas direcciones.

“No navegaremos hacia ellas, hermano mío” dijo Erec. “Las pasaremos a unos casi cien metros”.

“Y aún así”, respondió Strom, “esta no parece la ruta más directa hacia el Imperio. Deberíamos navegar más al noreste que justo al este”.

Erec se giró y observó la flota de Krov, a su lado y ligeramente por delante, guiando.

Krov conoce esta agua mejor que nadie”, dijo Erec. “Lo seguiremos, como hemos hecho desde el principio”.

“Y aún así nuestros mapas muestran otra cosa, mi señor” dijo Strom.

Erec frunció el ceño, sorprendido.

“Puede que nos haga rodear algún escollo poco profundo”, dijo Erec, “o algún otro peligro que no se ve. Él conoce esta agua. Nuestro Padre confió en él para que lo guiara y nosotros también debemos hacerlo. Los mapas no

siempre te cuentan la historia entera”.

Erec, sin embargo, ahora estaba intrigado e indicó a sus centinelas que hicieran señas a la flota de Krov.

Erec miró a través de las aguas y vio a krov en la proa de su barco, dirigiendo su pequeña flota. Estaba quizás a menos de cincuenta metros y tal como les indicaron los hombres de Erec, se acercaron.

Erec se inclinó sobre el barandal cuando ellos estaban a una distancia que podían oír sus gritos.

“Tu barco parece estar peor”, exclamó Erec con una sonrisa.

Krov le sonrió.

“Esto es lo que te dan los años de piratear”, dijo. “Ya estaban erosionados desde el principio y no creo que pudieran tener peor aspecto. Debería haberme imaginado que seguirte durante un día les podría hacer esto”.

“¿Estamos navegando en la dirección correcta?” exclamó él.

Krov dudó, sorprendido, mientras miraba hacia atrás.

“¿Dudas de este viejo marinero?” exclamó, al parecer ofendido. “¿Estás mirando los mapas? No les hagas mucho caso. Hay rocas a poca profundidad más adelante. Si los hubiéramos seguido y hubiéramos seguido recto, tus barcos estarían probablemente en el fondo del mar ahora mismo”, dijo con una sonrisa picarona.

Erec, sintiéndose calmado, miró hacia Strom, el cual asintió con la cabeza, claramente más tranquilo también.

Los dos hermanos se dieron la vuelta y se dirigieron hacia proa.

“Hace un día claro y tranquilo, hermano mío”, dijo Erec, agarrándole el hombro. “Intenta relajarte. Este ha sido siempre tu problema: te preocupas demasiado”.

“Cuando llegemos al Imperio”, dijo Strom, estudiando el horizonte, “quiero ser el primero en la batalla. Voy a matar al primer hombre que venga a ti. Tú puedes matar al que venga a por mí- tal y como se hacía en tiempos de nuestro padre. O puedes quedarte atrás y dejar que yo los mate a ambos”, añadió con una sonrisa.

Erec rió, contento al ver que Strom había vuelto a su naturaleza segura.

“¿Por qué no te dejo que luches tú solo contra el Imperio entero?” dijo Erec.

Ahora fue Erec el que rió.

“Ahora esto sería una buena idea. ¿Cuántos soldados del Imperio crees que podría coger con este...?”

De repente, un grito que cortaba el aire los interrumpió.

“¡AHÍ DELANTE!”

Erec se dio la vuelta, volviendo a la realidad, y miró hacia arriba al mástil; mucho más arriba, sentado encima del mástil, estaba el centinela, señalando y gritando.

Erec, alarmado por el tono del centinela, se dio la vuelta y miró hacia el horizonte, perplejo, sin ver nada. Había una neblina en el horizonte y, Erec observó que empezaba lentamente a levantarse.

Erec se quedó atónito al ver un centenar de enormes barcos del Imperio, fácilmente identificables por sus brillantes banderas negras y doradas, saliendo de detrás de las rocas. Miles de arqueros del Imperio estaban en el borde del barco y sus flechas apuntaban hacia su flota, con las puntas encendidas. Erec sabía que al mínimo gesto de su comandante, su flota entera sería destruida.

Estaban demasiado cerca para escapar y Erec, de repente, se dio cuenta con pánico de que les habían tendido una trampa. No había opciones posibles: no podía correr y no podía luchar sin asegurarse una muerte segura a todos sus hombres. El Imperio había sido más listo que ellos y estaban a su merced, sin ninguna otra opción que la rendición.

Erec se giró hacia Krov, inmediatamente preocupado por él, sintiéndose culpable por haberlo llevado también hacia una trampa del Imperio.

Sin embargo cuando Erec se giró hacia Krov, estaba confundido: Krov no parecía asustado, o sorprendido, como Erec hubiera esperado. En cambio, Krov hizo una señal con la cabeza al comandante del Imperio, quien le correspondió con otro gesto intencionado. Aún más estremecedor era que ninguna de las flechas del Imperio iban dirigidas al barco de Krov; todas apuntaban hacia el de Erec.

Entonces es cuando lo entendió: Krov había preparado todo aquello, los había llevado hasta aquí, hasta este lugar vulnerable detrás de las rocas. Los había traicionado.

La barca de Krov se deslizó hasta ponerse al lado del barco del Imperio y

Erec observó cómo un saco de oro tras otro eran lanzados por el barandal, yendo a parar a la barca de Krov y se ruborizó por la indignación.

Erec podía sentir cómo todos sus hombres lo miraban en silencio.

“¿Así es cómo me pagas mi confianza?” dijo Erec gritando a Krov, su voz resonaba en las aguas silenciosas.

Krov se dio la vuelta y miró a Erec. Él negó con la cabeza.

“Es culpa tya”, le contestó chillando. “Nunca debiste confiar en ti, Erec. Tu padre no lo hizo. Siempre te he dicho que yo me vendo al mejor postor- y tu oferta, amigo mío, no fue la más alta”.

“¡Soltad vuestras espadas!” gritó el comandante del Imperio, un violento soldado con una brillante armadura, que estaba delante de todos sus hombres.

Erec sentía que las miradas de todos los hombres estaban en él. Strom también lo miraba y Erec se dio la vuelta y miró a Alistair, que estaba allí débil, todavía agotada. Más que nunca Erec deseaba que Alistair pudiera usar sus poderes. Pero ella estaba allí, tan débil que apenas podía levantar la cabeza. Se dio cuenta de que, sin su ayuda, no había posibilidad de victoria.

“No lo hagas”, instó Strom. “Deja que muramos todos aquí, juntos”.

Erec negó con la cabeza.

“Esta es una solución para un soldado”, dijo. “No para un líder”.

Con el corazón rompiéndosele dentro, Erec lentamente, delicadamente, sacó su espada y la colocó en cubierta. Esta golpeó la cubierta con un golpe seco y hueco, el sonido atravesó el corazón de Erec. Era la primera vez que bajaba su espada ante un enemigo. Pero sabía que no le quedaba elección: era esto o matarían a todos sus hombres buenos y a Alistair.

A su alrededor, en todos los barcos de su flota, sus hombres siguieron su ejemplo y el aire pronto se llenó con el sonido de miles de espadas colocadas encima de las cubiertas, haciendo temblar la tranquilidad a su alrededor.

“¡Nos has traicionado, Krov!” gritó Erec. “Has vendido tu honor por un saco de oro”.

Krov rió.

“¿Honor?” exclamó. “¿Quién dijo que lo tuviera, para empezar?”

Krov rió.

“Ahora sois propiedad del Imperio”, dijo. “Y yo soy un hombre muy, muy rico”.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Loti caminaba con su madre, su hermano Loc a su lado, siguiéndola como había hecho durante horas, llevada por un camino serpenteante, preguntándose a qué venía todo esto. Entendía que su madre la necesitaba para ayudar a convencer a nuevos aldeanos para que se unieran a la causa, pero quería volver al campamento principal, con Darius y los demás, para ayudarlos a luchar.

Loc cojeaba a su lado, sudando bajo el sol y Loti se preguntaba cuánto más duraría aquello.

“¿Cuánto queda?” preguntó Loti a su madre, impaciente.

Su madre, como siempre hacía, la ignoró, simplemente caminaba más rápido a través de los bosques, empujando ramas que golpeaban la cara de Loti.

Era imposible sacarle algo. Lo único que Loti había conseguido saber era que una de las aldeas cercanas, poblada por los esclavos más fuertes, era reacia a unirse a su causa y solo se uniría si Loti los instaba a ello. Su madre dijo que podían traer mil esclavos a la causa, casi doblando el tamaño de su ejército. Decía que tenían un gran respeto por Loti, que su fama ya se había extendido, se contaban y se recontaban historias sobre lo que había hecho para salvar la vida de su hermano. Su leyenda estaba creciendo, como la que había escapado de las garras del Imperio, la que había conseguido regresar a su aldea sola. Su madre decía que ella era la única que podía convencerlos.

Mientras Loti pensaba en ello, caminando como lo había hecho durante horas, siguiendo a su madre por caminos sinuosos por el árido desierto y pasando por caminos de bosque, tenía una sensación de optimismo. Mientras estaba enojado por estar con su madre y no con Darius, también estaba emocionado por tener la oportunidad de contribuir a la causa. Sentía que tenía un propósito, que la necesitaban, y se sentía honrada de que estos aldeanos quisieran incluso hablar con ella y con su hermano.

Finalmente, Loti se sintió aliviada al ver que el terreno se abría y salieron del bosque de vuelta al árido desierto. Ante ellos había una pequeña aldea de esclavos, asentada en el límite del bosque y, dentro de ella, centenares de esclavos paseándose. Se preparó, dispuesta a hacer lo que fuera para

convencerlos.

“¿Por qué necesitan una invitación esta gente?” preguntó Loc a su lado. “¿No deberían venir corriendo para unirse a nuestra causa? ¿No se dan cuenta de que, si no lo hacen, los matarán?”

Loti se encogió de hombros.

“Algunos son más orgullosos que otros, me imagino”, respondió ella.

Siguieron a su madre y anduvieron hacia la aldea, por su polvoriento camino y la siguieron dando vueltas por calles abarrotadas.

Loti estaba un poco perpleja. Esperaba un comité de bienvenida, un grupo de aldeanos dispuestos a saludarla. Y sin embargo todo el mundo aquí estaba ajetreado, los ignoraban, como si ni siquiera supieran que iban a venir.

“quieren hablar con nosotros”, dijo Loc a su madre, “sin embargo, nadie viene a recibirnos. ¿Qué pasa? ¿Han cambiado de opinión?”

“¡Cerrad la boca y seguidme!” dijo su madre bruscamente, caminando rápido por delante de ellos, girando hacia calles laterales.

Loc se acercó a Loti.

“No me gusta esto”, le dijo en voz baja, mientras lo empujaban otros transeúntes. “Todo esto huele mal. ¿Desde cuándo nuestra Madre ha estado de acuerdo con nuestra causa? Se ha opuesto siempre a todo lo que hemos hecho”.

Loti empezaba a hacerse preguntas – debía admitir que todo aquello le parecía raro. Pero no quería ahondar muy profundamente en ello- lo único que le importaba era ayudar a Darius, costara lo que costara.

Giraron una esquina y su madre se detuvo delante de un gran carruaje negro tirado por caballos con barras de hierro en las ventanas. Varios esclavos grandes estaban delante de él, mirándolos con el ceño fruncido.

Loti se detuvo de golpe, confundida. Nada de esto tenía sentido. El carruaje de delante de ellos era el carruaje de un mercader- los había visto algunas veces en su vida. Iban por los caminos del país, yendo de aldea en aldea, y usaban los carruajes para comerciar con esclavos entre aldeas. Eran escoria mercenaria, lo más bajo de lo bajo, aquellos que capturaban a los de su propia especie, rompían familias, los encadenaban y los vendían al más alto postor.

“Este es el carruaje de un mercader”, le dijo Loti a su madre, enojada.

“¿Qué están haciendo aquí? Los mercaderes no se unirán a nuestra causa.

Loc también se dirigió a ella. “Madre, no lo entiendo. ¿Quién son esta gente? ¿Por qué nos has traído hasta aquí?”

Cuando Loti miró fijamente a su madre, observó cómo su expresión cambiaba; su semblante serio se desvaneció y en su lugar se dibujó una expresión de profunda pérdida y de tristeza, incluso de arrepentimiento. Vio que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas, por primera vez en su vida.

“Lo siento”, dijo su madre. “No había otro camino. Tú y tu hermano sois demasiado orgullosos. Siempre habéis sido demasiado orgullosos. Os hubiereis unido a la lucha de Darius. Y él, mi hijo, va a perder. Todos *ellos* van a perder. El Imperio siempre gana. *Siempre*”.

Los mercaderes fueron corriendo hacia delante y antes de que Loti supiera lo que estaba pasando, sintió que unas enormes manos callosas y fuertes le agarraban las muñecas, sintió que le torcían los brazos detrás de la espalda y le encadenaban las muñecas. Gritó e intentó resisitirse, igual que hizo Loc, pero era demasiado tarde para ambos.

“¡Madre!” chilló Loc. “¿¿Cómo pudiste hacernos algo así!?”

“Lo siento, hijos míos.”, gritó su madre, mientras los arrastraban hacia el carruaje. “Todos vamos a morir en esta guerra. Menos vosotros dos. Os quiero demasiado, siempre os he querido. Siempre pensasteis que prefería a vuestros hermanos. Pero os prefería a vosotros. Y haré todo lo que tenga que hacer para protegeros”.

“¡Madre, no lo hagas!” exclamó Loti frenética, luchando desesperadamente, en vano, por liberarse.

Loti vio que la puerta de atrás del carruaje se abría mientras la arrastraban dentro y, mientras la empujaban por detrás, sintió cómo se tamableaba hacia dentro, con Loc a su lado.

Se dio la vuelta e intentó salir, pero la puerta de hierro se cerró de golpe inmediatamente y se cerró tras ella. Le daba patadas y la empujaba, pero esta no cedía.

Loti oyó el chasquido de un látigo, sintió cómo rebotaba bruscamente cuando el carruaje empezó a moverse, andó de rodillas, se agarró a las barras de hierro y miró a través de la ventana, viendo pasar el mundo.

la última cosa que vio, antes de que la aldea desapareciera de su vista, fue

la cara de su madre, allí de pie, llorando, viendo cómo se marchaban.

“Lo siento”, les gritaba su madre. “¡Perdonadme!”

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Darius estaba en el fuerte tomado de Volkara, rodeado por su enorme campamento de soldados, con dray a su lado y examinaba el pergamino que tenía en las manos. Lo leyó otra vez, después una tercera vez, preguntándose si podía ser cierto. Desde que el halcón había llegado con él, no había podido pensar mucho en otra cosa.

¿Podía ser cierto? se preguntaba. Al principio había estado seguro de que se trataba de algún tipo de truco, o quizás que lo había leído mal. Pero mientras lo leía una y otra vez, sentía que era verdad: era una carta auténtica de Godfrey, el hermano de la Reina. De algún modo, Godfrey, contra todo pronóstico, había triunfado con su misión imposible. Darius apenas podía creer que Godfrey, de entre todos, lo había logrado. Lo había tomado por un borracho, quizás incluso por un estúpido- verdaderamente no por un guerrero competente. le había enseñado una gran lección a Darius- la victoria podía venir de la más improbable de las fuentes. Quizás Godfrey había tenido razón después de todo: hay muchas maneras de ganar una guerra.

Cuando salga la luna, acércate a la parte trasera de la ciudad. Cuando veas que una antorcha se enciende en lo alto de los parapetos, las puertas se abrirán y la gran ciudad de Volusia será tuya.

Por primera vez desde que había empezado esta guerra, el corazón de Darius rebotaba de optimismo. Darius buscaba a Loti por todas partes, deseaba compartir esta buena noticia con ella y con Loc, abrazarla, ver lo contenta que se pondría. Le sorprendía no poderla encontrar por ningún sitio y decidió encontrarla más tarde.

Darius pasó el pergamino a Raj, Desmond, Luzi, Kaz, Bokbu, a todos sus hermanos, a todos sus mayores. Todos lo examinaban y apaludían con alegría, antes de pasarlo a otra persona. Uno a uno la alegría se extendió y una ola de optimismo empezó a extenderse por el campamento.

Antes de que llegara esto, el campamento estaba lleno de ansiedad, centenares de antiguos esclavos paseaban por allí, preguntándose cómo se apropiarían de aquel fuerte, cómo atacarían alguna vez a Volusia. Darius se

había reunido con todos sus hombres, con todos los líderes de las aldeas, con los mayores, todos ellos discutían sobre qué debían hacer a continuación. Algunos discutían sobre las diferentes maneras de atacar Volusia. Todos sabían que sus muros eran demasiado altos para escalarlos, que miles de soldados los estarían esperando con fuego, con pedruscos, con infinidad de maneras para detener un asedio. Todos sabían que ellos, antiguos esclavos, no eran soldados profesionales con el equipamiento profesional necesario para sitiar una ciudad como Volusia. Algunos de ellos habían argumentado no atacar en absoluto; algunos habían argumentado quedarse con este fuerte que habían capturado y otros habían argumentado abandonarlo. Lo miraran como lo miraran, parecía claro que perderían un montón de hombres sin importar lo que hicieran.

Y ahora esto. Esta misiva, este halcón. Una puerta abierta a la ciudad. Esto es lo que les hacía falta. Una señal. Una señal para avanzar, para atacar. Podían tomar esta ciudad- Darius estaba seguro de ello.

“¡Hermanos y hermanas!” exclamó de repente Darius, saltando sobre un pedrusco en el centro del fuerte, a tres metros por encima de la multitud, pidiendo atención.

Uno a uno, se dieron la vuelta y se quedaron en silencio, cuando de un organizado caos pasaron a escuchar con atención, todas las miradas estaban en Darius.

“¡Esta noche marcharemos sobre Volusia!” exclamó. “Afilad vuestras espadas, preparaos: ¡esta noche es nuestra noche de victoria y nadie, ningún hombre, nos la arrebatará!”

La multitud dio gritos de alegría mientras todos levantaban sus espadas y golpeaban unas con las otras, el sonido del metal era cada vez más intenso y se extendía por todo el fuerte. Darius oyó la primera ola de optimismo desde que él empezó esta guerra. Veía que toda aquella gente ahora lo miraban con confianza. Con seguridad. Todos ellos podían saborear la libertad, igual que él. Después de todos estos años, todas estas generaciones, estaba muy cerca.

Solo quedaba una última batalla.

*

Darius dirigía el ataque a través de la noche, con dray a su lado, su corazón resonaba en sus oídos mientras dirigía a sus hombres fuera de la seguridad de Volkara, abriendo sus enormes puertas, y hacia desierto abierto. Centenares de hombres, espada en mano, seguían sus pasos. Corrían rápidamente, descalzos, tal y como Darius había ordenado, sigilosamente a través de la noche, corriendo sobre el duro suelo del desierto hacia Volusia, cercana en el horizonte. A su lado corrían Raj, Desmond, Kaz y Luzi, junto con docenas de sus hermanos, todos ellos corriendo con todas sus fuerzas. Darius sabía que este podía ser su último ataque antes de ser hombres completamente libres. Darius se imaginaba liberando a todos los esclavos que estaban dentro de Volusia y esto lo incitaba a correr incluso más rápido.

Mientras se acercaban a la ciudad, Darius se dio la vuelta y dirigió a sus hombres hacia los bosques que la rodeaban, adentrándose por los caminos para cubrirse, por caminos entrelazados hasta llegar a Volusia. Las ramas arañaban a Darius, pero a él no le importaba; él tomaba los caminos, dejando que lo llevaran hasta un gran círculo que rodeaba Volusia e iba hacia la puerta trasera, como Godfrey había indicado.

Darius paró e hizo una señal a sus hombres para que se detuvieran tras él, en la periferia del bosque. Allí estaba, respirando con dificultad, observando la ciudad, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada. Observaba el cielo negro, esperando con paciencia la señal de Godfrey.

Tras él, podía escuchar a todos sus hombres, respirando con dificultad en la noche, podía sentir su ansiedad, sus nervios. Su deseo de venganza. De libertad. Su deseo de terminar esta guerra con una gran batalla. Era un deseo que Darius compartía.

Darius estaba allí, sudando, intentando contener su agitada respiración mientras estudiaba la noche, orgullosos de que su gente estuviera tan silenciosa, fuera tan paciente, mientras esperaban. Tenían mucha más voluntad y disciplina de lo que podía haber imaginado. Se habían convertido en un verdadero ejército, una aldea mezclada con otra, todos luchando constantemente, todos unidos bajo una causa.

“¿Dijo una antorcha?” preguntó Raj, mirando fijamente al cielo junto a todos los demás.

Darius observaba, también, y parecía durar por siempre.

Darius asintió con la cabeza, buscando alguna señal en el cielo iluminado por las estrellas. Un millón de dudas y preocupaciones pasaban por su mente mientras lo hacía. ¿Y si la carta estaba equivocada? ¿Y si era una falsificación? ¿Y si no venía nunca la señal?

“¿Y si todo esto es una fanfarronada?” Desmond hizo la pregunta que estaba en mente de todos. “¿Un estúpido borracho que habla más de la cuenta?”

Darius miraba fijamente la noche, perplejo.

“Puede que sea un borracho”, dijo Darius, “pero es el hijo de un Rey. El hermano de Gwendolyn. Yo veo más en él. Yo veo un Rey en él. El corazón de un soldado. Lo conseguirá”.

“Espero que tengas razón”, dijo Kaz. “Ponemos en riesgo las vidas de toda nuestra gente para depositar nuestra fe en él”.

Allí estaba Darius, observando el cielo, el corazón le palpitaba por la expectación.

Godfrey, venga. Dame una señal.

Darius apretaba y volvía a apretar le empuñadura de su espada, las manos le sudaban, ardía por usarla.

Darius observaba los muros de piedra de Volusia, su puerta trasera, una puerta enorme, que se elevaba unos quince metros, hecha de hierro sólido. A Darius le pareció extraño que la puerta no estuviera guardada. Debería haber docenas de guardas fuera y dentro de ella. Esto le dio esperanzas. Quizás Godfrey había comprado a las personas adecuadas como medida.

De repente, el corazón de Darius dio un vuelco cuando una gran luz llenó el cielo en la noche: Darius miró hacia arriba y vio una única antorcha, quemando, en lo alto de los parapetos de Volusia. Vio a Godfrey allí de pie, bajo su luz, levantándola por encima de su cabeza.

Godfrey lanzó la antorcha hacia abajo, las llamas cortaban la negra noche, hasta que impactó contra el suelo.

“¡AHORA!” exclamó Darius.

Darius y todos sus hombres salieron despedidos hacia delante, fuera del bosque, corriendo a toda velocidad hacia la puerta de la ciudad, quizás a menos de cien metros. Todos ellos corrían en silencio, ninguno de ellos gritaba, tal y como Darius había ordenado. Podía sentir la expectación en los

corazones de todos ellos, podía sentir su propia sangre bombeando en sus oídos.

Darius corría y corría hacia la enorme puerta, cerrando el espacio, cada vez más cerca, esperando y deseando que se abriera, como había prometido Godfrey y que no los dejaran allí atrapados, al descubierto. Era una carrera de fe.

Se acercaron aún más, por encima del pequeño puente levadizo, por encima de la fosa, todo ello sin vigilancia, corriendo los últimos treinta metros, después veinte...

Venga, pensó Darius. Abre la puerta. ¡Ábrela!

Finalmente, la puerta empezó a abrirse, como estaba planeado, lentamente, chirriando cada vez más fuerte y Darius sintió una ráfaga de alivio cuando él y sus hombres llegaron hasta ella, alcanzándola justo a tiempo, sin tener que aflojar la marcha mientras todos seguían corriendo y salían en masa directo hacia las calles de Volusia.

Darius corría hacia delante, directo a las calles de Volusia, atónito por estar realmente dentro de esta legendaria ciudad, este lugar que había sido tan temido por su gente durante tanto tiempo. Se fue dispuesto a atacar hacia las calles, con la espada en alto, igual que hicieron los demás, esperando sorprender a los soldados de Volusia. Corría y corría, adentrándose más en las calles y, a todas partes donde iba, se quedaba perplejo.

No había soldados en ningún lugar. Las calles estaban desiertas. No se oía ni un solo sonido.

Darius finalmente se detuvo, al darse cuenta de que algo fallaba. Se dio la vuelta, miró hacia atrás por encima de su hombro y vio a todos sus hombres, que lo habían seguido hasta la ciudad, allí de pie, sujetando sus espadas, igualmente perplejos. Al final, todos se dieron la vuelta y lo iraron esperando respuestas.

darius miró detrás de ellos y vio en la distancia, fuera de la puerta abierta, a Zirk. Estaba fuera de los muros de la ciudad, la otra mitad del ejército de esclavos estaban con él. Por alguna razón, no los seguía a todos ellos hasta dentro.

Darius lo miró confundido, intentando entender qué estaba pasando.

De repente, el sonido de un cuerno rasgó la noche, seguido de un gran

alarido, que sonó como el grito de guerra de un millón de hombres, que resonó en las calles de Volusia.

Darius se giró y el estómago le dio un vuelco al ver una corriente interminable de soldados del Imperio atacándoles, llegando a raudales detrás de ellos a través de las puertas abiertas de la ciudad, con las espadas en alto, bloqueando la salida.

Entonces se oyó otro grito y Darius se dio la vuelta y vio soldados del Imperio llegando a raudales hacia ellos desde todas direcciones, desde cada calle de Volusia. Debía haber miles de ellos. Y todos estaban esperando. Todos habían sido preparados.

Se movían en manada a través de la ciudad, acercándose a ellos como hormigas. Darius giró en todas direcciones, presa del pánico, y vio que todos sus hombres estaban completamente rodeados.

En unos momentos, se oyeron grandes gritos, mientras el Imperio empezaba la matanza, acercándose a ellos por la izquierda y por la derecha. Una gran ola de sangre y destrucción venía hacia ellos. Y no había absolutamente ningún lugar al que correr.

Darius miró hacia arriba al muro de la ciudad y la antorcha ahora estaba apagada. Lo único que vio fue la cara de Godfrey, mirando hacia abajo, horrorizado, como sél también hubiera sido traicionado.

Darius no podía creerlo. Lo habían llevado hacia una trampa. Él y todos los que conocía y amaba- todos ellos, todo por su culpa. Todos habían sido traicionados. Y ahora no les quedaba nada a ninguno de ellos, excepto la muerte fría y cruel.

“O sea que así es cómo termina esto”, dijo Raj a su lado, mientras desenfundaba su otra espada, enfrentándose al ejército que se aproximaba sin miedo.

Darius también desenfundó su segunda espada y se preparó para atacar al Imperio. Dray, a su lado, fiel hasta el final, gruñía al enemigo y esperaba al siguiente movimiento de Darius.

“Todos sabíamos que moriríamos algún día”, dijo Darius. “Caigamos con valor por lo menos”.

Darius y los demás soltaron un grito y él salió a la carga, con Dray a su lado, hacia el centro de los soldados, sabiendo que la muerte estaba solo a un

instante y, finalmente, tras una vida de sufrimiento, se preparaba para recibirla.

*

Godfrey estaba en los parapetos de la puerta trasera de Volusia, Akorth, fulton, Merek y Ario a un lado y Fito al otro, junto a docenas de Finianos- y observaba horrorizado cómo se desnvolvía la escena allá abajo. Su sangre corría fría mientras presenciaba la matanza de allá abajo, sin poder creer lo que estaba viendo.

Godfrey estaba atónito; había estado tan lleno de optimismo, muy emocionado al ver que sus hombres serían libres, que el plan se llevaba a cabo a la perfección. Mientras había estado allí con los Finianos, había encendido la antorcha y la había levantado, se había emocionado al ver que todo se desarrollaba sin interrupciones. La puerta de atrás se había abierto, como habían prometido los Finianos y los hombres de Darius habían entrado a toda prisa. Godfrey estaba seguro de que todo había acabado, de que la ciudad estaba a punto de caer.

Entonces había visto que Zirk se quedaba atrás con la mitad de los soldados, que no cruzaba la puerta y esta fue la primera señal de que algo iba mal. Había observado, como anestesiado, cómo miles de soldados del Imperio, claramente alertados de algún otro plan, habían entrado por la puerta como una inundación detrás de los hombres de Darius. Entraban a raudales con un gran grito, alrededor de las esquinas de fuera del castillo, estaba claro que habían estado esperando. Todo era una gran emboscada.

Godfrey dio la vuelta, observó consternado cómo miles de tropas más habían entrado como una inundación desde cada rincón de la ciudad, rodeando completamente a los hombres de Darius. Oyó cómo sonaban los gritos, vio empezar la matanza y finalmente tuvo que cerrar los ojos y apartar la mirada, sintiendo como si le apuñalaran a él. No podía soportar ver cómo todos los hombres de Darius, tan cerca de la libertad, eran asesinados como animales- y todo por su culpa.

Godfrey sintió que le quitaban la antorcha de su débil mano, estaba demasiado insensible para reaccionar y al echar un vistazo vio a Fito de pie a

su lado; la cogió y la tiró hacia abajo, a la piedra y Godfrey vio que la antorcha se apagaba bajo la noche estrellada.

Godfrey, boquiabierto, miraba fijamente a Fito, que estaba allí tranquilamente, con una ligera sonrisa en la cara mirándolo fijamente también.

“¿Por qué?” dijo Godfrey, con la voz ronca, apenas capaz de articular palabra cuando se dio cuenta de que los Finianos lo habían traicionado. “¿Por qué hiciste esto? No lo entiendo”.

La sonrisa de Fto se hizo más amplia mientras estaba allí en silencio, enigmático.

Godfrey no podía creer lo engreído que era, no podía entender por qué hacía una cosa así.

“Dijiste que querías matar al Imperio”, dijo Godfrey. “Dijiste que necesitabas a nuestros hombres. Yo te creí”.

Fito suspiró.

“Había algo de verdad en todas esas cosas”, respondió finalmente Fito. “Me hubiera encantado ver asesinado a todo el Imperio. Pero esto nunca sucedería, no con tus pocos centenares de hombres. Así que planeé la siguiente mejor cosa para nuestra seguridad: te usé como cebo para Darius, entonces liquidé vuestro complot con el Imperio, haciendo un nuevo trato con ellos. Ahora a los Finianos nos garantizan la seguridad y nos garantizan un lugar en la historia de esta ciudad. Ahora somos intocables”.

“¿Y todos mis amigos?” preguntó Godfrey horrorizado.

Él se encogió de hombros.

“Sacrificables”, respondió Fito. “Cebos en un juego más grande. Todo el mundo muere”, añadió. “No todo el mundo muere al servicio de un juego”.

“Esto no es un juego”, insistió Godfrey, con la cara enrojecida, indignado, una gran furia crecía dentro de él, más grande de lo que jamás había sentido. “Todos aquellos hombres de allá abajo están siendo asesinados. ¿Esto no significa nada para ti?”

Fito se giró y miró hacia abajo, como si observara algo de un interés pasajero.

“Los sacrificios siempre se hacen para un bien mayor. Siento decir que tus hombres son uno de ellos”.

“¿pero cómo pudiste hacer esto? Todos ellos eran hombres buenos.

Hombres inocentes. Les has negado sus sueños. Les has negado su libertad”.

Fito le sonrió.

“Oh, qué estúpido eres, Godfrey hijo de MacGil. ¿No sabes que la libertad es un sueño? Ninguno de nosotros somos realmente libres. Por encima de todos nosotros hay un gobierno, un gobernador, una autoridad. La libertad no existe. Es meramente una mercancía que se compra y se vende al mejor postor”.

Fito estiró el brazo y colocó una mano en el hombro de Godfrey.

“Mira el lado bueno”, añadió. “No estás allá abajo con ellos. Me gustas y he decidido que no te maten. Vivirás seguro. Por supuesto, tendrás que pudrirte en nuestras mazmorras. Puede incluso que te visite de vez en cuando. Podemos hablar de las historias de nuestras familias”.

Fito asintió y Godfrey, de repente, sintió cómo le agarraban los brazos bruscamente mientras soldados descendían sobre él de todos lados, le estiraban los brazos detrás de la espalda y le encadenaban las muñecas. También se abalanzaron sobre Merek, Ario, Akorth y Fulton, todos fueron arrastrados junto a él.

Por primera vez en su vida, Godfrey sentía dolor de verdad, vergüenza de verdad; por primera vez, se sacudió su apatía y *se preocupó* de verdad. Ya no era el chico de taberna borracho y estúpido- ahora era *responsable* de otras personas. Era culpa suya que todas aquellas personas estuvieran muriendo allá abajo. Todos ellos estaban muriendo a causa de su estupidez. De su ingenuidad. De su confianza en la gente equivocada. Godfrey se dio cuenta de lo estúpido que había sido. Habían jugado con él.

“¡NO!” exclamó Godfrey mientras lo arrastraban, sus gritos empujaban junto a los de abajo. “¡Pagarás por esto! Por todos los dioses, ¡te prometo que pagarás por esto!”

Fito rió, con un sonido amenazante, hueco, que se desvanecía mientras arrastraban a Godfrey más y más lejos.

“De algún modo, lo dudo”, dijo Fito. “Lo dudo mucho”.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Volusia estaba al amanecer en el Valle de las Calaveras en el vasto desierto abierto, sus doscientos mil hombres detrás de ella, Soku, Aksan, Koolian y Vokin a su lado y miraba fijamente la visión que tenía ante ella. En el lejano horizonte, iluminados por el primero de los soles de la mañana, estaban los resplandecientes edificios de oro de la capital del Imperio. Pero esto no era lo que llamaba su atención. A cambio, estaba concentrada en una visión que estaba quizás a menos de cien metros delante de ella, el lugar donde había elegido encontrarse con la delegación de la capital: un círculo perfecto grabado en medio de un plano del desierto nada fuera de lo normal, de otro modo.

“El Círculo de las Calaveras”, dijo Soku. “Un lugar adecuado para reunirse, ¿no cree? Un lugar adecuado para ascender como Emperadora de toda la capital”.

Volusia lo miraba y lo estudiaba, pensando. Ella conocía la historia de este lugar, este círculo mágico grabado en el suelo del desierto, nadie sabía por quién o por qué, un lugar de verdadero poder, un lugar donde muchos reyes de la antigüedad se habían encontrado para hablar de los términos de las treguas. Ahora era su turno. Vio que dentro de él estaba ya esperándola Luptius, el actual gobernador del Consejo del Imperio, junto a su docena de asesores y justo una docena de soldados. El ejército del Imperio no se veía por ningún lado.

“Exactamente cómo acordamos, Diosa”, dijo Soku. Traen solo una docena de hombres. Le traen las condiciones de la tregua. Se están preparando para ofrecerle un aplazamiento”.

“Incluso parece que no han traído ni un ejército”, dijo Aksan.

Volusia echó un vistazo al horizonte, mientras pensaba lo mismo.

“¿Por qué duda, Diosa?” insistió Soku. “Usted tiene doscientos mil hombres detrás suyo. Ellos están solos en el círculo, sin nadie”.

Ella dirigió su mirada helada hacia Soku.

“Yo nunca dudo”, respondió. “Observo. Cuando me sienta segura, iré”.

Volusia estaba allí, mirándolo todo fijamente, mientras sus hombres guardaban silencio a su alrededor. Finalmente estaban aprendiendo a no

cuestionarla.

“Vokin”, dijo ella en alto.

Vokin, el líder Vok, se dio la vuelta y se acercó a ella arrastrando los pies.

“Vendrás conmigo al círculo”.

Soku dio un paso adelante, con preocupación en el rostro.

“Diosa, esta no es una buena idea”, dijo Soku. “Esto no es lo que acordamos. Solo una docena de hombres. El Imperio ha proscrito a los Voks. Se lo tomarán como una amenaza. Quizás retirarán los términos de paz”.

“Los Voks serán tratados con todos los honres en mi Imperio”, respondió Volusia con dureza. “Será mejor que los trates así, si quieres continuar siendo mi comandante”.

Soku miró hacia el suelo, estaba claro que no quería discutir con ella.

Volusia respiró profundamente, finalmente se sentía segura.

“Vamos”, dijo.

Volusia montó en su caballo, igual que los demás y todos salieron a toda carga, apresurándose hacia el solitario círculo en medio del desierto, dejando al ejército atrás, acompañada solo por su docena de soldados y Vokin.

Volusia llegó al borde del círculo y bajó del caballo, como los demás. Caminaron hacia el círculo, hacia el contingente de hombres del Imperio que les estaba aguardando y, mientras se acercaban al borde, Volusia hizo una señal con la cabeza a sus hombres para que se detuvieran y todos ellos se pararon en el límite y se pusieron en fila en la periferia del círculo, igual que estaban los hombres del Imperio. Excepto Vokin, que se quedó a su lado.

Volusia caminó hacia el círculo, solo ella y Vokin, enfrentándose sola a Luptius, que estaba allí sonriendo con satisfacción, con las manos cruzadas delante, mirándola. Ahora era un hombre mayor con el pelo canoso, la miraba con unos ojos que parecían ser bondadosos. Pero ella conocía las leyendas sobre él demasiado bien para saber que era cualquier cosa menos bueno. Era un hombre que acechaba en las sombras, que elaboraba las normas del Imperio- y las rompía- a su antojo. Muchos habían venido y se habían ido. Él había sobrevivido a todos.

“Mi Reina”, dijo él. “¿O debo llamarla Diosa?”

“Puede llamarme como desee”, respondió ella, con voz segura y firme. “Eso no cambiará el hecho de que soy una diosa”.

Él asintió.

“Le doy la bienvenida a la capital, a nuestra parte de l Imperio”, dijo él.

“Todas las partes del Imperio son mías”, respondió, con voz fría.

Él levantó un poco las cejas.

“No lo son, Emperadora”.

“Diosa”, le corrigió. “Yo soy la Diosa Volusia”.

Él dudó y ella vio la furia formándose en su mirada. Parecía perplejo, pero pronto recuperó la compostura y puso una sonrisa falsa.

“Muy bien, entonces, Diosa”.

Miró por encima de los hombros de ella y se detuvo, parecía desconcertado, al ver al Vok. Pero se mordió la lengua y rápidamente la miró a ella.

“¿Sabe por qué nos encontramos hoy aquí, Diosa?”

Ella asintió.

“Para aceptar una tregua”, dijo, “vuestra oferta para el trono”.

Luptius sonrió con aires de superioridad.

“No exactamente”, respondió. “Estamos aquí para negociar una tregua, correcto. Pero será una elección solo de ida. También conocida como rendición. Tomaremos su ejército; será despojada del poder; esta guerra terminará; y usted, me temo que no ascenderá a ningún trono. De hecho, está a punto de pasar sus últimos instantes aquí mismo, en este círculo, en este desierto. Pero deseo felicitarla por lo que ha sido una carrera extraordinaria. Simplemente extraordinaria. Y agradecerle que nos entregue su ejército”.

Volusia lo miró fijamente, sorprendida por su compostura calmada, de lo inexpresivo que era, hablando de aquella manera tan directa, como si estuviera informando del tiempo. Hizo un mero gesto con la cabeza y, de repente, oyó el sonido de espadas que se desfundaban todas a su alrededor, desde todas las periferias del círculo y sintió dos docenas de espadas apuntando a su espalda.

Volusia echó una mirada hacia atrás, aunque no le hacía falta, para saber qué sucedía. Todos sus hombres la habían traicionado. Dirigidos por Soku, los comandantes en los que confiaba habían promulgado un golpe de Estado, uniéndose al Imperio para matarla a través de la traición, a través de una falsa oferta de paz.

“Existe una razón por la que no traje un ejército, Diosa”, continuó Luptius,

sonriendo. “Porque no lo necesitaba. Porque ya tengo uno- el suyo. Los he comprado, y debo decir que a un precio barato. La han traído hasta mí como a un cordero al matadero. De hecho, creo que lo más adecuado será matarla aquí, en este círculo, donde tantos gobernadores han muerto. Usted es una chica estúpida al confiar en la lealtad de sus hombres. Al creer en su propio mito. Y pagará el precio”.

Miró fijamente a Volusia, esperando evidentemente que esta estuviera perpleja o perdiera la compostura, o lo que fuera- y parecía sorprendido al ver que estaba allí, igualmente calmada, y simplemente le sonreía.

“Me parece divertido”, dijo ella, “que piense que las lanzas y las espadas de sus soldados pueden hacerme algún daño, a mí, una Dios. Yo *soy* una diosa. Cuando ascienda la trono, se levantará una estatua en mi honor en cada ciudad de este reino. Yo soy Volusia. Ningún hombre puede tocarme, ni ninguna arma- especialmente un hombre mayor mentiroso e inútil como usted. Dime, Luptius: después de que te haya matado, ¿alguien recordará tu nombre?”

Él la miró, claramente atónito, y por primera vez ella vio que perdía la compostura; la recuperó rápidamente, sonrió y negó con la cabeza.

“Justo lo que dicen sobre usted”, dijo él. “Delirando hasta el final. Justo como su madre antes que usted”.

Luptius asintió con la cabeza y, de repente, todos los hombres marcharon al frente, acercándose a ella en el círculo, preparados para matarla desde todos los lados.

Volusia miró a Vokin, que la miró e hizo una señal con la cabeza. sacó un pequeño saco de su mano, alargó el brazo y le dio la vuelta en la mano de ella. Una arena roja cayó en sus manos. Sintió cómo se colaba entre sus dedos y era agradable y caliente por el sol cuando cerraba el puño con ella dentro.

Mientras lo hacía, cerró los ojos y sintió el poder de esta arena roja.

Los hombres se acercaban a ella desde todos lados, ahora estaban tan solo a pocos metros y, mientras lo hacían, Volusia se inclinó hacia atrás y repentinamente lanzó la arena hacia arriba, hacia el aire, a unos tres metros. Al hacerlo, se transformó en humo, un humo que una brisa hizo soplar en todas direcciones, cubriendo a los hombres que se encontraban por todos los lados del círculo.

De repente, el aire se llenó de los gritos de los hombres, mientras a su

alrededor todos sus hombres caían de espaldas, retorciéndose de dolor, dejando caer sus armas. Chillaban, sus cuerpos convulsionaban y Volusia se giró lentamente y los miró a todos, temblando, convulsionando, la sangre les salía de los oídos, de la nariz y de la boca. Finalmente pararon, sus ojos miraban hacia el cielo, sus rostros estaban congelados en una agonía de muerte.

Solo Luptius estaba allí, horrorizado, viéndolos morir. Volusia se agachó, agarró la espada de un soldado moribundo, hizo dos pasos al frente y, mientras el líder del Imperio la miraba atónito, se la clavó en el corazón.

Gritó de agonía, la sangre le salía a borbotones por la boca y ella hizo una amplia sonrisa mientras lo agarró del pecho con una mano y lo acercó hacia ella, sus caras casi se tocaban. Mantenía la espada profundamente clavada en su corazón, sin soltarla, mientras él se quedaba sin aliento.

“Casi deseaba que fuera más difícil matarte”, dijo ella.

Finalmente se desplomó, muerto.

En la tranquilidad que siguió, Volusia miró los cuerpos muertos a su alrededor, levantó los brazos al cielo y se inclinó hacia atrás, victoriosa.

Miró hacia delante al horizonte y supo que ahora no había nada entre ella y la capital. Su destino.

“¡VOLUSIA!” gritaban los doscientos mil hombres tras ella. “¡VOLUSIA!”

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Gwendolyn caminaba a través del gran Desierto, el sol castigador brillaba en el desierto rojo, el polvo rojo se arremolinaba en el aire, a sus pies, y ella sentía que no podía dar un paso más. Era difícil pensar con claridad, con el sol cayendo de la manera que lo hacía, el sudor resblándole por las mejillas, hacia la nuca, con todas sus posesiones perdidas. Las había dejado caer hacía tiempo, igual que todos los demás, no recordaba cuándo, un largo rastro de objetos abandonados en el desierto. no importaba. Ya no quedaba comida, ni agua tampoco. Cada respiración era un esfuerzo, su voz era áspera, se había secado hacía días.

Se sorprendía de que todavía estuvieran andando, todos ellos, como muertos vivientes que se negaban a morir. Habían sido días de andar más desde la gran revuelta, desde que la mitad de su gente se había sublevado contra ella. Gwen se aseguraba de saber que aquellos que estaban cerca suyo todavía caminaban con ella.

¿O no lo hacían? Estaba demasiado cansada para darse la vuelta y mirar, no podía recordar la última vez que lo hizo. Y el aullido del viento rojo era demasiado fuerte para poder escuchar a nadie más- a nadie excepto a Krohn, que todavía caminaba a sus pies, su pelo rozaba sus tobillos.

Esto era lo único que quedaba del Anillo, se sorprendía gwen. El país que una vez fue grande y glorioso, con todos sus reyes, reinas, nobles, príncipes, los Plateados y la Legión, con todos sus barcos, flotas, caballos y ejércitos- todo reducido a esto. Solo a esto.

Gwen estaba sorprendida de que algunos de ellos todavía la siguieran, de que algunos de ellos todavía pensarán en ella como Reina. Era una Reina sin reino, una Reina que no tenía un pueblo al que gobernar.

Krohn gimoteaba y gwen, por reflejo, puso la mano en el saco que llevaba en la cintura para darle algo de comer, como había hecho durante días. Y, sin embargo, no quedaba nada. Estaba vacío.

Lo siento, Krohn, quería decir. pero estaba demasiado débil como para que ele salieran las palabras.

Krohn continuaba caminando a su lado, su pelo frotaba su pierna y ella sabía que nunca se iría de su lado- jamás. Deseaba que le quedara algo para

darle.

Gwen reunió toda la fuerza que le quedaba para echar un vistazo al horizonte. Sabía que no debía hacerlo, sabía que no encontraría nada más a parte de monotonía. Más del Gran desierto.

Tenía razón. Se quedó abatida al ver la nada, desplegada ante ella con toda su crueldad.

Ellos habían tenido toda la razón: el Gran Desierto era una misión suicida. Godfrey podía estar muerto en Volusia y Darius podía estar muerto en el campo de batalla. Pero al menos habían tenido muertes rápidas y piadosas. Gwen y los demás tendrían muertes largas y tortuosas, quedarían como comida para los insectos, como esqueletos en el desierto. Finalmente, se daba cuenta de que había sido estúpido intentarlo, abarcar demasiado, buscar el Segundo Anillo. Estaba claro que no había existido nunca.

Gwen oyó el débil lloro de un bebé y consiguió darse la vuelta y echar un vistazo.

“Déjame ver a mi bebé”, consiguió decir de alguna manera Gwen.

Illepra, caminó arrastrando los pies hasta su lado, se acercó y puso al bebé en los brazos de Gwen. Su peso, a pesar de ser tan pequeña, era mucho para que Gwen lo pudiera soportar.

Gwen miró a los hermosos ojos de la bebé, débiles por el hambre.

Nadie merece morir en este mundo sin un nombre, pensó Gwen.

Gwen cerró los ojos y puso una mano en la frente de la bebé. De repente, le vino a la memoria. Por alguna razón, pensó en su madre, cómo se habían reconciliado al final, cómo se habían acercado más. Mientras miró a los ojos de la bebé, la mirada que había en ellos, de alguna manera se la recordaban.

“Krea”, dijo Gwen, reuniendo la fuerza para decir una última palabra.

Illepra asintió satisfecha.

Gwen seguía caminando, agarrando al bebé y, mientras observaba el desierto, podría haber jurado que vio el rostro de su madre, haciéndole señas. El rostro de su padre, esperando a recibirla. Empezó a ver las caras de todos a los que había conocido y querido, la mayoría de ellos ahora muertos.

Sobre todo, veía las caras de Thorgrin, de Guwayne.

Cerró los ojos y mientras caminaba ahora, los párpados, cubiertos por el polvo rojo, le pesaban demasiado para tenerlos abiertos. Mientras caminaba,

notaba que sus muslos pesaban más, como si la arrastraran al centro de la tierra. Ahora no le quedaba nada. Lo único que tenía eran aquellas caras, aquellos nombres, los nombres de todos aquellos que la habían amado y a los que había amado. Y entendió que esto tenía más valor que cualquier posesión que jamás hubiera tenido.

Gwen quería dejar de caminar, tumbarse un poco, solo un poco. Pero sabía que en el instante que lo hiciera, no se volvería a levantar.

Después de no sabía cuánto tiempo, Gwendolyn sentía que sus rodillas cedían, que sus piernas caían bajo ella. Tropezó y, entonces, no pudo detener la caída.

Gwen se desplomó en el suelo del desierto en una nube de polvo, girando su cuerpo para caer ella en lugar de la bebé. Esperaba que Illepra gritara, que se apresurara a coger a la bebé, o que lo hiciera alguno de los demás.

Pero mientras estaba allí tumbada observando, se quedó atónita al ver que allí no había nadie más. Estaba sola. Se dio cuenta de que debían haberse desplomado en algún lugar, hacía tiempo. Incluso Krohn ya no estaba allí. Ahora, finalmente, solo quedaba ella. Gwendolyn, Reina del Anillo, agarrando a una bebé y sola para morir en medio de la nada.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Angel abrió los ojos, temblando de frío, y vio como el mundo subía y bajaba ante sus ojos. Se mecía arriba y abajo lentamente, suavemente subiendo y descendiendo con las onduladas olas del océano. Sentía que su cuerpo todavía estaba inmerso en el agua y, al mirar hacia arriba, vio que su cabeza estaba apenas por encima del agua y que ella estaba agarrada a un trozo de madera. Todo su cuerpo estaba congelado, inmerso en el agua fría y, al mirar hacia arriba, vio el amanecer más hermoso que jamás había visto, iluminando el océano, extendiéndose por él como un manto. se preguntaba cuántos días había estado flotando aquí.

Se frotó el agua salada de los ojos e intentó recordar y todo le venía en flashes a la mente: la violenta tormenta, las tremendas olas, el sonido del viento y el romper del mar, los gritos de todos los demás en sus oídos. recordó cómo había sido lanzada por la borda, recordaba la sensación de toda aquella agua sobre ella, una sensación que nunca olvidaría. Sentía como si el cuerpo se le hubiera partido en un millón de trozos. Estaba segura de que había muerto.

Y entonces se acordó de Thorgrin. Sintió algo frío que la agarraba por la cintura y, al echar un vistazo, lo vio a él, tumbado a su lado sobre la madera, con los ojos cerrados, un brazo sobre el trozo de madera y el otro todavía agarrándola a ella. Estaba inconsciente, pero todavía la sujetaba y ella recordó su promesa: no importaba lo que pasara, él nunca jamás la dejaría ir.

Su corazón latía deprisa por la gratitud ahora que veía que él había cumplido su palabra. Nadie en su vida se había preocupado tanto por ella, había cumplido tanto con su palabra. Y, sin embargo, allí estaba, balanceándose, inconsciente, quizás muerto, no podía decirlo y, aún así, sus manos la agarraban por la cintura, ayudándola a mantenerse a flote, asegurándose de que no se separaban.

“Thorgrin”, dijo ella.

Alargó el brazo y lo sacudió, pero no respondía.

El corazón le dio un vuelco. Miró más de cerca y vio que su pecho en efecto subía y bajaba. Se sintió aliviada: significaba que respiraba. Su cara estaba fuera del agua, aunque el resto de su cuerpo estuviera dentro de ella,

por eso no se había ahogado. ¿Había entrado en coma?

Angel miró a su alrededor, esperando ver señales de los demás, de los restos- de algo. Esperaba ver a Reece y Selese, Elden e Indra, Matus y O'Connor, todos flotando por allí cerca, todos agarrados a sus propios trozos de madera.

Pero mientras miraba a su alrededor, su corazón se hundió al no ver ni rastro de ellos. Ante su consternación, no había nada a parte de un vasto mar abierto, ni escombros, ni señal de nadie ni de nada. Esto solo podía significar una cosa: todos ellos habían muerto durante la tormenta. Ella y Thorgrin eran los únicos supervivientes.

“Mira lo que nos trajo la marea”, dijo de repente una voz detrás de ella.

El corazón de Angel dio un salto, aliviada al oír otra voz humana, alguien más vivo en estos duros mares. Pero cuando se dio completamente la vuelta, vio el origen de la voz y su corazón dio un vuelco: delante de ella había un enorme barco negro, reluciente al sol, el barco más poderoso que jamás había visto, ondeando la bandera roja y negra de los despiadados. Una raza siniestra, que hacía que incluso los piratas parecieran simpáticos. Vio sus horribles caras, sonriendo como si irararan a una presa y su estómago le dio un vuelco. Recordaba las historias que los otros leprosos le habían contado, que los despiadados habían asesinado a sus padres- y siempre había deseado vengarse. Deseaba que la marea se los llevara lejos, a cualquier sitio menos aquí.

Angel estiró los brazos y empezó a chapotear en el agu, intentando nadar, para alejarse de la barca.

Los hombres reían a su esplada, claramente divertidos por sus esfuerzos.

De repente, una pesada red de cuerda vino volando por los aires, yendo a parar encima de ella y de Thor de una manera tan pesada que le hizo daño; intentó sacudírsela, pero fue inútil: sentía que ella y Thor estaban totalmente enredados en la red y pronto los levantaron fuera del agua y en el aire.

Se retorció y gritaba, intentando liberarse mientras la levantaban más arriba, sus brazos sobresalían de los grandes agujeros de la red.

“¡Thorgrin!” exclamó empujándole. “¡Despierta! ¡Por favor!”

Pero no respondía.

Mientras se acercaban a cubierta, Angel dio la vuelta dentro de la red y

vio docenas de piratas cerca del borde, mirándola. Uno con un aspecto particularmente violento, sin afeitar, con los dientes podridos, con hebras en el pelo y un collar de cabezas reales encogidas, la miraba fijamente, sonriendo, relamiéndose los labios.

“Traedla”, dijo. “Voy a divertirme un poco con esta”.

La levantaron más y más alto, como un pescado cogido para el día y la risa de los despiadados llenaba el aire mientras la levantaban a la altura de los ojos, empapada, sobre la cubierta.

“¡Soltadme!” exclamó ella, dando patadas y retorciéndose.

“¿Y por qué querías eso, pequeña hermana?” preguntó uno de ellos con su áspera voz. “¿Preferirías estar a merced de los tiburones? ¿O prefieres estar aquí arriba viva con nosotros?”

Ella le escupió directo a su cara, a través de la red:

“Preferiría estar muerta mil veces que estar con vosotros en vuestro barco. Por lo menos, en los tiburones puedo confiar”.

Los otros despiadados se mofaron del líder mientras este se quitaba el escupitajo de la cara, carcajeándose y gritándole.

“Parece que solo hace falta una niña pequeña para ponerte en tu lugar”.

La risa del líder pronto se convirtió en rabia.

“No te preocupes”, le dijo gruñendo, “cuando acabemos contigo, quizás te lanzaremos a los peces después de todo. Por lo menos, esto es lo que te queda”.

Le habló con desprecio, decidida a embaucarlo.

“Mis amigos me encontrarán”, dijo bruscamente. “Tengo amigos muy poderosos en mi barco. Todos están vivos y vienen hacia mí ahora”.

Los despiadados se rieron a carcajadas.

“¿Ah, sí?” preguntaron. “Entonces deberíamos estar temblando de miedo”.

“¡Thorgrin!” exclamó de nuevo, dándole golpes con el codo en las costillas una y otra vez. “¡Despierta! ¡Te lo suplico! ¡Estés donde estés, despierta!”

Ella daba codazos a Thor una y otra vez, pero él solo estaba allí, con la cabeza a un lado, sin responderle. Quizás está realmente muerto, pensó ella.

“Parece que tu amigo está muerto”, dijo el capitán, mientras tiraba de ellos para acercarlos, acercándolos a la altura de los ojos y alargó un brazo y la

agarró a través de la red, tirándola hasta acercarla. La miró fijamente a través de la red, apenas a unos centímetros de ella, con su horrible aliento en su cara.

“No te preocupes”, dijo. “Tenemos un remedio para la carne muerta”.

Angel miró hacia abajo y vio cómo sacaba un puñal de su cintura, el puñal más largo que jamás había visto, y vio que alargaba el brazo y apuntaba hacia ella. Gritó y se preparó para lo peor, dando por sentado que la iba a apuñalar.

Aún así, en cambio, oyó que cortaban la cuerda y se dio cuenta de lo que estaban haciendo: estaban cortando el trozo de red que sujetaba a Thorgrin.

Angel reaccionó. Agarró rápido con sus piernas a Thor y apretó tan fuerte como pudo, usando toda su fuerza para colgar de la red y evitar que él se precipitara. Se esforzaba y luchaba, sujetándose con todas sus fuerzas, mientras Thor se balanceaba bajo ella, inconsciente, colgando sobre el océano, sujetado solo por sus piernas. Sabía que si caía, en ese estado, seguramente se ahogaría.

“¡Suéltalo!” exclamó el despiadado. “Si no lo haces, irás directa al mar con él- ¡y entonces moriréis los dos!”

“¡Nunca!” dijo ella desafiante.

Angel se sujetaba con todas sus fuerzas, mientras los despiadados le daban golpes y la pinchaban con palos, intentando hacer que se soltara. Aún así, ella aguantaba, cada músculo de su cuerpo temblaba, decidida a no soltar nunca a Thorgrin.

“¡Thorgrin!” exclamaba. “¡Por favor! Te lo suplico. ¡Despierta! ¡Te necesito!”

De repente, otro despiadado dio un paso adelante, cogió un largo garrote, lo echó hacia atrás, lo balanceó y le golpeó las piernas.

Angel gritó, parecía que el dolor la iba a partir por la mitad. Involuntariamente, dejó de agarrarse y soltó a Thor.

A Angel se le rompió el corazón al ver que se desplomaba por los aires hasta el océano. Allí iba, la única persona que se había preocupado por ella en su vida, que había arriesgado la vida por ella, que había cumplido su palabra y que había estado junto a ella a pesar de todo. Y lo había dejado escapar. No había correspondido a su lealtad- y la lealtad le importaba más que su vida.

Angel tomó una repentina decisión. No podía dejar ir a Thor. Pasara lo que

pasara.

Mientras los despiadados empezaban a estirar la red hacia la cubierta, Angel de repente se soltó y saltó del barco.

Se zambulló de cabeza, directa hacia las congeladas aguas de allá abajo, hacia el cuerpo de Thor, que ya podía ve hundiéndose entre las olas.

Desde allí, pudo observar todo el océano, echó un vistazo y buscó alguna señal de los demás, los hermanos de Thor, flotando por allí en algún sitio, quizás cogidos a los escombros.

Pero no había ninguno. Todos estaban muertos. Todos los hermanos de la legión de Thor. Todos muertos.

Ahora, solo estaban ella y Thor.

Mientras se zambullía en las frías aguas, sabía que el océano los mataría a los dos. Pero esto no significaba nada para ella.

Tener la oportunidad de salvar a Thorgrin era lo único que importaba. Y la tomaría- sin importar a qué precio.



UN SUEÑO DE MORTALES **(LIBRO#15 DEL ANILLO DEL HECHICERO)**

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros aguerridos e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

-Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (sobre La Senda de los Héroe)

“(Una) entretenida fantasía épica”.

-Kirkus Reviews (sobre La Senda de los Héroe)

“Los inicios de algo extraordinario están aquí”.

-San Francisco Book Review (sobre La Senda de los Héroe)

UN SUEÑO DE MORTALES es el Libro#15 de la serie éxito en ventas EL ANILLO DEL HECHICERO, que empieza con UNA SENDA DE HÉROES (libro#1)- ¡una descarga gratuita!

En UN SUEÑO DE MORTALES, Thorgrin y sus hermanos luchan por liberarse de las garras de los piratas y continuar su búsqueda de Guwayne en el mar. Se encuentran con amigos y peligros inesperados, magia y armas,

dragones y hombre y esto cambiará el curso de su destino. ¿Encontrarán finalmente a Guwayne?

Darius y sus amigos sobreviven a la masacre de su pueblo- pero solo para descubrir que son prisioneros, lanzados a la Arena del Imperio. son encadenados juntos, se enfrentan a oponentes inimaginables, su única esperanza para sobrevivir es mantenerse y luchar juntos, como hermanos.

Gwendolyn despierta de sus sueño y descubre que ella y los demás han sobrevivido a su caminata a través del Gran Desierto- y, aún más sorprendente, que han llegado a una tierra más allá de su imaginación más salvaje. Cuando los llevan hasta una nueva corte real, los secretos que gwendolyn descubre sobre sus antepasados y su propio pueblo cambiarán su destino para siempre.

Erec y Alistair, todavía prisioneros en el mar, luchan por liberarse de las garras de la flota del Imperio en una osada y atrevida escapada nocturna. Cuando las posibilidades parecen peores, reciben una sorpresa inesperada que podría simplemente darles una segunda oportunidad para la victoria- y otra oportunidad de continuar su ataque al corazón del Imperio.

Godfrey y su grupo, encarcelados una vez más, listos para ser ejecutados, tienen una última oportunidad para intentar escapar. Después de ser traicionados, quieren algo más que escapar esta vez- quieren venganza.

Volusia está rodeada por todos lados y lucha por tomar la capital del Imperio- y tendrá que reunir una magia más poderosa de lo que jamás ha conocido si quiere demostrar que es una Diosa y convertirse en Gobernante Suprema del Imperio. Una vez más, el destino del Imperio está colgando en la balanza.

Con su sofisticada construcción del mundo y caracterización, UN SUEÑO DE MORTALES es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de crecimiento, de corazones rotos, de engaño, ambición y traición. Es un

relato de honor y valentía, de sino y destino, de hechicería. Es una fantasía que nos trae un mundo que nunca olvidaremos y que agradará a todas las edades y géneros.

“Una animada fantasía ...Es solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para adultos jóvenes”.

-Midwest Book Review (sobre La Senda de los Héroe)

“Una lectura rápida y fácil... tendrás que leer lo que pasa a continuación y no querrás dejarlo”.

-FantasyOnline.net (sobre La Senda de los Héroe)

“Llena de acción... La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante”.

-Publishers Weekly (sobre La Senda de los Héroe)



UN SUEÑO DE MORTALES
(LIBRO#15 DEL ANILLO DEL HECHICERO)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡[Escuche](#) la saga de EL ANILLO DEL HECHICERO en formato de audio libro!

Ya está disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Libros de Morgan Rice

REYES Y HECHICEROS

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE (Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro #5)

EL ANILLO DEL HECHICERO

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES (Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ESCUDOS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA

ARENA UNO: SLAVERSUNNERS (Libro #1)

ARENADOS (Libro #2)

EL DIARIO DEL VAMPIRO

TRANSFORMACIÓN (Libro # 1)

AMORES (Libro # 2)

TRAICIONADA (Libro # 3)

DESTINADA (Libro # 4)

DESEADA (Libro # 5)

COMPROMETIDA (Libro # 6)

JURADA (Libro # 7)

ENCONTRADA (Libro # 8)

RESUCITADA (Libro # 9)

ANSIADA (Libro # 10)

CONDENADA (Libro # 11)

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito en ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de once libros (y contando); de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspenso post-apocalíptica compuesta de dos libros (y contando); y de la nueva serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de cuatro libros (y contando). Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas, y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que por favor visita www.morganricebooks.com para unirte a la lista de email, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar el app gratuito, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook y Twitter, ¡y seguirla de cerca!